



MIREILLE CALMEL

EL CANTO DE LAS BRUJAS III

EL SECRETO DE LAS HADAS

Lectulandia

1484. La profecía que se había anunciado en la legendaria isla de Ávalon se acerca a su término, y las criaturas maléficas que acechan a Algonde y a la pequeña redoblan sus esfuerzos para ganar la partida. El peligro es muy grande, pero la esperanza no ha muerto todavía, porque ha revivido en Elora, la hija de Mathieu y de Algonde, el fruto del amor verdadero.

Lectulandia

Mireille Calmel

El secreto de las hadas

El canto de las brujas - 03

ePub r1.0

Titivillus 14.12.2017

Título original: *Le chant des sorcières III*
Mireille Calmel, 2009 Francés
Traducción: Artur Jordá

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de
Atine Denis, pintora excepcional.
Nelly Caiazzo, la madre de mi valiente...

Capítulo 1

Aquella mañana del 3 de junio de 1484, y tras el tiempo desapacible de los últimos días, la primavera dio paso al verano. A Philippine de Sassenage la sorprendió la deslumbrante claridad de un sol espléndido que le molestó en los ojos bajo los párpados cerrados.

—Vamos, en pie, señorita Hélène. Ya han anunciado el cortejo —la hirió la voz nasal de la criada que acababa de descorrer las cortinas sin contemplaciones—. El desayuno está servido. Si remolonea no verá pasar al príncipe —insistió la jovenzuela.

Presa de juvenil excitación, su timbre ascendía en los agudos, cosa que hacía aún más detestable su falta de gracia y su torpeza. Aquélla a la que sus padres tuvieron la ocurrencia de llamar Bonnemine^[1] catorce años antes, al entrar en la habitación había tropezado con la alfombra y casi había volcado la bandeja de plata cargada de vajilla, con un caldo, un huevo pasado por agua y unas cerezas. Philippine habría tenido que ser sorda para que aquel estruendo no la despertara del dulce sueño del que le costaba salir.

Sin embargo, se despertó. La realidad aún sería más luminosa unas horas más tarde, justo allí, bajo aquel balcón sobre la plaza mayor de Romans-sur-Isère.

Philippine se recostó contra su almohada, con los ojos entrecerrados para evitar el rayo ambarino en el que bailaban diminutas partículas de polvo. Bonnemine acababa de disponer la mesa para el desayuno frente al amplio ventanal.

—¡Menuda mentecata! —se lamentó en silencio Philippine al verla aplastar el huevo con una cucharilla con la esperanza de descascarillado.

La yema reventada y mezclada con trocitos de cáscara se derramó en la huevera de porcelana y se escurrió, espesa, por las paredes de la misma y la mitad se echó a perder. La jovenzuela ni se inmutó. Orgullosa de su hazaña, se volvió, inconsciente de su incompetencia y, peor aún, de la necedad que la acompañaba desde su nacimiento. No, decididamente Philippine no lograba acostumbrarse a ella y echaba en falta a Algonde.

—Por doquier se escucha el clamor. Dicen que el príncipe Cem es excepcionalmente bello y refinado. ¿Iréis a visitarlo? Se alojará en casa de Berton de Bocsozel, nuestro gobernador que, para su desgracia, se halla en París durante estas fiestas de Pentecostés y...

—Todo eso ya lo sé —la interrumpió Philippine, acompañando la sequedad de su tono con un gesto de la muñeca.

La sirvienta hizo un mohín de enfado pero servil.

—Mi manto —exigió la señorita de Sassenage sin inquietarse.

La sirvienta se lo tendió volviendo la vista mientras Philippine apartaba las sábanas para levantarse de la cama.

—Déjame ahora. Ya te llamaré cuando decida vestirme.

—No tardéis...

—¡Basta ya! —exclamó Philippine en un tono que no admitía réplica.

Agachando la cabeza, Bonnemine se esfumó al trote y cerró la pesada puerta claveteada.

Por fin sola, Philippine se desperezó graciosamente antes de sentarse a la mesa. Con un gesto de asco ante el huevo masacrado, lo apartó y mojó el pan en el caldo de gallina. Mientras lo masticaba sin placer, su mirada se dirigió al ventanal. La ventana frente a la suya al otro lado de la plaza mayor estaba cerrada con postigos. Como le informara la víspera Bonnemine al ponerse a su servicio, pertenecía a la casa de Pierre Coste, el oficial del Tesoro de la ciudad. Un hombre libidinoso que ocultaba tras sus persianas cerradas una vida disoluta. Curiosa por naturaleza, Philippine se preguntó qué aspecto tendría y si podría verla.

Acto seguido, contagiada por la actividad que reinaba abajo, se dejó llevar por los últimos preparativos de las festividades. En todas partes había ajetreo sobre el suelo alisado. Unos arrastraban balas de paja para separar el espacio de las justas del de los vallados, otros clavaban barreras y picas o, más lejos, los estandartes con los colores de la ciudad. Contra la abadía, a la derecha, y aprovechando el frescor de los muros, acababan de adosar unas gradas cubiertas con telas de colores, como era habitual cuando Romans, por su céntrica situación en el Delfinado, organizaba un festejo. Varias veces al año, en aquel terreno cerrado en el centro de la ciudad se representaban dramas religiosos o se celebraban torneos.

Philippine recordaba haber asistido a algunos, de niña, en tiempos de su difunta madre, Jeanne de Commiers. El lugar al que había regresado tras una larga ausencia no había cambiado. Tampoco aquella casa que les prestaba un amigo de su padre. Y, sin embargo, la vivienda le pareció vacía y triste cuando la noche anterior se instaló en aquella habitación que su madre había ocupado.

Su atención se dirigió súbitamente a las escaleras de acceso a la colegiata. Con el sayo atado por una cuerda anudada a su tripa prominente, un clérigo gesticulaba, visiblemente furioso porque hubieran cerrado el paso al pórtico con tablas y herramientas a la espera de subirlas a los andamios. Tras una de las barandillas de seguridad, furibundo y con el rostro enrojecido, el maestro de obras le respondió con una frase que a Philippine le hubiera gustado oír; puesto que las gentes que pasaban por allí y los obreros reaccionaron con una sonrisa. Si no hubiera tenido que apartar la mesa para abrir el ventanal y acceder al balcón, lo habría hecho sin titubear. Lástima.

Apartó la mirada y observó el imponente espacio que se extendía sobre trescientos pies de largo y cien de ancho, flanqueado en los otros dos extremos por palacetes y casal. Pronto, al dirigirse con su escolta a la vivienda que k había sido atribuida, Cem cruzaría la plaza de punta a punta y alzaría los ojos hacia cada fachada para saludar a las buenas gentes de Romans que lo aclamarían. Pero Philippine sabía

que sería a ella y sólo a ella a quien buscaría entre la masa. Cerró un instante los ojos, presa del vértigo que su ausencia le provocaba. Hacía cinco días, sólo cinco días, que lo había dejado y ya se moría por ello. Lo amaba. Con locura. Irreflexivamente. Tanto, sin duda, como él la amaba a ella.

Llamaron a la puerta.

Apartó la imagen de su último beso en el bosque, cuando ella fue a decirle que en Sassenage, adonde iba a dirigirse, Algonde pediría ayuda a la bruja. Privado del elixir que contenía la damajuana piramidal de cristal azul que le robó Munia, Cem se sentía vulnerable. Así que Algonde se había marchado, apenas unas horas después de su discreta boda con Mathieu, para asistir oficialmente a los esponsales de su madre y de maese Janisse.

Para no seguir pensando en el ausente, Philippine se ocupó de su guardarropía para el torneo, sumándose así a la excitación de sus hermanas pequeñas y de Sidonie, que tras el regreso del barón Jacques había recuperado la sonrisa. Aquel torbellino de alegría la arrastró y aún era presa del mismo.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Entrad —se resignó Philippine, segura de ver aparecer de nuevo a Bonnemine.

En lugar de ésta, avanzó un lacayo seco como un palo, portando una nota sellada en una pequeña bandeja de plata.

Sorprendida, la abrió sin mayor dilación. La escritura era fina, airosa. Elegante. Femenina, juzgó Philippine antes de comenzar a leerla.

Soy desde ayer vuestra vecina, y aguardo en la antecámara frente a vuestra puerta desde esta mañana. Debo hablaros urgentemente.

La firma, «Marie de Dreux», no le evocó nada.

El lacayo, vestido con librea, permanecía inmóvil.

¿Dónde está la dama que os ha entregado la nota?

—Al pie de la escalera, donde doña Sidonie la ha autorizado a esperar —respondió el hombre, en tono amanerado.

Philippine se mordió el labio. ¿Disponía de tiempo para recibirla? ¿Vestida de aquella manera? Hurgó de nuevo en sus recuerdos. No, decididamente, el nombre de Marie de Dreux no le despertaba recuerdo alguno. «Urgentemente», releyó. ¿Antes de la llegada de Cem? Se echó a temblar. ¿Sabía alguna cosa aquella mujer? ¿Acerca de ellos? ¿Acerca de un eventual complot contra él? Tenía que averiguarlo. Sin demora, en efecto.

—Haced que suba —decidió apartando la mesa.

Rubia, con ojos de un azul translúcido y tez de impoluto alabastro, Marie de Dreux poseía esa gracia angelical de las estatuas de iglesia que evocó a Philippine una imagen familiar, sin que alcanzara a recordar el lugar en el que evidentemente se

habían conocido.

—Disculpadme por molestaros a esta hora de la mañana, señorita Philippine, pero al saber que erais mi vecina no podía dejar de hablaros en privado.

—Sentaos —la invitó cortésmente Philippine, ofreciéndose así unos segundos suplementarios de reflexión para no herirla.

Marie eligió el taburete cubierto de dril adamascado y le dejó a ella la silla de tijera tapizada de terciopelo azul marino.

—No voy vestida adecuadamente y os pido que me disculpéis. Vuestra impaciencia...

La palma de la mano de Marie se alzó en un gesto aéreo.

—Nada de cumplidos entre nosotras. Todas esas mañanas en Saint-Just en la penumbra del dormitorio de las monjas vistiéndonos unas delante de las otras me enseñaron a no preocuparme por esas futilidades.

Saint-Just-de-Ciaix. Sor Marie. Era novicia cuando Philippine abandonó la abadía. Una sonrisa franca iluminó las rasgos hasta aquel momento inquietos de la señorita de Sassenage.

—Os creía destinada a ingresar en la orden y aquí citáis, tan cambiada que, lamento confesarlo, me ha costado reconoceros.

Una risa clara franqueó la barrera de los labios finamente contorneados de Marie.

—Para ser sincera, me lo temía.

Ahora añoraban de nuevo los recuerdos. Un poco más joven que ella. Marie entró en Saint-Just seis meses antes de la marcha de Philippine. Si por aquel entonces parecía mustia entre los muros del convento que recorría arrastrando los pies, ahora estaba resplandeciente. Philippine se agachó para tomarla de las manos, presa de un impulso de simpatía.

—Vamos, explicadme eso que exige tanta celeridad.

—¿Recordáis a Laurent de Beaumont, señor de Saint-Quentin, que se batió por vos frente a los muros de la abadía?

—Perfectamente. Aún me escribe de vez en cuando con un ardor que no comparto.

La mirada de Marie se enturbió dolorosamente. Visiblemente Laurent de Beaumont no le era indiferente. Philippine se arrepintió de haber hablado.

—Os he herido, os ruego que me disculpéis.

Irguiendo el busto, que se había encogido el instante precedente, Marie suspiró.

—No sois responsable de ello. Vos misma lo habéis dicho. Él os ama y vos no lo amáis. Tras vuestra precipitada marcha de Saint-Just fui yo quien, al reemplazaros para ayudar a sor Albrante, me ocupé de él y del señor de Montoisson en el hospicio.

—Lo entiendo —afirmó Philippine, soltándole los dedos que educadamente se llevó a la altura de las rodillas, sobre el tafetán sedoso de una tela perlada de flores multicolores.

—Le amé desde el primer día que cruzó la puerta de Saint-Just. Pero fue a vos a

quien vio la primera. Fue a vos a quien acompañó bajo las hojas de los árboles del huerto, persuadido de que correspondíais a su pasión.

—Fui castigada por mi perdición, y aún lo soy, Marie, pero entiendo que estéis enojada conmigo.

—¡Oh, pero si no estoy enfadada con vos! —exclamó la joven, sonrojada de vergüenza por haber dado esa impresión.

Philippine no dudó de su sinceridad. Ahora lo recordaba todo acerca de aquella damisela discreta y prudente, caritativa y empática, que le dirigía una mirada de contrición.

—Necesito vuestra ayuda. Philippine —suspiró, sonrojándose aún más.

Philippine asintió, con una sonrisa.

—Os escucho.

—¿Puedo hablaros con absoluta franqueza y sin temor a que me juzguéis? —Se inquietó Marie.

—No temáis. Pero os pido que me llaméis Hélène, como hacen ya todos mis allegados.

—Seré feliz de complaceros —afirmó Marie ruborizándose de placer antes de proseguir—. Como os he dicho, hasta que se marchó cuidé de él, esperando que se fijara en mí y se consolara de vuestro rechazo. Lo hizo, pero por desgracia no como yo esperaba. Me...

Tragó saliva y, temiendo lo peor como ella misma había tenido que sufrir, Philippine la miró con simpatía.

—Proseguid, Marie...

Estaba pálida.

—Si el señor de Montoison no se hubiera despertado en aquel momento... mi virtud...

Se echó a temblar pero alzó el mentón como es debido cuando uno expía a diario con dignidad el peso de sus pecados.

—Sor Albrante comprendió el tormento de la carne al que me había aproximado y el fuego que aún me consumía. La verdad es que no era en absoluto sagrado. Sólo mis padres deseaban que fuera monja. Como vos, querida Hélène, soñaba con el amor, y como vos ardí en él. Sor Albrante se comportó de maravilla. Me bastó repetir los argumentos que me dio para convencer a la madre superiora y a mis padres de mi falta de vocación para la vida religiosa. Así que regresé a casa, aquí, en Romans. Mi padre es pañero.

—¿Y Laurent de Beaumont?

—Ése es mi castigo. No he podido olvidarlo. Hubiera debido, puesto que en cuanto le dije que sor Albrante exigía que se marchara, no me ocultó el amor que por vos sentía, su pronunciada rivalidad con el señor de Montoison ni el hecho de que nunca renunciaría a vos.

—¿Tras haberos forzado? —Se atragantó Philippine.

Marie agachó la cabeza, avergonzada.

—¿Se fuerzan nuestras inclinaciones cuando se está tan turbada? Al verle tan presuroso, lo creí curado y dispuesto a casarse conmigo.

—¡Menudo sinvergüenza! ¡No puedo creer que fuera capaz de tamaña crueldad! —espetó Philippine alzándose de su asiento.

Caminó de un lado a otro de la habitación deseosa de estrangular a aquel canalla. ¡Y pensar que había creído que era mejor que Montoisson!

—¡Podéis contar conmigo para darle una buena lección! —afirmó plantándose frente a la desventurada, lívida.

Marie se estrujaba las manos, con los ojos entelados.

—Para seros sincera, Hélène, no es eso exactamente lo que desearía.

Philippine se quedó estupefacta ante su aspecto denodado.

—¿No?

—No.

—No me digáis que aún lo amáis...

—Contra toda razón.

Philippine se dejó caer en su silla, espeluznada por aquella confesión.

—¡Si no os merece!

Marie se encogió de hombros. Una sonrisa triste le hizo aparecer un bello hoyuelo en la mejilla derecha.

—Eso ya lo sé. Pero no puedo evitarlo. Me hizo una promesa en el momento de partir. Me dijo que volvería conmigo si pudiera deshacerse de vos.

—Pero sería una locura entregaros a ese hombre como el premio de consolación que espera —protestó Philippine.

Los ojos de Marie centellearon. Philippine la había herido de nuevo. Se serenó.

—No creáis que me regodeo en ello, Marie, al contrario, quisiera salvaros. Yo misma soy víctima de su contrincante, que me fuerza a casarme con él con un odioso chantaje.

—¿Philibert de Montoisson?

—El mismo.

Marie se puso en pie, súbitamente tan atormentada que se hirió la palma de las manos con las uñas.

—Laurent sólo se ha inscrito en las justas para hacerle morder el polvo y, lo he adivinado, matarlo so pretexto de un accidente. Desde hace un año sólo piensa en su revancha, me lo ha confesado en las cartas que le he arrancado en respuesta a las mías.

Trastornada, Marie sollozó.

—Me temo lo peor, Hélène. Que muera por vos y delante de mí. Esa idea me tortura tanto que ya ni siquiera duermo. Por eso he venido a veros. Os lo ruego, ayudadme a evitarlo.

Con un impulso espontáneo, Philippine la abrazó para tranquilizarla.

—No tembléis más, amiga mía. Laurent de Beaumont será vuestro esposo, os lo aseguro —afirmó, a pesar de que para sus adentros se dijo que la empresa no sería fácil.

Capítulo 2

Cem hervía de impaciencia bajo un sol de justicia. Tras dejar Pizançon a sus espaldas, acababan de llegar al puente de piedra que unta la aldea con la ciudad de Romans. Se alzó sobre los estribos para otear el panorama. Una muchedumbre compacta se apretujaba junto al peaje, frente a la torre fortificada, pegándose contra los muros húmedos de la casa del pontonero para no ser empujados por aquéllos, en su mayoría mercaderes o pañeros, que pasaban en sentido contrario a pie, en litera o en carreta de bueyes. En el Isére, al fondo del talud, unos chiquillos desnudos se salpicaban unos a otros entre risas, indiferentes a las amenazas de los pescadores que aguardaban impacientes que japutas, albures o brecas picaran su anzuelo.

—No remáis, también esta vez los villanos nos cederán el paso —le tranquilizó el gran prior de Auvernia, Guy de Blanchefort, que cabalgaba junto a él.

Cem inclinó la cabeza. Desde que tomaron el camino del Delfinado, a su paso las gentes se apartaban para contemplar aquella abigarrada procesión que a la magnificencia de los turcos oponía el rigor de los hábitos de los hospitalarios de la Orden de San Joan de Jerusalén.

Golpeada por el martillo del autómatas de hierro, y apenas cubriendo la algarabía, la campana de la torre Jacquemart dio las campanadas de mediodía. Ya hacía casi una hora que habían franqueado la puerta abierta de la segunda muralla. A pesar de lo que dijera Blanchefort, avanzaban a duras penas. Cem tuvo que reprimirse para no espolear su caballo y abrirse paso.

—Románs es una de las ciudades más bonitas del Delfinado, tal vez incluso su propio corazón. Os gustara. Cem, Desde hace quince años, sus paños han ganado en notoriedad. No me sorprendería que pronto se exporten incluso allende nuestras fronteras —añadió Blanchefort mientras delante de ellos, asustada y a la vez intrigada por las cimitarras que colgaban de las cinturas de los acanguis y por su tez morena bajo los turbantes, la multitud se apartaba prudentemente.

Cem no respondió. Su mente caracoleaba más allá de aquel vado, hacia ella, la señorita de Sassenage a la que cada día amaba más.

—¿Os sentíais mal, amigo mío? Os encuentro sorprendentemente silencioso desde que abandonamos Rochechinard.

En esa ocasión, Cem se volvió hacia el rostro —preocupado bajo su barba negra discretamente veteada de blanco— del gran prior de Auvernia. No le gustaba tener que mentirle, pero ¿acaso tenía otra alternativa?

—Nada que deba inquietaros, Guy. Mirad... —dijo abriendo su mano hacia el frente—. La idea de este torneo alegra a todos, desde el más allegado de mis compañeros hasta el más servil de mis esclavos. A todos. Pero aquél a quien más le hubiera excitado ya no se halla a mi lado.

—Ya veo. Perdonad que no pensara en ello —se excusó, contrito, el gran prior. Una sonrisa gallarda iluminó el rostro de Cem.

—El corazón de los turcos es así, amigo mío, no lo olvidéis nunca. Concededme la nostalgia de Huchang como una oda en su memoria. Dentro de unas horas, cautivado por el entusiasmo de esta ciudad y de sus notables que acudirán a saludarme, podéis estar seguro de ello, me sentiré más aliviado.

—En tal caso, será mejor que nos apresuremos.

Alejando su caballo del de su prisionero, Guy de Blanchefort adelantó a los acanguis y fue a decirle unas palabras a Philibert de Montoisson que, junto a sus hombres, iba a la cabeza del cortejo.

Hirviendo con pareja impaciencia a la del príncipe otomano, el caballero de Montoisson obedeció de inmediato los deseos del gran prior. Abandonando a los suyos, espoleó su caballo para ponerlo al trote y provocó un sobresalto de terror entre la muchedumbre. Se oyeron imprecaciones y también algunos insultos aislados. En su mayoría, impresionados por la orden monástica, los viajeros se contentaron apartándose raudamente para no obstruir el paso de uno de sus representantes. Forzando el camino, Philibert de Montoisson llegó al peaje.

Adosado a la torre de acceso bajo la protección de un puñado de soldados con los colores de la ciudad, con la pica en las manos, el recaudador del tributo estaba ocupado contando la calderilla de un hombrecillo mofletudo y tripón, cuyos hábitos denotaban más la burguesía que sus modales la nobleza.

—¡Esta vez está justo! —concedió este último, provocando suspiros de alivio a su espalda.

Visiblemente, había retrasado el acceso de los demás. Mientras otro ocupaba su lugar para pagar el tributo, se dio la vuelta para llamar a sus porteadores y, al no verlos, los buscó con la mirada hasta que, al descubrirlos junto al murete, con riesgo de caer al Isère, los abroncó con altivez.

—¡Vamos, haraganes! ¿No os he dicho que os pongáis en marcha?

—Y yo que os apartéis —le dijo Philibert de Montoisson, con ambas manos apoyadas en el pomo de su silla.

El hombre sacó pecho, puso los brazos en jarras y se llevó los dedos a uno y otro lado de la cadera, para así compensar en volumen su inferioridad en altura, y alzó el mentón con aire desafiante.

—¿Y con qué derecho, señor?

En el puente se escucharon carcajadas. Philibert, sin embargo, no estaba de humor.

Ya se acercaban los guardias para poner orden. Si no lo resolvía él mismo, di incidente podía degenerar y comportar una pérdida de tiempo en lugar de ganarlo, como deseaba.

—¿Ésos son los modales de un clérigo? —exclamó el hombre, ultrajada.

—Un caballero —rectificó Philibert—, que te ordena que dejes paso, de prisa, antes de que mi corcel te patee los callones.

El hombre se puso colorado. Haciendo aspavientos con los brazos cual molino de viento en un día de tormenta, y sin moverse del lugar, dijo:

—¿Acaso no sabéis quién soy?

Aquel individuo necesitaba una lección. Philibert de Montoisson se alzó en su silla y se dirigió al gentío que se había reunido en semicírculo a su alrededor para no perderse el espectáculo.

—¿Sabéis quién es?

Se oyó una mayoría de "noes" hecho que desesperó al que se lamentaba, antes de que se alzara una voz. La de una mujer que a codazos se abría paso hasta llegar a primera fila. Cargada con una cesta vacía colgada del codo doblado, con los ojos casi en blanco, tenía una edad incalculable, vestía unos harapos remendados y se guiaba con la ayuda de un bastón largo.

—Yo te conozco, Conan de Dreux.

—¡Ah! ¡Ah! —Se enorgulleció él y miró de nuevo a Philibert de Montoisson, retándole.

—Eres uno de esos pañeros que se enriquecen a costa del trabajo de las pobres trabajadoras como yo y las deja en la miseria cuando su vista está cansada —exclamó la voz resentida de la vieja.

Montoisson soltó una carcajada.

—Ya ves, Conan de Dreux, ¡ya sé quién eres! Una buena alhaja, a fe mía. Apártate de mi camino, y vosotros también. Un príncipe está a las puertas de la ciudad y lo esperan para las fiestas.

En el corrillo se oyó un murmullo y, abandonado el interés por el altercado, las miradas se volvieron hacia atrás. Sin ocuparse ya del mercader cuyo rencor estallaba en su rostro de cuervo, Philibert de Montoisson avanzó hasta la mesa tras la cual el recaudador del tributo había seguido la escena con indiferencia. Se sacó del cinto una bolsa repleta y la lanzó sobre fe; mesa.

—Aquí tienes tu tributo. Cuéntalo si lo deseas, pero puedes creer en mi palabra, es más generoso que lo que pedirías.

—Podéis pasar —aseguró el hombre calvo y desdentado, con una sonrisa que denotaba su respeto.

Montoisson se volvió en dirección a la entrada del puente. La orden circuló de boca a oreja y se abrió paso al cortejo mientras la gente se apretujaba contra los parapetos de piedra. Con el pulgar y el dedo corazón silbó dos veces la señal convenida para emprender la marcha.

—¿Aún está ahí? —vociferó al señor de Dreux que, presa del rencor, se había quedado petrificado mientras los demás, una vez satisfecho el peaje, se apresuraban a cruzar la puerta antes de verse bloqueados.

—¡No pienso entrar a pie! —exclamó.

Montoisson hizo una señal a los porteadores para que se acercaran.

—Evita volver a cruzarte en mi camino o, por todos los santos del paraíso, juro

que te ataré con tus propias sábanas y te patearé el culo, por pudiente que seas — prometió Montoisson mientras el hombre se metía en la litera.

No oyó lo que le respondieron. Ya había dado media vuelta para reunirse con sus hombres.

Tomando carrerilla, y tanto como el peso del coche les permitía, los dos criados se apresuraron a llevarse a Conan de Dreux.

Irritado por el incidente del que se sentía la víctima ultrajada, el pañero Conan de Dreux no dejó de reprender a los porteadores desde la ventana de la litera hasta que ésta se detuvo en el patio interior de su residencia. Aquel edificio, uno de los más bellos de la ciudad después de la residencia del gobernador, era el orgullo del comerciante y demostraba su rica condición desde que exportaba sus mercancías a Oriente. Incluso había logrado la proeza de venderles a los turcos a través de un emporio genovés en la isla de Lesbos, a costa de un viaje que explicaba como si hubiera sido homérico y que le había granjeado el respeto de sus pares y en su propia casa. Por supuesto, había aderezado el relato con no pocas amasias, consciente del prestigio que recaía sobre un aventúrelo. Un abordaje de unos piratas a los que mandaron a pique, el ataque de un monstruo marino que había tratado de desviarlos de su ruta, sin contar las tormentas que al parecer se sucedieron para amenazar el cargamento de paños, pero también de especias al regreso.

La verdad era otra. Conan de Dreux había tenido suerte. Una oportunidad insolente que le llevó a buen puerto con las bodegas del barco tan cargadas como a la ida, y consiguió así aumentar sus beneficios y permitirse aquella vivienda tan lujosa como un palacio.

Además del amplio patio interior, la casa estaba construida en voladizo en dos plantas y contaba con catorce habitaciones. Las más bonitas disponían de un balcón labrado que daba al patio o a la plaza mayor hacia la que se dirigía el cortejo principesco.

En cuanto lo depositaron ante la puerta, Conan de Dreux se precipitó a la casa, con la garganta seca, con la tez colorada por el calor y la cólera. Tenía buenas razones para estar enfurecido. No sólo había sido ridiculizado sino que había tenido el peor encontronazo posible con uno de aquellos hospitalarios a los que debería seducir si quería acercarse al príncipe Cem.

—Estáis sin aliento, padre —dijo la voz cristalina de su hija.

Con lo feliz que era en sus negocios, Conan de Dreux tenía mala suerte en su linaje. Envió a Mane al convento de Saint-just-de-Claix por deseo de su madre mientras el primogénito, Baptiste, partía a Niza para negociar la venta de paños. Al llegar allí, contrajo la peste negra y sólo tuvo tiempo de escribirles una nota para anunciárselo antes de fallecer con sólo diecisiete años. Desde entonces, el pañero se había encerrado en una altivez y una codicia sin par para crecer en poder y riqueza, como si únicamente su desmesurada ambición pudiera compensar su desgracia.

Cuando Marie regresó de Saint-Just, su dolor se había serenado. Sonriente y siempre canturreando, su hija era un rayo de sol en la casa. Incluso su madre, tan desconsolada como él por la muerte de Baptiste, había recuperado cierta alegría.

Asiéndola del brazo, Conan cruzó el vestíbulo de entrada que daba a una doble escalinata de mármol y se dirigió hacia el salón de recepciones en el que se enorgullecía de acoger a la nobleza de la comarca.

—¿No hay un solo criado en toda la casa? Me muero de sed —gruñó.

—Sentaos padre, voy a llamar a un lacayo. Esta mañana han cogido las primeras hojas de verbena y la tisana se ha dejado en infusión en el sótano para conservarla fresca. ¿Deseáis que os sirvan un vaso para aliviar vuestra sed?

Tanta solicitud emocionó al pañero, que se abandonó en el sillón al que su hija lo había acompañado. Quien se casara con ella sería realmente afortunado, pensó mientras la miraba de reojo.

—Ve, hija, ve... —aceptó con gratitud.

Marie sentía verdadero afecto por su padre, y más aún puesto que al contrario que su madre, no había puesto objeción alguna en que regresara a casa cuando la abadesa de Saint-Just les hizo saber que, al no tener su hija vocación monacal, se negaba a obligarla a quedarse allí.

A Marie le pareció que su carácter se había agriado con todos excepto con ella. Y así, liberándose de su propia tristeza por la muerte de su hermano, la joven trataba a diario de despertar en su padre la cordialidad que había perdido. Deseosa de contentarlo, con el alma más liviana tras su complicidad con Philippine de Sassenage, se apresuró a dirigirse a la cocina donde sabía que hallaría a la intendenta de la casa.

Solo en la amplia estancia con tres ventanales, Conan de Dreux se llevó la mano al cinto, cogió la bolsa y la sopesó al igual que hiato cuando se la entregaron, unas horas antes. Los escudos sonaron al entrechocar sobre su palma abierta.

¡Al diablo los remordimientos! Con toda seguridad, ahí tenía una buena renta. Le bastaba con olvidar sus principios caducos. Ni uno solo de sus competidores se hubiese preocupado por ello. Si no se hubiera producido aquel incidente en el puente, incluso habría sido fácil. Muy fácil.

Suspiró y apoyó la nuca contra la acolchada tapicería del respaldo. Tenía que pensar una estratagema y evitar hallarse de nuevo frente a aquel caballero para que no sospecharan de él, puesto que ti fracasaba...

Un escalofrío le recorrió el espinazo al recordar el rostro tallado con un podón del genovés con el que se había reunido al alba en una solitaria capilla de la comarca, un individuo de rasgos pálidos y descarnados, cuyos ojos saltones de pestañas largas y espesas le parecieron a Conan los de una mosca gigantesca.

Y tan dispuestos a girar de izquierda a derecha que el pañero se sintió indispuerto.

—No estoy acostumbrado a hablar de negocios más que en mi casa —balbució ante aquel inquietante personaje.

—En ese caso, ¿por qué habéis venido hasta aquí, señor Conan? —le espetó el

desconocido aislándose ambos en la desierta sacristía.

Conan no respondió. Visiblemente, su interlocutor conocía sus debilidades. La nota que le hizo llegar la víspera había despertado su codicia. El mensaje, delicadamente escrito, le prometía una cifra astronómica si aceptaba, con la mayor discreción, el trato del que su remitente había recibido encargo. Conan no durmió en toda la noche. La bolsa que le fue entregada no lo decepcionó. Volvió a ser presa de los escrúpulos cuando en la otra mano le depositaron un pequeño frasco ambarino, con el tapón sellado con cera.

—¿Qué es?

—Veneno de escorpión.

Conan de Dreux a punto estuvo de soltarlo. Con los ojos desorbitados, se serenó y no devolvió la sarcástica sonrisa de su visitante.

—¿Qué queréis que haga con él?

—Aquello por lo que habéis sido pagado.

—Pero, bueno, se trata de veneno y yo...

Se puso lívido, al comprender súbitamente lo que de él se esperaba y que tan alejado estaba de su profesión. Negándose a oír el nombre de la víctima, sacudió la cabeza.

—No soy un asesino.

—Pero sois comerciante, ¿no es así? —Se divirtió el ge noves apoyándose contra la puerta cerrada, como si quisiera impedirle el paso.

Conan sintió que el corazón le latía con más fuerza en el pecho. No era cobarde por naturaleza, pero contra aquel hombre tan aterrador a pesar de su cortesía, todo su coraje le había abandonado. Tragó saliva.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que el sultán Beyazid compra a buen precio los paños que le vendéis a través de nuestro intermediario. Pero cualquier comercio tiene sus riesgos. Si abriéramos ese comercio a la competencia, tan importante en esta ciudad...

—¡Eso es chantaje! —Se puso en pie Conan, sobresaltado.

—Llamadlo como gustéis, señor Conan. Pero pensad en las ventajas que obtendréis de nuestro acuerdo. Además de la fortuna que os he entregado, os habréis ganado el reconocimiento del sultán y no dudo ni por un instante que antes de fin de año doblará vuestros pedidos.

Los ojos de Conan centellearon antes de bajar la mirada, avergonzado por su propia debilidad.

—¿Y por qué el sultán Beyazid estaría tan interesado en este asunto?

—Porque es a su hermano, el príncipe Cem, a quien debéis asesinar.

Conan de Dreux se estremeció.

—¿Su hermano? Pero ¿dónde voy a encontrarlo?

—No muy lejos. Irá a Romans para el torneo. ¿Veis, señor Conan? Sólo vos podéis hacerle ese favor al sultán gracias a vuestra posición entre los notables. ¿Qué

decidís? —le preguntó una vez más el genovés llevándose ostensiblemente la palma de la mano a la empuñadura del puñal que llevaba al cinto.

Conan no dudó ni un instante que si no aceptaba recibiría una puñalada en el corazón. Aquel género de transacción no admitía testigos.

Asintió con la cabeza. Su vida dependía de ello.

Aliviada de nuevo su conciencia tras tamaña constatación, se abandonó al sueño que se apoderaba de él.

Cuando Mine regresó de la cocina, con un vaso de verbena, halló a su padre adormilado, con la bolsa de escudos de oro entre sus brazos cruzados.

Capítulo 3

Una vez cruzado el puente y tras dejar atrás la iglesia de Saint-Barnard, su entrada en la ciudad fue triunfal; él, el desterrado, el desposeído, el prisionero de los hospitalarios. Pareció la liberación de una ciudad cuando, en plena guerra, los aliados llegan para acabar con un largo asedio. Cem se sintió aureolado por un nuevo vigor al oír aquellos hurras vociferados desde los balcones, al ver a aquellas damas que agitaban sus pañuelos con un destello de deseo en su mirada. Se sabía apuesto. A sus veinticinco años aún lo era probablemente, a pesar de la falta de ejercicio que le había hecho echar tripa, a pesar de su excesiva vellosidad que contenía abotonándose el cuello más alto y, más abajo, las mangas. Sus hombros, bien formados bajo el largo chaquetón bordado con hilo de oro y decorado con pedrería, se alzaron con el orgullo largamente reprimido de un conquistador. En la cintura, enroscado sobre el pantalón bombacho, un ancho cinturón de tela rojo sostenía su cimitarra. La empuñadura de ésta estaba incrustada de rubíes y de diamantes que recordaban las otras joyas que lucía al cuello, en las orejas, las ropas y el sombrero con plumas. Llevaba su barba cortada en forma de punta de lanza, ocultando así la arista sobresaliente de su mentón. Pero más que todo lo demás, lo que impresionaba de su aspecto era el color poco usual de sus ojos, de un azul tan profundo y luminoso que el propio azur parecía pálido al reflejarse en ellos.

Si a lo largo de las callejuelas estrechas fue aclamado, lo mismo sucedió con su séquito. Sus compañeros avanzaban tras él: Nasuh el chelebi junto a Anuar, su hermano de leche, y luego, en orden de aparición, su cadilecher, los acanguís y los jenízaros, en un número escaso tras la memorable batalla que, debido a la traición de Munia, diezmó su guardia. Seguían doce esclavos y por fin sus esposas en una litera decorada con velos, ocultas tras los postigos cuidadosamente cerrados. El paso de éstas provocó cierto misterio.

Sí, fue un hermoso desfile. Cem mantenía la vista alzada hacia las fachadas y su corazón se sobresaltaba cada vez que creía reconocer la silueta de Philippine.

—Ahí a vuestra derecha están nuestros amigos de Sassenage —dijo por fin Guy de Blanchefort, que cabalgaba junto a él y fue el primero en verlos.

Sin duda porque Philibert de Montoisson había alzado una mano enguantada en cuero para responder al saludo que le había dirigido Louis, en pie en el balcón.

Cem siguió la línea de la balaustrada. Hizo un saludo con un movimiento de la cabeza al barón Jacques y a su esposa Sidonie, otro a Louis y a François, antes de casi deshacerse ante la belleza de Philippine, que había depositado sus finas manos sobre la madera para mejor acercarse al borde y verlo mejor. Él no debía entretenerse contemplándola ni ella contemplándole a él. Así se lo habían prometido para no desvelar su mutuo afecto, pero no conseguía aparrar la mirada de aquellos ojos en los que se leía la ausencia que esos pocos días de separación había causado en ellos.

—Philibert de Montoisson ha hecho una buena elección. ¿No es maravillosa? —

exclamó Guy de Blanchefort, tan embelesado que ni había observado el hechizo de su vecino.

—Por supuesto, amigo mío. Por supuesto.

—Aunque a vos, que os gustan morenas de piel y de cabello, os debe de parecer pueril, tendréis que admitir que su gracia no tiene parangón.

—Os Jo confieso.

—Mirad a sus hermanas, a su lado. Todas se le parecen pero la belleza se ha concentrado en ella.

—Las veo.

Ya las habían dejado atrás y Cem se sintió más huérfano que en los meses precedentes. Luchando para no volverse hacia atrás, siguió desfilando con una sonrisa en los labios pero con el corazón desgarrado.

Philippine permaneció aún un buen rato en el balcón, mientras alcanzó a distinguir las plumas de su sombrero. Junto a ella, reunidas en el balcón de su habitación puesto que la suya no tenía, sus hermanas no dejaban de comentar la escena que acababan de presenciar.

—Me lo imaginaba más alto —se sorprendió Isabelle, que fue la primera en agitar su pañuelo.

—Sabía que era alto como Louis, me lo dijo François, pero no esperaba que fuera tan guapo. ¿A que es guapo, Hélène?

—Lo es, por supuesto.

—En ese coche que pasa ahora, ¿van sus esposas?

—Sí, sí...

No tenía la mente para chismes. Las abandonó y entró en su habitación. Cem estaba allí, muy cerca. ¿Por qué entonces sentía aquella opresión en el corazón? ¿Era tal vez el peso de lo prohibido lo que teñía de duelo su amor? ¿O sólo la ausencia? Esa ausencia que le atenazaba las entrañas de noche y de día y que crecía tras cada encuentro. Ya no le apetecía nada. Ni comer, ni las fiestas. Sólo vivía para aquellos minutos en su compañía, sólo respiraba su aliento perfumado. Jamás hubiera podido imaginar amar con tanta fuerza.

Pretextando una migraña, hizo salir a sus hermanas de la habitación no sin antes pedir que no la molestaran. Echó ella misma las cortinas de su cama y se acostó en la semipenumbra mientras un viento cálido seguía invadiendo la habitación por el ventanal abierto. A lo lejos se oía el clamor avivado al paso de Cem.

Como no quería que se le hincharan los ojos, Philippine aprisionó las lágrimas que llegaban hasta sus párpados cerrados.

Idiota —se fustigó—. Durante ocho días estarás a su lado, sentada en la tribuna, con la mirada vuelta hacia las justas. El viento te traerá su perfume de almizcle y sufrirás más vértigos por tu presencia que por las justas. No deberás por ello contener la emoción, a todos les parecerá legítima, puesto que también tus compañeras estarán

emocionadas. Y luego estarán las noches. Ofrecerá una recepción en esa casa que el gobernador ha puesto a su disposición. Tú aparecerás y tal vez el azar os lleve a estar solos los dos, ¿tres minutos para intercambiar un beso? Se llevó las manos a la boca. Le habían gustado los de Algonde. Los de Cem la transportaban. Sus pies levitaban del suelo. ¡Qué dulce locura se apoderaba de ella! Si sólo tuviera a alguien allí en quien confiara...

En aquel instante, la voz de Sidonie se oyó tras la cortina.

—Dicen que te encuentras mal, ¿es eso cierto?

Philippine abrió los ojos. La cortina se descorrió y su prima se sentó sobre el cubrecama, con la inquietud reflejada en su rostro. Antes de que Philippine la hubiera podido tranquilizar, Sidonie le palpó la frente.

—Estás ardiendo de fiebre. Sin duda es una insolación. A pesar de la cofia, ¡qué curioso!

La baronesa suspiró y añadió:

—Me temo que no podrás acompañarnos luego a rendir nuestro homenaje al príncipe Cem.

Philippine se incorporó como si la hubieran azotado.

—Ya me encuentro mejor, prima, os lo aseguro.

Sidonie conocía demasiado bien los tormentos del corazón como para no saber reconocer una pena de amor. Preocupada por los suyos, se había olvidado de la joven dama. Ahora que Jacques la había perdonado y que incluso le había asegurado que la salvaría de las garras de Marche, ahora que ambos engañaban a ésta con su reconciliación, debía desempeñar de nuevo su papel de madrastra.

—De acuerdo —concedió a la joven, cuya mirada parecía suplicante—, tú misma decidirás, Bonnemine te servirá algo de comer en tu habitación. Así tendrás un rato para descansar. Sería una lástima que no pudieras volver a ver al príncipe Cem.

Con sólo evocar su nombre, Philippine bajó la mirada. Así que no se había equivocado, pensó Sidonie. ¿Cómo había podido olvidar la confidencia de la damisela cuando le explicó la violencia que el señor de Montoison le infligió bajo el haya?

Comprensiva, le alzó el mentón con un dedo.

—Mis consejos no han servido de nada. No has podido curarte del amor por él, ¿verdad?

Las lágrimas contenidas de Philippine cruzaron el borde de sus largas pestañas. Se lanzó en brazos de Sidonie y comenzó a sollozar.

—Vamos, vamos, no es grave, querida. Lo sería si ese amor no fuera correspondido, pero a decir por su rostro febril cuando ha alzado la mirada hacia nuestras ventanas, ahora veo que te buscaba a ti y no el calor de nuestra amistad.

Philippine se sorbió los mocos.

—Pero es musulmán y dijisteis...

—... que es de una raza con la que una cristiana no puede casarse. Lo recuerdo.

Le acarició los hombros con ternura.

—Si te quiere, se convertirá.

Tranquilizada por la voz serena de Sidonie, Philippine se deshizo de su abrazo y una pálida sonrisa se dibujó de nuevo en su rostro.

—Olvidáis que está prisionero —objetó aún.

Sidonie se arregló un mechón que se había soltado de su cofia tras el lóbulo de la oreja.

—No olvido nada, Hélène. Y sobre todo los ardidés del señor de Montoisón y de tu hermano. Tu padre también está al corriente y vela para evitarlos.

Philippine bajó de nuevo la mirada, con un deje de culpabilidad por haber callado la verdad a quienes podían ayudarla.

—Os pido perdón. Esa carga era muy pesada, pero tenía tanto miedo de que Louis lo adivinara...

—Nadie te lo reprocha.

—¿Ni siquiera mi padre?

Sidonie la besó en la frente.

—Sólo desea tu felicidad, Hélène. Y tiene al príncipe Cem en gran estima. Déjame que hable con él. Si los hospitalarios se opusieran a ese himeneo, tal vez podría intervenir ante nuestro rey. Carlos no ha olvidado a quien fuera chambelán de su padre. Estoy segura de que favorecería ese proyecto.

Radiante, Philippine se lanzó de nuevo en sus brazos.

—No quiero otro esposo, Sidonie. Decídselo a mi padre. Sólo le quiero a él.

—Se lo diré, pero hasta que eso se pueda contemplar mantened ambos la mayor discreción. Y tú, hermosa mía, conserva la virtud —subrayó Sidonie.

Al llegar la tarde, con los ojos humedecidos con melisa, divina con su vestido verde pálido bordado con flores de oro, Philippine se arrodilló con los suyos ante el príncipe cuya corte se reunía en la suntuosa sala de recepciones de la residencia del gobernador. Cuantas gentes de calidad había en la ciudad, y toda la nobleza del Delfinado, insistieron en asistir. Louise de Clermont y Antoine de Montchenu, con motivo de la boda de los cuales se había organizado el torneo, ocupaban un lugar de honor.

La fiesta, alegre, se alargó hasta el alba, animada con las canciones de los trabadores, las acrobacias de los saltimbanquis y la música que las violas, los oboes y los laúdes hacían sonar en el aire tibio. La última vez que Cem fue objeto de una bienvenida semejante fue en Rodas, cuando acudió a pedir ayuda a los hospitalarios. Su orgullo se glorificó, y su felicidad se colmó al sentir que Philippine, sentada a la mesa no lejos de él, la compartía. La señorita de Sassenage sólo pudo acercarse a él en un aparte durante unos segundos, tiempo suficiente para turbarse por la caricia de su perfume almizclado.

Philippine se durmió en sus efluvios soñando en el día aquel en el que, trotando

uno junto al otro, libres y sonrientes, gozarían por fin de aquel amor inmenso que compartían en secreto.

Si hubiera sabido que el padre de su nueva amiga, Marie de Dreux, se había visto obligado a aplazar sus siniestros planes puesto que al príncipe le había sido asignado un catador, sin duda su felicidad hubiera sido menor.

Capítulo 4

Mathieu se sobresaltó al oír cerca de ellos un crujir de hojas. El alba despuntaba tras la sierra de las montañas del Vercors. Empuñando el braquemarte, atento a cualquier eventualidad, recorrió con un movimiento de la cabeza la loma ligeramente apartada del camino en la que se habían instalado para pasar la noche. Estaba desierta. Sería un roedor, sin duda. Y, sin embargo, estaba en alerta. Los bandidos que le acogieron unos meses antes tenían su cuartel general por aquellos parajes. No tenía ningunas ganas de verse obligado a enfrentarse con ellos.

Al caer la tarde, cuando el eje de su carreta se rompió en un surco profundo, estaban ya sólo a una veintena de leguas de Sassenage. Algonde propuso seguir a pie, pero aquello hubiera sido una locura. Sobre todo con Elora. Así que, acompañado de Janisse, que estaba de acuerdo con él, Mathieu buscó un refugio en las inmediaciones. No tardaron mucho en poder acomodar a Algonde, a Gersende y a la chiquilla al abrigo de unas grandes rocas que formaban una bóveda y dominaban el camino y el bosque. Al buey, una vez desatado de la carreta, lo instalaron junto a ellos.

Encender el fuego habría permitido ahuyentar a los lobos, pero por el contrario habría atraído a los malandrines. Así pues, acordaron no hacerlo. Janisse hizo el primer turno de guardia. Mathieu acababa el segundo. Se habían emboscado de tal manera que nadie podía sospechar de su presencia, pero durante el tiempo que perteneció a la banda había tendido algunas trampas a los viajeros y aquel desafortunado surco no era fruto de la casualidad. En los últimos tiempos no había llovido tanto como para que se creara y no recordaba haberlo visto a la ida.

Otro crujido. Más cerca, le pareció. Su corazón latió más deprisa. Un vistazo hacia atrás. Janisse, con la boca abierta, roncaba ruidosamente cerca del buey que mascaba una hierba corta y seca. Dormidas, Algonde y su madre, frente a frente, ofrecían refugio a Elora, que balbucía.

Se frotó las manos húmedas antes de empuñar de nuevo la espada corta. Su nerviosismo no se había calmado. En menos de una hora, en cuanto amaneciera, podrían reemprender la marcha seguros. Claro está que seguiría existiendo el riesgo de ser atacados, pero por el aspecto humilde de la expedición lo más probable era que les permitieran seguir su camino.

Mathieu aguzó el oído. ¿Era su propio aliento o un murmullo enemigo lo que el viento llevaba hasta él? Esa vez se puso en pie, armado con su coraje más que con el filo de aquella espada que sabía que poco podría hacer contra una banda armada. Abandonando a los suyos al abrigo de las rocas, avanzó unos pasos, en línea recta hacia el lugar de donde procedía el ruido. Quería asegurarse. Recordó la señal que se hacían los malandrines que frecuentó y silbó. Dos silbidos estridentes. Luego otro, que imitaba el grito del pardillo, seguido de otros tres, entrecortados. Si se trataba de ellos, estaba salvado. En caso contrario... Esperó, atento al menor ruido. Dos trinos le

respondieron. Bajó la guardia y acto seguido, con un mazo al hombro, su antiguo compañero de juegos en Sassenage, el bandido Villon, surgió de la sombra de unas rocas, a poca distancia de él. Para no exponer a los suyos, Mathieu avanzó hacia las seis siluetas que se recortaban contra el manto de estrellas. Estaba seguro de que lo habían reconocido.

—Unos minutos más y nos habríamos lanzado sobre ti —le dijo una pelirroja desvergonzada de aspecto varonil abriéndole los brazos.

Se dejó abrazar calurosamente.

—Estoy contento de volver a verte Celma... Tu dama... Cascarrabias... Quebrantahuesos... Marrullero, —los saludó uno a uno con un abrazo.

Le dio un fuerte abrazo a Villon, de brazos macizos y nudosos.

—Estoy contento de volver a verte, hermano —le dijo el bandido.

Mathieu se apartó y dio un paso atrás para revivir a través de ellos aquella vida que lo había obsesionado los últimos meses. La de los caminos fríos, las emboscadas apenas había caído el rocío, las huidas y la sangre derramada. Las sonrisas desportilladas eran las mismas que en su recuerdo. Los motes de aquellos hombres y mujeres en medio de la vida salvaje en las montañas evocaban en su corazón el lamento solitario de su alma herida. Junto a ellos recuperó el aliento cuando estaba herido por el dolor de haber perdido a Algonde. Al calor de la hoguera de su campamento, se dejó acariciar por las manos expertas de Celma y se hartó de carne y crímenes para catar la ebriedad de los mismos y curarse del deseo de venganza. Hubiera podido abandonarse. Convertirse en uno de ellos. Fueron las risas de los huérfanos persiguiéndose como su padre antes que ellos, con un arma de madera en la mano, lo que le recordó la horca. Y el sabor enharinado del buen pan que ya no horneaba.

—¿Esa de ahí es tu carreta? —preguntó Quebrantahuesos.

Era un coloso que se había ganado ese mote partiéndoles el cráneo a sus víctimas de un solo mazazo.

Mathieu asintió con la cabeza.

—Se ha roto el eje. A causa de uno de tus surcos, ¿verdad?

Marrullero, hacia quien se había vuelto, se echó a reír.

—¿Buen trabajo, no crees?

—¿Solo o con soldados?

Con la mirada grave ante tal eventualidad, Villon aguardaba una respuesta.

—Baja la guardia. Tengo palabra y te la di.

Se relajaron. Enérgica, vestida de hombre, Celma le rodeó el cuello con sus brazos.

—¿Así que me echabas en falta?

—Así fue durante mucho tiempo.

Ella hurgó en su mirada gracias a la luz de la Juna, antes de dar un paso hacia atrás, con una sonrisa de despecho.

—No vuelves con nosotros, ¿verdad?

Todos le miraron, con el convencimiento de que ya no cumpliría su promesa de unirse a la banda. Mathieu plantó su mirada esmeralda en los ojos decepcionados de Villon.

—Regreso de La Bâtie con doña Gersende y maese Janisse.

La evocación de aquel lugar, asociado al cadalso, los hizo estremecer.

—¿El barón Jacques? —preguntó Cascarrabias, que tenía fama de ser el más rencoroso de la banda.

El panetero meneó la cabeza. ¿Cómo explicárselo a él, a quien tantas veces le había asegurado que se vengaría, con una jarra de vino en la mano, durante tantas noches?

—Algonde me ha dado una chavalilla. Duermen las dos a la sombra de unas rocas.

Celma acusó el golpe. Cascarrabias meneó la cabeza. Villon sacudió la suya. Para ellos, estaba perdido.

—¿Te has casado con ella? —preguntó Marrullero, más pragmático.

—No seas tonto. ¡Pues claro que se ha casado con ella! ¡Y se caga de miedo en los calzones ante la idea de que los podamos ensartar! A que sí, Mathieu, ¿a qué te cagas en los calzones? —se burló agriamente Tudama, que hasta entonces había guardado silencio.

También con éste se conocían desde que nacieron. Sus madres eran primas. Ambos las perdieron a la vez, a los cinco años de edad. Tudama tuvo menos suerte que él. Su padre carretero cayó en una emboscada. A Tudama se lo llevaron y lo criaron en el campamento. Lo había olvidado todo acerca de sus orígenes, incluido su nombre de pila, y no conservaba más que el recuerdo de las faldas de su madre adoptiva, una puta a la que todos llamaban la Dama para burlarse de ella.

Haciendo caso omiso de la decepción que ocultaba aquella pulla, Mathieu puso una mano sobre el hombro de Villon.

—Algonde no sabe nada. ¿Dejarás que sigamos nuestro camino? Si debo pagarte un tributo, quédate con el buey y la carreta. Quiero recobrar la paz.

—Necesito hombres, no carretas...

—Y yo la necesito a ella. Lo sabes mejor que nadie.

—Tu braquemarte —decidió Villon.

Mathieu dio un paso atrás.

—No tendré nada con que defendemos si otros nos atacan.

La expresión del cabecilla se endureció.

—Ése es tu problema. El nuestro es matar por los caminos y la hoja de tu espada nos irá bien. Si un día la quieres recuperar; te aguardará colgada de mi cinto. Dámela.

Mathieu tragó saliva. Frente a él, el grupo se apiñaba alrededor de su jefe. Ni amenazantes ni cómplices, simplemente solidarios de una misma opción de vida.

Obedeció. Un haz de luna dio en la hoja de la espada y espejeó unos instantes.

Los dedos de Villon se unieron a los de Mathieu en la empuñadura para tomar el relevo. Casi la había asido cuando la luz se hizo más intensa en la hoja, sorprendiéndolos a ambos.

—¿Qué es eso...?

Villon no acabó la frase. Al igual que Mathieu, con la mano repentinamente quemada por aquel resplandor azul que desprendía la espada entera, la soltó. Ante sus miradas asombradas, el braquemarte aureolado de luz, en lugar de caer al suelo, quedó suspendido en el aire a la altura de su cintura. Villon dio un salto hacia un lado, supersticioso. Mathieu, petrificado, miraba el arma que, ahora animada, se alzó hasta su frente, con la punta hacia el suelo.

Detrás de Villon, los demás habían retrocedió prudentemente. Mathieu reconoció aquella luz, pero no creía que Elora pudiera generarla desde tan lejos. Era demasiado chiquitina para poseer tal poder. ¿Presina? Fuera lo que fuese, tras perder bruscamente el control, la hoja se clavó en la anfractuosidad de una roca que sobresalía del suelo. Villon tragó saliva.

—¿Quién te protege, Mathieu de Sassenage? ¿Dios o el diablo?

Mathieu no supo qué responder y Villon cedió.

—Recoge tu espada. En esas condiciones, te la dejo.

Inclinado sobre la roca, Mathieu trató de arrancarla pero no lo logró. Tironeó con más fuerza^ pero no se movió. Era como sí el conjunto ya formara un único bloque. Se apartó a su vez, con una sonrisa de despecho.

—Parece que no quieren que nos peleemos por ella.

—Llegará un día, Mathieu, en el que tú y Villon juntos la arrancaréis de la piedra. Ese día lloverá sangre a tu alrededor —predijo Celma con voz monocorde.

Los demás se santiguaron de inmediato. Aunque estaban acostumbrados a las visiones de su compañera, heredera de los secretos de la brujería de su madre, siempre sentían el mismo temor al verla poseída. Mathieu había asistido más de una vez a sus trances. Eran éstos los que decidían si debía asaltarse o no un gran convoy. Si Celma los declaraba victoriosos tras tirar las runas, se lanzaban al ataque con valor. Si se echaba a llorar, abandonaban, pues estaban seguros de que perderían a uno de ellos. Villon asintió con la cabeza, respetuoso ante el poder de Celma.

—Lo que deba ser, será. Vuelve a tu casa, Mathieu.

—Pasaré de nuevo por aquí en sentido inverso dentro de unos días.

—En ese caso, que te vaya bien —le dijo a guisa de despedida al darse la vuelta.

Los otros siguieron sus pasos, silenciosos y graves. Sólo Celma, que había vuelto a la realidad, se volvió una última vez de camino hacia el bosque. Su sonrisa parecía triste y, sin embargo, lo saludó con la mano.

Mathieu los contempló adentrarse en el bosque, trató una vez más de recuperar su espada, renunció a ello, y regresó a su puesto de guardia.

Ya en la frondosidad del bosque, Villon se detuvo. Su amistad hacia Mathieu era sincera. Comprendía su elección, y la respetaba, pero había apreciado su presencia.

Mientras permaneció en el campamento, la carga que suponía aquella comunidad de cien hombres, mujeres y niños le pareció menos pesada. El bandido no sabía por qué razón. Celma le puso afectuosamente una mano sobre el hombro.

—Ten paciencia, Villon. Lo que hoy le hace feliz será su desgracia mañana. Nos necesitaremos. Desesperadamente.

El bandido cubrió aquellos dedos de uñas sucias con los suyos, medio roídos, y los apretó.

—Ahí estaremos —afirmo—. Sí. Tú y yo estaremos ahí.

«Os declaro unidos por los sagrados lazos del matrimonio...»

Esa frase llenaba los sueños de Algonde con un eco aún mayor pues era amplificada por las bóvedas de la pequeña capilla. El padre Mancier aceptó de buen grado la discreción del himeneo y la intempestiva hora de la ceremonia. Aún dormían en el castillo cuando Algonde abandonó sigilosamente su habitación, con su madre y Philippine tras ella. Mathieu y el barón Jacques ya se hallaban allí, atareados junto al cura, cuando ella cruzó la puerta. Escogió de su guardarropía un vestido tornasolado bordado de rojo, y lo utilizó sin reparo alguno para la ceremonia. No era momento para florituras. Engañar a Marthe le bastaba. Lo decidieron todos juntos. No decir nada a nadie. No hacer gala de nada para evitar que pudieran recaer represalias sobre Mathieu. Era la mejor solución, Y además, así no había que darles explicaciones a los cortesanos de Philippine, a los cuales les bastaba la viudedad oficial de Algonde. Todo el mundo quedaba contento.

Gersende no pudo reprimir unas lágrimas de emoción y Janisse, menos discreto, enjugó las suyas al sonarse sonoramente. Philippine se sintió azorada durante el intercambio de votos, al imaginar los suyos con Cem. El barón, satisfecho al poder reparar aquello que había separado, se apresuró a firmar el registro en su calidad de testigo. Fue un acto breve, sobriamente iluminado por unos candelabros y un ramo de zarzarrosas, pero suficiente para los corazones de los recién casados que esperaban desde siempre que su amor fuera consagrado.

Cuando salieron de la capilla, todos volvieron a sus habitaciones. Mathieu no podía dormir con Algonde si querían mantener el secreto.

Al día siguiente, al visitar a Claude, su hermano pequeño, al que Sidonie mimaba, Philippine se sintió desolada al ver que Algonde rechazaba a Mathieu. Había anunciado que contaba enviarla a Sassenage para la boda de su madre, con la esperanza de que así le despertaría el deseo. Marthe, allí presente, ni siquiera pestañeó, ¿imaginaba que aquellos humanos eran demasiado estúpidos para engañarla?

Algonde no acababa de creérselo, pero hasta que se demostrara lo contrario, daba por buena aquella posibilidad.

Más aún puesto que mantuvo una larga conversación con el harón Jacques, una vez rodos se dispersaron y la capilla quedó desierta. Para garantizar la

confidencialidad de sus palabras, el padre Mancier cerró las pesadas puertas de la estancia.

—Necesito saber lo que sabes, Algonde —le dijo serenamente Jacques de Sassenage tomándola de las manos.

Ella se decidió a hacerlo tras oír de sus labios lo sucedido. La resurrección de Jeanne, el altercado con Marthe en su despacho y la alianza con Aymar de Grolée. Jacques de Sassenage había decidido confiar en ella y no podía negarse a ofrecerle su confianza, así que se lo contó todo. Como a Mathieu. A medida que hablaba, sobre los hombros del barón recayó el peso de aquellas revelaciones de las que, sin embargo, era incapaz de medir el alcance real.

Cuando hubo terminado, él permaneció varios minutos pensando en silencio, envuelto en el olor a incienso, antes de volverse hacia ella con expresión de determinación.

—Magia o no, venceremos juntos. Puesto que tal debe ser su destino, favoreceré los encuentros de mi hija con ese príncipe.

Y desapareceré ante esa bruja hasta que llegue el momento. Mayores serán entonces mi venganza y la tuya, Algonde.

Con una mano en el corazón, se arrodilló ante ella.

—Estoy a vuestras órdenes, doncella.

—¿A mis órdenes? —Se atragantó Algonde ante tamaña incongruencia.

—No hay rey en el mundo que no hiciera lo mismo ante un hada.

—Un hada... —repitió Algonde, antes de admitir que se había convertido en un hada por completo gracias al elixir de los Antiguos.

Le tendió la mano para que se pusiera en pie.

Dos días después, ante la mirada indiferente de Marthe, Algonde se acomodaba en la carreta junto a los suyos y, mientras Philippine se disponía a abandonar La Bâtie para viajar a Romans, ella tomó el camino de Sassenage con la misión de traer aquel filtro para Cem. No sería posible, Algonde lo sabía, pero había llegado para ella la hora de ver a Presina y hablar con ella.

Aquella mañana del 5 de junio despertó con un sentimiento de libertad en el corazón. Marthe estaba lejos y Mathieu se hallaba junto a ella.

—No me atrevía a moverme —le dijo su madre, con la cabeza apoyada sobre su codo doblado, a pocos dedos de ella.

Algonde le sonrió con ternura. Janisse aún roncaba con un desesperante ruido de la glotis. Elora agitó los brazos entre ellas, con los ojos bien abiertos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Esta chiquitina es de buena constitución. No puedo decir lo mismo de ti, que bramabas en cuanto se acercaba la hora de tomar el pecho.

Algonde sonrió al oír aquella evocación antes de incorporarse para ponerse a la criatura sobre las rodillas. En cuanto retiró la tela de su corsé, Elora se abalanzó sobre

su seno. Gersende se sentó a su vez y apoyó la espalda contra la roca, cerca de su hija. Ante ellas amanecía y el cielo se incendiaba con vapores sangrientos. Algonde buscó a Mathieu con la mirada y vio que estaba adormilado, acurrucado sobre sí mismo, Visiblemente, la noche había transcurrido apaciblemente.

Aún amodorradas, ambas se abandonaron ante el espectáculo del sol que ascendía en el horizonte y Gersende suspiró.

Algonde volvió la cabeza hacia ella.

—Pienso en esa pobre Fanette —le confesó su madre.

Un velo de tristeza cubrió el corazón de Algonde. Al atardecer llegarían al castillo. Entonces habría que decirle la verdad; Algonde sabía que no los perdonaría. Fanette amaba a Mathieu al menos tanto como ella. Le romperían el corazón.

Gersende no quería perder más tiempo y se apoyó en la roca para ponerse en pie.

—Vamos —dijo—, no hay que apenarse antes de tiempo. Yo también tengo hambre.

Con paso decidido fue hasta Janisse y le sacudió el hombro.

—En pie, prometido mío. Es hora de desayunar.

Mientras Janisse se levantaba, chascando la lengua con su legendaria glotonería, ella rebuscó en la bolsa de la que no se separaba una hogaza de pan y el pedazo de tocino ahumado que constituían su refrigerio.

Capítulo 5

Laurent de Beaumont, señor de Saint-Quentin, llegó a la plaza mayor de Romans orgulloso de su título de paje del joven rey Carlos de Francia, en el momento en que Philippine paseaba por allí acompañando al cortejo del príncipe Cem. Como todos, lo vio avanzar por la explanada reservada, ignorando las barreras. Él iba a caballo y ellos a pie. Mane de Dreux, a la que gustosamente había aceptado a su lado, a punto estuvo de desvanecerse al verle desmontar de su corcel. Philibert de Montoisson, por su parte, arrugó la nariz y se dejó arrastrar por los notables hasta pegarse a Philippine.

Por una vez, pensó ésta, era una buena idea.

Mientras Cem llegaba a la tribuna, acompañado por el barón de Clermont, Jacques de Sassenage y los señores de Chaste y de Uriage, todos jueces en aquellas lides, Philippine, apremiada por Marie, se quedó atrás para que Laurent de Beaumont pudiera verlas.

Una vez hubo entregado su montura a un guardia, contempló el espacio de las justas con una mirada de conquistador. Tras un instante de felicidad al ver a Philippine, que miraba en su dirección, su rostro se volvió adusto al descubrir a su escolta. Marie de Dreux. Philibert de Montoisson. No dudó ni por un momento que una había confesado su correspondencia y que la otra estaba al corriente. Sin embargo, avanzó hacia ellas. Ante todo hombre de honor, se consagraría a aquel torneo para ganarse el corazón de Philippine. De no ser así, se casaría con la bella Marie tras abatir a su rival.

—Qué alegría volver a veros por fin, gentiles damiselas —exclamó con deferencia.

Se inclinó y saludó con su sombrero tocado con una pluma blanca.

—No puedo decir lo mismo, señor. ¿Qué osadía os lleva a entrar en este campo que aún está prohibido a los caballeros?

Laurent de Beaumont miró de arriba abajo a Philibert de Montoisson, que acababa de fustigarlo, con gran desprecio.

—El amor se ríe de las barreras. Y los centinelas se inclinan ante el sello del rey.

—¡Menuda caradura! ¡Os aureoláis de un resplandor usurpado, señor! —se burló Philibert quien, si hubiese podido, en aquel mismo instante se le hubiera lanzado al cuello.

No, decididamente no había echado en falta su carita de niño y sus ínfulas de gallito.

Philippine se rió.

—¡Vamos, veo que sigue habiendo un buen entendimiento entre vosotros dos! Basta ya, querido Philibert.

Ella respondió al saludo del paje.

—Vuestras cartas afirmaban que gozabais de buena salud y constato con placer que además habéis recobrado también vuestra impertinencia.

—Indomable ante tanta belleza.

Marie de Dreux bajó la vista, herida. Harta ya, Philippine decidió darle una lección. Cuanto antes se dijeran las cosas, antes aquellos lobos dejarían de tratar de degollarse.

—No os presento a Marie, sé hasta qué extremo la queréis... El señor de Montoison, que lo ignoraba, se divirtió.

—¿Así, pues, luciréis su pañuelo en el brazo?

Laurent de Beaumont no respondió. Sólo quería combatir por Philippine, pero confesarlo hubiera sido una zafiedad.

Les ofreció una reverencia.

—Permitid que me retire, señoritas. Es hora de dirigirse a los establos. ¿Permitís que os invite a seguirme, señor? A no ser que hayáis decidido rendiros por razones de vuestra avanzada edad. De hecho, se llevaban veinte años.

—Id delante, ya sabré dónde encontraros —refunfuñó Philibert de Montoison apretando los puños.

Con una sonrisa en los labios, Laurent de Beaumont se dio la vuelta. Marie estaba lívida. Uni6 las manos en señal de oración ante el hospitalario.

—No me lo hiráis, caballero. Veo en vuestros ojos que os hace hervir la sangre, pero...

—Serenaos, Marie —le ordenó secamente Philippine—. Si entre ellos hay alguna diferencia, cosa de la que dudo, se resolverá en este campo ante todos, ¿no es así, Philibert?

El señor de Montoison se inclinó ante Marie.

—No temáis. No desearía privaros de un hombre como él.

Se cuidó mucho de añadir que el padre de la damisela, que había tenido la desagradable sorpresa de identificar como al pañero del peaje, tendría así el yerno que se merecía, altivo y condescendiente.

Y tras dejar que se reunieran con los jueces, que ya se habían acomodado con gran revuelo de trompetas, se dirigió rápidamente hacia el vallado.

Un redoble de tambor que respondía a las notas alegres les dio tiempo a instalarse. Philippine entre su padre y Sidonie, Marie de Dreux entre sus padres, a los que había invitado el barón de Clermont. El pañero, ataviado ridículamente con sus ropajes sobrecargados de bordados, parecía que hubiera caído en un bote de pintura dorada. De verbo poderoso, molestó al oído de Philippine al reprocharle a su hija que hubiera preferido aquel vestido sobrio al más vistoso que le había destinado. Felizmente, Cem estaba ahí para distraer a la señorita de Sassenage de tan grosero personaje, delante de ella, un escalón más abajo, ocupado en una conversación con el señor de Clermont. Su corazón dejó de latir un instante, un largo escalofrío le recorrió la columna vertebral y tuvo que apañar la mirada para no ponerse colorada de la cabeza a los pies.

Precedido por nuevos toques de trompeta, un heraldo de armas proclamaba su mensaje y otros, a cierta distancia, lo repetían para que todo el mundo pudiera oírlo.

—¡Gentiles damas y bellos caballeros! Se hace saber a los caballeros que en este día de junio, tercero antes de Pentecostés el príncipe Cem ofrecerá un presente de valor incalculable al vencedor de este torneo. El vencedor recibirá el obsequio de manos de la amable Hélène de Sassenage.

Philippine soltó un grito de sorpresa. Cem se había vuelto al oírse el anuncio y Je dirigió un elegante saludo con la cabeza al que ella respondió por reflejo. Un acangui subió las escaleras hasta llegar frente a ella, la saludó con una inclinación y ante las miradas de los Sassenage abrió un cofre labrado. De nuevo, se quedó sin aliento. Al lado de pequeños diamantes de inigualable pureza, había otros dos de un azul translúcido y admirablemente tallados que apenas le cabrían en la palma de la mano.

—Reconozco la generosidad del príncipe. Es un regalo real —dijo Jacques de Sassenage, turbado.

De aquí y de allá las gentes se inclinaban para tratar de verlo, pero Philippine cerró la caja.

—Dile a tu señor que seré garante de la belleza de estas piedras, tan resplandeciente como la de mi hija a quien se las ha confiado —declaró Jacques de Sassenage al turco que las había llevado hasta allí.

En cuanto éste se hubo marchado. Jacques se inclinó hacia ella.

—No hay duda de que te tiene en gran estima, hija mía... Y soy feliz por ello —le dijo en un aparte.

Philippine no lo dejó traslucir, pero su corazón latió aceleradamente. A todas luces, Sidonie se lo había explicado todo.

Un nuevo redoble de tambor. Las cabezas se volvieron hacia el vallado. Los caballeros aparecieron uno tras otro, vestidos con armadura y penacho, llamados por orden alfabético. Ochenta y cuatro en total, entre los cuales, además de Philibert de Montoisson y de Laurent de Beaumont, figuraban Aymar de Grolée, uno de los de mayor edad, pero imbatido en la última justa; Louis, el hermano de Philippine; Philippe de La Tour-Sassenage, padre de Sidonie; Guillaume de Viennois, señor de Ambel o Pierre Coste, oficial del Tesoro de Romans cuyas ventanas se hallaban frente a la de Philippine. Curiosa al pensar en el retrato que de él le había hecho Bonnemine lo contempló mientras detenía su caballo frente a Id tribuna, con el yelmo alzado. A pesar de algunas patas de gallo que traicionaban su treintena, tenía un rostro agradable y una mirada viva y glotona. La miró con deseo. En lugar de responderle, ella apartó la mirada al juzgar, finalmente, que no era tan apuesto. Todos destilaron sin que ella viera a alguno cuyo porte pudiera competir con el de Cem. Ni siquiera Jacques de Montbel, el cual quedó tan impresionado por su belleza que los ojos se le salían de sus órbitas y que hizo decir a Sidonie:

—Te apuesto a que éste se sumará esta noche a nuestra fiesta y no se apartará de

tu lado...

Jacques de Sassenage añadió, divertido:

—El conde de Entremont es un buen partido, de una fidelidad y una rectitud sin tacha y, ¡pardiez!, además ahora está perdidamente enamorado de ti. Lástima que estés prometida, hija mía...

De hecho, tan subyugado estaba que no se movía del lugar; hasta el punto de que tuvieron que intervenir los heraldos para indicarle que prosiguiera su camino.

Al lado de Sidonie, las hermanas Sassenage trataban de permanecer erguidas y serenas tal como ésta les había aconsejado y siguiendo el ejemplo de la mayor, pero a veces se les escapaba una exclamación, modulada de inmediato con sus dedos cubiertos por los guantes que se llevaban a sus bocas sonrosadas.

Una vez todos los caballeros estuvieron alineados frente a los jueces, un caballero con los colores del barón de Clermont les presentó un sombrero boca arriba para que el azar designara quiénes serían atacantes y quiénes defensores. Les llegó el turno a Philibert de Montoisson y Laurent de Beaumont. Cuando el heraldo anunció que se enfrentarían uno al otro, Mane de Dreux resbaló en su silla, exangüe.

Agotados, rendidos. Janisse ya no tenía saliva y menos aún palabras para lamentarse cuando franquearon el cuerpo de guardia del castillo de Sassenage ya entrada la noche. No les esperaban pero, en unos minutos y mucho antes de que llegaran al patio interior, circuló el anuncio de su retorno y sobre todo de la presencia de Algonde. Todos salieron de sus casas, Jean el panetero el primero de todos ellos, inquieto por el rumor según el cual habían llegado a pie. En cuanto vio a su buey y oyó que su carreta estaba en el camino y que sólo necesitaba ser reparada, se abandonó a la alegría del reencuentro. Algonde fue de abrazo en abrazo. Janisse sacó fuerzas de flaqueza y pudo pedir a sus marmitones, a los que abrazó como si fuera su padre, que les dieran de beber y de comer. Las risas resonaban como un torrente de aguas vivas y, a pesar de la hora tardía, alguien propuso que se organizara una velada para festejar el acontecimiento.

Mathieu, por su parte, no se sumó mucho rato a aquella efusividad. Al igual que sus padres, Fanette se hallaba frente a la puerta. Lo había visto, el primero sin duda. Sus miradas se cruzaron. La presencia de Elora no necesitaba comentarios, pero no quiso esconderse. Con pasos pesados pero decididos, renunciando a los honores, se abrió camino entre las gentes del castillo para llegar a la casa del herrero.

Fanette había entrado.

—Buenas noches, muchacho —le dijo Jeannot sin rencor.

A pesar de la pena de su hija, había frecuentado tanto a Algonde y a Mathieu que no podía dejar de alegrarse por su reencuentro.

—Ya no tengo el braquemarte, me lo robaron en La Bâtie —le anunció el joven.

Jeannot se encogió de hombros.

—¿Te has casado?

Mathieu asintió con la cabeza.

—En ese caso no has perdido nada que me perteneciera. —¿Puedo ver a Fanette?

—Si ella lo consiente...

El jovencuelo cruzó el umbral. Allí estaba la madre, que le dirigió una mirada sombría, sin comentarios, y le gritó:

—Muéstrate, hija mía, que vea la desdicha que te provoca. Mathieu se quedó en pie en la estancia de muebles perfumados por la cera con la que acababan de lustrarlos. Aún quedaba un poco en el trapo tras haberlo utilizado para el espléndido mobiliario de los señores. Sidonie nunca les había reprochado que acabaran de aprovecharlo. Esperó unos largos minutos. Con el fin de que advirtiera su desprecio, Cunégonde se había puesto de nuevo a trabajar. Mathieu ya se disponía a marcharse cuando se abrió la cortina. Fanette había aprovechado para enjugarse los ojos. Con ojeras y aún enrojecidos, brillaban pero hallaron la fuerza para mirarle sin pestañear.

—Estoy contenta de que hayas regresado sano y salvo, Mathieu.

—Quiero hablar contigo. ¿Me concederás un momento?

—¿Puedo salir, madre?

—Decídelo tú —respondió ésta sin alzar la vista.

Fanette fue hacia la puerta y la abrió. El patio estaba desierto, pero del otro lado del torreón, junto a la panetería, llegaban risas. Un caramillo desgranaba unas notas en el aire fresco de la noche. Con decisión se dirigió hacia el otro lado, hacia la halconería, como aquella noche en la que Mathieu la persiguió, cuando discutieron. Él la siguió a distancia. Frente a la fragua, ni Jeannot ni sus hijos le impidieron que se marchara.

Fanette se apoyó contra el muro y aguardó a que llegara. Su dolor era innumerable pero, valiente, no era de las que ceden ante la adversidad. Él se plantó frente a ella, incapaz de hablar.

—Fue perdonado... Por la chiquilla —alcanzó a decir; olvidando el discurso que había preparado.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que estaba embarazada de tu hija?

—Me enteré allí. Te pido perdón, Fanette.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué? No me has mentado. En el momento en que te marchaste, supe que te perdía. ¿Recuerdas lo que te dije la otra noche? Que prefería verte colgar de la horca que junto a ella...

Él no supo qué responder.

—Era verdad. Y lo es aún. Te deseo que seas feliz, Mathieu, mientras puedas. Porque te conozco, quizá mejor que tú mismo, y hace un rato he visto ahí a tu ruiñeñor... En La Bâtie se le han pegado aires de gran señora. Tú aún tienes las manos embarradas. Llegará el día en que tendré mi revancha...

Él retrocedió, asustado ante la hiel que ella escupía. Ante su lucidez.

—Cállate.

Con los ojos achicados por el dolor, ella se carcajeó.

—Y esperaré, Mathieu, créeme. En el único lugar al que sé que regresarás.

Se sobresaltó. ¿Osaría abandonar ella aquella vida? ¿Unirse a los bandidos? Puesto que sabía que era de su refugio de lo que hablaba Fanette. Muchas veces le había pedido que le explicara su estancia allí. Se arrepentía de haber evocado a Villon, su antiguo camarada.

—No cometas esa locura, Fanette, o te perderás. Yo no merezco la pena, créeme.

—Te creo —le respondió ella fríamente—. Pero para mi desgracia te amo, Y al revés que tú, no te perdono. Corre a reunirte con ella, mi bello Mathieu. Y aprovéchala. La próxima vez que me veas tal vez tendré un puñal en la mano y estaré encima de ti. O encima de ella, si tú no estás allí.

Entre los suyos, rodeada de los perfumes recobrados del castillo de su infancia, Algonde alzó su copa ante la mesa que se había improvisado bajo las estrellas frente a la panetería. Los dependientes corrieron a la cocina y llenaron cestas de embutidos y Jean sacó su última hornada.

—Que Dios os guarde tal como os he hallado —brindó Algonde.

¿Por qué los días habían perdido aquel sabor? ¿Aquel color? ¿Por qué había crecido? ¿Por qué cayó en el Furon? ¿Por qué había seguido su destino? Qué bien se sentía súbitamente en su casa, lejos de Marthe. ¿Recobraría algún día la despreocupación de los banquetes, la ligereza de los caramillos? Mathieu apareció, con aspecto triste. Todos lo habían visto dirigirse a casa de Fanette y todos sabían lo que se habían dicho. Algonde se prometió ir a ver a la jovencuela al día siguiente, no porque tuviera el poder de aliviar su pena sino porque deseaba que supiera hasta qué punto la comprendía.

Aquella noche estaba sedienta de vida. Tenía ganas de saborear la felicidad a bocados. Mathieu se sentó en el banco entre su padre y su hermano y brindó a su vez por la pequeña Elora, que dormía en casa del panetero, justo al lado. Esperaba que a la mañana siguiente Fanette hubiera cambiado de idea.

La fiesta se prolongó hasta el alba en Sassenage y también en Romans. Cuando todos se hubieron dormido, una joven abandonó a su familia con un pequeño hatillo al hombro, agotadas las lágrimas, y un hombre vertió veneno en una jarra de hidromiel.

Ambos habían nacido bajo el signo del escorpión. Tenían en común el mismo destino, pero en el momento en que los gallos cantaron saludando su huida, lo ignoraban.

Capítulo 6

Si a algo se había aficionado Cem era a ese vaso de hidromiel maravillosamente especiado que el gran prior tenía la gentileza de enviarle y que bebía antes de caer en brazos de Mor feo. Protegido por la lengua del catador; a cualquier hora en que se acostara en aquella ciudad de Romans donde se festejaba su presencia, Cem había perdido el miedo al peligro. No soñaba más que con regalarse la vista con los ojos de Philippine, con las actuaciones de los acróbatas, bailarines o los malabaristas de mazas; y el paladar con los manjares más refinados servidos hasta la saciedad.

En aquella suntuosa residencia, situada a la salida de la ciudad, donde recibía a sus invitados como si fuera el dueño de la casa, Cem había recobrado el gusto por la vida, con los fieles Nasuh y Anuar junto a él.

Este último precisamente acababa de acompañarle a la cama. Un amanecer púrpura bailaba en la celosía del ventanal y Cem, encantado con aquellas fiestas que daban brillo de nuevo a su triste existencia, había abusado un poco del vino de especias. No estaba borracho, pero la cabeza le daba vueltas.

—Menuda migraña tendré mañana, hermano —se rió mientras se dejaba caer pesadamente en el borde de la cama.

—¡Bah! La compañía de Hélène te la curará —profetizó Anuar a quien, a su vez, la belleza de Isabelle, la hermana pequeña de ésta, le había conquistado el corazón.

Cem se abandonó con los brazos en cruz sobre el edredón bordado con cuadros y flores.

—Quisiera que estos días no acabaran nunca. Volver a Rocheehmard será un calvario.

Anuar se instaló a su lado, con la espalda apoyada en los voluminosos almohadones y una sonrisa en los labios.

—¡Vamos, no digas eso! Jacques de Sassenage te lo ha dado a entender. Ahora es tu aliado. Estoy seguro de que abogará por ti ante el rey de Francia. Si el monarca arrastra a Occidente tras él en una nueva cruzada, en ese caso las puertas de Estambul temblarán, como antaño Constantinopla.

Cem suspiró. Nasuh y Anuar aún sentían nostalgia. Ni uno ni otro habían renunciado a verlo reinar.

—¿Qué sería para mí un reino sin ella, hermano?

—¿Quién habla de dejarla? Tu madre es cristiana. Convince a tu amada de que te acompañe. Quien ve arder el azur sobre el macizo de los Dardanelos queda prendado para siempre de ese país, Zizim. Los ropajes orientales le parecerán suntuosos y los perfumes almizclados. Se quedará pasmada ante el Cuerno de Oro y trente a Topkapi aún más. Hazla tuya, hermano, pero no aquí. Aquí, aparte de ella, no hay nada digno de lo que eres.

Cem cerró un instante los ojos.

—Dices la verdad, lo sé, pero ¿consentirá su padre que me la lleve?

—Se inclina ante el príncipe que aún eres, ¿por qué iba a rechazar al sultán que serás?

—No lo sé, Anuar, no lo sé.

Se desperezó, con un bostezo.

—Más tarde pensaremos en ello. De momento, no hay nada decidido. Los hospitalarios no renunciarán sin pelea al rescate que les paga Beyazid. Antes de reconquistar Estambul, mi guerra comenzará aquí, contra el gran prior.

—Y se ha convertido en tu amigo, es cierto —dijo Anuar—. ¿Seguiría siéndolo si supiera que quieres arrebatárselo a Hélène a su protegido?

—No quiero nada que ella no consienta. El amor no tiene dueño. Guy de Blanchefort es un hombre justo y bueno. No dudo de que, llegado el momento, estará de acuerdo con mis proyectos.

Anuar meneó la cabeza, escéptico.

—No quiero amargarte la esperanza, Zizim, ni menoscabarle al gran prior las cualidades que le atribuyes, pero yo en tu lugar desconfiaría...

Cem volvió hacia él su rostro alterado por la fatiga.

—Así ha sido siempre. Y así será siempre, hermano.

Sus antebrazos se entrelazaron, como en los tiempos en que, de jóvenes, se quedaban hasta tarde por la noche juntos, cómplices, mientras sus respectivas madres los buscaban. Amamantados por el mismo pecho, no se habían separado nunca. Aquel gesto tenía algo de su infancia y de los secretos compartidos.

—¿Quieres tu hidromiel? —preguntó Anuar antes de abandonar la habitación, vencido él también por el sueño.

Cem dudó un instante y luego sacudió la cabeza.

—Siento náuseas. Sería malgastarlo.

Anuar se puso en pie y dio unos pasos hacia la puerta, antes de retroceder hasta la mesita de noche en la que habían depositado la jarra. La garganta, que una corriente de aire le había irritado desde el inicio de las festividades, le ardía. Mientras un ligero ronquido se llevaba a Cem hacia los dulces limbos, se sirvió un vaso y se lo llevó a los labios, feliz al contemplar al príncipe en aquel abandono como si aún se hallaran allí, en Brousse, tras una bacanal de lobos jóvenes.

Al sentir una opresión en el corazón, tuvo tiempo de sorprenderse pero no alcanzó a comprender. Despertó sobresaltado a Cem y se abalanzó sobre él, con los ojos desorbitados. Fulminado.

—Fanette ha desaparecido.

Algo de saltó de la cama de inmediato. Mathieu aún dormía, con una respiración regular. Se frotó los ojos con los puños y miró a su madre, que habiéndole dado las llaves de la habitación maldita para que pudiera por fin disfrutar de su noche de bodas, acababa de aparecer en el umbral de la puerta, asustada.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Pues eso, que ha desaparecido. Se ha marchado del castillo. Su madre ha venido a decírmelo. Le hierva la sangre y está convencida de que Mathieu es el responsable.

—¿Qué dice Jeannot?

—Ha partido en su busca, ayudado por sus hijos y algunos voluntarios.

—Ahora bajo —decidió Algonde.

Antes incluso de que su madre hubiera salido para dejar que se vistiera, sacudió a su esposo con fuerza por los hombros. Mathieu se puso boca arriba, con su verga en erección y la agarró de la cintura.

—Mi ruiseñor —canturreó, con los ojos y los labios aún presa del sueño.

Algonde se irguió.

—Fanette se ha marchado.

—¡Ah! —exclamó, torciendo la boca.

Dejó caer los brazos.

Algonde tenía el corazón en un puño.

—¿Sabes dónde está, verdad?

Él se rascó la barba, que había descuidado desde su partida de La Bâtie. Confesarlo supondría explicarle a Algonde su pacto con los bandidos. No había podido hacerlo a pesar de lo que ella misma le había confesado. Había crímenes cuya sangre no podía lavarse, y dado que nadie se había percatado de que por la mañana él se había puesto de nuevo en camino sin el braquemarte, no se vio obligado a mentir.

—Contéstame, Mathieu —insistió Algonde.

La frialdad conminatoria de su mirada lo hirió.

—Aunque te lo dijera, nada podrías hacer, Algonde. Está perdida para todos, y yo también si sus padres dieran con ella.

Una duda en la mente de Algonde. Un escalofrío a lo largo de su espalda. Se concentró en la jovenzuela. El rostro ennegrecido por el polvo pegado a su piel por las lágrimas, despeinada. Fanette se había atado el hatillo a la cintura y trepaba por un repecho rocoso agarrándose a las raíces.

—Los bosques altos de Sassenage. Se dirige a los bosques altos de Sassenage —murmuró Algonde.

Mathieu palideció.

—Co... co... cómo... —tartamudeó.

Clavándole sus ojos desolados, ella no lo dejó acabar.

—Se dirige al campamento de Villon, ¿verdad?

De la impresión, Mathieu se quedó con la boca abierta. Aquello bastó a Algonde. Saltó de la cama.

—Sí, va a unirse a ellos. Con la idea de que un día tú harás lo mismo. No puedo dejar que crea eso, Mathieu. No puedo consentir que se convierta en su puta.

Mientras ella se vestía apresuradamente, él resopló.

—Lo sabías. Siempre lo has sabido... Y a pesar de ello...

Ella se plantó frente a él, enternecida por su vergüenza y a la vez por su impotencia.

—Mis poderes son mayores de lo que imaginas, pero no tengo tiempo de explicártelo con detalle. Vístete. Tenemos que alcanzarla.

—Nos lleva mucha ventaja —objetó él.

Ante la evidencia, Algonde dejó caer los brazos. Se quedó pensativa unos segundos y luego se calzó.

—Por el Furon. Melusina me ayudará.

—¡No! —gritó él—. ¡No!

Con unos pasos, se plantó frente a ella y la asió de los brazos. La sangre había desaparecido de su cara debido al miedo que le inspiraba aquella perspectiva.

—Cojamos los caballos —suplicó—. No quiero que regreses allí. Nunca. Prométemelo, Algonde. ¡Prométemelo!

Sus miradas se enfrentaron un instante, azorados ambos ante la idea de verse separados de nuevo. Algonde cedió.

—Te lo prometo. Vístete. Yo partiré antes. Únete al grupo que comanda Jeannot. Eso te disculpará. No te preocupes. La traeré de vuelta.

Él la abrazó con fuerza.

—En su corazón sólo hay deseo de venganza. No te fíes de ella.

Bonnemine sollozaba al entrar en la habitación de Philippine, que estaba agotada tras una noche demasiado corta y en extremo festiva.

—¡Levantaos, señorita, ha ocurrido una gran desgracia, si, una gran desgracia!

—¡A ti sí que te va a suceder una gran desgracia como no dejes de inmediato de graznar!

La camarera se apartó de inmediato, más por la necesidad de sonarse su nariz morada que por verdadero temor. Un detestable sonido de trompeta resonó en la penumbra, seguido de un trote en dirección al ventanal. Philippine suspiró al recibir los rayos del sol en plena cara. No, decididamente, no podría volver a dormirse.

—Una gran desgracia. ¡Oh, sí! Era tan guapo, tan agradable...

Philippine se apoyó en los almohadones. Tenía migraña a causa de haber dormido poco y la letanía de aquella boba la incitaba al asesinato. Refrenando ese deseo ante tamaño desconsuelo, Philippine la miró con dureza y logró hallar en ella un poso de compasión.

—¿Qué sucede?

—A mí, nada, señorita. ¡Oh, no! Es a ese pobre príncipe.

A Philippine se le heló la sangre. Súbitamente preocupada, aguardó a que Bonnemine acabara de sonarse de nuevo.

—¿Cem? ¿Te refieres al príncipe Cem?

—¿Y a cuál otro?

—Lo dejé al alba y reía como yo —aseguró la damisela.

—Al alba, tal vez —dijo Bonnemine sorbiéndose los mocos y santiguándose—, pero esta mañana...

Lacerada por la inquietud, Philippine se levantó de la cama y la agarró desconsideradamente por los codos.

—¿Qué ha pasado esta mañana? ¿Me vas a decir lo que ha sucedido o tendré que pegarte?

Sorprendida por la súbita vehemencia, el llanto de Bonnemine devino incontenible.

—Lo han envenenado, eso es. Envenenado, os digo, ¡a un príncipe tan noble como él! No es de justi...

Su frase se perdió entre los cabellos de Philippine que, vencida por su desesperación, se había desmayado.

Cem también estaba desesperado junto al lecho de su hermano de leche. Nasuh, a su lado, llevaba con discreción su dolor. Sólo un temblor en el ojo izquierdo traicionaba la violencia interior de su desgarró.

Anunciado por un lacayo en la estancia de Cem, convertida en cámara mortuoria, Guy de Blanchefort se aproximó a la cama en la que había quedado rendido Anuar. La jarra envenenada había desaparecido de la mesita de noche. Se la había llevado uno de los boticarios de la ciudad al que habían mandado llamar de inmediato, y que sólo pudo confirmar la muerte por envenenamiento. El catador, obligado a explicarse, confesó que se había ausentado para ir a defecar. El príncipe aún estaba disfrutando de la fiesta con sus compañeros, el señor de Montoisson y Louis de Sassenage. No cabía duda de que habían aprovechado aquella ausencia para actuar. Pero ¿quién? Aquélla era la cuestión. El preboste, al que también habían despertado, acababa de abrir una investigación, pero nadie había visto nada. Cuando vio subir al príncipe a sus aposentos, su esclavo se dirigió a la cocina. La jarra preparada por el escanciador se hallaba sobre una bandeja. Estaba cerrada con un tapón. Al no encontrar al catador, el hombre se apresuró a subir las escaleras para no hacer esperar a su amo. Blanchefort obtuvo de Cem, cuya primera reacción había sido degollarlo, que aguardara, dado que necesitarían su testimonio y el detalle de sus recuerdos para atrapar al asesino. Cem se tragó sus ansias de venganza. No quiso ver a nadie, y se enclaustró entre las paredes de su habitación donde se hallaba Anuar. Con la puerta cerrada y debido a la ausencia del príncipe en el desayuno, se propagó el rumor dando eco a una información errónea que el preboste se cuidó de no rectificar, ofreciendo así al culpable la satisfacción por su éxito. Así sería más fácil atraparlo, le afirmó a Guy de Blanchefort.

En aquel momento, el gran prior se acercó al príncipe, sentado a la sombra de las cortinas que habían echado frente a la ventana. Con los ojos cerrados por la pena que sentía, oraba a media voz en su lengua.

—Disculpadme si os molesto, Zizim...

Cem alzó la cabeza. La tez gris, los ojos veteados de rojo, los rasgos tensos: era la

sombra de sí mismo. Abatido por la fatiga y la desolación.

—No me molestáis, gran prior. Ningún amigo enturbia el reposo de las almas puras. Hablad.

—El rumor se ha extendido por la ciudad. Jacques de Sassenage está ante vuestra puerta, deshecho. Aún no lo he visto pero no creo que se cuente entre vuestros enemigos. ¿Debo decirle la verdad acerca de vos?

Cem frunció el ceño. Ignorante de las intenciones del preboste, no comprendió la deferencia de Guy de Blanchefort.

—¿De qué me estáis hablando?

El gran prior se lo explicó en pocas palabras y Cem palideció aún más. Si el barón le creía muerto, Philippine también debía de creerlo. No podía dejarla por más tiempo en el error y la desesperación. Apoyándose en los reposa brazos del sillón, se puso en pie con toda la energía que le quedaba.

—Quiero verlo a solas —exigió con tal autoridad desesperada que Blanchefort, aunque se sorprendiera, no pudo objetarle nada.

Algonde avanzaba tan deprisa como la vegetación le permitía, con los muslos apretados contra su yegua, como un hombre, para mejor acompañarse con los desniveles del terreno y la estrechez de los pasos que le ofrecía el bosque. Mathieu le había indicado someramente el camino para llegar al campamento de los bandidos. Sabía que Fanette avanzaría a ciegas, dando voces cuando se aproximara a las cañadas en las que su voz resonaría, Algonde quería darle alcance antes de ese extremo sin retomo.

Sentía que se acercaba a ella. Un trozo de cinta enganchado a una rama baja, otro de tela en unas zarzas. Necesitó aún una hora para verla en el claro de un grupo de robles peleándose con los helechos para abrirse paso y avanzar.

—¡Fanette!

La jovencuela se volvió, sorprendida. Tras unos instantes de azoramiento al ver aparecer a Algonde, se serenó de inmediato.

¿Comprendió que querían llevarla de vuelta? ¿O temió alguna maldad? Dio un brinco por encima de las hierbas y se echó a correr. Algonde desmontó y sin hacerse pregunta alguna se lanzó en pos de ella.

Con el rostro azotado por las hojas de las ramas bajas y las pantorrillas arañadas, la seguía de cerca, cada vez con el aliento más entrecortado. Algonde no tardó en reducir la distancia que las separaba y, cuando un árbol muerto cortó el paso a Fanette, obligándola a detenerse para saltar por encima del obstáculo, Algonde se abalanzó sobre la joven como una bestia sobre su presa. Rodaron por los suelos, con la cofia rozando el tronco.

—¿No vas a dejarme nunca en paz? —balbució Fanette, con el culo en el suelo, antes de enjugarse furiosamente con el puño el labio herido al dar contra una rama.

—No se abandona a una amiga —respondió Algonde sentándose a su vez.

Hirsutas y afeadas por la sangre que perlaba sus arañazos, una y otra ofrecían un lamentable aspecto.

La mirada de Fanette la fulminaba.

—Habla por ti. Yo te odio.

Los latidos del corazón de Algonde se calmaban.

—Nos conocemos desde la infancia. Nada puedo hacer si Mathieu me ha amado a mí.

—¡No tendría que haber vuelto! ¡No me tendría que haber dado esperanzas!

Algonde se encogió de hombros.

—Los celos te ocultan la verdad, Fanette. Tú viste que sus sentimientos no habían cambiado. Antes los respetabas.

—Entonces era inocente. No había probado sus besos. Algonde se puso en pie y le tendió la mano.

—Volvamos. El pueblo entero te está buscando, y tus padres están desconsolados. No puedes desaparecer de esa manera y acabar en la cama de esos bandidos, pasando de manos de uno al otro como una ramera. No es propio de ti.

Fanette se echó a reír.

—Crees que me conoces pero no sabes nada de mí, ruiñón. No, nada de nada.

Contundida por el recuerdo de la jovencita reservada que había sido, Algonde no la vio venir. Ni vio el puñal que había caído en su mano. Cuando Fanette saltó sobre ella, Algonde apenas tuvo tiempo de reaccionar. Cayó hacia atrás, con la pelirroja sobre ella. Cuando logró apartarla, la hoja se hundió profundamente entre sus costillas. Algonde lanzó un grito de sorpresa y de dolor.

—Muérete, muérete, ruiñón, muere y me habré vengado —se echó a reír Fanette, retirando la daga para apuñalarla de nuevo, en pleno corazón.

El segundo siguiente, sin embargo, su hilaridad demente calló en seco. De la herida surgió un torbellino de luz azulada que la empujó con violencia y la hizo descabalar de encima de su presa. En lugar de que la Parca se la llevara, Algonde se sentó sobre el suelo encharcado de sangre, presa de una tos violenta. Con los ojos desorbitados. Expectoró el coágulo de sangre que le impedía respirar, consciente de que el poder de los Antiguos que moraba en ella la había salvado.

Fanette se santiguó ante aquel milagro. ¿Era un espíritu divino o diabólico? No lo sabía, pero estaba segura de que Algonde no le perdonaría haber tratado de matarla. Aterrorizada ante la idea de las posibles represalias, retrocedió hasta fundirse entre los helechos más altos. A algunos pasos de allí, el caballo de Algonde relinchó. Fanette corrió hacia él. Aunque nunca hubiera montado, tuvo fuerzas para subirse a él y tumbarse sobre el lomo antes de espolearlo.

Al llegar a la cañada, se dejó caer al suelo, molida y aterrorizada aún por lo sucedido. Sus manos, su rostro y su cuerpo entero apestaban a sangre coagulada. Se echó a temblar de los pies a la cabeza.

Fue así como la halló Villon, al regresar de cazar; sentada junto al precipicio con

las piernas colgando al vado, dispuesta a arrojarse si Algonde reaparecía de nuevo.

Capítulo 7

—¡Ahí, mirad! —Se oyó a la izquierda de las gradas.

De inmediato y todos a la vez, los rostros se volvieron hacia aquel dedo de niño que señalaba. Los cuarenta caballeros entraban en la plaza mayor de Romans por las calles que daban a la misma y formando un hermoso conjunto: los defensores, guiados por el hijo del barón de Clermont, con el yelmo rematado por plumas blancas, y banda y escudo azules con tres flores de oro representando al rey de Francia, y los atacantes, con Antoine de Montchenu a la cabeza, con los colores de Cem, plumas y escudo abigarrados.

Aquel homenaje decidido antes de que se iniciaran las justas estaba dedicado a la memoria de Anuar, enterrado la víspera. Al callar los tambores, un largo silencio acompañó el martilleo de los cascos de los caballos al paso sobre la explanada. Los estandartes restallaban con el aire cálido de aquella mañana del 6 de junio de 1484. En pie, frente a aquellos simulados combatientes que bajaban su lanza frente a él, Cem sintió una opresión en el corazón. Tal era su rabia, tan inconsolable su pena, que los hubiera podido vencer a todos. Sí, a todos. Aquel simulacro de combate que le había agradado presidir le imprimía en el corazón el deseo de una batalla de verdad, sangrienta y encarnizada. Sin embargo, alzó el brazo para dar la señal de inicio de las justas. Sonaron las trompetas y a la vez alzaron el vuelo cien palomas que, soltadas de una vez, surcaron el azur con sus blancas alas. Cem sintió junto a él el dolor de Nasuh. Ahora ya sólo eran dos para preservar la memoria de su triste epopeya. Dejó caer el brazo. Los caballeros se retiraron. La vida volvió a las tribunas. Cem se acomodó en su asiento. Estaba en un espectáculo. Él era el espectáculo. Con una sonrisa gallarda pegada a sus mandíbulas tan paralizadas por el esfuerzo que le dolían, miró frente a él cómo se abrían las barreras y dos grupos de seis hombres, frente a frente, se enfrentaron con sus lanzas.

Si hubiera podido hacerlo sin con ello darle ese placer al asesino de Anuar, oculto entre la multitud, Cem habría gritado.

A Philippine le era difícil concentrarse en aquellos hombres que, al galope, trataban de derribar del caballo al contrincante. A su lado, Isabelle hacía gala de una mórbida apatía. Había bastado una velada para que su hermana pequeña quedara prendada de Anuar como ella de Cem. Desaparecida su alegría, nada parecía poder distraerla. A Philippine tampoco le apetecía. Además de la desesperación en la que veía sumido a Cem, temía la amenaza, con mayor razón aún puesto que el asesino había fallado con su víctima. El menor ruido inhabitual o el menor personaje de mirada esquiva le parecían peligrosos.

Hubiera preferido que Cem se encerrara en su habitación, a buen recaudo. Pero éste no había querido cambiar nada de cuanto estaba instaurado desde su llegada. En su residencia se seguían dando fiestas. Su mesa mantenía el renombre. Si ella no

hubiera sabido la importancia que para él había tenido Anuar, habría podido creerse que la muerte de su compañero lo había dejado frío como el mármol, puesto que desde la misma tarde anterior se había mostrado gracioso y ligero.

—Me niego a darle al culpable la alegría de mi desazón —explicó al gran prior al hacer que volvieran a abrir las puertas.

Nasuh lo aprobó. Plantarían cara.

De hecho, era diestro en ello.

Pero Philippine, dominándolo desde un peldaño por encima de él, sentía que se le clavaba una espina en el corazón cada vez que, a pesar de él, los hombros de Cem se hundían ligeramente.

Las mangas se sucedieron, y unas veces eran los defensores quienes mordían el polvo y otras los atacantes. Al oír el grito de Marie de Dreux en la tribuna vecina, Philippine comprendió que entre los nuevos adversarios que entraban en liza se hallaban Philibert de Montoisson y Laurent de Beaumont.

Cuando este último, la noche de su llegada a Romans, fue a pedirle un baile en el curso de la recepción ofrecida por Cem, ella le respondió que debía obtener el permiso de su prometido, el señor de Montoisson. Laurent de Beaumont a punto estuvo de caerse de espaldas.

—¿Cómo habéis dicho? Pero si vos me habíais asegurado...

—Así es, amigo mío. Tendréis que haceros a la idea.

Philibert de Montoisson, que con su autoridad se había apropiado de la compañía de la doncella, estuvo complacido de ver que ella se mantenía fiel a su promesa. Sacando pecho, miró torvamente y de arriba abajo al señor de Saint-Quentin.

—Le he jurado a la señorita Hélène que no tocaría ni un pelo de vuestra personilla. No me deis argumentos para que deba romper mi juramento. Desapareced.

Furioso pero vencido, Laurent se eclipsó. La risa de Marie iluminó el resto de la velada, pues el joven paje se mostró muy atento hacia ella. ¿Lo había entendido? Philippine lo puso en duda en cuanto lo vio bajarse el yelmo para lanzarse al galope, con la lanza placada bajo la axila y sosteniéndola firmemente con la mano, más baja de lo que indicaban las reglas. Tenía intención de perforar la armadura de su adversario. Por su parte, sin duda prevenido por su aspecto, el señor de Montoisson hizo lo mismo. Con el aliento entrecortado, aguardó el choque. Los hizo tambalearse. Ambas lanzas se rompieron con la violencia del impacto pero ni uno ni otro cayeron de sus respectivas monturas. Regresaron a las barreras rodeados por una nube de polvo, y cogieron dos más del armero. Indiferentes a los demás que, bien ayudados por sus escuderos a ponerse en pie o aún en sus sillas, abandonaban el lugar, los dos contrincantes se adentraron en el terreno de las justas a la par para enfrentarse de nuevo. De repente se hallaron solos en mitad de la explanada, galopando con las bridas sueltas en un silencio roto únicamente por los cascos de sus monturas. De nuevo se golpearon, con mayor violencia aún. En las gradas todo el público se puso en pie, súbitamente conscientes de que allí se ajustaban cuentas de una diferencia

harto alejada de las reglas del juego. Un murmullo de inquietud recorrió las filas.

Alcanzados esta vez por igual por el impacto, los caballeros salieron propulsados por los aires y, empujados por el peso de sus armaduras, se hundieron entre un estruendo de chatarra. Los caballos prosiguieron su carrera. Los hombres permanecieron en el suelo. Un estremecimiento recorrió a los asistentes. Algunas doncellas se desmayaron, víctimas de un soponcio. Mane, esta vez, permaneció de pie con las puntas de sus dedos sobre sus labios demudados.

Con el ceño fruncido, Cem observaba los dos cuerpos inmóviles. Si sólo Philibert de Montoisson no pudiera ponerse en pie, pensó al ver correr hacia ellos a los escuderos. Junto a las barreras, sosteniendo las bridas, los otros participantes se impacientaban.

Con la visera del yelmo alzada, Laurent de Beaumont logró levantarse el primero, con ayuda. Alzó un brazo para tranquilizar al gentío. Hubo que aguardar a que el señor de Montoisson hiciera lo mismo para que se oyera un aplauso entusiasmado y se felicitara la temeridad de los caballeros con gritos de «¡Viva!». Su hipotética disputa había quedado olvidada tras el estremecimiento provocado.

Sin embargo, no estaban indemnes. Marie de Dreux lo adivinó al ver que Laurent de Beaumont se llevaba una mano a las costillas y que Philibert de Montoisson cojeaba.

Sin titubear, quiso marcharse de allí, pero su padre se interpuso.

—¿Adónde vas con esas prisas? ¿No te basta el espectáculo que ha dado ese jovenzuelo? Te prohíbo que hagas lo mismo.

Marie asintió. Nada más conocerse la noticia de la muerte del turco, su padre había empezado a comportarse de una manera curiosa. Miraba sin cesar por encima del hombro en cuanto salían de casa, y la víspera le anunció que, contrariamente a sus aspiraciones, había decidido casarla con el hijo de uno de sus competidores.

—No es porque sea amigo mío, puesto que en los negocios nadie es amigo de otro, pero su moralidad no tiene tacha y sólo un pañero podrá sucederme llegado el momento.

Marie se indignó. Se negaba a casarse con aquel soso granujiento y pretencioso. Deseaba a Laurent de Beaumont quien, en cuanto acabara el torneo, iría a pedir su mano. Conan de Dreux no quiso escucharla. Entonces, para asustarlo, su hija le afirmó que si la casaban a la fuerza se arrojaría al Isère, aunque por ello ardiera en el infierno para toda la eternidad. Impresionado por su determinación, Conan de Dreux pareció vencido antes de desmoronarse y mirarla con tristeza.

—Un pañero. Hará falta un pañero. Y además, pronto. No quiero que mi negocio muera conmigo.

Desde entonces, a pesar de lo que dijera, hiciera o se lamentara, no daba su brazo a torcer.

—¡Siéntate! —le ordenó entre la algarabía de la masa que, excitada por el combate precedente, aclamaba ahora a los caballeros con renovado ardor.

Ardiente de inquietud y rebosante de audacia, Marie lo miró de arriba abajo.

—¡Pues impídeme el paso!

Renegando internamente del respeto y el amor que sentía por su padre, le pisó con fuerza con el talón el callo que tenía en el dedo gordo del pie izquierdo. Sorprendido por el dolor; Conan de Dreux hinchó sus mejillas, ahora rojas como un pimiento, alzó instintivamente la rodilla entre sus manos entrelazadas y cayó sobre su silla junto a su esposa, que no se había inmutado.

Mientras Marie se abría paso entre los espectadores, sin volver la vista atrás, su madre se acercó al oído del pañero, a quien los lances no lo dejaban reaccionar.

—Déjala que se case con quien quiera, Conan de Dreux, o te entregaré al preboste.

El miedo le subió hasta aquel lóbulo que su esposa le acababa de estremecer con voz acusadora, y el pañero deshinchó las mejillas y se quedó con el aliento entrecortado. Bruscamente se volvió hacia ella y la miró despavorido.

—¿Qué? ¿Cómo? —balbució al verla satisfecha de su golpe de teatro.

Con las manos entrelazadas sobre su sobrio vestido, en contraste con los ropajes de su esposo cubierto de bordados y joyas, ella le sonrió.

—Hablas en sueños, Conan de Dreux, y eso no es bueno para tus negocios.

Sonrojándose de nuevo, esta vez de vergüenza, el pañero se hundió en su asiento e, indiferente ya al espectáculo y al callo de su dedo gordo, trató de pasar inadvertido.

Verter el veneno fue más fácil de lo que había creído. Aprovechar la ausencia del catador al que había visto abandonar la habitación, deslizarse discretamente en la cocina, desierta a aquella hora, alzar el tapón de vidrio verdoso y verter la ponzoña. Un juego de niños. Bastaba con no pensar en a quién estaba destinado el brebaje sino más bien en el genovés y sus modales. Porque la verdad era que Conan de Dreux se había dejado seducir por la generosidad del hombre al que debía abatir. Cem le cautivó por su porte y por la gentileza para con él. Cuando le habló de sus paños, el príncipe se ofreció de inmediato a comprarle algunos.

—Estoy seguro, maese pañero, que la finura de sus puntadas sólo tendrá parangón con la suavidad de la piel de mis mujeres.

—Es un excelso honor, príncipe Cem —le respondió ruborizado.

—No, en absoluto. El barón de Clermont me lo ha asegurado y sé que tiene un gusto exquisito. ¿No sois vos quien ha tejido el ajuar de los futuros esposos?

—Sí, así es, su propia hija Louise me lo ha agradecido.

—En ese caso no pequéis de modesto, amigo mío, eso es impropio de alguien como vos, y dado que vuestros colores combinan bien con los míos, venid a sentaros a mi lado —lo invitó Cem riendo.

Desde aquel momento no se había separado de Él atizando los celos de sus pares y la frialdad del señor de Montoison, que le había humillado en el puente.

Cenan de Dreux sabía que había sentido remordimientos durante su sueño. Pero bastó que el genovés apareciera unos instantes en la fiesta aquella noche y, mirándolo

torvamente desde lejos, se pasara, como quien no quiere la cosa, el dedo índice por el cuello, para que cobrara el valor para olvidarse de ellos.

Cuando el rumor de la muerte del príncipe llegó a la puerta de su casa no sintió alivio alguno, sólo una profunda tristeza. El desmentido lo dejó sin palabras. No sólo había fracasado, sino que además había muerto Anuar. En aquel momento estaba triplemente perseguido, por el genovés que querría cobrarse su deuda, por el preboste que quería colgarlo y por Cem que, en una confidencia, le había confesado que en cuanto detuvieran al asesino lo sustraería a la justicia franca.

—¿Y para qué? ¿No confiáis en el juicio? —Tuvo el coraje de preguntar.

—Quiero que sufra como yo mismo sufro. Quiero arrancarle los miembros uno a uno puesto que me siento amputado. Sufriré mil muertes por una. Una sola pero que valía más que un ejército.

A pesar de su determinación de comportarse como si nada sucediera, Conan de Dreux tragó saliva, lívido.

Tratando de olvidar su pena, Cem se echó a reír asiéndolo de los hombros.

—Los turcos tenemos venganzas sutiles, amigo mío. Alcanzo a concebir que os sorprenda. Vamos, recuperad vuestro color y festejemos en memoria de mi hermano.

Conan de Dreux alzó su vaso, procurando no beber mucho para no hablar más de la cuenta. Pero desde aquel momento sabía que tenía los días contados.

—Un pañero, sí, un pañero sería lo mejor para enriquecer mi negocio —repitió entre el tumulto.

Los caballeros habían abandonado la plaza y el heraldo anuncio que para desempatar a quienes no habían caído, el día siguiente se enfrentarían en combates singulares con espadas embotadas.

Se encogió de hombros al ponerse en pie, puesto que había llegado la hora de irse. De todas maneras, si se llegara a saber la verdad perdería a su clientela. En ese caso, a fin de cuentas, para salvar su nombre del deshonor, el paje de un rey...

Su mirada se cruzó con la del príncipe que, a su vez, se había puesto en pie. El turco lo saludó con una inclinación de la cabeza. Él le devolvió el saludo, con un gélido escalofrío recorriéndole la espalda, preguntándose cuánto tiempo le quedaba antes de morir torturado.

Capítulo 8

Abandonaron la búsqueda tras hallar la bolsa de Fanette en la orilla del pequeño estanque que formaba las Cubas del Furon. Para desesperación de sus padres, las buenas gentes de Sassenage concluyeron que se la había llevado el torrente. ¿Suicidio? ¿Accidente? El cura del pueblo optó por la segunda hipótesis para que pudiera decirse una misa en su recuerdo.

Aquella mañana del 7 de junio, Algonde y Mathieu asistieron a la misma, cabizbajos y con el corazón en un puño.

El herrero fue a verlos al día siguiente del triste descubrimiento.

—Huyó como hiciste tú, Mathieu, apenada y desolada. Sin duda necesitaba reflexionar para poder perdonaros y, al querer lavarse los párpados, habrá resbalado en la orilla. La ribera es muy traidora en esta estación.

Meneó su cabeza maciza, mientras con las manos estrujaba su sombrero de fieltro que se había quitado para hablar. Soltó una de las manos y la posó sobre el hombro de Mathieu, deshecho y silencioso. Al igual que Algonde, en aquella cocina vacía a la que ambos habían bajado para desayunar, no sabía qué decir, puesto que la verdad le estaba vedada.

—Te quiero, pequeñajo. Tú y el ruiseñor estáis hechos el uno para el otro, eso son cosas que se sienten. No tengo nada contra vosotros. Mi mujer y mis hijos, sin embargo...

—Es normal, Jeannot. Es normal.

El herrero ascendió la mano para palmearle la mejilla. Pestañeando para retener la bruma de sus ojos, los miró a ambos con una mirada afectuosa.

—Si queréis un consejo, no tardéis en marcharos. Vuestro lugar ya no está aquí.

—En cuanto mi madre y Janisse se hayan casado. La boda será discreta en razón de esta desgracia —aseguró Algonde, con un sollozo atragantado.

Jeannot se marchó arrastrando los pies, y el desayuno de los recién casados se quedó en las escudillas. Algonde se reprochaba haberse dejado sorprender por la violencia de Fanette y a la vez por no haber podido retenerla. Su único consuelo era haber descubierto la fuerza de vida del elixir de los Antiguos en ella. ¿Se había vuelto inmortal? A la vista de la sangre perdida antes de que su herida se cerrara espontáneamente, podía creerlo. No le había dicho nada a Mathieu. No muy lejos de allí había un pequeño manantial donde lavó sus ropas. Había quedado algún rastro que justificó con una caída del caballo. El animal había huido. Regresó a pie, con las manos vacías. Eso era cuanto debía saberse. Incluido Mathieu. ¿De qué serviría culpabilizarlo aún más? El mismo ya se ocupaba de hacerlo demasiado.

Al no hallarse el cuerpo de Fanette, la misa en su memoria fue sobria. La oración fue repetida más allá de las puertas de la iglesia. Al salir todos se dispersaron para regresar a sus tareas. Algonde y Mathieu se alejaban a su vez cuando, al verlos, el primogénito del herrero perdió por completo el control de sí mismo. Antes de que su

padre pudiera hacer algo para impedirlo, se lanzó sobre el panetero y lo asaltó por la espalda. Juntos, llevados por el impulso, rodaron por los suelos. El herrero, con los brazos colgando, no osaba intervenir. Tenían que resolver sus diferencias entre ambos. Entre hombres. Se contentó con retener al pequeño que quería sumarse a la pelea.

—Te voy a dejar sin sangre —balbució Bertrand, que le sacaba una cabeza a Mathieu.

El jovenzuelo no tenía más remedio que defenderse.

Al haber aprendido entre los bandidos cómo compensar su brazo tullido, Mathieu agarró a su agresor por el cuello, alzó una rodilla y, utilizándola de palanca, se dio impulso para empujarlo hacia atrás. Acto seguido se puso en pie rápidamente, con el rostro tumefacto. Con los puños delante, aguardó a que Bertrand volviera a la carga.

—No soy el responsable. Me hubiera casado con tu hermana de no ser por la niña, ¡lo sabes! —dijo.

Verdad o mentira, a Algonde aquel argumento se le clavó en el corazón.

—No me vengas con cuentos. Lo vas a pagar —gruñó Bertrand abalanzándose con la cabeza gacha y los puños cerrados.

Reprimiendo su deseo de impedir la pelea, Algonde retrocedió para dejarles espacio para que la emprendieran de nuevo a golpes y rodar por el polvo. La agilidad de Mathieu compensaba la fuerza brutal de Bertrand, y siguieron zurrándose durante un buen rato hasta que este último, poniéndose sobre él, comenzara a estrangular al panetero.

Aplastado por su adversario, Mathieu hipó, ahogándose. Esa vez Algonde no podía permanecer estoica. Iba a lanzarse entre ellos cuando la madre de Fanette se interpuso. Alzando su bastón, Cunégonde le dio con él en el culo a su hijo.

—¡Basta ya, granuja! ¡Con un muerto en la casa es suficiente!

Como no obedecían le arreó en los hombros.

—¡Suéltalo, te he dicho!

A regañadientes, Bertrand obedeció.

—Lárgate de Sassenage lo antes posible y no vuelvas nunca más —amenazó a Mathieu, que recuperaba el aliento.

De nuevo en pie, despeinado, arañado, hinchado y amoratado por los golpes, Bertrand se volvió luego hacia Algonde exhibiendo una mirada maligna.

—En cuanto a ti, putita del barón, no te acerques a mi casa o...

Algonde palideció ante aquel insulto más que por la amenaza que los mirones, atraídos por la pelea, no podían haber dejado de oír. Mathieu trató de ponerse en pie pero, al haber tenido la glotis aplastada tanto tiempo, le costaba respirar y cayó pesadamente de culo. Fue Cunégonde, colorada de repente por el sofoco, quien intervino de nuevo. Su bastón fue a dar con fuerza contra los riñones de su hijo.

—¿Qué? No hay venganza que valga ese precio. ¡Ándate con ojo de forzarla o te cortaré la polla y la colgaré de la puerta!

Bertrand se llevó una mano con las falanges ensangrentadas a las costillas. Su mirada dura se dobló ante la mirada sin concesiones de su madre.

—Basta ya, chicos. El honor de Fanette ya está lavado. No quiero volver a oír hablar de ello —decretó Cunégonde mientras saludaba a Mathieu y a Algonde con un gesto de la cabeza.

De nuevo encorvada por la pena, Cunégonde se dio la vuelta y, atravesando el grupo de mirones que se apartó a su paso, regresó a su casa seguida al cabo de poco por los suyos.

—Voy a preguntarle al cura —declaró Gersende al reunirse con Algonde, que se había adelantado para juzgar el estado de Mathieu.

La verdad era que daba grima ver al jovenzuelo.

—¿Tan mal estoy? —Tuvo aún fuerzas para bromear.

Gersende le ofreció una mano caritativa para ayudarlo a ponerse en pie.

—¡Por Dios, qué ocurrencias! No es más que un revolcón, y bien merecido, además. Pero no tendría que haber ninguno más. Cuanto antes nos casemos Janisse y yo, antes os podréis marchar. En cuanto a ti, Algonde, vete a ver a la bruja para pedirle un ungüento. A tu esposo le sangra la ceja y esta noche me manchará las sábanas.

Marie de Dreux se balanceaba sobre uno y otro pie ante la tienda cuadrada atribuida a Laurent de Beaumont, guiada hasta allí por sus colores que restallaban al viento. Frotándose las manos, titubeaba. Su corazón le gritaba que cruzara la puerta y el decoro que se marchara de allí lo antes posible. A su alrededor indiferentes a su tormento pero no a su belleza, los caballeros que regresaban al campo para desvestirse de su armadura se detenían más de lo necesario a contemplar su grácil silueta. Con la mirada clavada en la puerta de tela bajada y coronada con la divisa *impavidum ferient ruinae*, no se dio cuenta de ello. Tampoco se percató del ir y venir de los escuderos cargados con trozos de coraza, cubos de agua y jabón de ceniza, dispuestos a asear a sus señores. No lejos de allí, los mozos de establo cepillaban a los caballos en el alegre jolgorio tras los torneos. Su padre llevaba razón. No era lugar para una damisela, pensó Marie, presa súbitamente de una carcajada. Su mirada, brevemente desviada, descubrió el rostro lunar de un joven escudero que la devoraba con los ojos. Cuando iba a darse la vuelta, dio un paso adelante sobre la tierra húmeda escarbada por los zuecos y, sin anunciarse, alzó la cortina.

Sentado sobre un taburete, Laurent de Beaumont le ofreció sus omoplatos heridos por las abolladuras de la armadura. Su escudero le estaba untando árnica sobre las costillas.

—Estaba preocupada... —Creyó necesario justificarse ella antes incluso de que el señor de Saint-Quentin hubiera advertido su presencia.

Al reconocer su voz, se volvió hacia ella. El lugar apestaba a sebo y sudor,

además del agrio olor medicinal. Ella no se dejó incomodar por ello y respondió calurosamente a la sonrisa de Laurent de Beaumont.

—Esta atención me llega a lo más hondo, señorita Marie. Me encuentro bien... Dejados —dijo dirigiéndose a su criado. El jovenzuelo de nariz puntiaguda como una lanza se eclipsó sin más. Laurent se puso en pie, con calzones y el torso desnudo.

«Aparta la mirada», martilleó en su interior la voz de la conciencia mientras su corazón se aceleraba. En el pecho del hombre al que amaba, Marie reconoció la cicatriz infligida unos meses antes por Philibert de Montoisson. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Una vez más, habéis querido matar por ella —murmuró a modo de reproche para contener la emoción que sintió en el bajo vientre a la vista del suyo que se hinchaba bajo la tela.

Presa de un deseo salvaje e irreprimible exacerbado por la violencia del combate, Laurent no respondió, franqueó la distancia que los separaba y la besó ardientemente.

El lecho era estrecho y austero, un simple jergón oculto tras una cortina.

Esa vez no había ninguna monja que pudiera refrenar el ardor de sus sentidos, pensó Marie entre el remordimiento y el alivio, y se dejó tumbar sobre el colchón, con el aliento entrecortado, los dedos entremezclados con aquella cabellera cortada recta sobre los hombros enrojecidos por el roce del metal.

—Se acabó, Marie, ya no la quiero —le aseguró levantándole las faldas.

Ella se estremeció al sentir los dedos de él ascender por sus muslos con impaciencia.

—No es... —quiso defenderse presa de un sobresalto de la conciencia antes de arquearse cuando llegaron a la fuente.

Se mordió el labio inferior para ahogar un gemido. Laurent intensificó la caricia y se incorporó ligeramente para deleitarse en el abandono de ella. Era bella, pensó. No tanto como Philippine, pero aquella franja de pestañas caídas por pudor sobre sus lágrimas de placer valían más que la altiva suficiencia de su dama del corazón. La olvidaría. Un sobresalto sacudió a la doncella, que abrió los ojos con placentera sorpresa. Él no esperó más. Dejándola a su vez que se desnudara, le colocó la otra mano sobre la boca y la penetró de una embestida. Los ojos de Marie se inundaron de dolor y placer entremezclados. Con el vientre pegado al de Laurent de Beaumont, acompasó su cuerpo al ir y venir de él en su interior, excitada por aquella palma maciza que le impedía gritar y sin ver que una mano apartaba la cortina.

Llevado hasta allí por la decisión de hacer entrar definitivamente en razón a su rival, Philibert de Montoisson se complació ante aquella comprometedor situación. Una sonrisa perversa estiró sus labios finos. Se vengaría de aquel presuntuoso. Claro que sí. Poniéndole los cuernos al día siguiente mismo de su boda, decidió en el momento en que los amantes gozaban con parejo ardor. Con esa convicción, se marchó discretamente tras colocarse en el pantalón su miembro encabritado ante aquel espectáculo.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ella, Algonde se lanzó a los brazos abiertos de la pretendida bruja.

—Abuela —murmuró, con el rostro iluminado por la ternura, y abrazando al hada contra su corazón.

Más emocionada de lo que ella misma esperaba por aquel acto de pura espontaneidad, Presina la abrazó y a continuación le pellizcó las mejillas afectuosamente.

—¿Así hay que incordiar a los nietos para ganarse ese apelativo?

Algonde arrugó la nariz.

—La verdad es que puedes prescindir de ello. Tu luz me basta.

—A buena hora. Nunca me he sentido cómoda con esas curiosas prácticas.

Se rieron juntas, unidas por su complicidad que el alejamiento y los últimos acontecimientos habían reforzado. Desde que la joven cayera por primera vez a las aguas del Furon, Presina estaba a su lado en pensamiento. Nada se le escapaba y Algonde lo sabía.

—Además de la alegría de verte y todo lo que te tengo que contar, necesitaré un ungüento para Mathieu. Se ha zurrado con el hermano de Fanette, que se niega a aceptar la desaparición de su hermana.

El rostro del hada se volvió grave.

—Es una triste historia, pero nos aclara la incidencia en ti del poder de los Antiguos.

Algonde se mordió el interior de la mejilla.

—Lamento no haber comprendido hasta qué punto sufría Fanette. Me temo que aún la humillé más al plantarme ante ella.

Presina la asió de los hombros para llevarla a un banco cubierto de dril adamascado, a unos pasos de su cama.

—No eres responsable de la violencia que habita en ella, Algonde. Nada la justifica. Piensa que otra en tu lugar hubiera muerto en ese bosque.

Algonde se sentó a su lado.

—De niña, siempre estaba alegre y era muy bromista. Mathieu, Enguerrand, ella y yo éramos inseparables. ¿Cómo se puede cambiar tanto, Presina? ¿Cómo se puede llegar a mentir tanto? Siempre Había creído que era mi amiga cuando en verdad me odiaba.

El hada se encogió de hombros.

—Cada uno de nosotros tenemos nuestro lado oscuro. Lo sabes mejor que nadie. Fanette ha elegido su destino y tarde o temprano volverá a cruzarse con el tuyo. Ese día, prevenida, estarás en mejor disposición para actuar y, quién sabe, tal vez de devolverle su propia luz. De momento, debes olvidar. Tu boda con Mathieu también tendrá consecuencias en La Bâtie, puedes estar segura de ello. Ignoro cómo reaccionará Plantina cuando le llegue la noticia.

—Cree que Elora y yo estamos bajo su autoridad, y no haré nada para desmentirlo

hasta que haya nacido el niño de la profecía.

—Bien. Eso debería bastar para proteger a Mathieu, pero no bajes la guardia. No retrocederá ante nada si, gracias a su poder de introspección, descubre que le mientes. Te enseñaré algunos trucos para evitarlo. ¿Me has traído la damajuana piramidal?

Algonde la sacó de la bolsa que llevaba colgada a la cintura.

—¿Le confiaste una de las tres al príncipe Cem?

Presina frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Mientras se alzaba para guardar la damajuana y preparar lo que la jovenzuela le había pedido, Algonde le relató el robo del que había sido víctima Cem.

El rostro de Presina se tomó circunspecto y Algonde comprendió de inmediato la gravedad del acto.

—¿Crees que esa Munia sabe la verdad?

—Unas joyas hubieran servido mejor a sus intereses. Si Huchang, que partió en su busca, no da con ella, yo misma iré tras ella.

—También sé dónde está la tercera damajuana —confesó Algonde.

Presina meneó la cabeza, visiblemente inquieta.

—Si de mí hubiera dependido, no se la habría confiado a sor Albrante, pero no tuve elección. No te lo he contado todo, Algonde. Marthe posee otro poder muy peligroso, el de desposeer a las personas de su memoria.

Algonde se estremeció.

—¿Cómo?

—De una manera muy simple. Le basta clavar una de sus uñas entre los ojos de la víctima para dejarla vacía de su sustancia, de sus recuerdos y a menudo incluso de su vida. Jeanne de Commiers lo sufrió en sus propias carnes.

—Me lo ha explicado el barón.

—Por desgracia, no todo. Jeanne siempre tuvo visiones. Comprendí cuando ya era demasiado tarde que había tenido una acerca del niño de la profecía. No pude evitar que Marthe la atacara. Le di el elixir a sor Albrante con la esperanza de que Jeanne sobreviviera, pero no recuperó la memoria. Así que decidí emplear otros medios, un medio terrible. Jeanne le dio el nombre de Philippine a Hélène para protegerla. Convencí a Albrante de devolverle ese nombre a la joven en cuanto tuviera edad de procrear, asegurándole que tal era el mayor deseo de Jeanne.

—¿Por qué? —dijo Algonde, con un nudo en la garganta.

—Para poner a Jeanne ante el peligro, despertar su instinto maternal. Creo que ella sabe cómo desbaratar los planes de mis hijas. Si no fuera así, ¿por qué Marthe se habría encarnizado con ella?

—Eso mismo cree también el barón.

El rostro de Presina se serenó.

—Vamos, aún tenemos tiempo y la curación de Jeanne está en marcha. Contentémonos con el lado bueno de las cosas.

—¿Cuál? —se sorprendió Algonde.

—Temía que el mapa de cristal se hubiera perdido para siempre y, a todas luces, está oculto en Egipto. Allí adonde sin duda ha regresado esa Munia.

Tras manifestar esa certeza, le tendió el unguento destinado a curar a Mathieu.

—Ahora vete. Voy a preparar algo para el príncipe. No tendrá las virtudes del elixir de los Antiguos, pero si se trata de un veneno común, tendrá posibilidades de salvarse.

Cuando Algonde la dejó unos minutos después con la promesa de regresar muy pronto, esta vez con Elora, sus remordimientos acerca de Fanette se habían calmado. En su corazón ya sólo tenía el tenaz sentimiento de que un día futuro debería pagar por el daño que le había causado.

Capítulo 9

—Siempre os he tenido en gran estima y os he respetado, a vos y a Janisse. La muerte es una cosa y la vida otra, y mi desconsuelo no debe evitar que ésta continúe. Celebradlo, Gersende, os lo pido y me alegraré de ello.

Ante las manos de Cunégonde que habían apretado con fuerza las suyas al día siguiente de la misa, la intendenta del castillo de Sassenage aceptó que su boda con el cocinero tuviera la alegría que habían deseado. Claro está que ya tenían cierta edad para dar gran pompa a la ceremonia, pero a pesar de ello no podía evitarse el tradicional banquete.

Ocupados con renovada alegría en la cocina, y mientras la pequeña Elora balbucía en brazos de una de las sirvientas, Algonde y Mathieu obedecían los consejos de los marmitones. Como Sidonie, además de la bendición de su esposo, había obsequiado a Gersende un retal de seda, las costureras cosían apresuradamente su vestido de novia y retenían a la intendenta junto a ellas. Maese Janisse sacó el traje de su padre. Gordo como estaba, sin embargo, ni siquiera se pudo abotonar los calzones y tuvo que reunir sus ahorros para hacerse cortar y bordar una nueva túnica larga. Con la excepción de Cunégonde y de sus hijos, todo el mundo en el castillo participaba en los preparativos, y reían en grupillos aunque recobraban la gravedad del luto al aproximarse a la herrería.

La víspera de la ceremonia, Jeannot se presentó ante Gersende y le pidió autorización para ausentarse con los suyos durante unos días. Tenía un hermano en Grenoble al que no había visto desde hacía mucho tiempo y estimaba que era muy apropiado ir a visitarlo. Mathieu y Algonde los vieron huir del lugar con idéntico sentimiento de culpabilidad. Sin embargo, en cuanto hubieron cruzado el cuerpo de guardia y enfilaron el camino, el ambiente se tornó más ligero. El son de un caramillo de elevó en el aire húmedo de aquel 11 de junio, y llegó a las alturas como si fuera una invitación a la fiesta, y la alegría de aquellos esponsales se contagió a todos los corazones de la comarca.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Gersende a su hija con una mueca escéptica ante su reflejo en el espejo de pie que habían trasladado desde los apartamentos de sus señorías al torreón.

Algonde inclinó la cabeza a un lado y luego al otro para examinarla desde todos los ángulos y atizar así la inquietud de su madre en la espera.

—Estoy segura de que Janisse dirá que estás para comerte.

Gersende frunció la nariz.

—De eso no tengo la menor duda. ¡La verdad es que parezco una manzana de caramelo!

De hecho, las formas un poco generosas de su madre quedaban realzadas por la tela escarlata, Algonde se echó a reír.

—No había caído en ello...

Gersende la miró con unos ojos como platos.

—¿Quieres callarte, hija mala?

—¿No querías mi opinión?

—¡Para desmentir la mía, pardiez!

Algonde rió con más fuerza y Gersende se dejó contagiar. Con una lágrima en los ojos, soltó un profundo suspiro. Su tensión se había aliviado de golpe.

—Venga, hazme una trenza bonita, ruiseñor mío, y démonos prisa, que ya oigo las campanas que doblan en nuestro honor.

—¿Cuánto? —preguntó Cem al hombre que, frente a él, con las manos atadas a la espalda, estaba vigilado por dos guardias—. ¿Cuánto te ha ofrecido mi hermano por tu sucio trabajo?

El genovés, detenido aquella misma mañana a las puertas de la ciudad, no respondió. Se contentó con una altiva sonrisa. La rabia se apoderó de Cem. Su puño salió disparado y le partió el pómulo. Si no lo hubieran sostenido por los codos, el hombre habría caído de espaldas. Sin embargo, moviendo las mandíbulas con un rechinar de los dientes, no bajó la mirada.

—Encarceladlo, mañana será más locuaz —ordenó el preboste a sus soldados antes de volverse hacia el príncipe—. La pregunta lo sacará de su mutismo, podéis estar seguro de ello.

—¿Estáis seguro de que es el culpable? —aventuró Cem al volver a sentarse en una de las sillas que decoraban con elegancia la pequeña estancia donde, unos minutos antes, jugaba al ajedrez con Guy de Blanchefort.

El gran torneo había acabado tres días antes sin más incidentes y sin que se proclamara vencedor, pues se decidió que todos habían combatido en honor de los esponsales de Antoine de Montchenu y de Louise de Clermont. Tras hacer entrega del cofre de piedras preciosas como regalo de bodas en nombre de los participantes, Philippine y los suyos regresaron a La Bâtie. Cem obtuvo del gran prior el permiso de quedarse aún unos días en Romans. El preboste tenía una pista y quería ver cómo concluía la investigación. Este último asintió con un gesto de su mentón.

—Como os he dicho, el criado que nos dio su descripción lo ha identificado. De hecho, vos mismo lo habéis podido juzgar, un rostro como el suyo no pasa inadvertido. Se introdujo en el lugar aquella noche, no era uno de vuestros invitados y no se sumó a ninguna conversación. En cuanto a su silencio, y aunque en sí mismo no constituye una confesión, tampoco le disculpa.

Cem se acarició el puño dolorido.

—Pues que se haga justicia.

El preboste le hizo una reverencia.

—Se hará justicia, príncipe. En los términos que acordamos.

Se marchó y Cem se quedó solo un instante antes de que la puerta que había cerrado se abriera y entrara Philibert de Montoisson. Cem detestaba verlo. Ver a

Philippine mostrarse a su lado hasta el punto que daba a entender que en breve se prometerían le minaba el temperamento, ya inconsolable por la pérdida de su hermano de leche.

—El genovés no es culpable —le anunció fríamente Philibert de Montoisson, que tampoco lo tenía en gran aprecio.

Aunque el caballero, engañado por la aparente docilidad de Philippine, estuviera a cien leguas de imaginar su mutua complicidad, sentía suficiente rencor hacia Cem para no concederle nada.

Aquella afirmación tuvo el efecto de un jarro de agua fría sobre el príncipe. Se paralizó en su asiento y miró torvamente a su rival.

—¿Acaso, mi querido amigo, sois mejor sabueso que el preboste?

Philibert de Montoisson lo miró de arriba abajo con una expresión irónica.

—Tal vez... Si hubiera llevado su investigación hasta la cocina, habría descubierto que el genovés hacía ya tiempo que había abandonado el lugar cuando prepararon vuestro hidromiel.

Cem frunció el ceño.

—Vos y yo no sentimos amistad alguna el uno hacia el otro. ¿Qué interés tenéis en resolver este crimen?

—La hostilidad que siento hacia uno de vuestros protegidos. Cem se puso en pie. Aunque el señor de Montoisson fuera alto, le sacaba una cabeza.

—No me hagáis la afrenta de acusar a uno de mis allegados sin pruebas.

—Lejos de mí esa idea, príncipe —le concedió Philibert de Montoisson—. Para deciros la verdad, pensaba en ese pañero con el que entablasteis amistad demasiado rápidamente para mi gusto.

La sorpresa se reflejó en la expresión de Cem.

—¿Maese Conan?

—El mismo. A última hora de la noche me pareció nervioso. Cem se echó a reír.

—Y eso justifica vuestra clarividencia...

Los ojos de Philibert de Montoisson se achicaron de ira. En aquel instante le hubiera gustado haber sido él mismo quien vertió el veneno. Se dominó, sin embargo.

—¿Sabéis que ese señor comercia con vuestro hermano a través de emporios genoveses?

La risa de Cem se ahogó en su garganta. Al ver que había conseguido captar su atención, Philibert de Montoisson se dio importancia.

—Os aseguro que obtendré su confesión mientras el preboste se encarniza con su prisionero. En vano, además. Conozco a ese tipo de individuo. Acusar a otro servirá para establecer su complicidad y condenarlo. No hablará.

Dejando de lado su rencor, Cem le dio la razón.

—¿Qué pensáis hacer?

—Maese Conan ama a su hija sobre todas las cosas. Esta misma noche la haré raptar y la conduciré fuera de la ciudad. Bastará con que su padre reciba un mensaje

al alba para que crea que está en manos del genovés.

—¿Qué tipo de mensaje?

—Dreux fracasó en su misión al equivocarse de víctima. El dinero a cambio de Marie me parece un argumento plausible.

—Ya veo.

—El gran prior, a quien he confiado mis conclusiones, me otorga su confianza y plenos derechos. Sólo falta vuestro acuerdo para actuar.

—¿Y si os equivocáis?

—Maese Conan vendrá a pedir vuestra ayuda antes que acudir solo al lugar que se le indique.

Cem se volvió y se dirigió a la ventana. Con las manos cruzadas a la espalda, dejó que su mirada se perdiera en la calle. A aquella hora del día, las gentes la recorrían conversando para dirigirse a misa y saludando a los tenderos que cerraban sus comercios.

Contra su voluntad, y en demérito del pañero, tuvo que reconocer que el discurso de Philibert de Montoisson era cabal. Tenía el corazón en un puño. Le había tomado afecto a la exuberancia del hombrecillo. Palabrería. Apretó las mandíbulas con rabia.

—De acuerdo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Me uniré a vos para confundirlo.

—Sea —le concedió Philibert de Montoisson con delectación antes de retirarse, doblemente satisfecho.

Además del placer que obtendría al echar por los suelos el orgullo de maese Conan, esperaba otro de su hija. Al no poder permanecer por más tiempo lejos del servicio del rey, Laurent de Beaumont se había marchado la víspera justo después de que se anunciara su pedida de la mano de Marie. No, pensó, no esperaría a que se hubieran casado para vengarse.

En la pequeña capilla del castillo de Sassenage, doña Gersende y maese Janisse, de pie frente al cura, emocionado, se dieron un «Sí» unánime a sus mandamientos. La nave estaba llena y un «¡Hurra!» se alzó cuando se dieron un beso, más tímido de lo que su temperamento deseaba. Ya estaba, a partir de entonces ya eran marido y mujer, para lo bueno y para lo malo que su vida ya avanzada les reservara. Mathieu y Algonde, con un nudo en la garganta, aguardaban a que el cura les llamara a su vez. El hombre que los había visto nacer insistió en bendecir también él sus anillos, y afirmó que no sería pecado consagrar de nuevo allí aquel matrimonio del que todos se alegraban.

Mientras Gersende y Janisse se apartaban, avanzaron pues, con sus ropas de domingo, más azorados de lo que estuvieron en La Bâtie. Con idéntico gesto, tendieron sus dedos entrelazados ante la mirada benevolente del padre Vincent.

—Lo que Dios ha unido, hijos míos, nada en el mundo lo puede separar. Sed para

siempre el uno para la otra y la otra para el uno, tal como lo habéis sido hasta este día y desde vuestra infancia. Tal como el Señor al daros la fe y la fuerza para vencer las pruebas os ha acompañado ya en la adversidad.

—Soy tuya para siempre —repitió Algonde mirando emocionada a su esposo.

—Hasta que la muerte nos separe —le prometió Mathieu.

El padre Vincent los bendijo con el signo de la cruz sobre sus anillos y con una sonrisa franca en los labios antes de extender los brazos y comenzar a cantar.

Una noche sin luna aprisionaba la noble villa de Romans y animaba las peregrinaciones de los ladrones por sus callejuelas estrechas y, en las sórdidas tabernas, las lascivas danzas de las prostitutas.

En su cama, con la frente sudorosa debido a la fiebre, maese Conan sufría una nueva pesadilla. Su mujer había abandonado la cama. Negándose a dormir con un asesino, se había instalado en la habitación de su hijo difunto y disfrutaba de un sueño profundo, como no dormía desde la muerte de éste.

Una lechuza que se había instalado en la buhardilla batió las alas antes de detenerse, inmóvil y alerta, sobre una viga. Marie no oyó que alguien trepaba a su balcón y empujaba la ventana que había dejado entreabierta. Su habitación daba al patio interior cerrado por una pesada puerta cochera, y no tenía razón para inquietarse. Soñaba con Laurent.

Cuando sintió la mano sobre su boca, imaginó que era la suya que ahogaba los gemidos de placer y no tuvo conciencia de la realidad. Aunque hubiera abierto los ojos de nada habría servido. Un olor fuerte le invadió la nariz. Cayó en un sueño más profundo en el que se desvanecieron todas las cosas, buenas y malas.

En Sassenage, bajo el viejo roble, la mesa dispuesta hizo honor a la glotonería de los recién casados. Chupándose los dedos del jugo de carne, Janisse y Gersende rieron a mandíbula batiente, aturcidos por el amor y la ebriedad. Con la autorización del barón, se abrieron dos toneles de vino especiado y se mató un lechón. Sólo quedaban los huesos que servirían para la sopa del día siguiente. Las altas llamas de un fuego rodeado de piedras danzaban bajo el manto de las estrellas al ritmo de los instrumentos y de los pasos de los invitados que bailaban la farándula.

El castillo estaba de fiesta.

Cogidos de la mano, Mathieu y Algonde, agotados por el baile y la emoción, se perdieron entre las sombras como antaño cuando, aburridos por los juegos de los mayores, iban en busca de un rincón tranquilo para observarlos de lejos y reírse de sus excesos. Aquel día, se habían sumado a su mundo. La despreocupación había desaparecido, pero no su complicidad. Se apoyaron uno contra el otro a la muralla, con el reflejo de las llamas en los ojos, mecidos por la música y con la mente en blanco por el hidromiel.

Con la mirada fija en el fuego rodeado por los danzantes, Mathieu la abrazó y apoyó su mentón en el cuello de ella.

—Te amo —murmuró a su oído.

En aquel instante, una felicidad sin mácula invadió a Algonde, y le produjo el ilusorio sentimiento de que nunca acabaría.

Un rayo de luz interrumpió su sueño y Marie se dio la vuelta en su lecho antes de darse cuenta de la incongruente situación. El sol tardaba en franquear el muro de la residencia familiar, y a su habitación no llegaba su luz hasta bien avanzada la mañana. Ante el temor de haber dormido más de lo razonable, se incorporó de un salto, con los ojos desorbitados, y lanzó un grito de terror al ver sentado en un taburete, en el marco desconocido de una habitación austera, al señor de Montoisson, que la observaba.

—Tranquilizaos, dulce Marie. No se os hará daño alguno.

Ella no se convenció y se cubrió más aún con la sábana.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué hacéis aquí? —farfulló ella recorriendo con una mirada asustada las altas paredes de la estancia abovedada.

No recordaba nada.

Philibert de Montoisson se puso en pie y se estiró.

—La noche ha sido larga velando vuestro sueño, amiga mía. Sin embargo, no podía correr el riesgo de que me dejarais plantado al despertaros. Hay demasiados intereses en juego.

—¿De qué estáis hablando?

Se acercó a la cama. Ella se desplazó al otro extremo.

—¿Creéis que Laurent de Beaumont aún os querrá cuando sepa que vuestro padre es un asesino?

Marie lo fulminó con una mirada de espanto.

—¿Mi padre? ¿Un asesino? ¿Os habéis vuelto loco, caballero?

—¡Por desgracia, no, querida! En este mismo instante cabalga hacia la trampa que vuestro rapto le ha tendido. Cabalga para entregarse él mismo al príncipe Cem, quien no le perdonará que envenenara a su hermano de leche. Dentro de unas horas lo habrán condenado.

Asustada, Marie dejó que se sentara junto a ella y le tomara la mano. Philibert de Montoisson se la llevó a los labios al ver que de sus pestañas caían unas lágrimas.

—Pronto seréis libre. El príncipe Cem me ha asegurado que apoyaría vuestro matrimonio, dado que el crimen de vuestro padre no debe mancillaros a vos o a vuestra madre. Y si fuera necesario, os defenderé ante el señor de Saint-Quentin.

—Pero fue vuestro rival —sollozó Marie, sumida poco a poco en el horror de aquellas acusaciones que aún se negaba a admitir.

—Y como tal se casará con vos, querida, os lo garantizo. Y a cambio deseo vuestro agradecimiento aquí y ahora.

Ella lo miró sin comprenderlo. Su mundo se derruía a su alrededor. Philibert de Montoisson saboreó su vulnerabilidad.

—¿Crees que soy un hombre que se contenta con tan poco?

Al comprender súbitamente que también ella iba a ser víctima de aquella trampa, trató de defenderse.

—Marchaos, dejadme —suplicó.

La atenazó con fuerza.

—Vamos, no me vengas con remilgos, vas a gozar más que con Beaumont, créeme.

En un movimiento reflejo, ella balanceó su mano libre para abofetearlo. Él la detuvo y se abalanzó sobre ella.

Capítulo 10

En lugar de guiarla, las risitas ahogadas de sus damas de compañía irritaban a Philippine. Detestaba tener los ojos vendados cuando jugaba a la gallinita ciega. De pequeña, se dio de bruces contra el tronco de un fresno al tropezar con una de sus protuberantes raíces y tuvo la cara magullada durante dos semanas. Avanzaba paso a paso, con las manos extendidas, entre las burlas mal disimuladas de aquellas ocas que no dejaban de graznar y chismorrear. Se volvió sobre sí misma. El jardín adyacente al pabellón de verano donde se representaban comedias tenía unos bosquecillos en los que podían esconderse y engañarla con el ruido de las hojas. Por aquí, por allá, susurraban para que se perdiera. Unos minutos más y se le agotaría la paciencia. Se arrancarían la venda de los ojos y maldeciría la pajita corta que había designado que le tocaba parar. Se quitaría la máscara para castigar a aquellas idiotas, mostraría el rostro triste que ocultaba tras aquellos juegos y diversiones desenfrenadas. Acudirían todas apresuradamente a preguntarle y confesaría lo mucho que echaba en falta a Algonde y al príncipe Cem. Lo vacíos que estaban sus días mientras los esperaba a una y a otro. Eso era lo que se decía, aunque sabía pertinentemente que no podía liberar su corazón y que los cuchicheos la guiaban invariablemente hacia el parterre de rosas. El suave perfume de éstas se amplificaba y en breve sus espinas le desgarrarían su bonito vestido escarlata.

Qué se le iba a hacer. Aquel día sufriría de nuevo la victoria de aquellas impertinentes. De repente se quedó inmóvil. Llevado por un aire tibio, llegó a su nariz el olor del musgo del bosque. Deslizó el pie en aquella dirección, con el corazón palpitante, rebuscando en sus recuerdos del jardín si alguna de las composiciones florales podía hallarse en el origen del mismo. Algo más lejos, a la izquierda, se hallaba aquel banco de piedra con palomas esculpidas. El jardinero rascaba a menudo su contorno húmedo. ¿Acaso había olvidado limpiarlo? A menos que se tratara de la avenida de malvarrosas que bordeaba los matorrales de boj. Dudó, husmeó el aire a su alrededor y se sobresaltó al sentir una respiración próxima. Avanzó un zapato, luego el otro, y sus dedos extendidos rozaron una piel suave. Su corazón se aceleró. Conocía la textura y la firmeza. Se tomó el tiempo, sin embargo, de reseguir el óvalo del rostro, el perfil de la nariz, la línea de las pestañas caídas, y luego, como una golosina, segura ya de haberla reconocido, la forma carnosa de los labios.

—Me alegra enormemente veros de nuevo entre nosotras, señorita Algonde — exclamó.

Los aplausos de sus damas de compañía acompañaron la risa cristalina de la jovencuela. La despojaron de la venda y Algonde, resplandeciente por su propia felicidad al volver a verla, se inclinó graciosamente ante ella.

Unos minutos más tarde, tras dejar a aquellas damas que iniciaban una nueva partida, ambas amigas pasaron bajo una glorieta de parras rojas hasta llegar a un

roquedal en el que había matas de valerianas y violetas. Un estanque de agua clara alimentado por una fuente vestía de granito el lugar. Se sentaron sobre el poyete a la altura de sus rodillas, aisladas de las miradas por la vegetación y de los oídos indiscretos por el gorgoteo del agua. Ante la insistencia de Philippine, Algonde tuvo que explicarle su viaje.

Tras apartar la roca en silencio gracias a un mecanismo secreto, Marthe se detuvo en seco a las puertas del pasadizo que acababa de utilizar para regresar al castillo de la Bâtie sin que sus habitantes se apercibieran de ello. A dos pasos de ella tras la cortina de vegetación, el timbre apenas ensordecido de Algonde le impidió avanzar. Por lo general, aquel lugar estaba desierto, un poco apartado de los jardines y del huerto cultivado celosamente por el padre Mancier.

Olvidado por las gentes de la casa, aquel subterráneo contaba con diversas galerías que desde hacía siglos habían permitido a Marthe ir y venir y vigilar a sus presas. Incluso a tal efecto se había acondicionado una verdadera guarida en una de las cavidades de la roca. Las mazmorras de la antigua fortaleza, ocultadas durante la transformación del edificio, habían servido más de una vez para satisfacer sus deseos o sus experiencias, encerrando entre sus paredes a aquel criado o a aquel niño de los que se creyó que se habían perdido y habían sido devorados por los lobos. En la oscuridad de aquellos pozos era imposible determinar cuántos de los esqueletos que en ellos había eran resultado de su empeñamiento en vencer la maldición que sobre ella pesaba. Con independencia de la profecía que constituía su último recurso, su crueldad tenía un nombre: el espanto. Su enemigo tenía rostro: el tiempo que la consumía y acentuaba su fealdad. Hasta el punto de que Marthe olvidaba que había sido Plantina, pervertida incluso en sus uñas curvadas y negras por los poderes robados a la harpía enclaustrada en su lugar en tierras de Aragón. Cuando el hada de antaño resurgía en su alma corrompida, como una chispa sin fuego, el asco se apoderaba de ella ante la magnitud de sus vicios, el horror de sus actos y la monstruosidad de sus rasgos. Cornamentas, polvos, hojas, licores, maceraciones y excrementos llenaban sus calderos, y hervían y destilaban en chimeneas cerradas que ensombrecían las galerías con un humo espeso. Mientras sobre ella y más lejos en los alrededores, las gentes de toda condición se volcaban en sus existencias demasiado breves, Marthe gritaba hasta quedarse sin aliento, escupía, silbaba, jadeaba y lloraba en medio de aquella pantalla opaca que empañaba todos los espejos. Éstos sólo reflejaban su determinación para expulsar de ella la negrura y la abominación. Sin embargo, de fracaso en fracaso, dejó de rebelarse, y aceptó su transmutación como un mal necesario. Un mal que llegado el momento le proporcionaría el ascendente necesario para matar a Melusina. Marthe lo sabía. Su hermana había sufrido idéntico tormento. Hubieran podido aliarse para acabar con la maldición que su madre, Presina, había lanzado sobre ellas, pero Melusina siempre la había considerado a ella, Plantina, responsable de lo que les había sucedido. De hecho, fue ella la primera

quien al descubrir la verdad acerca de su nacimiento, el rechazo del padre, Elinas de Escocia, que las había privado a las tres del poder y de las riquezas, sí, fue ella quien alzó el estandarte de la injusticia y las convenció para vengar su orgullo ultrajado. Si entonces hubiera alcanzado a imaginar las consecuencias, no habría actuado así. No, jamás. Desde entonces había sido inútil argüir el arrepentimiento. Melusina había sido incapaz de perdonárselo. El trono de las Tierras Altas no se podría compartir. Y Marthe lo deseaba. Más que cualquier otra cosa en el mundo. Igual que su hermana. El combate sería sin cuartel en cuanto Algonde llevara a término aquello para lo que estaba destinada. Marthe no tenía otra elección. Era una cuestión de supervivencia. En verdad, sólo esperaba que en cuanto recuperara sus rasgos originales no perdiera aquella frialdad cruel de modo que ningún remordimiento mancillara el reinado sobre el reino de las hadas que le correspondería.

Deslizándose sobre el musgo húmedo que tapizaba el suelo regado por finos riachuelos de agua que fluían de la fuente, Marthe avanzó silenciosamente hasta descubrir el tenor de la conversación entre las dos jovencitas que le daban la espalda. Ahora que Algonde había regresado, tendría que ocuparse de inmediato de la pequeña Elora si quería inclinarla de su lado para siempre.

Invisible tras la cortina de hiedra, en su rostro odioso se dibujó una sonrisa cínica. Philippine hablaba del príncipe Cem. La profecía parecía ir por el buen camino.

—¿Cuándo regresa? —preguntó Algonde, preocupada tras haber escuchado a su vez el relato del gran torneo y las circunstancias de la muerte de Anuar.

—La ignoro —suspiró Philippine agitando la mano ante su nariz, pues algunos insectos la molestaban al respirar—. Louis se ha quedado con él y Philibert en Romans. Es mi único consuelo. Pero temo lo peor, Algonde. Cada jinete que llega al castillo me hace estremecer. Si baja la mirada al cruzarse conmigo, me siento desfallecer, segura de que me anunciará la muerte del hombre al que amo.

Algonde rebuscó en la bolsa que llevaba a la cintura.

—Todo eso es inquietante, estoy de acuerdo. Así que es urgente entregarle el elixir que me pediste.

El rostro de Philippine se iluminó y volvió a ensombrecerse ante el frasco anodino que ella le presentó.

—¿Es el mismo? ¿Dónde está la damajuana piramidal que lo contenía antes de que tú lo absorbieras para curarte?

—La bruja la consideró demasiado llamativa y reconocible. Quien la robó una vez podría volver a hacerlo. En este recipiente, la poción pasará inadvertida. Explícaselo al príncipe Cem.

Philippine quedó satisfecha con esa explicación y se guardó el frasco antes de adoptar una actitud apurada.

—¿Te ha dicho algo más?

—¿Algo como qué?

—Respecto a mi boda, por ejemplo...

Algonde no tuvo tiempo de responderle. Un ruido de hojas atrajo su atención hacia el jardín que habían abandonado hacía un rato. Entrecerró los ojos y vio moverse un mechón cobrizo. Abandonando a Philippine, se puso en pie de un salto, segura de que una de sus compañeras las había estado espiando.

Aquella persecución encantó a Marthe. Alertada por la evocación de la damajuana piramidal capaz de sanar a Algonde, abandonó cualquier reserva. Le bastaron unos pasos para surgir tras la damisela, con un canto entre sus labios. Inmovilizada por el hechizo, Philippine no mostró más reacción que su mirada asustada cuando Marthe se agachó frente a ella.

—¿Y si me contaras más acerca de esa damajuana piramidal, guapa? —Oyó Philippine a lo lejos tras sus tímpanos.

Incapaz de sustraerse a su dominio, contó en un murmullo cuanto sabía.

Catherine de Valmont. En cuanto la reconoció por su vestimenta, Algonde aceleró el paso, con los pensamientos entrechocando entre ellos bajo su cofia sacudida por la carrera. ¿Una simple indiscreción por parte de la damisela? Algonde lo supuso antes de verla dirigirse hacia el grupo de damas de compañía a las que el juego había alejado hacia otro extremo del parque. Visiblemente, no se había dado cuenta de que Algonde la perseguía. Aprovechando aquella ventaja, la joven decidió atraparla desde delante, Envalentonada por el poder de los Antiguos que corría por sus venas, no tardó en cortarle el paso. Apenas fatigada, tuvo aún tiempo de arreglarse la cofia antes de verla aparecer entre dos matorrales. Apoyada contra el tronco sinuoso de un membrillo, Algonde le dirigió una sonrisa amable.

—Estáis muy lejos de vuestras amigas, mi querida Catherine.

Ésta se sobresaltó, dudando por un instante de ella misma y de quien la había sorprendido. De hecho, era imposible que Algonde estuviera allí.

—Una necesidad. Urgente —se justificó sin detenerse, con las mejillas aún sonrojadas por el sofoco de su huida.

A dos pasos de allí, ante ellas, una glorieta de ocho pies de ancho cubierta de parras rojas y de rosas entremezcladas conducía hacia la explanada del castillo. Era costumbre que los enamorados fueran allí a besarse discretamente, protegidos por la sombra y el frescor reinantes. En aquel momento estaba desierta y, a menos que quisiera estropear su vestido en los macizos espinosos que la rodeaban, Catherine no tenía más remedio que cruzarla.

Algonde percibió su temor. Tenía los dedos crispados agarrando la tela de su falda y la alzaba para no arrastrarla por el suelo. Tenía la frente ligeramente fruncida, las mandíbulas contraídas. No era et comportamiento de una inocente. Algonde estuvo segura de ello en aquel instante. Catherine de Valmont había disimulado hábilmente su naturaleza intrigante. Quedaba por averiguar a quién servía.

Impulsándose con las palmas de las manos apoyadas contra el tronco del árbol, Algonde se propulsó hacia delante y le atajó el paso.

Llevándose la mano al corazón, Catherine soltó un grito de sorpresa.

—¡Por Dios, señorita Algonde! ¿Queréis que me muera con esos modales?

Algonde no se dejó engañar por su expresión de espanto, y se mostró adusta.

—No diré que no —le respondió a la par que la asía del brazo y la arrastraba hacia la glorieta.

—¿Tenéis la bondad de soltarme? Me hacéis daño —se defendió Catherine forcejeando para liberarse.

Algonde la agarró con más fuerza. Vencida por su sorprendente ímpetu y por su sorda determinación, Catherine de Valmont se halló al cabo de unos pasos aislada de las miradas bajo el manto púrpura de las hojas de parra.

—Pero, vamos... ¿qué os sucede?

Algonde se plantó frente a ella, con una mirada maligna.

—¡Basta, Catherine! Esta vez no me haréis doblegar ni conseguiréis engañarme. ¿A quién ibais a contarle nuestras palabras?

—No sé de qué...

Su pobre defensa acabó con un grito de dolor. Retorciéndole el antebrazo, Algonde la obligó a arrodillarse sobre las losas del suelo.

—¿A quién? —insistió sin la menor piedad.

Unas lágrimas recorrieron las mejillas maquilladas de la jovencueta.

—Me vais a romper el hueso...

—¡Habla!

Catherine sollozó. Aquella tenaza la hizo tambalearle y con la otra mano se agarró a la falda de su verdugo.

—A Louis de Sassenage... —confesó sin aliento.

Algonde la empujó sin contemplaciones. Catherine cayó al suelo. Sentada y abatida, se miró el brazo amoratado antes de alzar una mirada torva hacia Algonde. Alterada por el rencor y su verdadera naturaleza, su rostro había perdido toda expresión angelical. La miró de arriba abajo.

—¡En tu lugar, yo me apresuraría a abandonar el castillo!

El fastidio frunció el ceño de Algonde. Súbitamente comprendía hasta qué punto ella y Philippine se habían dejado ofuscar por la belleza y la simulada delicadeza de Catherine, hasta el extremo de haberle cedido el mejor lugar en su entorno para espiarlas. La damisela tenía que proceder con suma habilidad para que en ningún momento ellas hubieran descubierto su doble juego. ¡Menudo vicio le había cogido Louis a espiar! Serenada con su silencio que debió de interpretar como temor, Catherine se puso en pie, reprimió su dolor apretando las mandíbulas y se enfrentó a ella, segura de haber recuperado el control de la situación.

—Una no le levanta impunemente la mano a la nobleza y menos aun cuando es hija del arroyo. Ahora mismo iré a quejarme a Louis y mañana soltarán los perros tras

tu rastro y morirás como naciste.

—No lo creo —dijo Algonde alzando la palma de su mano hacia la frente de Catherine.

Instintivamente, ésta retrocedió.

—Apártate de mi camino. Se ha acabado, Algonde. Ya vienen hacia aquí.

Se aproximaban voces y risas, repercutidas por el eco de la glorieta que, en el otro extremo, formaba un recodo. Algonde tenía el tiempo justo. En lugar de inquietarse, movida por aquel instinto de supervivencia que ahora formaba parte de ella y la controlaba, miró fijamente a Catherine a los ojos. Louis no debía saber nada acerca de la relación entre Philippine y Cem. El futuro del mundo dependía de ello. El suyo también.

—Adiós señorita de Valmont —dijo ella en el momento en que un rayo resplandeciente de luz atravesaba la barrera de la palma de su mano y le daba entre las cejas.

Catherine abrió la boca como un pez fuera del agua y cayó recogida sobre sí misma.

Sin el menor remordimiento, Algonde pasó por encima de ella y desapareció silenciosamente antes de que el grupo volviera la esquina.

Capítulo 11

Ahora o nunca. Sentada al borde de la cama, Jeanne de Commiers aguzó el oído. El antiguo torreón que en la actualidad albergaba la abadía de Nuestra Señora de los Ángeles en Saint-Just-de-Claix sólo se estremecía con los crujidos provocados por las variaciones de temperatura entre el día y la noche. Todos dormían en el castillo secular. Se incorporó, holló con la planta del pie el suelo de madera con su modesto peso, se tranquilizó pensando que se confundiría con las demás y se quitó el camisón para vestirse con sus ropas de diario. Esperando protegerse del frío intenso, se cubrió con una pelliza por encima del vestido. No tendría frío, se convenció para engañar aquel detestable escalofrío que, a intervalos regulares, le recorría el espinazo. La idea de huir así de aquel lugar, que, durante tanto tiempo, había sido para ella una tierra de asilo, le tenía el corazón en un puño. Y, sin embargo, no tenía otra elección. A pesar de las numerosas cartas dirigidas a Jacques para mantenerlo informado de la sorprendente recuperación de su memoria y de sus facultades, su esposo no se había dignado a responder ni a visitarla. Sor Albrante creyó conveniente revelar a Jeanne que, confortado en su viudedad por su mentira, se había casado con Sidonie y ésta acababa de darle un hijo. ¿Era ésa la razón de su silencio? ¿El olvido? ¿La culpabilidad? Jeanne se negaba a creer que Jacques hubiera dejado de amarla. E igualmente, que Sidonie, a la que le profesaba un amor sincero, fuera responsable de ello. La verdad era otra, estaba convencida de ello aunque aún no la hubiera averiguado.

La víspera, poco antes de que se acostara, mientras trataba de conciliar un hipotético sueño, la sorprendió una visión, como antaño. Se despertó con el aliento entrecortado, helada hasta la médula, aterrorizada. En aquel momento, los recuerdos que le faltaban la cubrieron como una ola gigantesca que hubiera hecho naufragar a toda la tripulación. Su primera reacción fue aovillarse en la cama, aprisionando su almohada entre los codos para ocultar su rostro. No ver más el rostro inmundo del diablo inclinado sobre ella, no volver a respirar el olor de la sangre y de la carroña. Tras encender su vela, se calentó las manos al calor trémulo de la llama, tranquilizada por la luz que desprendía. Sanar completamente significaba revivir lo que había precedido a su agonía. Apoyada contra el cabezal de la cama bajo el crucifijo que la protegía desde hacía seis años, con las rodillas aprisionadas entre sus manos y la manta cubriéndole hasta el mentón, se dispuso a poner orden en su cabeza.

Mil cuatrocientos setenta y ocho. Noche del solsticio de primavera, Acababa de besar a sus hijos, las niñas por un lado y los niños por otro. Un fuego vivo daba calor a sus respectivas habitaciones. Vencidos ya por el sueño, apenas respondieron a su beso. Cerró la puerta y se dirigió hacia los apartamentos donde la pequeña Claudine, nacida cuatro meses antes, dormía en la cuna al pie de su cama. Jacques no tardaría en reunirse con ellas. Plantada frente a la celosía de la ventana iluminada por el claro de luna, se entretuvo contemplando una lechuza a contraluz. Antes de que su mirada

se fijara en el parque, una silueta acababa de materializarse allí. Con el rostro inundado por la pálida claridad, alzó la mirada hacia la ventana de sus hijas. Marthe. La fiel compañera de Sidonie. A Jeanne se le heló la sangre. Hasta aquella noche, había creído que su instinto la engañaba, que aquella mujer cuya presencia la inquietaba no tenía en común con la partera que la ayudara a dar a luz a Philippine más que su fealdad, Aunque el parecido fuera nítido, nada permitía a Jeanne relacionarlas a una y a otra. Además, reservada y discreta, Marthe se apartaba para dejarlas a ella y a Sidonie a solas, y hada gala de una loable afabilidad. Hasta el punto de que, como buena cristiana, en más de una ocasión Jeanne se había reprochado sentir tanta antipatía hacia ella. Sin embargo, nada había cambiado. En presencia de aquella mujer se sentía en peligro. Aquella noche en La Bâtie, ignorando que la observaban, Marthe se dirigió hacia la muralla y desapareció al pie de la misma. Jeanne no esperó más. De inmediato cogió el puñal de Jacques de un cajón y atravesó corriendo el pasillo hasta la habitación de sus hijas. No quiso despertarlas para no asustarlas en vano, y se ocultó tras una cortina junto a la cama de Philippine, empuñando el arma. Bajo su cofia, sus pensamientos hervían. A lo largo del embarazo de su primogénita la habían asaltado horribles visiones. Se había visto a sí misma dando a luz un crío monstruoso, vellosos de los pies a la cabeza, que una desconocida le arrancaba para ponerlo a salvo. Unos instantes después, mientras aún jadeaba tras el parto, aparecía la horrible partera y la forzaba violentamente a decirle dónde se hallaba el recién nacido, amenazándola con el infierno y la condena eterna para su linaje si no respondía. Fue cuando la llamó Hélène cuando comprendió que en el sueño no era ella sino otra que se le parecía como una gemela. Las imágenes se sucedieron sin darle un respiro. La muerte de su esposo, edificios en llamas, su tierra devastada. El triunfo del mal.

Unos días más tarde, Jeanne dio a luz a una niña a la que Jacques quiso llamar Hélène. Gritó porque no quería que se cumpliera aquel funesto destino como tantas otras visiones que había tenido. Hélène se convirtió en Philippine, y la partera fue expulsada. Jeanne se calmó. El poder del mal podía ser doblegado gracias a la fe, ¡y Jeanne rezó tanto! Durante diez años estuvo convencida de haber ganado, hasta la noche del 21 de marzo de 1478.

Cuando la chimenea pivotó sobre sí misma y Marthe surgió de aquel hueco abierto de par en par y que olía a humedad, Jeanne se quedó sin aliento. Chorreando sudor animal, con los dedos crispados en la empuñadura del puñal, esperó a que Marthe se acercara a la cuna y en aquel momento se interpuso con enorme coraje.

—¡No deis ni un paso más, Marthe!

Sorprendida por su audacia, Marthe se quedó inmóvil.

—Sois más fiera de lo que imaginaba, Jeanne, pero es inútil. Nada podéis contra mí.

—Os equivocáis, sé quién sois.

Llevando su otra mano a la altura del cuello, asió la cadenita y mostró la cruz que

llevaba colgando de ella.

—¡Vade retro, Satanás! —clamó en voz alta y fuerte.

Marthe se echó a reír.

—¡Pobre idiota! Hasta tu diablo huiría de mí. Vamos, apártate. Sólo he venido a asegurarme de que tu hija es aquélla a la que espero. No le haré daño y a ti tampoco.

—Mentís. Queréis el niño. El niño veloso. Pero sé cómo impedirlo.

Marthe se sobresaltó.

—Cómo...

Se pellizcó la nariz y de repente Jeanne perdió el control. Su mano soltó el arma. El ruido hizo que Philippine abriera los ojos.

—¿Mamá? —Se asustó al ver su silueta a contraluz.

Jeanne quiso responder pero sus labios no pudieron articular palabra. Philippine gritó. Marthe retrocedió hacia el pasadizo y la puerta del mismo se cerró a su paso cuando el resplandor de una vela perforaba la oscuridad. Jeanne se recuperó ante la sirvienta que acababa de entrar. Se negó a molestar a Jacques. No tenía pruebas: a pesar de sus esfuerzos, la chimenea no desveló su secreto. Lo único que trató fue de aislar a Philippine en el último piso de una torrecilla no sin antes asegurarse de que las paredes no estuvieran huecas. Philippine no tuvo nada que objetar, al contrario. Tenía ya diez años y aspiraba a disponer de un apartamento para ella y su camarera. Tranquilizada por la presencia de esta última, que cada noche cerraba la puerta a cal y canto, Jeanne hubiera podido volver a dormir, pero no fue así. Seguían asaltándola aterradoras visiones de pesadilla, hasta que tuvo una diferente de las demás. Un sueño en el que en esa ocasión, ella, Jeanne de Commiers, podía desempeñar un papel para salvar a los suyos. Fue por esa razón por lo que al día siguiente se dirigió sin demora a la abadía de Saint-Just, a pesar de su cereza de que Marthe acechaba la primera ocasión que se le presentara. Confiaba en el agua bendita que se había colgado del cuello y en su escolta para protegerla. Ni una ni otra pudieron impedirlo e, inesperadamente, sor Albrante le había devuelto el nombre de Hélène a Philippine. Jeanne no tenía, pues, otra elección.

Aquel día, 16 de junio de 1484, debía reaparecer para salvar a los suyos.

«Vamos —se dijo asiendo con firmeza el asa de la palmatoria—. Según las confidencias de sor Albrante respecto a Philippine, aún no es demasiado tarde. Ha llegado la hora de informar a Jacques y a Sidonie de lo que sabes. Ha llegado el momento de verificar si la visión de antaño era cierta».

Sin más dilación, tiró hacia ella la pesada puerta claveteada que la había aislado del mundo exterior durante todos aquellos años y se deslizó al oscuro rellano. Determinada, se cubrió el rostro con el capuchón del manto y descendió silenciosamente la escalera.

Marthe estaba febril. Las revelaciones de Philippine acerca de los sorprendentes poderes de las damajuanas piramidales le habían llevado a pensar de inmediato en la

historia de las Tierra Altas. Al igual que Melusina, sabía que las damajuanas y la mesa de cristal habían sido robadas y que sólo la puerta de Avalon permitía aún llegar a la ciudad blanca. Le fastidiaba que su madre, Presina, hubiera hallado las primeras y las hubiese utilizado para salvar a Algonde. Por un lado dado que el elixir de vida a buen seguro había contrarrestado los efectos maléficos de la poción que la había obligado a ingurgitar, y como consecuencia Algonde resistiría a su influencia; por otro, porque conocía lo suficiente a su madre como para comprender que para ella aquellas reliquias revestían una importancia capital. Quedaba por averiguar el porqué. Marthe no dudaba de que lo descubriría. El hecho de saber que su madre se ocultaba bajo la apariencia de la bruja de Sassenage era también una información muy valiosa. A menudo, aquello que tenemos ante los ojos es lo último que acabamos por ver. En eso tenía que reconocerle una gran habilidad puesto que la verdad era que Marthe se había dejado engañar. En ninguna ocasión percibió su aura de hada, prueba evidente de que también su madre había mejorado sus poderes mágicos. Era, pues, más peligrosa y taimada de lo que había pensado. ¡Qué más daba! Marthe contaba ahora con una ventaja: estaba prevenida de la resistencia que hallaría. Philippine le había asegurado que una de las damajuanas piramidales se hallaba en Saint-Just-de-Claix, en la estancia de sor Albrante. Ahora Marthe comprendía mejor por qué Jeanne de Commiers había sobrevivido, y a tenor de lo que contaba el correo que interceptaba, desde hacía poco había recuperado la memoria. A todas luces, la monja le había administrado el elixir de los Antiguos.

—Pobres mortales —suspiró mientras accionaba el mecanismo que hacía pivotar el fondo de la chimenea de su habitación, la que antaño fuera la de las hijas de Jeanne.

¿No se podían quedar en su lugar? ¿Engreídos e insignificantes? Se adentró en la escalera que apestaba a putrefacción. No. Al fin y cabo así estaba bien. Que se rebelaran, se encolerizaran, se alzaran y la desafiaran. Era la única distracción que aquel mundo detestable le ofrecía.

Bañada por la sombra del imponente torreón cuadrado, Jeanne pasó arrimándose contra la pared junto a la fachada del edificio rectangular para llegar hasta la capilla. Durante mucho tiempo, en 1478, la noche precedente a su agresión, tras ver en sueños cómo se abría la imagen yacente de una dama con la frente ceñida por una corona y con las manos de piedra entrelazadas sobre el pecho, se preguntó dónde la había visto. Por la mañana la respuesta le llegó en la abadía de Nuestra Señora de los Ángeles en Saint-Just-de-Claix. La reina Beatriz de Hungría. Según rezaba una leyenda, numerosos subterráneos partían de la antigua fortaleza real y permitían llegar a los castillos de Rochechinard, de La Bâtie y de Saint-Laurent-en-Royans. Muchos los habían buscado pero nadie los había encontrado. Dado que la región ya no temía las invasiones, aquellos pasajes subterráneos habían caído en el olvido hasta desaparecer. Cuando se renovó La Bâtie, Jacques dio con algunos de ellos, pero no se

aventuró por aquellas galerías que juzgaba poco estables o incluso en ruinas. Sin necesidad, el hombre pierde la temeridad, concluyó encogiéndose de hombros. Ante la puerta descubierta, hizo colgar un tapiz de Aubusson. Una dama con unicornio. Suntuosa decoración de una sala de música.

Jeanne no dudó ni un instante que sabría orientarse. Su sueño premonitorio bailaba ante sus ojos como la estrella polar. Se sentía capaz de vencer cualquier peligro. Pasaría bajo la montaña y regresaría a sus tierras. Ahí se encontraría con Jacques. Sin duda acostado junto a Sidonie, pensó mientras rodeaba el coro. Una punzada en el pecho. Lo olvidó al iluminar con el candelabro la tumba disimulada bajo una de las losas del suelo. Buscó el tizón que permitía desplazar la trampilla. Lo hundió pensando en que había cosas más importantes que tener celos de su prima, y descendió el tramo de peldaños que, en lugar del ataúd, apareció en el nicho.

Marthe no necesitaba antorcha para guiarse. Su visión nocturna era perfecta. En cuanto a las diversas galerías que surcaban el subsuelo, había dispuesto de más tiempo del necesario para visitarlas todas, descubrir las trampas y las salidas. Ninguno de los castillos de los alrededores tenía secretos para ella. Avanzó con paso seguro. En la primera intersección, bajo aquella bóveda de granito que rezumaba finas gotas a lo largo de las franjas esculpidas por el tiempo, giró a la derecha en dirección a Saint-Just-de-Claix y le dio una patada a una rata gorda muerta en medio del estrecho e irregular pasadizo.

A medida que avanzaba, concentrada en sus pasos, Jeanne acabó por perder la noción del paso del tiempo. Una legua y media separaba la abadía del castillo de La Bâtie. Una vez abandonó la pequeña cripta donde reposaba la reina Beatriz en su ataúd de piedra, el subterráneo se volvió estrecho, apenas más alto que ella, a veces sinuoso, pútrido hasta el punto que tuvo que cubrirse la nariz con un pañuelo para filtrar el aire viciado, pero sin ninguna intersección. Para distraerse de la angustia que, a pesar de su resolución, le provocaba el aislamiento en el que se hallaba, tarareaba cánticos al tiempo que vigilaba a la vez que la mecha de su candela no se le ahogara en la cera fundida. Puntuando a veces la regularidad de las paredes, la llama iluminaba un nicho lleno de huesos o una excrescencia de piedra cubierta por las sombras que la hacía tragar saliva, aguzar el oído y acelerar el paso para dejarlas atrás antes de reírse de sí misma. Estaba sola. Sola. Y no debía temer nada. Poco a poco se serenó y, a pesar de la creciente fatiga, ganó en temeridad. ¿Acaso no iba a volver a ver a sus hijos? ¿Rozar sus rostros adormecidos con el suyo ávido de descubrirlos después de tantos años? Una sonrisa de calma iluminó su expresión. Hasta que oyó un eco, a lo lejos, delante de ella. Por un instante pensó que el cansancio le gastaba una jugarreta a su imaginación. Avanzó aún antes de detenerse y de aguzar el oído. Su corazón se aceleró dentro de su pecho. No. No estaba soñando. Alguien avanzaba en su dirección, para dirigirse a todas luces al lugar del que ella procedía. ¿Con qué

intención? Se mordió la mejilla, para ahogar un grito de angustia. Marthe. Sólo podía tratarse de ella. Para matarla. Una fracción de segundo, quiso dar la vuelta y echar a correr hasta perder el aliento. Al volverse, sin embargo, descubrió la sombra de una aguja de roca que ocultaba uno de los nichos ante los que acababa de pasar. Los pasos se aproximaban y, sin embargo, no se alcanzaba a ver ninguna luz en la oscuridad. Instintivamente, Jeanne se dirigió a la roca, apagó su candela y se ocultó en el hueco, con el aliento tan entrecortado que creyó que moriría allí, asfixiada.

Concentrada en su avance solitario y rápido, Marthe pasó frente al escondrijo sin descubrirla. Por lo menos así lo fingió, pues desde hacía algunos pasos, su olfato la había alertado de una incongruencia en aquel lugar desprovisto de toda actividad. Un relente de sebo llenaba la bóveda y apenas enmascaraba el de la carne humana, reconocible entre todos.

Jeanne aguardó a que los pasos se ahogaran para descalzarse delicadamente. Se tanteó la cintura por reflejo, para verificar que llevaba aún en su bolsa un yesquero y dos candelas de recambio. Más lejos, se dijo al abandonar su refugio. La encendería más lejos. Siguiendo la pared con la palma de la mano, se alejó lo más rápido posible, corriendo incluso a pesar de que la roca le desgarraba los dedos. Con una única idea en la cabeza. Reunirse con los suyos.

Inmóvil en el subterráneo, con los sentidos aguzados, Marthe dudó unos segundos antes de proseguir su camino. Fuera quien fuese él o la que huía, no tenía nada que temer y hubiera podido encontrarlo rápidamente. No estaba muy lejos de su objetivo. Se lanzó a una carrera que ningún humano hubiera podido seguir. Unos minutos más tarde llegó a la cripta subterránea, accionó el mecanismo, salió por la losa, atravesó la capilla y luego el patio de la abadía y forzó la entrada del hospicio sin que nadie la importunara.

Sor Albrante no habría podido decir qué fue lo que la despertó. Como no había ninguna enferma alojada allí, debido a su avanzada edad aprovechaba para dormir tanto como podía entre los diversos oficios. Incorporada en su cama por una súbita angustia, inhabitual en ella, aguzó el oído hasta asegurarse de que alguien estaba tocando sus alambiques y probetas en la estancia contigua.

—¡Eso sí que no! —refunfuñó mientras se ponía en pie precipitadamente.

Se calzó, encendió su candela y se cubrió el camisón con un chal. ¿Quién se creía allí tan lista como para prescindir de sus servicios? ¿No sabían que lo que cura también puede matar? Resuelta a regañar a la imprudente, se dirigió al estrecho corredor y de allí hacía la entrada entreabierta.

—Me gustaría ver... —comenzó a decir empujando el batiente con humor.

Las palabras se le atragantaron. A la luz de la llama danzante, la harpía se dio la vuelta al entrar ella. Asustada y sorprendida, Albrante dio un paso atrás ante aquella fealdad diabólica. Prisionera de sus uñas curvadas y negras, la damajuana piramidal

que Marthe acababa de robar del cofre forzado atrajo la mirada de los ojos desorbitados de sor Albrante.

—Apartaos de mi camino, madre —le dijo Marthe con desdén mientras guardaba su hallazgo.

La sangre de Albrante latía en sus sienes. No entendía lo que sucedía, pero en un arranque de coraje exigió que le devolviera aquel elixir tan precioso para ella, Philippine y Jeanne. Santiguándose rápidamente sobre el pecho para ponerse bajo protección divina, meneó la cabeza, con una mirada tan torva como la de la intrusa.

—No antes de que me hayáis devuelto eso.

—No tengo tiempo que perder con palabrería —gruñó Marthe abalanzándose sobre ella.

Aunque aterrorizada, sor Albrante se aferró con la mano libre al montante de la puerta para impedirle el paso.

—No pasaréis —se empecinó.

Un destello de furia centelleó en la mirada desalmada de Marthe y el dorso de su mano surgió en la tímida luz.

El último pensamiento de Albrante fue para Philippine, antes de que su corazón aún palpitante, arrancado de su pecho, salpicara de sangre los bocales que se hallaban sobre la mesa, a unos pasos de ella.

Jeanne ya no sentía las piernas. Agotada, con el aliento entrecortado, acabó por apoyarse en la pared tras una carrera extenuante. La candela encendida, de nuevo en la palmatoria, derramaba una claridad tranquilizadora a su alrededor. El silencio la rodeaba. Estaba fuera de alcance y, sin embargo, ¿estaba a salvo? Frente a ella se abrían tres galerías. ¿Cuál de ellas conducía a *La Bâtie*? ¿No se había hallado ya en un lugar semejante sin darse cuenta cuando huía? En su estómago nadó un sollozo que pudo refrenar.

«Varaos, Jeanne, rastrea en tus recuerdos. Ten confianza en tu visión de antaño». Cerró los ojos un instante y se dejó guiar por las imágenes antes de dar un paso. Recto. Para ir a *La Bâtie* tenía que ir recto. Avanzó aún durante un buen rato, tratando de no desanimarse a pesar de nuevas intersecciones, a pesar de las lágrimas que le brotaban de cansancio y de su mano dolorida en la que la sangre había formado coágulos. Y luego, súbitamente frente a ella, tras unos cincuenta peldaños, un muro. Sólo un muro que le cortaba el paso. Se precipitó hacia allí riendo nerviosamente. Con un movimiento lento de la muñeca, recorrió con la llama las asperidades. Tenía que dar con el mecanismo. Hacer pivotar el muro. Regresar a su casa.

—¡Buenas noches, Jeanne! —pronunció como una sentencia la voz de Marthe tras ella, justo en el instante en que dio con el mecanismo.

Capítulo 12

—¿Ya es la hora? —Bostezó Mathieu con voz pastosa al abrir un párpado pesado.

Le parecía no haber dormido más que unos minutos, pues sus abrazos se habían prolongado hasta muy avanzada la noche. Ávidos uno del otro como si tuvieran el tiempo contado cada vez que se hallaban a solas, se entregaban a unas justas amatorias que los dejaban jadeantes. Al no responder Algonde, el joven esposo trató de mantener un ojo abierto. La penumbra aún inundaba la habitación. Su mirada se detuvo en la luna que cerraba su último tercio más allá de la celosía de la ventana, así que decidió que no debían de ser más de las dos de la madrugada. ¿Qué hacía, pues, su esposa fuera de la cama, con la oreja pegada contra el muro cerca del manto de la chimenea?

—¿Algonde? —insistió él.

—¡Chitón!

Mathieu se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Desde su infancia, se había acostumbrado a dejarse despertar por las primicias del día. La hora de los paneteros. Al regresar la víspera a La Bâtie, fue a ver al panadero del castillo para comprobar que aún estuviera interesado en sus servicios. El hombre, de aspecto tosco temperado por unos impresionantes mofletes, lo invitó a que se presentara al alba para sacar la primera hornada. Mathieu se veía obligado a estar a la altura del trabajo, compensando con el ardor en la faena su mano derecha herida por el gavilán y aún incapaz de agarrar cualquier objeto. No decepcionaría a maese Baillot, salvo si se dormía en el obrador. Se volvió a tumbar en la cama con la esperanza de recobrar el sueño abortado, pero estaba demasiado intrigado por la actitud de Algonde. Sin embargo tras golpear contra el tabique en varios lugares, la jovencueta volvió a acostarse. Esa vez no tuvo que interrogarla.

—¿Tú también lo has oído? —le preguntó tapándose con las sábanas.

—¿Qué?

—El grito.

—No. Lo habrás soñado —dijo él arrimándose a ella.

Le gustaba dormirse olisqueando el perfume de musgo de su piel.

—Alguien ha gritado, Mathieu, tras ese muro que suena hueco. Estoy segura de ello —dijo con voz apagada.

Algonde estaba helada. Como si ese grito surgido de las profundidades de la piedra fuera el último de un ser desesperado. Un grito ahogado que aún le parecía escuchar. Entró en calor, empero, con el contacto de su esposo y de sus dedos que le acariciaban suavemente un seno bajo el lino del camisón.

—Olvídalo y duérmete, ruiseñor —susurró Mathieu a su oído antes de apoyar allí su mentón con una barba naciente que raspaba.

Algonde se relajó. Sin duda él llevaba razón. A unos pasos de ellos, sin que el incidente la hubiera perturbado, la pequeña Elora dormía apaciblemente en su cuna,

con el extremo de su pulgar rozando los labios. Su hija tenía muy buen oído. Y un instinto predominante. Y, sin embargo, no se había movido. Poco a poco, la mano de Mathieu se hizo pesada sobre su pecho. Algonde evitó moverse para no volver a despertarlo. Aquel trabajo en la panetería era importante para él. Mathieu no admitía que la generosidad de Philippine constituyera su único ingreso. Su orgullo no podía admitirlo. Ya era bastante difícil para él tener que ocultarse de todo el mundo, reunirse con su mujer tras el toque de queda y abandonar su cama antes de que los demás despertaran. Para la nobleza, Algonde seguía siendo una damisela. Una damisela cuyo esposo, un barón de baja alcurnia arruinado, tuvo é mal gusto de morirse a la mañana siguiente de su noche de bodas, dejándola embarazada de Elora y, aún hoy, incapaz a pesar de nacimiento de la criatura de volver a casarse. Algonde hubiera desmentido de buen grado aquella falacia, pero además de que Philippine se negara a ello para no desacreditarse ante sus pares y que los sirvientes del castillo la odiaran por sus privilegios, Algonde ofrecía a Philippine la compañía ideal para citarse discretamente con Cem. ¿Acaso no había matado a Catherine de Valmont aquella misma tarde, y sin remordimientos, para garantizar sus amores imposibles?

Algonde fue apresada por ese recuerdo. Aquel grito, allí detrás, ¿acaso era el del fantasma de Catherine furioso por la impunidad de su asesina? Aunque el preboste había examinado largamente el cuerpo difunto de la doncella, nada había hecho pensar en algo que no fuera una muerte natural y nadie había visto a Algonde en el lugar del crimen. Al reunirse con Philippine junto al pequeño estanque, Algonde la halló desvanecida. Temió que su señora la hubiera seguido, pero al recobrar el conocimiento, Philippine fue incapaz de explicarle qué había sucedido. No recordaba nada. Algonde, por su parte, le aseguró que había seguido una sombra que súbitamente se había volatilizado, de tal manera que al enterarse de la muerte de Catherine unos minutos más tarde, Philippine llegó a la conclusión de que su dama de compañía tuvo la desgracia de cruzarse con aquel diablo y morir de miedo. Algonde no lo desmintió. Un desagradable escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Estaba desprovista de sentimientos? ¿No sentía compasión? ¿No tenía moral? ¿Se había convertido en una de esas criaturas monstruosas a las que tanto quería combatir? Observado en detalle, allí, en el olvido de aquella habitación, su crimen se le aparecía súbitamente en toda su abyección. Catherine de Valmont la había amenazado. Eso era cierto. Quería evitar que provocara problemas, pero ¿era ésa razón suficiente para asesinarla? ¿Y con tanta sangre fría? Un sollozo se atoró en su garganta. ¿Cuál era la fuerza en ella que se había impuesto como verdad? ¿La de los Antiguos o la otra? ¿La diabólica, la inhumana? ¿Quién era a día de hoy en realidad Algonde de Sassenage?

«Actúa según tu alma y conciencia. Deja que hable tu instinto. Sólo él por tus orígenes sabrá guiarte. Cree en ti, Algonde, y no te perderás», le aseguró el hada Presina cuando, antes de abandonar Sassenage, fue a saludarla con Elora y Mathieu. ¿Y si su abuela se había equivocado? ¿Y si Marthe la hubiera pervertido más de lo que ambas habían imaginado...?

Mathieu se volvió y las garras del frío invernal hicieron que el corazón de Algonde se oprimiera aún más si cabe. Tenía que saber. Su cuarentena había terminado. Debía ir al palomar para reducir el huevo negro en polvo e ingerir parte del mismo. ¿Qué le sucedería a continuación? ¿Habría acabado su metamorfosis? ¿Qué nuevo poder correría por sus venas? ¿Para qué fin lo utilizaría? ¿Para el de la profecía? ¿Para el suyo propio? ¿El mal? De nuevo apartó las sábanas, con precaución esta vez. Si aquel grito no la hubiera despertado, sin duda habría esperado a la noche siguiente para ir allí, pero ¿para qué retroceder? Soportaba sobre sí la pesada carga de una maldición, el medio para poner fin a la misma y de salvar al mundo. A menos que no fuera para alienarlo... Fuera como fuese, el ruiseñor de maese Janisse ya no pertenecía a Mathieu ni a Elora. Ya ni siquiera se pertenecía a sí misma. Se cubrió el camisón con una capa, abrió el pestillo de la puerta sin hacer ruido y, al cerrarla tras ella, se deslizó por el oscuro corredor. En el momento de tomar la doble escalera, pensó en que era absolutamente incapaz de decir cuál sería su destino.

Dos horas más tarde, mientras languidecía en un sueño delicioso, Mathieu abandonó su lado de la cama para abrazar a su esposa. Tanteó, hizo una mueca de disgusto, perturbado en su sueño, antes de despertarse sobresaltado y suspirar con fastidio. Estaba sólo en la cama. Allí, en la habitación, la penumbra había cambiado, El alba se aproximaba. Se sentó. Algonde se había ausentado. Con un gesto torpe, se restregó su cabellera morena aplastada por el gorro que por las mañanas nunca encontraba sobre su cráneo. Era demasiado pronto para que su ruiseñor se hallara ya al servicio de Philippine, pero de la nobleza cabía esperar cualquier cosa. Fuera como fuese, se levantó de la cama a regañadientes. Flora aun dormía. No le gustaba que se quedara sola y tal vez a merced de las malvadas intenciones de Marthe. Dejó pasar unos minutos con la esperanza de que Algonde regresara y luego, para no llegar tarde en su primer día de trabajo, comenzó a vestirse discretamente. Antes de marcharse, abrió la puerta de comunicación entre los dos apartamentos, para que Algonde, o en el peor de los casos Philippine, oyeran a la chiquilla si lloraba y salió de la habitación a su pesar. A pesar de todo, pensó con humor, ¡hubiera podido prevenirlo antes de marcharse! A su mente vino el recuerdo del incidente de la noche y frunció el ceño al acercarse al rellano. No se tranquilizó. Algonde no habría cometido la imprudencia de resolver aquel enigma sin decírselo.

El silencio era aún más pesado en la vasta residencia. La nobleza dormía hasta tarde mientras en la cocina y en los espacios comunes los sirvientes se ponían ya manos a la obra. Mathieu descendió el tramo de escaleras y se detuvo en el rellano del primero, sorprendido al toparse de bruces con Marthe.

Ambos se miraron de arriba abajo con recelo.

—¿Acaso me espías, palurdo? —le espetó ella.

Mathieu iba avanzado a su horario. En el fondo, pensó, aquel encuentro fortuito

iba como anillo al dedo a la decisión que había tomado unas semanas antes.

—¡Dios me libre! Pero ya que os veo, quisiera hablaros.

—¿Hablarme...? ¿En serio? ¿O te escuece la verga? —se burló ella agarrándole la entrepierna.

Mathieu tragó saliva. Hubiera preferido mil veces olvidar lo sucedido en el campo de Sassenage, cuando aquella diablesa lo forzó con su magia a pesar del asco que le inspiraba. Esa vez también. Ella se relamió los labios con una lengua glotona, con los ojos achicados de perversidad en sus órbitas saltonas. Para desespero de Mathieu, la tela del pantalón se hinchó bajo sus garras. ¿Cómo era posible? ¡Antes morir que volver a vivir aquejo! Tragó saliva.

—No es culpa mía, bruja. Sabes que no lo deseo.

Ella soltó una carcajada maligna antes de retirar su mano.

—Sígueme —fe dijo ella.

—Sólo para hablar... —se defendió siguiéndola por el pasillo que llevaba a las habitaciones de la primera planta.

Un instante después, Marthe abrió una puerta baja en un hueco. En el interior de aquel reducto la oscuridad era absoluta Marthe lo empujó con una palmada en el hombro.

—Entra, palurdo. Aquí nadie nos oirá.

A Mathieu le llegó un fuerte olor a cera. El lugar servía de almacén de las velas de aquel cuerpo del edificio. Exiguo y poco aireado, apestaba. Resistiendo a la angustia que se apoderaba de él al ver la puerta cerrarse tras aquella criatura, aislándolos a ambos en una noche de tinta, el joven alzó el mentón.

—Algonde me lo ha explicado todo. Toda la historia.

—¿Y has descubierto que tienes alma de héroe? —se rió ella arrimándose contra él.

De nuevo aquel irreprimible empinamiento en su bajo vientre. Trató de dominarlo. Cuanto antes negociara, antes saldría de aquel mal paso.

—Estoy dispuesto a entregaros al niño de la profecía —dijo él volviendo la cabeza para evitar la contaminación del aliento de la harpía.

Sorprendida, Marthe retrocedió tanto como le permitía el estrecho cubículo.

—¿Tú? ¿Estás dispuesto a traicionar a tu rui señor?

—No la traiciono, sino que la salvo —se defendió él—. Vos queréis a ese niño y yo quiero vivir en paz con mi hija y con Algonde.

—Tu esposa sería más apropiado. ¿Acaso no te has casado con ella en secreto?

Mathieu no trató de negarlo. Marthe debía de haberlo averiguado por la indiscreción de un criado.

—Convenceré a Algonde para que se quede con Philippine tras el parto. Yo me llevaré al niño y os lo entregaré y luego desapareceréis, Melusina quedará prisionera en el Furon. Vos regresaréis a vuestro mundo y todo habrá acabado.

Marthe asintió con el mentón en la oscuridad. Aquel mozo era valiente, pensó. Su

sinceridad estaba fuera de duda y, al no y al cabo, sus argumentos se sostenían. ¿Por qué necesitaba Melusina muriera, en el fondo? ¿O tener a Elora dominada si obtenía lo que deseaba? El trono de las Tierras Altas le bastaba.

—¿Qué sabes acerca de las damajuanas piramidales? —preguntó ella.

—El paso de Avalon está cerrado. Las necesitaréis al igual que la mesa de cristal para regresar a las Tierras Altas. Pero ignoro, ignoramos, el paradero de esta última. Si lo averiguo, os lo indicaré.

—Desabotónate los calzones —ordenó Marthe.

A aquella distancia, su magia no surtía efecto.

—Me perteneces, Mathieu de Sassenage. Tú y los tuyos. Hasta el nacimiento del niño velloso. ¿Quieres paz? A cambio, quiero tu sumisión.

—No —repitió—. Pertenezco a Algonde. Sólo a ella.

Ella se aproximó. Arrinconado contra unas estanterías llenas de velas, no podía huir.

—¿Has sentido mayor placer que el de aquel día? Lo dudo, puesto que tu vientre aún lo recuerda. Vamos, dame lo que quiero y tu Algonde vivirá, te lo prometo.

—¿Jamás volveréis a tocarla?

—Deja de tergiversar las cosas y disfruta de mí. Contrariamente a lo que crees, te hago un gran regalo.

Mathieu sintió el roce de las uñas negras contra su bajo vientre. De inmediato se excitó y su miembro se tensó como si fuera a partirse. Soltó un gemido de dolor y a la par de deseo salvaje. ¿Qué veneno le había inoculado aquella criatura en Sassenage para provocar tamaño incendio? Abrumado por la vergüenza y el asco pero incapaz de resistir por más tiempo a la fuerza del deseo, se lanzó sobre ella y la arrimó contra la puerta. Al instante siguiente, la avasallaba a embates como un lobo sediento de sangre devoraría a un corderillo.

Aquel 16 de junio, Algonde regresó atormentada de su expedición nocturna. Para cumplir con lo que Melusina le había pedido relativo al huevo negro, había ido al palomar en ruinas situado al norte del primer patio exterior; a un cuarto de legua del castillo. El cofre se hallaba en el mismo lugar en el que ella lo había ocultado unos meses antes pero alguien, sin duda Marthe, se había ocupado del huevo en su lugar. En la caja escondida en el hueco del muro circular había ahora un frasco de cristal rectangular que sólo contenía una cucharada de polvo negro y nauseabundo. Tras pasar de la perplejidad a la reflexión, Algonde llegó a la conclusión de que el resto debió de ser mezclado con la poción que le provocó el parto. Marthe debió de querer asegurarse de que lo absorbía. Si bien aquello explicaba muchas cosas, no por ello Algonde dejaba de estar furiosa por haberse dejado engañar. Comprendía mejor por qué Melusina había cambiado del lenguaje a propósito del huevo.

«Deberás dejarlo secar durante tres lunas más antes de convertirlo en polvo. Deberás ingerirlo para que los efectos del veneno sean permanentes en ti sin

condenarte, pero procura conservar una medida como una uña que deberás ponerle en la boca al niño antes de darle el pecho. Es esencial para protegerlo». Aquél fue su primer discurso. La vez siguiente, añadió que Algonde debería dejar transcurrir su convalecencia, o sea cuarenta días más, antes de actuar. ¡Menudo engaño! La jovenzuela se felicitó por haber logrado reducir los efectos nefastos y malignos del huevo bañándolo, en cuanto lo hubo expulsado, en el elixir de los Antiguos que le dio Presina. Quedaba por saber si de nuevo poseía el poder de respirar bajo el agua. Algonde debería verificarlo a la primera ocasión. Porque no era boba. Sabía perfectamente qué papel deseaba Melusina verla desempeñar. Mantenerla prisionera en su lugar en las aguas del Furon para conjurar la maldición que pesaba sobre ella. ¡Pero no había ni que pensar en eso!

Se apresuró a regresar a su habitación para amamantar a Elora, ascendió ágilmente la escalera hasta la primera planta e instintivamente se escondió tras el pedestal de una estatua situada en la intersección de dos tramos de peldaños. Alguien se acercaba y no deseaba ser vista. La casa estaba a oscuras. El sol apenas emergía de una franja de nubes bajas sobre el horizonte, aureolando el bronce de un cielo con un degradado de rosas. Un rayo de sol polvoriento caía en diagonal desde una ventana alta. No lo bastante para descubrirla. Reconoció la silueta de Marthe que abandonaba el pasillo que conducía a las salas de música. ¿Qué hacía allí a aquellas horas? Algonde decidió esperar a que hubiera vuelto a su apartamento contiguo al del barón Jacques y Sidonie antes de seguirla. Hizo bien pues, en el instante en que se disponía a subir, Marthe cambió de opinión y volvió la cabeza hacia el pasillo. Algonde se sobresaltó. ¿No era Mathieu quien iba tras ella? Ella titubeó. Con la mirada perdida y el rostro devastado y sombrío, Mathieu se tambaleaba mientras se ordenaba la vestimenta y el aspecto.

—Venga, apresúrate, palurdo, ¡o llegarás tarde al trabajo!

—¿Y de quién será culpa? —refunfuñó el joven, parco en palabras.

Se arrepentía de haberse dejado domeñar. Se detuvo junto a ella, en silencio.

—Así, nuestro acuerdo está sellado...

—Sí, pero si decides engañarme, Algonde morirá.

—Tengo palabra. Tendréis al niño —dijo, antes de bajar las escaleras.

En la sombra, Algonde se mordió el puño para ahogar el alarido de desamparo que crecía en su vientre. Mathieu acababa de traicionarla. Con la esperanza de salvarla. Pero al hacerlo, había cavado entre ellos un foso que ella ya no podría cruzar jamás.

Capítulo 13

La mano gruesa, manchada por los primeros signos de la edad, hacía crujir el pergamino siguiendo el trazo de la pluma. La caligrafía de Jacques de Sassenage, por lo general muy regular y firme, se turbaba de emoción al redactar aquella carta. Iba dirigida a Jeanne de Commiers. Una más a la que su esposa no respondería, pensó. Desde que la vio de nuevo en la abadía de Saint-Just, cada día le decía la ternura que por ella sentía y la esperanza que tenía en su pronta curación, a la vez que insistía en el hecho de que iría a visitarla en cuanto le fuera posible. No se llevaba a engaño. Al no haber recibido ninguna carta de la abadía no le era difícil imaginar que, a pesar del cuidado y la discreción con que llevaba a cabo los envíos, Marthe interceptaba los mensajes en ambos sentidos. Hubiera podido interrumpir aquella correspondencia estéril, pero además del hecho de que le permitía tomarle el pelo a la harpía, su corazón se complacía en ello. Ahora que ya se había celebrado el gran torneo, Aymar de Grolée podría ocuparse discretamente de su misión y raptar a Jeanne del convento para llevarla a un lugar seguro. «El 18», le había susurrado su viejo amigo antes de que se separaran en Romans. Jacques para regresar a La Bâtie, y Aymar a su castillo de Bressieux. El 18. Había llegado el día. Por ello aquella jornada Jacques no debía alterar sus costumbres ni delatar lo que iba a suceder en Saint-Just. Con un amplio movimiento de la muñeca firmó su carta, la dobló, calentó un bastón de cera y la selló con su escudo de armas. Unos minutos más tarde se la entregó a su criado recomendándole, como cada día, que tuviera sumo cuidado en la expedición de la misma. Acto seguido, se apresuró a dirigirse a la de justicia en otra ala del edificio octogonal. Una lamentable querrela entre vecinos requería su juicio. Una vez por semana, siervos o nobles se presentaban ante él para resolver sus diferencias. Al cruzar el umbral de la estancia sobriamente decorada, pensó en cuánto le hubiera gustado que sus problemas fueran tan simples como aquéllos. Pausadamente, fue a sentarse en un estrado, en un trono de madera tallada. Tras él, un tapiz de Aubusson mostraba una Justicia alegórica bajo la forma de una balanza que se inclinaba por el peso de unos angelotes mientras unos diablos cornudos saltaban sobre el plato opuesto. El bien vencía. Siempre.

La mañana llegaba a su fin cuando un criado se anunció, en plena audiencia de un ceramista al que su vecino había zurrado frente a su casa pues pretendía que el barro del callejón, colindante, frente a ambas viviendas, se pegaba a los zapatos y los estropeaba. Aquellos dos, primos por parte materna, no se hablaban desde hacía años y siempre andaban a la greña por cualquier simpleza. Jacques estaba harto de verlos. Con un gesto, le indicó al criado que se aproximara. ¡Cuánto lamentaba que su hijo Louis aún no hubiera regresado de Romans para traspasarle las quejas de los litigantes!

El criado se acercó a su oído. Los dedos de Jacques se crisparon en los reposa

brazos del trono. Sin esperar, se puso en pie.

—Tú —dijo fríamente mirando al ceramista—, procura limpiar la calle del barro que tu trabajo provoca. Y por lo que a ti respecta —añadió fulminando al vecino con una mirada terrible—, ya van tres veces en cuatro meses que compareces aquí para quejarte. A la próxima, si el caso no justifica el tiempo que me haces perder, ordenaré que te apaleen en mitad de la plaza. Visto para sentencia ¡Marchaos!

Un murmullo de espanto se sucedió entre los asistentes, curiosos por saber cómo se resolvería el caso. Sin inquietarse por las miradas de asombro que lo siguieron, Jacques de Sassenage se dirigió con paso firme hacia el fondo de la sala.

Con el rostro adusto, se dirigió a los dos centinelas armados con alabardas que montaban guardia a uno y otro lado de la puerta.

—Desalocen la sala. La audiencia ha terminado.

Indiferente a los gruñidos de reprobación de quienes aguardaban su turno, Jacques de Sassenage salió sin volverse, oprimido por la angustia ante la visita que acababan de anunciarle.

Aymar de Grolée, barón de Bressieux, no era hombre acostumbrado a retroceder ante el peligro. Lo había demostrado en numerosas ocasiones al destacar junto a su amigo Jacques de Sassenage en los tiempos en que ambos servían al difunto rey Luis XI. Y de nuevo últimamente, en el gran torneo de Romans donde salió victorioso tanto con la lanza como con la espada frente a numerosos fanfarrones que se burlaban de su avanzada edad. A sus cuarenta y siete años, aún estaba lejos de estar acabado y a decir verdad, desde que Jacques de Sassenage le confió su tormento, en aquella vieja ermita del bosque de Coulmes, un renovado vigor había disipado la apatía de un retiro exento de peligros. En el curso de aquellos últimos meses, con frecuencia se había preguntado si el profundo apego que sentía por Philippine era el resurgir del que había sentido por Jeanne de Commiers o se debía únicamente a su juventud, su belleza y su vivacidad. ¡Philippine se parecía tanto a su madre! Ya no dudaba. Al descubrirse que Jeanne estaba viva, recluida en aquella abadía, se sintió más trastornado de lo que su ánimo dejó traslucir. Estaba dispuesto a morir por ella, como antaño. Si nunca se había casado era porque ninguna otra le había gustado tanto, ni le había emocionado ni había causado en él tan honda impresión. Si en el pasado, en cualquier momento, Jeanne le hubiese dejado entrever siquiera que sentía lo mismo por él} hubiera lamentado su matrimonio con Jacques, no cabía duda de que habría asediado La Bâtie para robársela. No fue el caso. Jeanne no le estaba destinada. Se había resignado a ello desde hacía muchos años, incluso antes de que su fallecimiento le partiera el corazón. Y, sin embargo, seguía siéndole fiel. Y abnegado.

Por esa razón estaba tan impaciente por cruzar la reja de la antigua fortaleza real que, a poca distancia ya, se alzaba sobre la colina. Forzó el paso. Cruzada la puerta, Aymar de Grolée descabalgó frente a los establos, dejando su caballo fatigado por la

carrera al cuidado del palafrenero. No tuvo siquiera tiempo de preguntar por la abadesa cuando se le acercó un monje de aspecto austero. El hombre vestía un hábito tan blanco como su escapulario bajo una capucha negra. El hábito de los dominicos. La comunidad más próxima residía en un monasterio sito en Romans-sur-Isère. ¿Qué hacía allí?

Se inclinaron uno ante el otro.

—He venido de lejos para solicitar audiencia a la superiora, padre. ¿Podrías anunciarme?

—Creo que será imposible, hijo mío.

El tono era seco. Con su mirada inquisitiva bajo unas espesas cejas, a Aymar de Grolée le desagradó aquel desconocido. No había hecho el viaje desde Bressieux, agotando sus monturas tras cada posta para contentarse con la imposibilidad de ver a la superiora. Insistió.

—Seguidme —le dijo el monje tras una larga reflexión.

Tras deslizar ambas manos en sus anchas mangas, martilleó con paso rápido la avenida pavimentada de la abadía. Aymar de Grolée lo siguió, curioso a la vez por la presencia del monje y por el toque a rebato que acababa de sonar en el campanario.

Al pie del torreón no pudo evitar alzar la vista hacia el último piso. Presa de un desagradable escalofrío, se dejó engullir por los muros espesos, seguro de que la presencia allí de la Santa Inquisición, que aquel hombre hacía evidente, estaba relacionada con las extrañas visiones de Jeanne de Commiers.

Muy lejos de allí, en Cerdeña, sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra un bloque de roca negra sobre el nuraga y el llano, Munia trenzaba con extraordinaria habilidad el mimbre W Catarina le había dado. A unos pasos, mientras sacudía el polvo de las mantas frente a la *pinnettu*, Lina canturreaba con los labios cerrados, con aquel timbre gutural que a veces provocaba en la egipcia un estremecimiento. Debajo de ellas, en el amontonamiento de rocas, los dos críos de menor edad jugaban con un perro al que habían encontrado errando unos días antes y al que habían adoptado. Arremangada, Munia sonrió. Se sentía bien. Infinitamente alegre, a pesar de que echaba en falta a Enguerrand. Cuatro días antes, éste se había marchado a la ciudad acompañado de Catarina, la cabrera. Era su tercer viaje. Cada vez se llevaban un barrilete de especias, disimulado dentro de las cestas que Munia y los mayores confeccionaban durante su ausencia. En cada ocasión habían vendido la mercancía a buen precio sin atraer la atención de los soldados del virrey ni de los bandidos. Munia estaba serena. Sabía que nada les sucedería en aquella tierra de los gigantes. Pronto la abandonarían para dirigirse a El Cairo. Alzó la vista hacia el azur. No había ni una nube.

—¿En qué piensas? —preguntó Lina, interrumpiendo su canto y su labor.

—En ese sol que me dora. En la paz hallada en este lugar. En ese niño que crece en mi vientre y que un día traeré de vuelta aquí para que descubra el milagro de su

concepción...

Lina se echó a reír.

—¡Hoy tienes alma de poeta, querida amiga!

Munia se encogió de hombros. Lina dobló la manta que tenía en las manos, la abandonó en una de las cestas y fue a sentarse a su lado. Permanecieron un rato en silencio.

—¿Te quedarás aquí cuando nos marchemos de la isla?

—¿A qué otro sitio podría ir? —respondió Lina mientras recogía unas piedrecillas oscuras entre sus pies separados, unas formas irregulares, veteadas de marrón, violeta o rosa, que tapizaban los huecos.

—Hace tiempo que no me has hecho una joya —recordó Munia—. Podrías hacerla con estas piedras.

—La verdad es que estaba pensando en ello, pero aquí me he convertido en una haragana. Mira.

La sarda extendió el brazo como si quisiera sembrar el llano a sus pies.

—¿Acaso no tengo cuanto necesito? Con el dinero que da la venta de las especias, mis hijos también podrían pasarse toda la vida sin trabajar.

—Te aburrirías —le dijo Munia, retomando entre sus dedos el mimbre.

Lina suspiró.

—Sin duda, pero aún no. He luchado contra viento y marea y he sufrido mucho. Un poco de quietud me complace.

Munia asintió con un movimiento de cabeza. Tras aquella noche fantástica en el nuraga, los espíritus de los gigantes habían dejado de aparecerse en el valle. El abrazo de la egipcia y de Enguerrand sobre el pozo sagrado les había concedido paz. Sin embargo, Catarina creyó oportuno no decir nada de ello a nadie. El temor hacia el nuraga y sus fantasmas le aseguraba una tranquilidad y unos privilegios a los que tal vez se vería obligada a renunciar. Para felicidad de todos, era mejor que nadie supiera nunca lo sucedido. Munia aún estaba más convencida de ello porque sentía gran apego por aquellas mujeres y aquel lugar. Saboreaba la tranquilidad como si fuera un don divino, puesto que en su interior sabía que aquella época de despreocupación y de libertad llegaría a su fin. En cuanto abandonaran la isla, la rapacidad propia de los hombres los atraparía. Por ello debería conservar en su corazón un poco de aquella tierra de asilo de donde extraer la fuerza suficiente para proseguir la misión que los gigantes le habían confiado.

Jacques de Sassenage se inclinó con deferencia ante la abadesa de Nuestra Señora de los Ángeles. Al ver su frente fruncida y sus ojeras comprendió que sus temores estaban fundados. Isabelle de Baternay jamás hubiera abandonado Saint-Just-de-Claix sin una razón de peso. La invitó a tomar asiento, con la garganta seca de angustia.

Ella rechazó la invitación con un gesto cansino de la mano.

—Dispongo de poco tiempo, hijo mío. Y no voy a perderlo en cumplidos. Una desgracia, una terrible desgracia, se ha abatido sobre la abadía.

Jacques de Sassenage sintió un sudor frío mientras la abadesa proseguía, con los ojos vidriosos.

—Jeanne ha desaparecido.

Jacques suspiró aliviado. Aquello significaba que Bressieux lo había logrado. Antes de lo convenido y sin implicar a nadie. El barón de Sassenage no dejó traslucir su satisfacción. Al contrario, meneó la cabeza y frunció el ceño, receloso.

—¿Cómo puede haber desaparecido de un convento como el de Saint-Just?

—El diablo, hijo mío. Es el diablo quien se la ha llevado.

—¡Qué cosas decís, madre! —Atemperó Jacques, mientras abría un mueble del que sacó una botella de licor.

La abadesa, vencida por el recuerdo de las horas horribles que acababa de vivir, se dejó caer finalmente en el sillón.

—Y eso no es todo, hijo. Sor Albrante ha sido asesinada de la manera más horrible que pueda concebirse.

Al resbalar de entre sus dedos repentinamente helados, la botella se rompió con un ruido apagado a los pies de Jacques. Titubeó, víctima de nuevo del espanto. Aymar de Grolée jamás hubiera hecho daño a una religiosa. Además, sor Albrante estaba demasiado unida a Jeanne como para oponerse a sus planes. Cabía pues concluir... En dos pasos, se plantó frente a la abadesa y la asió por los antebrazos.

—¡Explicadme lo sucedido, madre! ¡Todo! —exigió con una violencia que sorprendió por igual a la abadesa y a él mismo.

Aymar de Grolée no dio su brazo a torcer con la excusa que había improvisado en cuestión de segundos. Deseaba confiar una pariente suya a aquella comunidad y era por ese motivo y únicamente por ese motivo por lo que deseaba entrevistarse con la abadesa. Sentado frente a los tres dominicos que desde hacía media hora trataban de dar con alguna incongruencia en su curso con preguntas inocentes, permanecía frío como el mármol. La verdad era que, en su interior, ardía.

En último extremo, los monjes se reunieron en un rincón del despacho de la reverenda madre, conversaron un momento en silencio y se separaron. Dos de ellos abandonaron la estancia con paso sigiloso; el tercero, aquél con quien se encontró en el patio, volvió hacia él, con el rostro más amable.

—Soy el padre Gabriel. Disculpad el interrogatorio, hijo mío, pero el Maligno adopta a veces el rostro de un ángel para engañarnos mejor.

Aymar de Grolée asintió. Detestaba los preámbulos. Al igual que los modales de esas personas que llevaban a la hoguera a quien no les gustara. Y encima tenía que estar contento por no hallarse en España.

—¿Me diréis qué significan tantas precauciones? ¿Por qué la reverenda madre no puede recibirme sin más?

El hombre meneó la cabeza pero sus ojos mantenían una hipócrita vivacidad.

—Si tenéis la bondad de acompañarme...

Aymar de Grolée se halló así en el interior del hospicio, cuyas aberturas estaban cerradas. Provistos de faroles, los otros dos dominicos los habían precedido. Le sorprendió el olor a sangre reinante. Visiblemente, pretendían desestabilizarlo. ¿Con qué objeto? ¿Había tenido Jeanne la visión de su llegada? ¿Trataban de confundirle utilizando a sor Albrante? ¿Por qué no abrían los postigos? A ello se añadía otro hecho preocupante. Hasta el momento, el señor de Bressieux no se había cruzado con ninguna monja. Como si a la comunidad entera se la hubiera tragado la tierra. Confiándole un farol, el padre Gabriel lo condujo hasta el extremo del pasillo.

Había una puerta abierta. A Aymar de Grolée le bastó dar un Paso más para comprender de dónde procedía la pestilencia. Su corazón se aceleró. ¿Qué representaba aquella puesta en escena? ¿Por qué motivo querían implicarlo a él? En el suelo, una mancha de sangre coagulada espesa y negruzca sobre las losas de arcilla se extendía desde el umbral hacia el interior.

Se volvió hacia el padre Gabriel.

—¿Qué ha sucedido?

—Echad un vistazo a la habitación, hijo mío.

Aymar de Grolée avanzó, procurando no pisar la costra nauseabunda. Alzó el farol extendiendo el brazo y se le removió el estómago al contemplar el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Esparcidos entre los bicales, alambiques y calderos por el suelo, había pedazos de carne, de ropa y de miembros en los que zumbaban las moscas y otros parásitos. El cuerpo de una monja había sido desmembrado. Pero lo peor se hallaba en el techo, colgado de uno de los aros suspendidos provistos de ganchos utilizados para secar los manojos de hierbas. En medio de la menta, separado del resto de su cuerpo, el rostro mortificado de sor Albrante lo miraba inexpresivamente. Le habían arrancado los ojos.

Jamás había visto semejante carnicería. Ante aquella abominación, el señor de Bressieux retrocedió y topó con el padre Gabriel. La voz de éste llegó sinuosa hasta su oído.

—Creo que entenderéis que tratemos de verificar que el diablo no quiera hacer de las suyas...

Al acompañar a la reverenda, Jacques de Sassenage había llegado a una conclusión. Sólo Marthe podía ser responsable de aquel crimen. Aunque no alcanzaba a comprender cómo se había enterado de su plan. Quedaba por averiguar si había hecho que Jeanne corriera la misma suerte que sor Albrante. Se estremecía sólo de pensar en ello.

—Vuestra discreción...

—... es evidente —concluyó Jacques ante la portezuela del coche.

La abadesa había expresado su deseo de partir cuanto antes, pues no deseaba

dejar a su comunidad en manos de los dominicos. Aceptó la mano del barón para subir al estribo. Saludando con un movimiento de la cabeza a algunos de los cortesanos que deambulaban entre la residencia y el jardín, Jacques se apresuró a ir en busca de Marthe. Afortunadamente, Philippine había tenido la feliz idea de dar un paseo a caballo con Algonde. A su regreso debería anunciarle, al igual que a sus hijas menores, la muerte de sor Albrante en los términos convenidos con la abadesa. Una fiebre pernicioso. Aquello bastaría para explicar su fallecimiento. Decidió, sin embargo, no ahorrarle detalle alguno a Sidonie. Desde que le prometió salvarla de las garras de Marthe, ambos se aferraban el uno al otro, ya no con el ardor que los llevó a unirse, pues la resurrección de Jeanne se lo impedía, sino con una mutua confianza que ya nada enturbiaba. Estaban obligados a ser solidarios y mantenerse alerta. Más aún puesto que la presencia de los dominicos no facilitaría las cosas. ¡Qué estupidez haberlos avisado! La propia abadesa se sentía embarazada. De hecho, ante el macabro descubrimiento, su primer reflejo fue avisar al preboste. Frente a lo inconcebible y a la configuración de la fortaleza que imposibilitaba cualquier intrusión en el recinto, el hombre se dirigió rápidamente a Romans. Advertida de la llegada del padre Gabriel, la abadesa juzgó conveniente ir a La Bâtie para prevenir a Jacques. Su primera idea fue que Jeanne había presenciado la masacre y se había escondido en algún pasillo, traumatizada. La abadesa aguardó a que se hubiera registrado la abadía antes de admitir su desaparición.

Jacques halló a Sidonie ocupada en sus labores de bordar junto a otras damas bajo una pérgola de madreSelva. Al verlo aparecer, Marthe levantó la vista de su propia labor y una leve sonrisa estiró sus rasgos horribles. A todas luces, lo sabía.

Capítulo 14

Aymar de Grolée obtuvo autorización para aislarse a rezar por el alma de aquella desventurada. Necesitaba reflexionar. Nadie había podido penetrar en el recinto de la fortaleza sin ser visto, pues cada noche se bajaba la reja y se cerraban las puertas. Uno de los conversos dormía allí, en una exigua torrecilla, en el caso poco probable de que un visitante inesperado solicitara asilo. El padre Gabriel tuvo la generosidad de revelárselo, y añadió que no le sería difícil hacer hablar a aquel hombre en el supuesto de que la investigación les hiciera suponer que mentía. Sin duda era también con esa esperanza por lo que los presentó. El joven converso no lo reconoció. Aymar se había retirado a la capilla. Solo. Ahora ya no tenía duda alguna de que Marthe era la responsable del crimen. El hecho de que sólo se hubiera hallado un cadáver lo tranquilizaba, aunque lo dejara circunspecto. No tenía noticias de Jeanne y no podía preguntar a nadie. Mientras aquellos hombres se hallaran en el lugar, nada podría hacer por ella. Estaba furioso consigo mismo por haber tardado tanto en actuar. Sin embargo, había sido idea de Jacques. Dejar transcurrir cierto tiempo para que Jeanne se recuperara y para que Marche no sospechara nada. Además, al conocer los poderes de aquella bruja, Aymar había preferido hallar un lugar seguro. Sus tierras no lo eran, pues Marthe habría podido recordar el afecto que sentía por Jeanne. Por ello había decidido conducirla al Piamonte, a casa del marqués Louis II de Saluces, hombre de extraordinaria rectitud. Lo había previsto todo. Ay mar de Grolée ocultó su rostro entre las manos. Todo. Salvo aquel grano de arena.

¡Qué hubiera dado en aquel momento por verla a falta de poder hablar con ella!

—Señor —murmuró—, en tu grandeza, protege...

—¡Chiiit...! —Oyó a su izquierda.

Alzó la cabeza y examinó la capilla con la mirada. Estaba solo a la luz débil de una hilera de candelabros. Se disponía a proseguir su plegaria cuando volvió a oír ruido. Esa vez percibió en la sombra un discreto signo con la mano. ¿Jeanne? Con el alma en vilo y temiendo que pudieran verlo desde la puerta, se concedió aún unos segundos, se santiguó y se dirigió tranquilamente hacia una Virgen de talla humana. Se arrodilló frente a la misma y, con aires de circunstancias, unió de nuevo sus manos. De lejos, podría dar el pego. Sintió un ligero desplazamiento en su dirección. Aunque ardiera de impaciencia, no se movió. La sombra ocultaba la identidad de la persona que se aproximaba.

—¿Vos estabais en el entierro de Jeanne de Commiers, verdad? —le susurraron a unos pasos.

Decepcionado, no reconoció la voz. Simulando un ataque de tos, articuló un «sí» con el puño cerrado.

—No habléis, escuchadme. Soy sor Aymonette. Una de las más veteranas del convento junto con la reverenda madre y la difunta Albrante.

La voz se quebró un instante y prosiguió.

—Os he reconocido en cuanto habéis llegado. Como conozco mejor el lugar que esos hombres, he conseguido reunirme con vos. No deben saber lo de Jeanne. Desapareció la noche del asesinato.

El corazón de Aymar de Grolée se sobresaltó. Marthe... le gritó de nuevo la evidencia. Sor Aymonette, inconsciente de su desesperación, prosiguió sin pausa:

—No creo que sea obra del diablo, señor. El diablo no viste de seda. En cuanto me haya ido, acercaos a la tercera losa del suelo partiendo de siniestra. La que cubre la tumba de Beatriz...

La voz calló. Sor Aymonette desapareció por una puerta oculta en el muro. En su condición de prechantresa de la comunidad, tomaba a menudo aquel camino para ir de la residencia a la capilla donde daba lecciones de canto litúrgico a las monjas. Aymar de Grolée aguardó aún unos segundos y acto seguido hizo lo que le habían indicado. En el instante en que unos pasos resonaban en la nave, advirtiéndole de la llegada del padre Gabriel, arrancó discretamente un pedazo de tela aprisionado por la losa de piedra.

Disculpad mi ausencia, mi dulce Hélène, pero mi corazón dolido clamaba justicia. Y justicia se ha hecho. Estaré ahí el 18. Os añoro.

La nota no estaba firmada pero Philippine sabía quién la enviaba. Cem. El dieciocho. Era hoy. Zarandeando a Algonde, la damisela insistió para que fueran a cabalgar juntas. Desde aquel promontorio, Philippine podría seguir el camino que serpenteaba hacia el Isère. No importaba si tenía que pasar allí el día entero, pues deseaba aguardar el retorno del príncipe. Saborear la espera, arder de impaciencia bajo el sol de junio. Y, en cuanto tras él se cerraran las puertas de la fortaleza, vivir sólo del pensamiento en el día siguiente.

Instalada bajo un fresno de ramas doblegadas, Philippine oteaba el horizonte mientras Algonde pensaba, con el corazón en un puño, en los acontecimientos de la noche. Comprendía qué había empujado a Mathieu a aquella sórdida alianza, pero no podía disculparlo. En cuanto a hablar con él... no sabía si era una buena idea.

—¿No es él, aquél? —dijo Philippine poniéndose en pie de un salto sobre la manta que habían extendido en el suelo.

Formando una visera con las manos, la jovencueta siguió el trazado del camino. Dos caballeros. Se volvió a sentar suspirando. La escolta de Cem era mucho más numerosa.

—Estoy nerviosa. ¿Es normal?

—El amor a veces provoca sudor frío —respondió Algonde lacónicamente.

Cortó una brizna de hierba, se la llevó a la boca y acto seguido se tumbó con los brazos doblados bajo la nuca. Philippine se inquietó.

—¿Algún problema con Mathieu?

Algonde sonrió.

—Ya está olvidado.

Philippine asintió.

—¿Te parezco pueril?

Algonde no respondió. Ella también lo había sido. Despreocupada, ligera, arrastrada por el amor de Mathieu. Qué lejos quedaban aquellos tiempos en que se perseguían hasta el Furon, se abrazaban en el agua dulce y se salpicaban con promesas. Tan lejos ya que a veces incluso se preguntaba si verdaderamente lo había vivido. Le parecía que habían transcurrido siglos desde que cayó al torrente, desde su primer encuentro con Melusina. Y, sin embargo, apenas hacía un año.

—Creo que ya no podré vivir sin él —susurró Philippine—. Ya ni tu piel me atrae.

Hizo una pausa.

—No es que ya no te quiera, Algonde, pero...

—... lo deseas a él.

—Tanto que por las noches tiemblo en la cama. Ignoraba que se pudiera sentir una emoción tan poderosa, tan completa. Justamente lo contrario de lo que me inspira el señor de Montoison. Pensar en que de nuevo tendré que soportarlos, a él y a Louis, para poder estar cerca de Cem... No sé si podré contentarme mucho tiempo con esos breves instantes. Louis siempre hallará a alguien que me espíe. Y eso sin contar con que Philibert ahora estará más ansioso que nunca.

—Cem es consciente de ello.

Philippine permaneció unos momentos en silencio y prosiguió:

—¿Cuánto tiempo crees que necesita la Iglesia para convertir a un musulmán al cristianismo?

—El tiempo que Cem tarde en decidirse. El de aprender el catecismo, el del bautismo... No puedo darte una respuesta, Hélène. Es una decisión que debe tomar Cem en primer lugar y luego el gran prior de Auvernia. Dudo que este último apruebe esa conversión. Hay demasiados intereses en juego.

Philippine sintió el corazón en un puño.

—Pues deberá hacerse si queremos casarnos.

—No creo que ese argumento le sea de ayuda a Cem. Déjame recordarte que estás prometida con el señor de Montoison.

—¡Obligada y forzada! —se indignó Philippine.

—Eso no quita...

Algonde se puso en pie. No quería estropearle su felicidad a Philippine en aquel día. Ya su mirada se había entristecido. La asió de los hombros y señaló con el dedo en dirección del camino a sus pies.

—Olvida todo eso y mira aquella columna de polvo a lo lejos.

Philippine aplaudió, revigorizada por el latido amoroso que nutría sus venas.

—Es él, sí, es él.

—Habla con tu padre, esta misma noche. Él sabrá dar con el modo de facilitar las

cosas —sugirió Algonde.

Ella tampoco soportaba ya aquella espera, aquella angustia, aquellas dudas. El niño de la profecía debía ser concebido. Y pronto. Fuera lo que fuese lo que luego sucediera, ella se habría liberado.

Marthe los miraba al uno y a la otra con aquella fría crueldad en sus ojos que Sidonie tan bien conocía.

—¿Es verdad, Marthe? —preguntó ésta, helada tras lo que Jacques acababa de contar, después de haberlas invitado amablemente a acompañarlo a su despacho.

—¿Y por qué te sorprendería, boba? —le espetó la harpía.

Sidonie se estremeció. Con gesto protector, Jacques, que estaba junto a ella después de haber acusado a Marthe de la carnicería, le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia él.

—¿Qué le habéis hecho a Jeanne?

—Nada que te impida gozar de ella el día en que te la devuelva.

—Eres un ser innoble —dijo Sidonie, tragando saliva—. ¿Por qué te encarnizas con ella? ¿Por qué?

Marthe se encogió de hombros.

—Me aburro.

A Jacques, por su parte, no le apetecía sumarse a aquel juego perverso.

—¡Soltadla! Os di mi palabra de no molestaros a cambio de su seguridad.

Marthe lo miró de arriba abajo aún con más desprecio.

—En ese caso, todo está en orden. Jeanne está a buen recaudo y nada necesita. No os inquietéis. Si me obedecéis, no se le hará daño alguno.

—¿Quién me lo puede probar?

Marthe pasó una de sus punzantes uñas bajo su mentón, dibujando un fino collar de sangre en su cuello.

—Si hubiera decidido aniquilarla como a esa estúpida monja, podéis creerme, queridos, que la abadesa se acordaría.

Jacques de Sassenage tensó las mandíbulas. No obtendría nada más de aquella bruja y debería contentarse con aquella evidencia. ¡Al menos, de momento! Esperaba, sin embargo, poder descubrir de una manera u otra el lugar donde Marthe tenía secuestrada a Jeanne. No podía ser lejos de allí. Evitando su mirada, fingió resignarse.

—Sea. ¿Qué esperáis de mí?

—Que invitéis a Cem a residir durante algún tiempo en La Bâtie.

Sidonie y Jacques clavaron en ella sus ojos desorbitados. ¿Por qué el futuro de Jeanne estaba ligado a su amistad con el turco?

—Quiero que el príncipe preñe a vuestra estúpida Hélène, y pronto.

Jacques palideció mientras Sidonie se tambaleaba contra él ante tamaño dislate. Sin darle tiempo a que se interrogara acerca de sus motivos, Marthe añadió:

—En cuanto esos dos hayan copulado, entregaréis a Philippine matrimonio a Philibert de Montoison. £ insisto en ese punto. De lo contrario, no sólo perderéis a Jeanne de Gommiers, os lo aseguro...

Capítulo 15

Julio se teñía de Oriente en el castillo de La Bâtie. El gran prior de Auvernia había consentido que Jacques de Sassenage acogiera a Cem durante unas semanas. De hecho, esperaba aquella invitación desde hacía tiempo para favorecer el acercamiento de Philippine y de Philibert de Montoisson. Él mismo había aceptado la hospitalidad de su vecino y se alegraba sinceramente al ver a Cem reír a carcajadas entre aquel areópago ávido de su presencia. Más aún puesto que había recibido una carta alarmante desde Rodas. Pierre d'Aubusson, gran maestre de la Orden de los Hospitalarios, le hacía saber que el sultán Beyazid se había hartado de pagarles el tributo destinado a mantener a su hermano. Reclamaba que le fuera entregado a cambio de un imponente rescate. Aquella noticia, sumada al atentado del que el príncipe había sido objeto en Romans, reafirmaba a Guy de Blanchefort en su idea de que Cem había dejado de estar seguro en Rochechinard.

No estaba más seguro en La Bâtie. Al contrario. Pero la desaparición de Anuar y de Huchang había minado tanto la moral del príncipe que privarle de aquella distracción habría sido suicida. Blanchefort no había podido hacerlo. El gran maestre había sido taxativo. Más que nunca, Cem debía ser mantenido en cautividad. Cabía interpretar la inquietud creciente de Beyazid como una señal de que la amenaza de la alianza de Estados soberanos contra él aumentaba y que circulaban rumores de que Cem pronto sería liberado. Algunos pretendían que el rey de Francia, Carlos VIII, coronado en Reims aquel 30 de mayo, había decidido socorrerlo y otros que su evasión se tramaba desde Hungría; otros hablaban de Venecia; y algunos de Saboya. Aunque fueran desmentidas de inmediato, esas informaciones circulaban sin cesar y ponían muy nervioso a Beyazid, consciente de la posibilidad de que Occidente se alzara contra él.

La verdad era que no había soberano en el mundo que no soñara con retener a Cem, y Pierre d'Aubusson no estaba dispuesto a perder a su prisionero. Aún menos a entregarlo a su hermano. La última parte de su carta a Guy de Blanchefort era muy clara. Había que desplazar de nuevo a Cem para prevenir cualquier atentado y tantas veces como fuera necesario. El gran prior sabía lo que aquello significaba para el príncipe. Vagabundeo, soledad, desocupación. Aún no le había dicho nada, permitiéndole así que disfrutara de aquel tiempo de evidente felicidad en La Bâtie, mientras ultimaba su marcha.

Aunque finalmente hubiera recibido la autorización del gran maestre para abandonar la orden, Philibert de Montoisson no estaba precisamente exultante. Si bien disfrutaba de un lugar de privilegio junto a Philippine, no tenía suficiente experiencia de la vida en la corte para bailar, una actividad en la que Cem sobresalía. Philippine, por así decirlo, no se soltaba del brazo del príncipe. Ésta, además, se reía de las agudezas de éste cuando se burlaba de los suyos. Sin mencionar las miradas. Ardientes para seguir el verbo elevado y colorista de Cem, se volvían hacia otro lado

en cuanto Philibert se sumaba a la conversación.

El castillo de La Bâtie no era más que un reflejo de aquel Oriente del que Cem cantaba la magnificencia con su bella Voz grave en versos hábilmente recitados. Para complacer a su invitado, y a la vez a Philippine que se reponía dolorosamente de la muerte de sor Albrante, Jacques de Sassenage pasó una semana transformando su residencia en palacio de un cuento oriental antes de acogerlo. Así, tras quince días de estancia de Cem, ya no quedaba mesa que no exhalara los sabores de Anatolia, ni vino que especiado de coriandro, clavo y canela no recordara al príncipe el que bebía en su país. Por doquier había magníficas alfombras cubiertas de almohadones espesos de colores llamativos y de narguilés. Hasta tal extremo que a Cem casi se le saltaron las lágrimas de emoción a su llegada. De repente, al sentirse casi en su casa, se pavoneaba como un gallo y las doncellas, de la virgen a la viuda, quedaban pasmadas ante él. El señor de Montoisson estaba hartado. Louis, el hermano mayor de Philippine, se negaba a ver lo que ahora le saltaba a los ojos a Philibert. Cem deseaba a su prometida. ¿Por espíritu de venganza? Al principio así lo creyó, pero ya no se llevaba a engaño. Aquellos dos estaban enamorados. Sin embargo, en la actitud de ambos no había nada que justificara que él se interpusiera.

Por el momento, se hallaban todos a su alrededor. Philippine y sus hermanas, Algonde, Cem, Nasuh, doña Sidonie, Louis y su hermano pequeño François, el barón Jacques y también Aymar de Grolée, que se había unido a ellos la noche anterior. Jugaban a pelota en el jardín, devolviéndose con la mano desnuda, o enguantada en el caso de las damas, una pelota de vísceras secas recubierta de pelo de animal. Hacía ya cuatro años que el difunto rey Luis XI había reglamentado la fabricación de las mismas tras numerosos accidentes debidos al relleno de cal o de arena. Philibert lamentó aquella medida. Gustosamente le habría partido la muñeca a Cem devolviéndole un proyectil pesadamente cargado. Se hubieran acabado así las albadas acompañándose al laúd, los versos obsequiados sobre pergamino, las caricias furtivas en el interior de la muñeca de Philippine. Philibert estaba rabioso.

La bola fue hacia él y, fastidiado, falló.

—¿Qué sucede, señor? ¿Acaso os habéis quedado manco al cambiar vuestra espada por la puntilla? —se burló Philippine, que se la había enviado.

Una vez más lo ridiculizaba. ¡Aquella furcia se las pagaría! Volvió la cabeza y dirigió la mirada a los matorrales bajo los que había ido a dar la pelota. Un lacayo ya corría hacia allí. Con paso vengativo, Philibert aprovechó para ir a beber un vaso de horchata a la tabla dispuesta en la que, además de bebidas frescas, había repostería y frutas confitadas hasta la saciedad. Allí al lado, Marthe, instalada a la sombra, le fusiló con una mirada de despecho.

—Dejad de dar el espectáculo y reuniros conmigo en la glorieta. Tengo que hablaros.

Sorprendido, no supo qué responder y volvió a sumarse al juego. Le pasó la pelota a Louis, que agitaba los brazos haciéndole barrera a su hermano, a quien le

correspondía aquel pase. Trató dos veces aún de recuperar vigorosamente sus puntos y luego, intrigado por lo que pudiera querer decirle aquella bruja, abandonó la partida. Hacía calor aquella tarde del 5 de julio. Los otros jugadores no tardarían en abandonar la partida igualmente. Ya las hermanas más jóvenes de Philippine se habían rendido, Philibert se dirigió raudo a la glorieta. Allí era donde Catherine de Valmont fue hallada muerta, le había explicado Louis, abatido. El primogénito de los Sassenage se había prendado de aquella doncella a la que tenía intención de pedir en matrimonio. Pérfida, Philippine la había arropado con su afecto y, por ello, desde entonces, Louis no admiraba tanto sus maneras. Sin mencionar las de Cem, ¡qué le fascinaban! ¿Qué importaba? Aquella misma noche, él, Philibert de Montoison, le exigiría al barón que se publicaran las amonestaciones.

Marthe aguardaba tiesa bajo las frondosas cepas rojas. Detestaba que la hicieran esperar.

—¿Qué deseas, bruja? —preguntó él, malhumorado.

—¿Recuerdas aquella noche en Sassenage frente a la hacienda?

Él se encogió de hombros.

—En esa ocasión entrevistaste mis poderes...

—Me es indiferente. Dime qué quieres...

Marthe osó dibujar una sonrisa en su rostro adusto. «¡Ah, mortales, mortales! —pensó—, ¡tan pretenciosos y tan previsibles! ¡Cómo os odio!»

Se aproximó a él y, sin tocarlo, con un simple gesto, lo alzó a tres dedos del suelo. Philibert batió los brazos, dobló las rodillas, tan sorprendido como desequilibrado, antes de volver a poner los pies en el suelo. Retrocedió un paso y se alisó sus ropas con una mano húmeda. Estaba lívido.

—Basta ya —refunfuñó—. Conmigo no tienes por qué usar esos trucos. Habla.

—Tienes una deuda conmigo.

Philibert se sobresaltó. ¡Aquella bruja elucubraba!

—No que yo sepa —osó decir, a pesar de la amenaza que representaba.

—¿No te dije que tenías un hijo?

—¿Enguerrand? Vaya cosa. Nada he obtenido de ello.

—Eso es tu problema, no el mío. Hoy espero que me la pagues.

En otras circunstancias, Philibert se hubiera echado a reír antes de darle la espalda a semejante chantaje. En aquel momento suspiró. Resistirse a aquella criatura era una muerte segura.

—¿Qué esperas de mí exactamente?

—Que te cases con Philippine...

Una sonrisa apareció en el rostro de Philibert.

—Ésa es mi intención.

—... que luego asesines al príncipe Cem...

—¡Nada me complacería más! Luego al joven Mathieu...

—¿A ese de Algonde? Si eso os complace... —le concedió también.

—... y que acto seguido me entregues atada de pies y manos a esa Algonde.

—¿Eso es todo?

Marthe se acercó a él y le clavó una mirada desalmada.

—No. Lo más importante está por llegar. Con Algonde, me traerás al hijo.

—¿El suyo?

Marthe se carcajeó.

—El de Philippine.

Montoison mudó de color y se tornó violeta.

—Repite, idiota. El niño que quiero es el hijo de Cem, no el tuyo. Lo que significa que ahora te marcharás de aquí para que tu prometida pueda revolcarse cuanto quiera en la cama del príncipe.

Si le hubieran clavado una daga en el corazón habría podido respirar mejor. Se apartó de aquel demonio que se carcajeaba, orgullosa del efecto producido, aspiró aire unos segundos, enrojció y estalló.

—¿Él y ella? ¡Jamás!

Marthe cruzó sus dedos sobre su pecho asexual.

—No te doy elección, Philibert de Montoison. Te casarás con Philippine preñada de Cem o haré el trato con otro.

Estaba acorralado. Bastaba un gesto de ella para hacerle desaparecer definitivamente del paisaje. ¿Cómo a Catherine de Valmont? Era allí donde había caído la doncella. No correría la misma suerte, ni hablar. Cargaría con aquel fardo porque no tenía otro remedio, pero Philippine también pagaría por ello. Sí, pagaría por su traición, palabra de caballero. Retrocedió y alzó un dedo amenazador ante Marthe.

—Tendrás lo que deseas, bruja. Pero no me iré. Quiero ver copular a esos cerdos, ¿me entiendes? ¡Y el rostro desolado de Hélène cuando tenga empalado a su príncipe en la punta de mi espada!

Capítulo 16

A mitad de la ascensión a las colinas de Moqattam, Enguerrand de Sassenage detuvo su camello en medio de los sarracenos que circulaban apresuradamente por el sendero. Apartando ligeramente la tela que le cubría tres cuartas partes del rostro, abarcó con una mirada lacrimosa la ciudad de los mil perfumes, a sus pies. Además de la intensa luminosidad, la brisa fresca que levantaba finas volutas de arena le escocía los ojos. Sin embargo, no podía apartar la vista de aquel suntuoso paisaje. Junto a él, cubierta con un velo que ocultaba su rostro y sus hombros, y caía sobre su vestido, Munia extendió el dedo índice en dirección de Giza.

—Jnum-Jufu —dijo ella—, nuestra pirámide más grande. ¿Alcanzas a distinguirla allá al fondo, en el llano, junto a sus dos hermanas, Jafra y Menkaura?

Enguerrand asintió con la cabeza. Sí, las veía. El Nilo en plena crecida que, desde su delta ramificado como un gigantesco árbol, los había llevado hasta muy cerca de El Cairo, a las viviendas y palacios deteriorados de Fostat, construida sobre las ruinas de la primera ciudad, y la nueva ciudad rodeada por un muro de piedra puntuado por millares de minaretes y cúpulas.

—Desde lo alto de la ciudadela aún es más impresionante. Se ven muchas pirámides más pequeñas que forman parte de la antigua necrópolis de Menfis. Ya te llevaré allí. La residencia de mi padre está situada muy cerca del punto más alto, entre el palacio Qasr Al-Ablaq, desde donde se rigen los asuntos de Estado, y la sala de justicia.

Por el tono de su voz, Enguerrand adivinó la impaciencia de Munia. También él deseaba ya llegar a su destino, El-Qalaa, aquella ciudadela cuya muralla rodeaban.

Con un ligero movimiento del talón, ordenó avanzar a su camello. Con el turbante que le ocultaba el cabello, su barba negra esculpida en forma de punta de lanza, la tez morena del sol que los había acompañado en su travesía del Mediterráneo y la gandura que caía sobre sus babuchas, nada diferenciaba a Enguerrand de un sarraceno.

—En El Cairo los cristianos viven en paz. Son sobre todo mercaderes, establecidos en un barrio llamado Muski. Pero prefiero no llamar la atención —declaró Munia—. Es una cuestión de seguridad.

De hecho, hasta el momento todo se había desarrollado sin tropiezos. Tras dejar a Lina, Catarina y los niños, se dirigieron al puerto de Cagliari llevando en su equipaje lo suficiente para subsistir hasta concluir su búsqueda. Ya fuera gracias a las ardientes plegarias de las dos sardas o a la protección de los Antiguos, su barco se libró oportunamente de los berberiscos y llegó a puerto dos días antes de lo previsto. Animados por esa providencia, abandonando la ciudad nueva, se pusieron en camino sin más dilación hacia la fortaleza que albergaba el palacio real.

Munia, con el ánimo alegre por poder ver de nuevo a sus padres; Enguerrand, por su parte, inexplicablemente nervioso.

El estrecho camino excavado en la ladera de la colina barrido por la arena los condujo hasta las torres redondas y gemelas. Ante la imponente puerta esculpida protegida por Burg Al-Haddad y Burgar-Ramlab había una larga cola de gente que entraba y salía, cuyo ir y venir controlaban los centinelas. Enguerrand y Munia se confundieron con la multitud.

Huchang, el fiel amigo de Cem que había partido en secreto unas semanas antes de Rochechinard, desperezó su maciza corpulencia abotargada por la guardia y se ocultó de nuevo en el hueco del muro blanqueado con cal. Disfrazado de mendigo andrajoso, le había seguido los pasos a Aziz ben Salek, el padre de Munia, desde que llegara a El Cairo hacía ya ocho días. Su primer reflejo fue dirigirse al palacio del sultán Keit Bey donde aún residían los dos hijos y la primera esposa de Cem. Sin embargo, cambió de opinión pues temió que al revelar su presencia incitaría a Munia a ocultarse. No se lo podía permitir. La vida de Cem estaba en juego. Se había informado discretamente acerca de Aziz ben Salek. Era un alto dignatario y pasaba el día en palacio, y sólo regresaba a su casa por la noche. Protegido por su nueva apariencia, Huchang, que conocía al hombre puesto que asistió a las negociaciones del matrimonio de Cem con Munia, lo siguió hasta su suntuosa casa con la esperanza de apercibir la silueta de la traidora. Aquel día, empero, comenzaba a desesperarse. O bien Munia no abandonaba jamás la residencia familiar, o bien debería admitir que se había equivocado al imaginar que regresaría junto a los suyos.

El sol estaba en su cénit y, a pesar del ligero viento fresco que caracterizaba aquel lugar, el calor se abatía sobre la colina y llenaba su nariz de un fuerte olor a orina. Aunque los saqqa, esos porteadores de odres que recorrían incansablemente los tres recintos interiores desde el pozo de José, regaran regularmente la tierra, hombres y animales hacían sus necesidades en cualquier lugar y la ciudadela apestaba. Huchang se sacó una bolsita de especias de su bolsa y se la acercó a la nariz. Dos días más, se concedió. Luego se dirigiría a Rodas y desde allí hallaría la manera de reconstruir el itinerario que hubiera seguido Munia.

A aquella hora del día, Aziz ben Salek se hallaba aún al servicio de Keit Bey. A pesar de su deseo de volver a verlo, Munia era feliz de presentar a Enguerrand a su madre. Tenía muchas preguntas que hacerle y sabía que Fátima no respondería de igual manera en presencia de su esposo.

—Es allí —dijo Munia señalando la imponente fachada blanca ornada a media altura con una celosía de buena madera finamente calada.

La casa era sin duda la más bella de la calle. Una puerta con una media luna tallada cerraba el acceso. A uno y otro lado, unas torrecillas cuadradas permitían que los soldados de guardia pudieran vigilar el paso a través de una reja rectangular de hierro forjada a la altura de los ojos. Munia descendió de su montura y Enguerrand la imitó. Le bastaron unas palabras para poder pasar, unos instantes después, bajo la

bóveda cimbrada y acceder al exuberante jardín.

Cuando llegaron a la puerta de la cocina y se anunciaron, Fátima rebozaba dátiles en pimienta roja, como le gustaba hacer a pesar de disponer de servidumbre. Al reconocer a su hija, ni siquiera se cubrió con el velo ni se limpió las manos rojas de la especia. Se precipitó hacia ella con un grito de alegría. Ambas mujeres se abrazaron con fuerza, emocionadas. Enguerrand, discretamente al margen, no pudo evitar observar la belleza aún altiva de la egipcia y su parecido con Munia. La misma nariz recta y fina, la misma boca delicada, la misma mirada viva y ocre de la que el maquillaje resaltaba el tono dorado y los mismos pómulos salientes y altos. Si Fátima no hubiera tenido algunas arrugas junto a los ojos y en la comisura de los labios, habrían podido pasar por gemelas.

Al tomar el té que Fátima les hizo servir en la sala de recepción situada en la primera planta de la casa, Enguerrand descubrió igualmente que su esposa había heredado de su madre la elegancia de sus gestos.

En aquel momento, cuando Munia concluyó el relato de su periplo con abundancia de detalles, el rostro de Fátima denotó preocupación. Rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos, los ruidos procedentes de la calle se filtraban junto con una luz rasante a través de los intersticios de la celosía. Unas grandes alfombras suntuosamente decoradas con arabescos y motivos piramidales, sobrecargadas de cojines cuadrados, rodeaban dos mesas bajas redondas de cobre martillado. En las paredes, los mosaicos respondían al escarlata dominante de los tejidos. Un perfume de cítricos y de canela flotaba en el aire pesado. Sentado con las piernas cruzadas como Munia y su madre en medio de aquel cálido decorado, Enguerrand sonrió mientras bebía su brebaje caliente y amargo. Se sentía bien.

—Te doy las gracias, yerno —le dijo súbitamente en su propia lengua la voz grave y cálida de su anfitriona.

Se sobresaltó y Fátima rió volviéndose hacia Munia.

—¿No le has dicho a tu marido que hablo cinco lenguas?

—Lo olvidé —confesó Munia mordiéndose el labio.

—No tiene importancia —dijo su madre, antes de volver a centrar su atención en Enguerrand y de proseguir en lengua franca con marcado acento—: Lo que has hecho por mi hija merece mi confianza y mi reconocimiento. Absolutos.

—Sólo el amor ha guiado mis actos, señora.

Fátima surcó el aire con un grácil gesto de muñeca e hizo tintinear la decena de brazaletes de oro y esmaltes que lucía en ella.

—El amor no basta para garantizar la pureza del corazón. Sea como sea, te esperaba desde hace mucho tiempo.

Munia se echó a temblar. El momento de las respuestas había llegado.

—Jamás te inmiscuiste en las conversaciones con mi padre —dijo la joven—. Nunca te preocupaste por el mapa o las damajuanas, tan semejantes en su apariencia a las pirámides de este país. Y, sin embargo, en Cerdeña, pude comunicarme con los

espíritus de los gigantes gracias a la lengua de tus antepasados...

—¿Qué hubiera aprendido que no supiera ya? —sonrió Fátima—. Por mis venas corre sangre de reyes y con ella la memoria intacta de esos gigantes de los que acabas de hablarme. Aportaron el conocimiento de los astros, de la navegación, del cultivo, una sabiduría antediluviana, pero en pequeñas dosis, para dar tiempo a los humanos de asumirla como suya puesto que, según decían, desde que el mundo es mundo la civilización muere y renace gracias a los pasos que conducen a las Tierras Altas. Poco a poco, sin embargo, se dejaron dominar por los faraones hasta degenerar y desaparecer. El último de ellos trabajaba para Imhotep. Ayudó en la construcción de la pirámide de Zoser.

—¿Y... nosotras? —preguntó Munia.

—Apenas tenía once años cuando mi madre me transmitió la leyenda de las Tierras Altas. Unos días más tarde, cuando yo ya guardaba ese secreto como un tesoro, me abordó un mensajero ¿el destino?

—¿Un mensajero del destino? —se sorprendió Enguerrand.

—Era un anciano del que no podía decirse qué edad tenía, vestido modestamente y cuya barba, con varios nudos, le llegaba a los tobillos. Me tomó la mano, abrió la palma y dejó caer arena sobre ella. «Tendrás una hija», me anunció con voz monocorde. «De ella nacerá aquel que salvará al rey».

Munia se sintió enfebrecida.

—¿El rey? ¿De qué rey hablaba?

—Del rey de las Tierras Altas.

—Habéis dicho antes que me esperabais. ¿Por qué? ¿Os lo dijo el mensajero del destino? —preguntó Enguerrand.

—Sí. «El padre del niño será un cristiano», dijo...

Un velo de tristeza cubrió los ojos de Fátima mientras su voz se quebraba...

—«Llegará y tú morirás», añadió antes de desaparecer a lo lejos.

Durante unos instantes, aquella predicción se abatió sobre los hombros de Fátima y el corazón de Munia, pero no por mucho tiempo. Una sonrisa nació de nuevo en los labios de su anfitriona.

—Vamos, no es momento de funerales sino de celebrar este reencuentro. Los dioses que os han guiado hasta aquí no podrán enturbiarlo. Esta noche esta casa estará de fiesta, como dicen los francos.

—Una última pregunta, madre. ¿Mi padre sabe cuánto acabas de confiarme?

Fátima alzó el mentón con orgullo.

—Se casó conmigo con conocimiento de causa. Nuestros destinos estaban entrelazados. Como os explicó vuestra amiga Catarina, Morlat, uno de los sabios de las Tierras Altas, ávido de conquistas y de poder, robó el mapa y las damajuanas mágicas, Desconocedor de las consecuencias de su gesto, aguardó a que la ciudad muriera para regresar a ella como amo y señor. Para su propia desgracia, los ríos encantados se habían secado y se vio obligado a hacerse a la mar para dar con la isla

que era el último paso entre arabos mundos, el suyo y el nuestro.

—Gracias al mapa que indicaba el último emplazamiento de la isla —añadió Munia.

—Sí. Unos piratas lo abordaron pero, al contrario de lo que os explicó Catarina, convenció a la tripulación para que lo siguieran hasta su destino. Un hombre se opuso a ello. El capitán de la embarcación. Fue encadenado. Al día siguiente, frente a la suerte que le reservaban, fingió cambiar de opinión para recuperar su puesto y examinar con más detalle aquel mapa que el gigante les había mostrado. Unos días más tarde, el barco, sacudido por la violencia de una tormenta, se resquebrajó por uno de sus costados. El gigante desapareció entre las olas con el mapa y las damajuanas. Sólo hubo un superviviente, el capitán, que logró llegar a una isla del archipiélago de las Azores agarrado a un trozo de mástil. Comenzó entonces para él una larga misión. Reconstruir de memoria lo que había leído en el mapa y dar con las damajuanas que imaginó que tarde o temprano serían devueltas a la orilla por la marea. Transmitió esos conocimientos a su hijo nacido de una indígena, y así, de generación en generación.

—Así pues...

—Aziz ben Salek, mi marido, es descendiente del capitán.

Munia comprendió mejor entonces la excitación de su padre cuando éste descubrió la damajuana piramidal entre los efectos personales de Cem. Enguerrand aún deseaba hacer una última pregunta que le excitaba su curiosidad.

—¿Puedo preguntaros cómo es posible que habléis tan bien mi lengua?

El rostro de Fátima se iluminó con picardía.

—No. Hay secretos que, a veces, el corazón de una mujer no desea revelar.

Como cada noche, Huchang abatió la capucha para cubrirse el rostro y, fingiendo el aspecto encorvado de un viejo miserable, siguió discretamente a Aziz ben Salek a la salida de éste del palacio real. Tenía hambre pese a los numerosos dátiles y olivas que había comido a lo largo del día y se había prometido un festín en cuanto la vivienda se hallara a oscuras. La verdad era que había perdido la esperanza de dar con Munia, pero el recuerdo de su príncipe y amigo le obligaba en su búsqueda. Jamás abandonaría a Cem a aquellos escorpiones. Jamás. Como cada noche, Aziz cruzó el umbral de su casa. A pesar de su avanzada edad, aún era un hombre lozano. Su mirada limpia, noble y orgullosa sabía teñirse de picardía para conseguir sus fines. Hábil estratega y consejero virtuoso, Keit Bey tenía absoluta confianza en él. Sin embargo, Huchang hubiera podido jurar que tras aquella máscara se ocultaba otro, un hombre que, en tres ocasiones, abandonando su puesto, había ido cerca de Heliópolis, al nordeste de las murallas de El Cairo, a un antiguo palacio abandonado. Al seguirlo de lejos para no ser descubierto, Huchang no había podido descubrir qué hacía allí. Aziz salió horas más tarde, cerró la puerta y retomó el camino de la ciudadela como si no sucediera nada.

Una noche, Huchang forzó la entrada, en el convencimiento de que atribuirían aquella intrusión a algún ladrón. Fatigada por la erosión de los vientos de arena, la cerradura cedió con una simple patada en la puerta. El palacio rodeaba un patio tristemente deteriorado cuya fuente decorada con mosaicos parecía haberse secado hacía ya mucho tiempo. Barridas a la luz de un farol, las diversas salas revelaron bajo la cúpula de sus techos unos suntuosos bajorrelieves y unas columnatas cubiertas de jeroglíficos. En el suelo, unas grandes losas de alabastro pulido denotaban aún la riqueza pretérita del lugar. Aquel palacio debió de ser espléndido y, sin embargo, en él reinaba la desolación. No había un solo mueble, ni cerámica, ni una alfombra. Las estancias estaban vacías. Olvidadas por los hombres excepto Aziz ben Salek, cosa que aún hacía más curiosos el interés y el tiempo que el padre de Munia consagraba a aquel lugar.

Huchang se marchó de allí sin respuestas, seguro sin embargo de que allí debía de existir algún paso secreto hacia los verdaderos motivos del dignatario. Desde entonces, vigilaba aún con mayor atención.

Como cada noche, los ruidos parasitarios de la ciudadela se habían apagado al tiempo que la actividad, y se colocó bajo la celosía de la casa de Aziz. Huchang aguzó el oído. Sorprendido, pudo oír risas envueltas en música. Captó algunas palabras. En franco. Su corazón latió aceleradamente. Y por fin un nombre. Una exclamación de alegría en boca de Aziz:

—¡Munia! ¡Mi querida hija!

Tan feliz como las gentes de aquella casa, Huchang se apartó del muro frotándose sus manos robustas. Su búsqueda había terminado, y el hambre, un hambre canina, lo atenazaba.

Capítulo 17

Guy de Blanchefort recibió con inquietud la petición de Cem. El príncipe, que lo había convocado a última hora de aquella tarde del 6 de julio, se hallaba frente a él en una de las salas decoradas al estilo oriental que el barón Jacques de Sassenage había puesto a su disposición. A juzgar por el inusual nerviosismo que le hacía temblar el párpado de manera intermitente, Cem había reflexionado mucho acerca de aquella cuestión.

—¿Puedo saber qué motiva esa elección, querido amigo? —le preguntó a su vez el gran prior de Auvernia uniendo sus manos ante su mentón para ocultar su súbita humedad.

Cem le dio la espalda y se plantó frente a la ventana. En los jardines a sus pies, Philippine jugaba a la gallinita ciega con sus damas de compañía. Hablar de ella, se dijo, explicar aquel impulso que lo empujaba hacia el terciopelo de sus labios, aquel ardor que lo calentaba por dentro y se convertía en cenizas en cuanto ella se alejaba, cantar su belleza y su gracia, el destello con el que sus ojos se iluminaban cuando la miraba, sentir estremecerse las puntas de sus dedos cuando, a merced de un gesto discreto, sus pieles se rozaban. Nutrirse del parpadeo de sus pestañas de gacela, del resplandor de las joyas que realzaban su tez de alabastro, saber en lo más hondo de sí mismo que le pertenecería hasta su último aliento y no deseaba vivir ni una hora más sin su risa. Y que aquel amor lo consumía hasta el extremo de haber perdido noción de todo lo demás, el recuerdo de su búsqueda anterior, las luchas intestinas, las legítimas ambiciones, todo aquello era lo que habría deseado explicarle al gran prior, arrojándose a sus pies como un miserable perro que mendigara para sobrevivir un hueso que roer. Pero no podía hacerlo. Aquella verdad sería inaceptable para Guy de Blanchefort quien, el día anterior sin ir más lejos, le había reiterado su alegría al ver cómo Philibert de Montoisson, que tal vez era su propio hijo, iba a casarse con Philippine.

Cem miró a su amada que daba vueltas sobre sí misma, perdida por unos instantes en el tiempo y el espacio a causa de la venda que le cubría los ojos. Así estaba él también. Perdido. Aferrándose a lo improbable para no morir debido a lo imposible.

—Estoy hastiado de esta carrera sin fin, gran prior. Hastiado de ver caer a mis amigos, de ver cómo la traición sigue mis pasos y emponzoña mi vino. Hastiado de no ser más que un objeto de codicia, un pan de especias desmigado por cada uno de los monarcas de este mundo y a merced de las aves de presa. Estoy hastiado de los momentos estériles, de los días sin brillo. Alá me ha abandonado. He perdido la fe en el mañana. ¿Cómo podría conservar así pura en mí la fe en mi Dios?

Se volvió hacia Guy de Blanchefort. El sufrimiento que retorció el rostro del príncipe no era fingido. Cem se volvió de nuevo. No era hombre que buscara que se apiadaran de él. Su aliento, su luz y su fuerza procedían de Philippine, allí abajo. La necesitaba en aquel momento, más que nunca. Se crispó al oír a su carcelero, que con

el paso de los meses se había convertido en su amigo, tragar saliva con dificultad.

—No puedo, Cem.

Su voz se apagó. El corazón de Cem también.

—Lo desearía, sí, en lo más hondo de mí, puesto que convertir a un hombre como vos, más allá de lo que me decís y que he oído con dolor, sería sin duda el mejor acto que habría llevado a cabo en mi vida. Lo desearía, Cem, debéis creerme, pero nuestro gran maestro no lo autorizará.

—¿Qué razón invocará para impedirlo? Sabéis como yo que la lucha de poder entre Oriente y Occidente es también una lucha religiosa. Beyazid quiere extender el islam al igual que vosotros el cristianismo. Convertidme, pongamos en pie de guerra un ejército y Estambul será vuestra gracias a mí.

Guy de Blanchefort se puso en pie dolorosamente. Aún no se había anunciado a Cem su intención de marcharse de Rochechinard. Si lo hacía en aquel momento, allí mismo, no podría asegurar que el príncipe no abriría aquella ventana en cuanto él se hubiera marchado para arrojarse al vacío desde un cuarto piso. Se acercó a él, y puso la mano sobre su hombro robusto. Ésta se estremeció levemente a su contacto.

—Las cosas son más complejas de lo que parece.

Cem apretó las mandíbulas. Los intereses financieros. Eso era lo que predominaba.

—Informad al gran maestro que si pudiera recuperar mi trono podría multiplicar por diez el tributo que recibe anualmente de mi hermano.

Blanchefort suspiró pesadamente.

—Sea. Mañana mismo le escribiré para someterle vuestra propuesta. Pero os equivocáis, Cem. No se trata de dinero, sino de paz. Pierre d'Aubusson ansia más que cualquier otra cosa en el mundo preservarla en el Mediterráneo y, lo queráis o no, ésta depende de vuestro cautiverio.

Cem se volvió hacia Guy de Blanchefort. En su rostro había aparecido un atisbo de color.

—Podría acomodarme mejor al mismo si mis plegarias se acomodaran al ritmo de las vuestras.

La presión de la mano se convirtió en afectuosa tenaza sobre el jubón de Cem.

—Me gusta oír que así lo suponéis. A cambio, permitidme un consejo. La respuesta de Rodas no llegará pronto, así que os pido que disfrutéis del aquí y el ahora. Es un momento muy preciado... Más de lo que creéis —añadió el gran prior antes de retirarse.

Cem estaba convencido de ello. Dirigió de nuevo su atención al jardín al pie del castillo. El juego había llevado a su amada un Poco más lejos. Un árbol se la ocultaba. Estaba solo, A pesar de la confianza que tenía en Guy de Blanchefort, sabía que Aubusson no cedería jamás.

Vio a Philibert de Montoisson que, furtivamente, como el predador que era, se deslizaba de matorral en matorral para acercarse al terreno de juego de las doncellas.

¿Acaso el caballero tenía dudas sobre ellos para espiar así a Philippine? Cem sintió el corazón en un puño. Habían sido la prudencia personificada y nunca se habían hallado a solas ni en el castillo ni durante sus paseos por el bosque. Y, al caer la noche, dos hombres de guardia ante su puerta, destinados a garantizar su seguridad siguiendo las ordenes conjuntas de Jacques de Sassenage y de Guy de Blanchefort, le impedían reunirse con ella.

Se apartó de la ventana, con sabor a sangre en la boca. Sucediera lo que sucediese, de una cosa estaba seguro. Philippine jamás se casaría con aquel chacal.

Aymar de Grolée desató su montura del tronco del roble en el que la había abandonado aquella mañana. Con un movimiento ágil, montó y se puso en marcha. No tardaría en caer la noche y no quería dejarse sorprender. Zigzagueando a través del bosque de Coulmes sobre su propio rastro y alerta a los declives del terreno, acabó por llegar al camino, con el corazón desbocado tras su descubrimiento. Desde hacía una semana inspeccionaba las viejas piedras y acabó por descubrir su secreto. Era su única esperanza para engañar a Marthe y liberar a Jeanne. Si está aún seguía viva tras doce días de cautiverio. Espoleó a su montura hasta el castillo de Saint-Andre-en-Royans. La ermita estaba en su jurisdicción. Y Aymar de Grolée era amigo del señor del lugar. Aymar hubiera podido solicitarle sin reservas permiso para recorrer los pasadizos subterráneos bajo el castillo, pero ignoraba a Bernardin de Clermont conocía aun los accesos a los mismos. Y además, teniendo en cuenta el salvaje asesinato de sor Albrante en la abadía de Saint-Just-de-Claix, cuyas tierras eran colindantes con las de Saint-André-en-Royans, no quería llamar la atención sobre sus intenciones. Los dominicos ya se habían marchado, pero la madre superiora era incapaz de pegar ojo. Aún peor había llegado a la convicción de que aquel lugar maldito desde que ella celebrara el falso entierro de Jeanne, liberaba ahora sus demonios para castigarla. Pasaba los días, al igual las demás religiosas, rezando y ayunando. Y negándose a recibir a cualquier visitante. Negándose, incluso, a evocar el nombre de Jeanne de Commiers. La abadesa estaba convencida. De las tres montañas que blasfemaron seis años antes, ella y Aymonette eran las únicas supervivientes. Cuando el diablo fuera a por ellas, estaba dispuesta a sacrificar su vida y su alma para romper la maldición de la abadía y salvar a su hermana de fe.

Aymar había estudiado a fondo todas las opciones antes de transmitir su inquietud a Jacques de Sassenage y de celebrar consejo con él, al abrigo de las miradas y de los oídos indiscretos en el claro que fue escenario del primer encuentro de Philippine y Cem. El aislamiento de la vieja ermita les pareció lo más discreto. Jacques no podía arriesgarse a despertar la ira de Marthe si él mismo abría los subterráneos de La Bâtie. Oficialmente, Aymar de Grolée había regresado a Bressieux para ocuparse de sus asuntos. Marthe no sospechaba de él y Jacques evitaba con sumo cuidado hallarse a solas con ella, mientras permanecía visible para que, llegado el momento, no pudiera sospecharse algo de él, la idea era dar con Jeanne y dejar que Marthe creyera

que se había evadido sin ninguna ayuda exterior.

Por lo demás, Aymar estaba listo. Jacques de Sassenage le había prometido a Philibert de Montoisson publicar las amonestaciones al cabo de ocho días y le había ofrecido una escolta hasta sus tierras situadas más al sur de Valence en cuanto se hubiera celebrado la boda. Pero estaba previsto que aquel innoble individuo caería en una emboscada a pocas leguas de su casa y moriría en ella. Una vez Jeanne estuviera segura, Aymar renovó su juramento, se casaría con Philippine, convertida en viuda, para protegerla de nuevas codicias y deseos. A menos que para entonces el príncipe Cem no hubiera obtenido lo que deseaba de la Orden.

Las altas torres del castillo feudal aparecieron frente a él. El sol se ponía. A lo lejos aulló un lobo. El primero. Pronto se responderían unos a otros, haciendo estremecerse a ovejas y pastores. Al día siguiente, al alba, Aymar de Grolée se convertiría en uno de ellos. Oculto en las profundidades de la tierra, armado de amor y de paciencia y por supuesto de su larga espada, buscaría a la mujer a la que siempre había amado.

Ya hacía dos días que Huchang aguardaba la ocasión. Munia no había salido. No podía entrar a las bravas en la residencia de un alto dignatario, asesinar a sangre fría a su hija y recuperar el antídoto de la bruja sin funestas consecuencias para él mismo e incluso para su príncipe. Al ponerse en pie, pisoteó el suelo para sacudirse la picazón provocada por la inmovilidad. Un gato de grandes orejas se le acercó y se frotó ronroneando contra sus pantorrillas, en busca de la caricia que le había ofrecido en diversas ocasiones. Con un gesto amplio, Huchang lo cogió con su manaza y, apoyándose en el muro, lo alzó frente a sus ojos.

—Parece que a ambos nos ha abandonado la suerte —murmuró suspirando.

En aquel momento, confundiéndolo con uno de los numerosos mendigos que frecuentaban las murallas de la ciudadela, un viejo de tez surcada por las arrugas y con una gandura a rayas se le acercó y le dio una bolsita de olivas.

—No tengo nada para tu animal, pero eso es para ti, amigo. Que Alá te proteja.

Como no deseaba distinguirse de los otros miserables, Huchang aceptó el obsequio con gratitud. Incluyó varias veces el mentón para bendecir al anciano por su generosidad. Soltó al gato que se revolvía contra su pecho y observó la calle con un rápido vistazo. Agrupados, otros tres mendigos se hallaban a cuatro puertas de allí, en la otra acera, sentados en el suelo coa las piernas cruzadas, como él unos minutos antes. Sus rostros se perdían en la sombra del muro. Con la mano o el platillo tendidos, de lejos, ofrecían un aspecto aún más lamentable que el suyo. Huchang tomó nota de ello. Debía cuidar su disfraz. Él, a quien tanto le gustaba la untuosidad de los ungüentos sobre su piel tras un baño, desde su llegada apenas se lavaba para conservar así el olor de la calle al que apestaban los verdaderos miserables. Incluso en las montañas de Anatolia siempre había velado por su higiene. ¡La vida del príncipe bien merecía aquellas pequeñas incomodidades!, pensó al volver a sentarse.

El sol descendía en el horizonte y lo cubría de vapores polvorientos. La ciudadela abandonaba su actividad. El gato que se había alejado regresó para acurrucarse entre sus piernas cruzadas ondulando el lomo. Tras patalear para hacerse un hueco, acabó enroscándose sobre sí mismo y se durmió apoyado en el pliegue de una rodilla. Huchang apoyó su espalda contra el muro y pasó sus gruesos dedos por el pelaje gris del animal. Qué lejos le parecían ahora los favores y la dulzura de su propia juventud, cuando cabalgaba al galope con Cem, celebraban fiestas durante toda la noche y soñaban con conquistas o ardían ante la injusticia y el combate en plena guerra contra Beyazid. El exilio. Inspiró el aire cargado de olor a especias.

«¡Cuánto desearía, oh, mi príncipe, que estuvieras aquí, a mi lado esta noche!», pensó mirando incrédulo a la doble puerta claveteada que por fin se abría al otro lado de la calle.

Su corazón latió más deprisa. Bajó la cabeza, mirando a sus babuchas, para no ser reconocido, mientras uno a uno, montados por jinetes, cuatro camellos salían del patio de la vivienda de Aziz. El pájaro dejaba el nido. Y, a juzgar por las siluetas, Huchang hubiera podido jurar que era la casa entera la que emprendía el vuelo. Aguardó a que el grupo se alejara para ponerse en pie, olvidándose del gato, que soltó un maullido de indignación.

—¡No es momento para caricias! —murmuró.

A Huchang su instinto lo traicionaba pocas veces. En un destello adivinó su destino y decidió precederlos. Bajó apresuradamente por la calle en pendiente y pasó frente al grupo de mendigos para volver la esquina de inmediato y, a la carrera, volver a doblar otra esquina para enfilar una calle paralela.

Tras ponerse en pie, uno de los mendigos se disponía a seguir a cuando el mis alto de ellos lo retuvo del brazo.

—Deja que se marche. Que haga su trabajo. Llegado el momento intervendremos. Allí. En las ruinas de Heliópolis.

Tras dejar de lado a Huchang, a quien habían localizado dificultad en cuanto desembarcaron unos días antes, Hugues de Luirieux, la sombra negra de Philibert de Montoisson, seguía con la mirada la caravana que lejos, delante de él, se mecía al paso de los animales.

—¡La hora de la venganza ha llegado! —exclamó.

En aquel instante, como reflejando el odio que le devoraba el corazón al recordar la huida de Enguerrand y Munia de Rodas, las murallas de la ciudad quedaron en sombras contra el horizonte púrpura. El sol se ocultaba.

Capítulo 18

La caricia se detuvo en el seno izquierdo de Algonde.

—¿Qué te sucede? —preguntó Mathieu, que trataba sin éxito de despertar los sentidos de su esposa.

Al igual que los últimos días, una vez acostados Algonde se quedaba fría como el mármol a su lado.

—Nada, estoy cansada.

—Cansada... ¡Pues vaya! ¿Y qué debería decir yo, que estoy en pie desde el alba y al calor del horno?

Volviendo su rostro hacia él, Algonde trató de sonreír.

—¡Igual, sin duda! Y aún peor. No te enfades, Mathieu, pero he tenido un día muy duro.

Mathieu torció la boca y se tumbó boca arriba. El deseo lo devoraba y se puso cínico.

—Es verdad que con darle el pecho dos veces a Elora, bailar, jugar, escuchar a los juglares y burlarte de tus pretendientes hay con qué agotar tu ardor...

Tratando de olvidar el dolor que le ensombrecía el corazón desde que sorprendiera la conversación entre Mathieu y Marthe, Algonde se giró de lado y, apoyándose en el codo, recostó la oreja sobre la mano. Debajo de ella, Mathieu estaba enfurruñado. No era la intención de Algonde que se instalara entre ellos un verdadero malestar. Al fin y al cabo y a pesar de todo, él solo hubiera actuado con la esperanza de salvarla. Ella debía aferrarse a aquella verdad. Su cuerpo, empero, la rechazaba. Algo se había roto en su interior.

—Hélène ha recibido esta mañana una carta. Una carta de Marie de Dreux, sabes, la hija del hombre que trató de envenenar a Cem.

—¿Y? ¿En qué nos concierne? —musitó Mathieu.

Tratando de reinventar el deseo tras el espectro de la traición, los dedos de Algonde se perdieron sobre el torso robusto de su esposo. Él no dejó de apretar los dientes.

—Marie está prometida con el señor de Saint-Quentin, que ha aceptado renovar su compromiso a pesar de los últimos acontecimientos que tuvieron lugar en Romans. Sólo que, dado que es paje del rey se niega a casarse con Marie antes de que se haya olvidado la ejecución pública de su padre en la plaza.

La caricia de sus dedos entre su vello moreno comenzaba a serenar el rostro de Mathieu. Con la respiración acelerada, murmuró:

—Si supieras cómo me río yo de eso...

—Pues Hélène no. Marie le ha pedido que la acoja en La Bâtie hasta entonces. Un competidor de su padre se ha ofrecido a comprarles el negocio de pañería y en cuanto se haya cerrado la venta, su madre entrará en un convento. Obligada en ese momento a mudarse, Marie teme que aún caiga mayor oprobio sobre ella. En resumen, Hélène

ha estado insoportable todo el día debido a esa petición.

—No veo razón.

—Está resentida con Marie por la traición de su padre.

Mathieu se sobresaltó. El rostro que volvió hacia ella se había vuelto adusto en una fracción de segundo.

—Hélène es una estúpida —refunfuñó—. ¿Puede hacerse responsable a uno de aquello de lo que ha sido víctima?

Algonde tragó saliva. Por supuesto, pensaba en él mismo. La evidencia se le apareció de repente: bajo aquella actitud de indiferencia, utilizando la vida cotidiana como refugio, Mathieu lamentaba su pacto. Ella apoyó la cabeza sobre su corazón, que latía desbocado.

—No, tienes razón. Es injusto. Hélène es injusta. Eso es que me he hartado de repetirle, agotándome en discusiones estériles —afirmó ella acariciándole el hombro.

El silencio los cubrió, puntuado por sus alientos respectivos. Con un nudo en fe garganta, Algonde trataba de dar con las palabras adecuadas. Si no las hallaba allí y en aquel instante, condenaría su amor para siempre. El deseo de su piel. El compartir.

—Te amo, Mathieu —murmuró ella.

El timbre de Mathieu se convirtió en lamento. Desesperado.

—Y en ese caso ¿por qué ya no me quieres?

Unas lágrimas aparecieron en los ojos de Algonde. Dilo. Dilo. Dilo, gritó su alma. Dilo o lo perderás una vez más.

—Marthe —dijo ella.

Él se puso muy rígido. La voz de Algonde se estranguló.

—El otro día por la mañana... os oí.

Instintivamente, como si tuviera miedo de que ella se escapara, Mathieu le rodeó los hombros para abrazarla con más fuerza. Su corazón, bajo la oreja de Algonde, no era más que un rugido irregular engullido por los sobresaltos de su pecho.

—No puedo, Mathieu... No puedo dejar que hagas eso...

Sollozó.

En la orilla este de una de las ramas de Nilo iluminada por la luz de la luna, la ciudad antigua de Iunu, rebautizada Heliópolis por los griegos, alzaba los muros semiderruidos de su doble muralla. Algunas ruinas delataban la majestuosidad de aquel importante lugar de culto durante el reinado de los faraones, pero en la actualidad, sus templos y palacios, expoliados, caídos en el olvido, ya sólo albergaban a algunos miserables. Munia conocía de siempre aquellos vestigios. En diversas ocasiones, su padre se los había mostrado desde el lugar más alto de la ciudadela.

—Un día —le decía—, te revelaré su secreto.

—¿Cuándo? —preguntaba ella invariablemente.

—Cuando llegue el momento.

El momento había llegado. Indudablemente.

—Por allí.

Aziz azuzó con la brida al camello en el cuello para ponerlo de nuevo en movimiento y se puso al frente de la caravana, que se había detenido un instante ante la furtiva sensación de que un peligro los acechaba. Unos minutos más tarde, Aziz, Fátima, Enguerrand y Munia entraron en el recinto amurallado. Pasaron junto a algunos túmulos de arena, ruinas de bocas negras pobladas por *felahs* curiosos y finalmente dejaron sus monturas a la sombra maciza y cuadrada de un obelisco, junto a un porche con la puerta desballestada.

—Ladrones —comentó Aziz, quien a lo largo de los años había visto cómo despojaban aquel lugar hasta del menor objeto.

Tras cruzar el patio abierto a la luminosidad del firmamento, penetró en el palacio que estaba sumido en la oscuridad.

—Una lámpara de aceite nos habría sido muy útil —observó Enguerrand mientras se aproximaba a Munia.

En el mórbido silencio de aquel lugar, su voz resonó como una campanada.

—La luz se halla en el corazón. Aquí puedo ver como a la luz del día, yerno, y no hay obstáculo alguno en nuestro camino. Confíad en mí, seguidos los unos a los otros y os conduciré a destino —respondió el timbre nasal de Aziz.

Enguerrand aceptó confiado. Desde su encuentro con el suegro, había quedado impresionado por la vivacidad que emanaba del personaje. Aziz, al volver a reunirse con su hija, no se sorprendió de nada y se entregó a la alegría de abrazarla. Un profundo afecto los unía a ambos. Palpable incluso en las miradas que se cruzaban sin cesar, su complicidad era tan evidente que Enguerrand alcanzaba ahora a comprender mejor lo que Munia le había contado acerca de aquel hombre.

Capturado frente a las costas de las Azores cuando unos piratas abordaron el barco de su padre, Aziz fue vendido a la edad de diez años a los mamelucos, que lo educaron para convertirlo en guerrero. Cuando su amigo Keit Bey llegó a ser sultán, Aziz accedió a altos cargos, convencido de que el destino lo había llevado hasta allí para tarde o temprano servir a la causa de sus antepasados. Su curiosidad por las primeras dinastías que hubiesen podido ver el reino de los gigantes llevó a Aziz a recorrer Egipto en busca de vestigios de la presencia de los mismos. Le llegó la hora de estudiar Menfis y Saqqarah, su necrópolis. Para ello, buscó un alojamiento digno de su condición. Lo halló sin dificultad en casa de una de las familias más antiguas de Egipto que contra toda lógica se empecinaba en permanecer en un edificio reconstruido varias veces sobre los vestigios del palacio del faraón Zoser. Nada más conocerla, se enamoró de Fátima, la primogénita de la casa. La cortejó largamente, hasta confesarle el objeto de su búsqueda. Fátima, a su vez, le contó que la leyenda de las Tierras Altas se había transmitido entre los suyos de generación en generación bajo la forma de un barco que, envuelto en un halo luminoso más potente que el del sol, apareció súbitamente sobre las aguas del Ni lo. Del mismo descendió un gigante

barbudo. Fue su primer rey y su primer dios: Ra. Ella era de su sangre.

Los destinos de Fátima y de Aziz conformaban uno solo. Los sellaron con una boda suntuosa que el sultán Keit Bey honró con su presencia y su bendición. La noche de bodas, sin embargo, cuando acababan de acostarse en la ciudad de Menfis, la tierra de Egipto tembló con tal virulencia que creyeron que había llegado su hora. Cuando volvió la calma, Aziz descubrió un pasadizo en el suelo de su cámara nupcial. Y entró.

Desde entonces, y tras haberse instalado en la capital con su esposa para un mejor desempeño en sus funciones de dignatario, no había dejado de enviar a hombres de confianza en busca de las damajuanas piramidales. Uno de esos emisarios vio a una bruja entregar una de las damajuanas a Cem en tiempos de su guerra contra Beyazid. Cuando, herido gravemente, el príncipe perdió la batalla, Aziz convenció a Keit Bey para que ofreciera su hospitalidad al vencido, con la certeza de que así podría robarle el objeto. No lo consiguió. Los apartamentos del príncipe en la ciudadela estaban vigilados día y noche. Nadie, ni siquiera el propio Aziz, podía acercarse a ellos. Cuando Cem decidió reclamar la ayuda de Rodas para reconquistar su trono, Aziz comprendió que había llegado el momento de que Munia se enfrentara a su destino. Le sugirió a Keit Bey ofrecérsela en matrimonio a Cem.

Aquel día más que nunca, Aziz deseaba bailar el mundo de los gigantes puesto que, al hilo de la leyenda, el mensajero del destino lo había anunciado. Su nieto estaba predestinado a pro al rey de las Tierras Altas. Aziz habría podido satisfacerse con su condición altamente envidiable a ojos de sus pares, pero algo lo impedía; lo que había descubierto en la ciudad de Menfis luego en Heliópolis y que por fin se había decidido a mostrarles.

Mathieu dejó que Algonde vaciara sus lágrimas. Inmóvil y silencio, la retenía contra él con la esperanza de no haberla perdido para siempre por culpa de aquella locura y temiendo perder la irremediablemente si traicionaba a Marthe. Destrozado también él, se mordía la mejilla con violencia para no sollozar como un chiquillo. Se arrepentía. No de la decisión que había tomado, puesto que estaba convencido de ella, sino de no haber actuado con más discreción aquella mañana. Sin embargo, no podía utilizarlo como argumento para calmarla. No podía hacer nada, excepto aguardar las palabras de Algonde que lo condenarían.

Fue la pequeña Elora quien lo salvó momentáneamente. Despertada sin duda por su mutuo azotamiento, empezó a gemir y luego mezcló sus sollozos con los de su madre. Algonde ahogó de inmediato los suyos. Obedeciendo a su instinto, se liberó casi brutalmente del abrazo de su esposo para correr junto a la cuna.

—¡Chitón, chitón, todo va bien!

Elora no quiso escucharla. Antes incluso de que Algonde hubiera alzado a la pequeña de entre las sábanas, Mathieu también saltó de la cama y se unió a ellas. Las abrazó a ambas y dirigió su mirada perdida a su esposa. Elora calló. Mathieu tragó

saliva.

—Somos uno solo, Algonde. Uno solo los tres. ¿Lo entiendes? No quiero perderos.

—Para eso no has escogido el mejor bando.

—No podrás vencerlas.

—¿Y tú qué sabes? —lo desafió Algonde, sin abandonar por ello aquel asilo en el que Elora recobraba poco a poco la calma chupándose el pulgar.

—Sus poderes van más allá de la razón. Frente a los de Marthe no tengo defensa, y tú tampoco, Algonde. ¿Crees que esa pequeña criatura, ésta, pueda más que tú y que yo?

En aquel instante la magia de Elora actuó en la estancia, como si con ello quisiera tranquilizar a su padre. La luz que emanó de ella los engarzó con sus reflejos de azur y los alzó del suelo. Las certezas de Mathieu se tambalearon. Poco a poco, Algonde se serenó con aquella fuerza que era un eco de la suya, irradiándola con un estallido mágico. Desligados por algún sortilegio, sus callos hasta aquel momento recogidos en una trenza comenzaron a revolotear, finos y vaporosos, alrededor de ellos.

—Eres tan bella —se turbó Mathieu.

Enlazados como un único ser, comenzaron a danzar lentamente sobre el vacío y Mathieu habría jurado que el aire se había transformado en música. Percibía aquellos acordes atemporales. Su dulzura benefactora. La melopea embriagadora. Jamás había sentido mayor plenitud. Se sumergió en los ojos de Algonde. Había desaparecido el color del Furon. Se habían vuelto de un verde casi translúcido, un cristal coloreado con las más bellas gemas de la creación. Claro que ella le había dicho todo aquello y claro que lo había aceptado, pero sin creerlo verdaderamente.

—Perdóname —murmuró maravillado—. No lo sabía.

—Sólo tú eres vulnerable, Mathieu. Elora y yo somos capaces de protegernos, debes confiar en nosotras. No nos abandones, te lo ruego. No reniegues de lo que somos —suplicó la voz cantarina de Algonde.

No la reconoció. Atrapado de nuevo por las amenazas de, meneó la cabeza. Llegado el momento, ¿qué decidiría por fin su corazón? ¿Sería fuerte o débil? Sólo había una cosa segura.

—Nadie nos separará —murmuró mientras aquella mano de luz tendía a los tres sobre la cama.

Capítulo 19

Enguerrand había perdido la noción del tiempo en aquel largo túnel en el que resonaban sus pasos. En la oscuridad era difícil saber en qué estancia del palacio había accionado Aziz el mecanismo secreto. El caballero de Sassenage sólo había oído el ruido de un deslizamiento antes de que su suegro los previniera del número de peldaños —trescientos setenta y dos— que deberían descender. Aziz los guió de uno en uno hasta el primer peldaño y luego se reunió con ellos abajo para ponerse de nuevo a la cabeza del grupo.

Desde entonces no habían dicho palabra, como si sólo el silencio se acomodara a aquel lugar que Enguerrand adivinaba que se adentraba profundamente bajo tierra. A todas luces, era más antiguo que el palacio. ¿Quién lo había construido? ¿Por qué? ¿Cómo lo había descubierto Aziz? ¿Adónde conducía? Enguerrand se guardaba para sí sus preguntas. Visiblemente Aziz deseaba mantener el misterio y su yerno no quería disgustarlo con muestras de una excesiva curiosidad.

Se contentaba con seguir a Munia a su mismo paso, molesto por un desagradable olor, imposible de identificar, que de manera intermitente una leve corriente de aire llevaba hasta ellos. Quien fuera que hubiera construido aquel subterráneo había que reconocerle su aguzado ingenio al haber hallado la manera de impedir que la arena obstruyera los conductos de ventilación.

En ello pensaba Enguerrand cuando al final del túnel surgió un resplandor. Alargando el cuello, alcanzó por fin a distinguir el techo cuadrado, las paredes estrechas con vetas oscuras sin trazas de moho. La piedra estaba intacta, como si aquellos bloques hubieran sido ensamblados el día anterior. Sorprendido, accedió a una sala circular y aún se maravilló más. Ante Munia y él se alzaba la réplica exacta del nuraga de Goni que dejaron en Cerdeña.

De una altura de unos tres metros, la estela monumental, con una amplia oquedad en forma piramidal a la altura de los ojos, parecía sostener el corazón de la bóveda de la que caían vaharadas de aire tibio. Excavadas en las paredes circundantes como otros tantos tentáculos, unas galerías mostraban sus fauces abiertas.

—Fascinante —dijo Munia mientras se aproximaba no a la estela sino a una de las siete lámparas que, suspendidas por largas cadenas, bañaban la sala con la luz de sus llamas.

En un instante, su padre se unió a ella.

—¿A que sí? —se alegró él—. Desde hace veinte años no he dejado de preguntarme por su combustible.

—¿Qué significa? —Se sobresaltó Enguerrand.

Munia se había alzado de puntillas ante una suspensión de metal. A pesar del riesgo de quemarse, sumergió su dedo índice en la copela.

—Estas lámparas son perpetuas. Acércate, hijo —lo invitó el mameluco mientras Munia olisqueaba su dedo cubierto de un aceite negro.

También Enguerrand constató el fenómeno. Reconoció el olor que los había acompañado por el camino hasta allí. Le admiró aquella sustancia pegajosa de la que surgía una mecha encendida.

—¿Se pueden apagar?

—Derramé una para observarlo —respondió Aziz señalando un rincón sombrío—. Ved el resultado.

Se aproximaron. El suelo granítico estaba surcado por trazas negras y polvorientas.

—La llama corrió por el suelo hasta que el aceite ardió por completo. Pero lo más sorprendente es que la copela volvió a llenarse por sí sola en unos meses. Acabé por descubrir el origen del milagro. Del techo cae, regularmente, una gota cada hora, en cada una de las copelas y mantiene el nivel. Y eso desde que se construyó la mastaba.

El rostro surcado de arrugas de Aziz se iluminó como el de un niño ávido de golosinas. Sus hombros se sacudieron como si estuviera riendo por dentro y tendió la mano a su esposa. Fátima se acercó sin titubear y entrelazaron sus dedos. Munia apartó un instante la vista, incómoda. Jamás había imaginado tanta complicidad entre sus padres. Hasta aquel momento no la habían dejado traslucir.

—Cómo te he explicado en más de una ocasión, Munia —prosiguió Aziz, febril—, el terremoto de nuestra noche de bodas reveló una biblioteca subterránea. Mi suegro se mostró tan sorprendido como yo por la existencia de la misma bajo su vivienda y aceptó sin reservas que le consagrara tanto tiempo como deseara. Allí descubrí una gran cantidad de estuches cilíndricos de oro decorados con jeroglíficos. Cada uno de ellos preservaba varios rollos de papiros firmados por Imhotep, escriba, arquitecto y gran visir del faraón Zoser de la dinastía III.

—También yo me convencí, al igual que mi madre, de la importancia de aquel descubrimiento. Los dioses querían ayudar a nuestro linaje —añadió Fátima, radiante.

—Hubo uno que despertó mi curiosidad —prosiguió Aziz—. Un manuscrito de veintiséis pulgadas por cincuenta y cuatro, recubierto de una caligrafía diferente. Visiblemente mucho más antiguo, estaba firmado con tres pirámides decoradas con cifras y glifos.

—La sigla de las damajuanas piramidales —exclamó Munia.

—Exacto —corroboró Aziz con entusiasmo—. Ya ves, hija, desde entonces, incapaz de descifrar la caligrafía del manuscrito a pesar de ser hierática, pero convencido de poseer una prueba del paso de los gigantes por Egipto, decidí buscar otras trazas de esos signos. Acabé por descubrirlas de nuevo dibujadas entre otras, disimuladas, en los planos de un palacio, sin indicación de lugar, fecha y destinatario. Busqué ese palacio durante doce años y había perdido ya toda esperanza de hallarlo cuando una casualidad... o la voluntad divina —lo interrumpió Fátima.

Aziz le dio unas palmaditas sobre la mano que aún le sostenía con ternura y fervor.

—Sí, sí. Sin duda. Sea lo que sea, tuve la oportunidad de examinar los planos de

la necrópolis de los califas, conservados en la biblioteca de la ciudadela, para elegir el emplazamiento más conveniente donde construir una nueva mezquita. Keit Bey conoce mi afición por la astrología y desea que su futura tumba esté coronada por un firmamento adaptado a su temperamento.

Aziz agitó los dedos de su mano libre como si quisiera olvidar esa digresión con aquel simple gesto.

—En el plano general de la necrópolis figuraba como anejo, por error, el censo de los templos de Heliópolis bajo el reinado de Alejandro Magno. El rey, antes de desmembrar aquellas construcciones antiguas para dar prestigio a la ciudad que estaba haciendo construir, deseó conservar algunos restos. El geómetra que redactó ese inventario de los lugares autorizó el pillaje y consignó escrupulosamente los antiguos trazados de los templos y el contenido de los mismos. Un único palacio quedó intacto, del que trazó los planos sin dar más detalle que un símbolo egipcio, minúsculo, en una de sus estancias.

—¿Sokar? —exclamó Munia.

Un velo de orgullo cubrió la mirada de Aziz.

—Sí, sí, lo has adivinado.

—¿Qué es Sokar? —preguntó Enguerrand.

—Un dios de la mitología a quien se confiaba la función de separar el Ba del Ka —explicó Fátima.

Ante la mueca de incompreensión de su esposo, Munia se afanó en traducírselo.

—En lenguaje cristiano equivaldría a separar el alma del cuerpo tras la muerte física. Representado por un cuerpo momificado con cabeza de halcón y de piel verde, para simbolizar la resurrección, Sokar era el dios de las necrópolis.

—Al saber que Heliópolis fue renovada bajo el reinado de Zoser por Imhotep, de inmediato comparé ese plano con el que había hallado en Menfis y que llevaba su firma. La configuración de ambos palacios era idéntica. En esa ocasión, no había duda posible. Ahí estaba la llave del enigma. Tras desalojarlo de los miserables que lo ocupaban, ordené construir un muro alrededor, cerrado por una puerta y así, seguro de que estaría tranquilo, emprendí mis investigaciones. Éste es el resultado.

—¿Por qué nunca me hablaste de ello? —le reprochó Munia con un mohín de enfado, añorando de repente las horas y horas de exploración y de complicidad.

—Yo soy la única responsable —se excusó Fátima—. La simple visión del mapa de tu padre te emocionaba. Me negué a que te trastornara o te influenciara aún más. Quería que tu destino te diera alcance y no que te anticiparas a él. Una búsqueda alocada conduce a menudo a errores de juicio. Si hubieras sabido que tu hijo debía nacer de un cristiano, ¿no te habrías casado con ese señor de Luirieux como un mal necesario en lugar de dejar que tu corazón te llevara hacia Enguerrand?

Munia asintió. Su madre decía la verdad.

Aziz condujo a su esposa hacia un corredor de dimensiones cuadradas, situado a media altura del muro y apenas suficiente para permitir el paso de una persona a

cuatro patas.

—Venid —dijo con una amplia sonrisa.

Al final de aquel túnel oscuro y excavado en forma de embudo que pronto los obligó a trepar, Aziz accionó un mecanismo invisible. Hallarlo lo obligó en su momento a numerosas y breves apneas puesto que el aire se rarificaba rápidamente en el conducto. Si, en algún momento en el pasado, se hubiera dejado vencer por la impaciencia, habría muerto asfixiado en la galería antes de poder retroceder. Como en todas sus visitas precedentes, atravesó aliviado la exigua abertura que apareció en la roca; luego ayudó a su esposa y a su hija a deslizarse por la misma. Con la frente perlada de sudor y a pesar de su sobrecogimiento, Munia tuvo que apoyarse en el muro para recuperarse del vahído momentáneo mientras aparecía Enguerrand.

—Inspirad lentamente —aconsejó Aziz ante la palidez de sus rostros—. El tiempo suficiente para abrir los ojos y maravillaros.

Iluminada igualmente con lámparas perpetuas, la cripta rectangular formada por megalitos hasta su techo no poseía a primera vista más salida que la galería a través de la que acababan de profanarla. Tenía unos doce metros de altura, treinta de longitud y dieciocho de ancho. Cerca de los muros había copelas de cristal de rocas; unos jarrones altos de cuello estrecho hechos de diorita; otros, redondos, con las asas y el vientre excavados en un solo bloque de basalto; objetos de todos los tamaños en forma de rueda o de pirámide tallados en esquisto, tan finos que eran translúcidos a la luz de las velas. Una estela acogía un inmenso escarabajo pectoral con las alas desplegadas, símbolo del renacimiento. Otras dos, una junto a la otra, estatuas de Osiris y de Isis. Por doquier había canastas de junco trenzado en las que aún se adivinaban los alimentos que habían contenido. No fueron sin embargo esas riquezas destinadas a acompañar al difunto al más allá lo que colmaron las expectativas de Enguerrand y de Munia, sino el sarcófago de más de cinco metros de longitud que reposaba en el centro de la sala. Era de diorita esculpida en su perímetro con pequeñas pirámides de pan de oro, y no podía contener más que a uno de los gigantes llegados de las Tierras Altas a través de los ríos encantados.

Capítulo 20

Huchang accedió al palacio abandonado unos minutos antes de su llegada, impaciente por descubrir por fin qué ocultaba Aziz, ben Salek, y a la vez por ajustarle las cuentas a Munia. Sorprendido ante el hecho de que el grupo guiado por Aziz evolucionara a oscuras, los dejó recorrer las salas y los siguió de cerca, descalzo para no alertarlos.

«Así también yo me deslizaré en el pasadizo secreto y los cazaré por sorpresa».

Para su desgracia, no alcanzó a ver qué mecanismo accionaba Aziz. En el lapso de tiempo que tardó en llegar a la altura de la escalera por la que habían descendido los cuatro, la losa estaba de nuevo en su lugar original. Habría podido ocultarse en la sombra y atraparlos cuando volvieran a subir, pero temía que la oscuridad echara a perder sus planes. Si uno de ellos le hacía una jugarreta, se vería obligado a cortarle el paso con su cimitarra.

Huchang no era un asesino. Matar sólo le procuraba placer si se trataba de un enemigo. Y, aunque hubiera prometido a Cem castigar a la traidora, no tenía razones para matar a los otros. Una vez hubiera averiguado la verdad, recuperado el antídoto de la bruja y degollado a Munia, los encerraría en un desván, cerraría la puerta a cal y canto y se daría a la fuga. Los prisioneros acabarían por liberarse de una manera u otra, pero para entonces Huchang ya les llevaría suficiente ventaja para llegar al puerto y embarcarse en el primer barco que largara amarras.

Volvió al patio interior. Si la luz de la luna era suficiente para identificar a Munia entre el reducido grupo, las arcadas cimbradas que componían el claustro del palacio estaban a oscuras debido a la sombra que proyectaba el voladizo. Armado con un puñal cunado, se arrimó al muro adyacente a la puerta de entrada confiando en su pian, aguardó a su presa.

Tuvo que poner a prueba su paciencia durante muchas horas.

Sin embargo, pensar en Cem le llevó a no desfallecer.

Cuando hasta él llegó por fin un ruido de pasos repercutido por el volumen de las estancias vacías, estaba listo.

Con sus mentes aún enturbiadas por cuanto acababan de compartir, Aziz no observó que la puerta de doble batiente que daba al exterior que había cerrado al llegar estaba ahora entreabierta. Cruzó el umbral sin recelar de ello y Fátima lo siguió.

Munia iba a continuación.

Sólo había dado un paso cuando lanzó un grito de sorpresa. Agarrada sin contemplaciones por la mano libre de Huchang, se halló de repente de espaldas contra el torso robusto del turco, con el filo del puñal al cuello. Antes incluso de que sus padres se hubieran vuelto hacia ella, temiendo que hubiera tropezado, Enguerrand salió y descubrió la trampa.

La primera impresión que todos se llevaron fue que estaban siendo víctimas del

ataque de unos de los miserables que habitaban las ruinas. Aunque fueran numerosos, rara vez mataban si podían robar algo con lo que alimentarse. No era la primera vez que Aziz se las veía con ellos en Heliópolis.

—Esta casa está vacía, amigo, pero te daremos sin discutir cuanto llevamos en los bolsillos. Suéltala —le dijo Aziz con calma.

—No creo que eso sea posible. Tu hija y yo tenemos una cuenta pendiente. Lanza lejos tu espada, caballero de Sassenage, o le rebanaré el cuello.

Munia tragó saliva, aterrorizada.

—Huchang —murmuró con voz apagada al reconocer de repente el timbre ronco que tanto había oído junto a Cem.

Enguerrand palideció. Si no se obraba un milagro, Munia estaba perdida.

Obedeció y extendió los brazos en señal de sumisión.

—¿Eres de la guardia del príncipe Cem, verdad? —preguntó para ganar tiempo, tiempo para pensar, para que se le ocurriera una idea.

Fátima se llevó los puños frente a la boca para ahogar un grito de angustia. Incluso Aziz perdió su serenidad. Empujando a Munia frente a él, el turco avanzó un paso para salir de las sombras.

—Estás bien informado. Así que también debes saber las razones que me han llevado a abandonar a mi príncipe. Estoy aquí para recuperar lo que fue robado.

—¿Y luego? —insistió Enguerrand.

—Me marcharé.

—En la falda —dijo Munia casi sin aliento pues el filo del puñal le cortaba levemente bajo el mentón alzado—. La damajuana que buscas está en una bolsa que llevo colgada a la cintura. Apártate y te la daré.

Huchang se rió.

—¿Para qué desaparezcas ahí adentro? No, Munia, he pasado demasiado tiempo persiguiéndote. Tú —dijo, señalando a Fátima con un movimiento de su mandíbula angulosa—, acércate.

Paralizada por la angustia, ésta ascendió los tres peldaños para ponerse a la altura de Huchang.

—Cógela y muéstrala bien alta, que pueda ver si se trata de la misma.

Fátima obedeció. Unos segundos más tarde, la damajuana piramidal giraba entre sus dedos a la luz de la luna. Huchang asintió con la cabeza, aliviado. Aquella pécora no se la había vendido ni la había consumido.

La cogió con su mano libre y, aflojando ligeramente la tenaza de su hoja curvada, se la metió bajo la apestosa gandura, en la camisa, a la altura del corazón.

—Munia ya no es la esposa de Cem sino la mía. Suéltala —exigió Enguerrand.

Huchang no lo escuchaba.

—¿Por qué la robaste? —preguntó—. ¿No era suficiente que vendieras a tu marido a los hospitalarios, que además tenías que condenarlo robándole este antídoto? ¿De qué raza eres, ramera?

—No es lo que crees, Huchang. No tenía elección —se defendió ella.

—Uno siempre tiene elección. Venga, los demás id avanzando. Ahí a la izquierda del patio hay una bodega. Os quedaréis ahí al fresco para que yo pueda huir —exigió.

Al comprender que no tenía más remedio que obedecer Aziz se volvió hacia el lugar indicado. El turco conocía el terreno. Seguramente fuese él quien rompiera la cerradura de la puerta de entrada.

Mientras Enguerrand y Fátima se reunían con él cerca del anejo, una pequeña edificación baja que antaño debió de ser utilizada como cisterna para el aceite, Munia susurró:

—Ignoraba la importancia que ese elixir tenía para Cem, tienes que creerme. Sólo me interesaba la damajuana. Es una especie de llave destinada a un mapa antiguo.

—Avanza —exigió Huchang empujándola por el busto hacia la escalera.

—Ese mapa lleva a una tierra olvidada por los hombres. Cem podría reinar allí si me dieras tiempo para encontrarla —insistió Munia en voz queda mientras bajaban la escalera.

—Ese mapa del que hablas, ¿tiene relación con el secreto de este palacio?

Munia ni siquiera se sorprendió. Sabía que le quedaba poco tiempo. Frente a ella, al otro lado de un estanque seco, su padre abría la puerta de la bodega y, seguido por Fátima, entraba con la esperanza de que su hija se uniera a ellos porque su verdugo le concediera su gracia. Enguerrand, lívido pues nada podía hacer sin condenar a su esposa, los observaba avanzar, ambos estrechamente ligados.

—Mi padre te lo confiará si nos perdonas la vida, a mí y al niño que llevo.

Huchang se estremeció. Condenar a un inocente no era su temperamento. ¿Cem no desearía aprovechar la ocasión de conquistar un reino si fuera posible?

Desgarrado por la duda, llevó a su prisionera a unos pasos de Enguerrand, que no se había movido.

—Entra —exigió.

—Te digo la verdad, Huchang. Únete a nosotros y Cem nunca más estará prisionero —insistió Munia, con los ojos llenos de lágrimas ante la desesperación de su esposo.

—Entra, caballero, y cierra la puerta —repitió Huchang con calma.

—No —lo retó Enguerrand—. Si ella debe morir en ese caso yo Su voz se estranguló.

Huchang bajó el arma.

—Enciérralos, Munia, y vuelve conmigo. Si el secreto del subterráneo confirma tus palabras, te perdonaré la vida. Te doy mi palabra.

Munia no dudó ni un instante. Liberada de la tenaza que la aprisionaba, se lanzó hacia su esposo.

Huchang sintió los tres impactos entre sus robustos omoplatos en el momento en que, al volver a Munia hacia la pared en un reflejo protector; Enguerrand la abrazó. A pesar de su corpulencia, Huchang se tambaleó a la vez que una quemazón le

atravesaba el abdomen. Guerrero hasta en lo más profundo de su alma, comprendió de inmediato que había sido alcanzado por varias flechas.

«Una escolta, ese perro de Aziz cuenta con una escolta que sólo aguardaba el momento oportuno para interceptarme», pensó en una fracción de segundo.

Había caído en una trampa. ¡Qué más daba! No era un hombre capaz de morir sin demostrar su valor.

Se sacó su cimitarra de debajo de la gandura y se dio media vuelta con el instinto de supervivencia animándole a entrar en combate. Desde las arcadas, a un centenar de pasos de allí, tres flechas surcaron la noche.

La primera se clavó en su garganta; la segunda en su corazón, debajo de la damajuana piramidal; y la tercera Munia la descubrió cuando Enguerrand cayó en sus brazos, sorprendido por la violencia del impacto en su espalda.

Por encima de su hombro, Munia vio a Huchang caer de rodillas en su desesperada carrera contra la muerte, y a unos individuos disfrazados de mendigos que volvían a censar sus arcos.

En un acto reflejo actuó a la vez que Enguerrand y ambos se lanzaron a la bodega. Apenas habían girado la llave cuando tres puntas de flecha se clavaron profundamente en el exterior del batiente cerrado.

—¡Por Dios! ¿Quiénes son éstos? —exclamó Aziz encolerizado—. ¿Vienen en nuestra ayuda para matarnos a su vez? No entiendo nada.

Con el aliento entrecortado y la tez verdosa, Enguerrand se sentó en el suelo de tierra en la oscuridad de la pequeña construcción, desprovista desde hacía tiempo de vasijas. Un dolor agudo le desgarraba el pecho y el menor movimiento se convertía en un suplicio. A su lado, Munia lo sostenía hacia delante para aliviar su dolor.

—Si no le hubiera dado la damajuana a Huchang —se lamentó ella, pensando en el poder regenerativo del elixir.

—La cogeremos en cuanto se hayan marchado —la tranquilizó Enguerrand con una voz débil interrumpida por una tos violenta que le hizo escupir sangre.

Aziz no sabía de la existencia de ningún miserable en aquella ciudad que fuera tan buen arquero. Los autores de los disparos sólo podían formar parte de la milicia real. Convencido de ello, se precipitó a la puerta contra la que golpeaban con los hombros para forzarla.

—Soy Aziz ben Salek, dignatario de nuestro bienhadado sultán Keit Bey. ¡Os ordeno que os retiréis!

—Y yo soy el señor de Luirieux y nada me impedirá entrar —tronó una risa sardónica en el momento en que la puerta cedía, empujando con violencia a Aziz a un lado.

«Es una pesadilla», pensó Munia, incrédula. Cerró los ojos una fracción de segundo con la esperanza de que se desvaneciera. Cuando volvió a abrirlos, tres siluetas apestosas se recortaban a la luz de un farol que portaba una de ellas.

Aunque trató de retenerlo contra ella, Enguerrand quiso ponerse en pie para

enfrentarse a su rival, sintió vértigo, perdió el conocimiento y cayó pesadamente en brazos de su amada. En el rincón al que había ido a dar, Aziz también trataba de ponerse en pie, herido por las contusiones y en su orgullo.

—¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho? —exclamó airado ante uno de ellos armado con una espada, blandiendo un índice amenazador.

Fátima gritó. Demasiado tarde para evitarlo. La hoja le entró a Aziz por el bajo vientre y lo atravesó. Alzado del suelo por la violencia del golpe, aún sacudió el dedo, sorprendido por el gorgoteo que brotaba de su garganta, antes de morir en el acto. El hombre extrajo la espada y Aziz se desplomó a sus pies. Desconcertada por la muerte repentina, Munia vio cómo su madre se precipitaba entre sollozos para inclinarse sobre el hombre al que amaba.

—¡Apártate de mí vista, mujer! —vociferó el asesino, y le arreó una patada en el abdomen.

Flanqueado por el portador del farol, Hugues de Luirieux se acercó a Munia.

—Me temo que esta vez tu amado Enguerrand no podrá salvarte, querida —susurró el brazo derecho de Philibert de Montoisson, y la asió violentamente de la trenza.

Tiró de ella hacia delante para arrancarla de su esposo, que seguía inconsciente, y arrastrarla hasta la puerta por la que ya había salido el asesino de Aziz.

Decidida a proteger a su madre y a Enguerrand, al que ésta tal vez conseguiría curar, Munia no opuso resistencia. Cruzó la puerta, tironeada por su cuero cabelludo, arrastrando las rodillas por el suelo a pesar de la tela de su gandura, con el portador de la linterna tras ella, cuando tras éste se oyó un grito sordo de venganza.

—¡Muere, chacal!

El farol osciló en la mano del hombre mientras éste bramaba.

—¡Suelta...!

La palabra se ahogó en su garganta, cortada limpiamente por el puñal de Aziz que Fátima acababa de recuperar antes de abalanzarse sobre sus hombros. Un chorro de sangre salpicó la falda de Munia a la que Luirieux, de espaldas, arrastraba aún hacia el patio.

El hombre se desplomó y le cayó el farol que al dar en el suelo hizo que se apagara la llama en el interior de sus cristales. Veloz como el rayo y maculada de púrpura bajo el pálido resplandor de la luna, Fátima saltó por encima de él y se lanzó hacia delante. Aprovechando el efecto sorpresa de su improbable rebelión, cortó la cabellera de su hija para liberarla de su yugo y se abalanzó sobre Luirieux, que acababa de darse la vuelta.

Luirieux evitó el golpe mortal, pero no Fátima. Desequilibrada al esquivarla su contrincante, cayó hacia delante sobre la punta de la espada que, volviendo sobre sus pasos, el primer hombre le destinaba.

Esta vez el desamparo hizo mella en Munia. Estallando en sollozos, se arrastró hasta el cuerpo que se estremecía, a unos pasos del cadáver acribillado de flechas de

Huchang.

—El mensajero... del... destino... —Fueron las últimas palabras de Fátima en brazos de su hija, como una excusa a su absurdo gesto.

El precio de la fatalidad.

Capítulo 21

Más allá de las murallas del castillo de Saint-André-de-Royans donde fue acogido calurosamente, amanecía sobre el valle del Isère cubierto por la niebla. Con los primeros rayos del sol, daría paso a la canícula, como en días precedentes. Aymar de Grolée había aguardado aquel instante durante toda la noche. El sueño tan esperado la víspera tras una alegre cena se esfumó en cuanto puso la cabeza sobre el cojín.

Al constatar que no podría dormirse, se levantó de la cama, se vistió y se dejó caer en un sillón a la luz de un rayo de luna, dejando vagar sus pensamientos. Se adormeció varias veces pero volvía a despertarse con el mismo sentimiento de urgencia. De angustia. ¿No iba a llegar demasiado tarde?

Con la frente pegada contra el montante de piedra que dividía en dos la ventana, abierta, de su habitación, el señor de Bressieux inspiró el aire cargado de humedad y del perfume tibio del pan al salir del horno. Hacía mucho rato que la panetería, que adivinaba que se hallaba a su derecha cuatro plantas más abajo, bullía de animación. Hasta él ascendían conversaciones y risas que prefiguraban una alegre jornada. Su tripa hizo ruido. No tenía tiempo para desayunar. Los paneteros no le negarían una rebanada de pan.

Apartándose del ventanal, cogió de una silla su talabarte y se lo abrochó a la cintura, enfundó su espada, tan a menudo enrojecida con la sangre de los enemigos del difunto rey Luis X, y contempló su reflejo en un espejo colgado de la pared.

Ofrecía un aspecto altivo, con el busto en el que apenas había señales de su edad, los párpados caídos sobre sus ojos grises subrayados por profundas ojeras, su espesa cabellera canosa que caía sobre sus hombros macizos y barría con un flequillo corto la frente surcada por arrugas marcadas por las batallas y los labios firmes por su determinación.

—En marcha —dijo en voz alta llevando su puño al arma—, ha llegado la hora. Por fin.

Menos de media hora más tarde, provisto de un bastón con la punta carbonizada y tres antorchas fijadas en la prolongación de su silla, con un saco que contenía un yesquero, ramitas secas y un bote lleno de pez para encenderlas, una alforja con media hogaza de pan fresco y una cantimplora llena, cruzó el puente levadizo sin despedirse de sus anfitriones, que aún dormían, y a los que la noche antes había saludado y prevenido de sus intenciones.

Cuando Aymar de Grolée penetró en el subterráneo en pleno corazón de las ruinas del bosque de Coulmes, con su primera antorcha encendida en la mano y las otras colgando de su cintura, estaba dispuesto a morir antes que permitir que Jeanne de Commiers sufriera daño alguno.

Ella había perdido la noción del día y de la noche. Con las muñecas atadas con

una cuerda de cáñamo ligada a su vez a una anilla de hierro que colgaba de la pared, Jeanne de Commiers apenas podía dar unos pasos para sentarse, dormir sobre un jergón apestoso y mantenerse alejada de sus propios excrementos. Marthe le llevaba regularmente una escudilla de gachas y otra de agua, y únicamente en esas ocasiones le desataba las manos para comer y hacer sus necesidades.

Un animal enjaulado hubiera recibido mejor trato.

En la gruta que servía de guarida a la harpía, una lámpara perpetua en una copela colgada del techo rocoso por una cadena daba luz, pero no calor. La humedad y el frío habían comenzado a hacer mella en los dedos de los pies de la prisionera, que se veía obligada a restregarlos sobre el suelo rugoso hasta sangrar para calmar el escozor.

—Acabemos de una vez, mátame —suplicó en la última aparición de Marthe, unos minutos antes.

La harpía le dirigió una mirada torva y se encogió de hombros.

—Le he dado mi palabra a tu marido de que te mantendría con vida, querida. ¿Por qué no iba a cumplirla?

Demacrada en extremo, Jeanne ya no tenía fuerzas para rebelarse. Los primeros días lo había intentado. En cuanto se marchaba la harpía, trataba de roer sus ataduras, se retorció en todos los sentidos para tratar de aflojarlas, o gritaba pidiendo ayuda. Pero no había logrado nada. Sólo había conseguido hacerse profundos cortes en su carne que, al no poder ser curados, se habían vuelto purulentos. Toda ella estaba herida. Física y moralmente.

Y a merced de los caprichos de su carcelera.

Sin embargo, Marthe no abusaba de ello, contrariamente a lo que Jeanne temió cuando la atrapó tras el muro, en el momento en que por fin se disponía a entrar en la Bâtie. Marthe le retorció los antebrazos contra los riñones, con una fuerza demencial. Jeanne aulló de dolor. Y de desesperación. Y se dejó arrastra^ con la mirada clavada en aquella pared móvil que nadie había hecho deslizar para salvarla.

Ya no esperaba ningún milagro desde hacía mucho tiempo. Tiempo. Aquella palabra ya no tenía sentido ni consistencia. Había llevado un calendario efímero, sumando los períodos comprendidos entre el momento en que se despertaba y cuando conseguía dormirse. Al cabo de diez, debilitada, se dio cuenta de que sin duda dormía más de lo necesario para conservar la coherencia con la realidad. Sucedió lo mismo con sus comidas. No tenía ninguna referencia. Le parecía que Marthe se las llevaba al tuntún, pues a veces se moría de hambre hasta el extremo de abalanzarse sobre la infecta comida como un perro sobre un hueso podrido.

Varias veces le preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Qué más da —le respondió cruelmente Marthe.

Tampoco había aceptado hablarle de los suyos. La única revelación que la harpía había consentido, el detalle de la muerte de Claudine el invierno anterior, sólo sirvió

para desmoralizarla aún más.

—No la recuerdo —mintió Jeanne serenando su voz, negándose a desvelar lo que sentía.

—Peor para ti. Tu hija era un rayo de sol en la casa —le espetó Marthe, a buen seguro decepcionada por no haber obtenido el resultado esperado.

En cuanto se marchó, liberando en su pena el peso de su cautiverio, Jeanne se tumbó en su jergón con la certeza que, a pesar de sus visiones de antaño, ya no la abandonaba: jamás volvería a ver a sus seres queridos.

Aunque no dispusiera de un plano que lo guiara, Aymar de Grolée pensaba al igual que Jacques de Sassenage que el subterráneo que partía de Coulmes llegaba a la abadía real pasando por Saint-André-en-Royans. Las cuatro fortalezas, Rochechinard, Saint-André, La Bâtie y Saint-Just estaban unidas entre sí. Cuando se halló frente a la primera intersección, dudó durante unos segundos. ¿Debía girar a la izquierda en dirección a La Bâtie o proseguir en línea recta hasta la abadía para retomar el itinerario seguido por Jeanne al huir de la misma? Si Marthe la mantenía cautiva bajo tierra, hipótesis que consideraba más verosímil, era muy probable que fuera cerca del castillo para su propia comodidad. Asiendo el bastón tiznado, trazó una cruz en el muro derecho de la galería de salida para hallar sin dificultad el camino a su regreso y dirigió sus pasos hacia La Bâtie. Siempre estaría a tiempo, si no hallaba a Jeanne, de volver hacia atrás.

—Buenos días tengáis, amiga mía —exclamó Philibert de Montoisson forzando sin anunciarse la puerta de la habitación de Philippine.

Despreciando las mínimas reglas de urbanidad, el caballero se sentó a la mesa frente a la jovenzuela ante el desayuno que Algonde acababa de servir y que se disponía a compartir con ella.

—Déjanos a solas —ordenó a la camarera con suficiencia.

—Quédate —objetó Philippine, con el ceño fruncido por la cólera.

Philibert miró desvergonzadamente el busto de su prometida tenso al otro lado de la mesa bajo su camisón.

—No necesito una dama de compañía.

—¡Ni yo un cerdo!

Philippine se levantó tan bruscamente que la mesa se tambaleó. El caldo de gallina humeante bailó en su escudilla. Algonde inmóvil cerca de la cama que acababa de airear, la adivinó dispuesta a arrojárselo a Philibert.

—¿Quién os habéis creído que sois para aparecer de esta manera a estas horas?

Philibert no se sintió interpelado por la indignación de Philippine. Cogió despreocupadamente unas bayas de saúco de una copela, se las llevó a la boca y las mordió para inundar su paladar del jugo negro antes de tragárselas.

—Vuestro futuro esposo. Sentaos, Hélène. Tenemos que hablar.

—Cuando a mí me plazca —exclamó Philippine cruzando los brazos sobre su pecho.

Philibert adoptó un tono guasón.

—Sentaos, os digo. Tengo ante mí el espectáculo de vuestras piernas a contraluz y no desearía que vuestra sirvienta se escandalizara.

Al darse cuenta de que daba la espalda al ventanal inundado por el sol, Philippine se dejó caer en la silla, ruborizada.

—Os odio —gruñó ella, con una mirada torva.

—Mejor. Me aburriría si a mi lado os volvierais remilgada.

Volvió el mentón hacia Algonde.

—Vuestra señora no tiene que temer por su virtud. Salid.

—No tengo que obedecer vuestras órdenes, señor.

—Aún no, eso es cierto. Pero sería una lástima que me contradijerais si esperáis conservar vuestro puesto al día siguiente de la boda. Marchaos.

Poco impresionada por sus amenazas, Algonde no se movió.

—¿Me le dais vuestra palabra, señor? —Lo fulminó Philippine.

—Si eso os tranquiliza...

—Vete —le dijo a Algonde—. Pero no te alejes.

Algonde cruzó la habitación hacia la puerta que unía su apartamento con el de Philippine y la cruzó pero en lugar de cerrarla, la dejó abierta de par en par. Si el señor de Montoisson osara tocarla, Philippine gritaría.

El ama de cría que se ocupaba de Elora cuando Algonde tenía que trabajar o comparecía en sociedad estaba bañando a la criatura en el pequeño aseo. Un placer del que Algonde se veía por lo general privada. Tumbada de espaldas sobre un cañizo extendido sobre la cubeta que su madre utilizaba para sus abluciones, Elora balbucía y gesticulaba bajo la esponja, visiblemente satisfecha con el agua perfumada que se deslizaba sobre su piel. Con el oído atento a lo que sucedía en la habitación contigua, Algonde le dio un sonoro beso en el ombligo, debajo de la pequeña mancha ovoide y oscura que su hija tenía en el esternón, como un discreto recordatorio del veneno de la serpiente en el que se había desarrollado. Una risa ligera resonó en sus oídos. A Elora, muy mimosa, le encantaba.

—Dejad eso, Bernaude, ya acabo yo —dijo al ama de cría rechoncha y jovial alzando la cabeza.

Era sin duda la única en palacio que, por apego espontáneo a la chiquilla, no manifestaba animosidad ante los privilegios de los que Algonde disfrutaba.

—Por supuesto —se inclinó cediéndole el relevo.

Algonde aclaró la esponja en el cubo de agua y sintió un poco de tibieza en sus dedos.

—Brrrrrrrr —cantaban los pucheros de Elora, cuyos ojos verdes como el agua miraban ávidos a su madre.

—Si queréis mi parecer, Algonde, deberíais ocuparos dé ella más a menudo. Os echa en falta —afirmó Bernaude dirigiendo al hogar para limpiarlo.

Philippine se almidonó con su frialdad y ni siquiera tocó la comida que, indiferente ante su cólera, Philibert había comenzado a catar cortándole definitivamente el apetito.

—Os escucho.

—La fecha de nuestra boda se ha fijado a finales de este mes El veinticinco, para ser precisos.

Philippine tragó saliva. ¿Acaso su padre no le había prometido demorar la boda tanto tiempo como fuera posible?

—Habrà que ver si a mí me conviene, puesto que no he sido consultada —se defendió con altivez.

Philibert se encogió de hombros.

—Será porque no era necesario. Es el día de mi aniversario y me pareció muy indicado. Y no vengáis con excusas, puesto que ya se han publicado las amonestaciones.

Philippine palideció.

—No me creo que mi padre haya tomado esa decisión sin hablar de ello conmigo.

—Creo que no ha tenido otra elección, querida.

Una risa corta y seca rasgó los labios apretados de ira de Philippine.

—Los Sassenage no son de una estirpe a la que intimiden las amenazas. ¿No os he dado ya prueba de ello?

Philibert la miró con insistencia, regocijándose en el poder que le otorgaban las revelaciones de Marthe. Entre ambos, desprendiendo su olorillo, el caldo se enfriaba en el bol, sin que ninguno lo probara.

—Os lo concedo. Sin embargo, hay un hecho que ignoráis, el cual, si tuvierais conocimiento, cambiaría vuestra manera de mirarme.

Visiblemente airada, Philippine se puso en pie de un salto. Con los puños apretados, se apartó lo bastante de la ventana de él para vociferar.

—Vuestros modales, vuestro aspecto, incluso vuestro aliento, ¡todo en vos me repugna! ¡Al diablo las amonestaciones, vuestras presiones, vuestra suficiencia! No os quiero, ni hoy ni nunca, ¡y mc cortaré las venas la mañana misma de nuestra boda antes que tener que soportaros toda la vida!

Philibert permaneció frío como el mármol. Desde que supo el afecto que Philippine sentía por Cem, esperaba aquel giro de la situación. ¿Acaso no había ido aquella mañana misma a provocarlo?

También él se puso en pie. Temerosa de que se abalanzara sobre ella, Philippine retrocedió en dirección a los apartamentos de Algonde. Contra lo que cabía imaginar, empero, Philibert de Montoisson se enjugó los labios, ennegrecidos por el jugo de las bayas que había picoteado despreocupadamente durante su discusión, y se inclinó

para despedirse.

Al llegar a la puerta que daba al pasillo, se volvió hacia ella, desconcertada.

—Os casaréis conmigo dentro de poco más de tres semanas, Héléne, y me soportaréis tanto tiempo como yo viva. Si lo dudáis, pedidle a vuestro padre que os hable de Jeanne de Commiers, vuestra madre supuestamente difunta.

—¿Qué nueva mentira innoble os habéis sacado de la manga? —exclamó ella con más desprecio aún.

—No es ninguna mentira, sino la verdad. De eso se trata, Héléne... De la verdad.

Con los brazos colgando tras su rebelión abortada, Philippine se quedó allí pasmada mirando hacia la puerta que se cerraba.

Aymar de Grolée caminaba desde hacía más de una hora, o así le pareció, cuando el túnel principal que había recorrido a paso rápido se dividió en tres galerías más estrechas. A todas luces, cada una de ellas conducía al castillo de La Bâtie a juzgar por las numerosas salidas que Jacques de Sassenage contó cuando se amplió la fortaleza.

—¿Cuál de ellas tomaste, Jeanne? —murmuró para sí mismo barriendo las entradas con la antorcha.

Ningún signo de ella, en ninguna parte, hasta entonces, los ojos, se armó de lógica y optó por la del medio, la más ancha. Unos minutos más tarde, halló ante sí una nueva intersección. Marcó con una cruz la galería de la que procedía y giró a la derecha. Al llegar al final, retrocedió, repitió la marca en la pared esta vez un triángulo, y tomó el otro pasadizo igualmente sin éxito.

A partir de aquel momento su exploración se volvía más compleja.

Sin embargo, estaba preparado para ello.

Retrocedió hasta la primera bifurcación y se rascó la cabeza. Quedaban dos galerías de granito por explorar. ¿También se dividirían? ¿Cuántas salidas tendrían?

Puesto que Jeanne no había tomado la del medio, urgía afrontar la situación de otra manera. Volver hacia atrás. Marthe y ella debieron de cruzarse. Forzosamente, aquella noche, en la que una se dirigía hacia la abadía y la otra la abandonaba a la única luz de... ¿una candela? ¿Una vela? ¿Un cirio? Aymar no recordaba haberse percatado de la desaparición de una antorcha en el muro de la cripta. Así pues, debía de tratarse de algo que fuera fácil de apagar al oír pasos. ¿Jeanne había intentado huir de Marthe? Si tal fuera el caso, debió de avanzar a oscuras rozando las paredes para mantener un punto de referencia. A la derecha. Forzosamente. Decidido, enfiló resueltamente el pasadizo que, a un lado, prolongaba el muro del precedente.

Recuperada de su estupor, Philippine se precipitó a la habitación de Algonde. Inclineda sobre la cama, ésta acababa de vestir a Elora que balbucía de felicidad.

En pocas palabras, Philippine le resumió la situación y las insinuaciones de Philibert acerca de su madre.

—No puedo creerlo y, sin embargo, mi padre tendrá que explicarme las razones que le han llevado a ceder.

—Hoy será difícil...

El rostro de Philippine se ensombreció aún más, a pesar de que se había despertado muy alegre ante la perspectiva de acompañar a Cem al pueblo de Auberives-en-Royans. Tras alabar insistentemente los extraordinarios caballos de un criador del lugar, Louis había acabado por convencer al príncipe de ir a juzgarlo sobre el terreno. Jacques de Sassenage propuso una comida campestre a orillas del río y todos en el castillo, incluida Marthe, se hallaban en aquel momento ocupados preparándose para la ocasión.

—Qué más da, por el camino hallaré la ocasión de hablar a solas con mi padre unos minutos —decidió Philippine mordiéndose la uña del pulgar.

Sintió un escalofrío.

La víspera, como cada día al acabar los festejos, Cem y Philippine se cruzaron una tierna carta a través de Nasuh y Algonde.

Tras cubrirla de cumplidos y reafirmar su amor, el príncipe le explicó su conversación con Guy de Blanchefort y las conclusiones a las que había llegado: «Conservad la esperanza, amada mía. Ahora mi tierra ya es vuestra. No quiero creer que nuestros dioses, llamados a unirse, rechacen lo que nuestros corazones aguardan en secreto», concluyó antes de sellarla.

Tres semanas era muy poco tiempo para esperar una respuesta del gran maestro de la Orden de los Hospitalarios.

—Ven —dijo, mientras Algonde confiaba de nuevo a Elora al ama de cría—, tengo que vestirme. Si esa rata de Montoison se imagina que seré su esposa a final de mes, ya puede esperar sentado. Nadie me forzará a ello, ¿me oyes, Algonde? ¡Nadie! Y aún menos un fantasma del pasado.

El corazón de Aymar dio un brinco cuando, al pie de la cincuenta de peldaños al final de la galería, las llamas de su antorcha iluminaron una palmatoria caída en el suelo. Se precipitó a recogerla. Había acertado. Jeanne había pasado por allí. ¿La abandonó antes de salir? Por un instante tuvo la tentación de accionar el mecanismo para verificar el lugar donde se hallaba, pero lo juzgó demasiado arriesgado. ¿Y si tuviera la mala suerte de ir a parar a la habitación de Marthe? ¿Cómo Jeanne aquella noche? Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. «Tan cerca del objetivo», pensó. Se hallaba tan cerca del objetivo... Sobreponiéndose a aquel absurdo, se arrodilló para iluminar el suelo con el trémulo resplandor de su antorcha. Había huellas en el polvo.

Recuperando por instinto sus aptitudes guerreras, pronto dedujo lo sucedido y retrocedió. Esta vez, sin dudar. Rascando el suelo con el extremo de una vela para dejar un rastro brillante mientras la arrastraban, Jeanne de Commiers había tejido un hilo de Ariadna con la esperanza de que alguien lo siguiera.

Capítulo 22

Fue la pestilencia en último extremo lo que guió sus pasos. De lo contrario, jamás hubiera descubierto aquella abertura a la altura de las rodillas en el muro diestro del subterráneo. Un poco más adelante, los restos de cera se detuvieron sobre la sangre... la sangre, verosíblemente, de los dedos de Jeanne rascando el último extremo de la vela. Aymar halló un fragmento de la misma enrojecido.

Se arrodilló ante la excavación, olisqueando como una bestia salvaje. Sentía el ardor, el coraje y la rabia de ésta.

«La madriguera de algún animal que habrá muerto», pensó al iluminar la entrada a la luz de su antorcha.

Estuvo tentado de ponerse en pie y proseguir su camino, pero algo lo detuvo. El instinto, sin duda, del cazador avezado, del guerrero. O aquel resplandor, apenas esbozado, que despuntaba en lo alto de la pared siniestra de aquel callejón sin salida.

—Un recodo. Se trata de un recodo —se alegró, antes de callar en seco.

Descartado el efecto óptico, la evidencia se mostró ante él en todo su horror. En el otro extremo, invisible, de aquella galería, junto a una extraña luz, se descomponía un cadáver.

Abandonó la antorcha para no quemarse, recorrió a cuatro patas la porción recta del túnel y, al dejar atrás la bifurcación, se puso en pie. Frente a él, a sólo unos pasos, una puerta abierta colgaba de los goznes oxidados. Más allá, en una sala excavada en la propia roca, una llama danzaba en una copela suspendida, sobre una mesa maciza cubierta de alambiques, bicales, hierbas y pieles. Sin duda el olor procedía de estas últimas. Aymar se serenó. Era una hábil estratagema para alejar visitas inoportunas. Por lo que podía juzgar desde allí donde se hallaba, en el fondo del agujero había un atamor. El laboratorio secreto de un alquimista, concluyó llevándose la mano a la espada. La desenvainó con autoridad. Fuera quien fuese quien señoreara en aquellos lugares, lo obligaría a entregar el tesoro que guardaba.

Con tal determinación franqueó el umbral, barrió la estancia con la mirada y descubrió la forma lamentable pero viva que atada, estaba sentada contra la pared, con la frente inclinada sobre sus rodillas dobladas.

—Jeanne... —dijo, y su voz se estranguló en su garganta mientras se precipitaba hacia ella.

Jeanne de Comniers alzó los ojos y se le iluminaron.

—Jacques, mi Jacques, me has encontrado —sollozó, al límite de sus fuerzas y de su coraje, contra el jubón de cuero.

Aymar optó por no sacarla de error. La estancia estaba a oscuras, se sentía la amenaza presente. Menospreciando las recomendaciones que él mismo se había repetido, cortó limpiamente la cuerda por encima de las muñecas. Jeanne las dejó caer alrededor del cuello de su salvador.

—Sed... —gimió—, tengo sed...

Él no tuvo tiempo de reaccionar ni de esquivarla, y Jeanne de Commiers aplastó sus labios secos contra los suyos para beber de su boca toda la esperanza que le había devuelto.

«Está besando a su esposo», pensó Aymar.

Su corazón acalló sus escrúpulos. Sin duda sería la única ocasión en que podría hacerlo. Abrazándola con todas sus fuerzas, le devolvió el beso.

Jacques de Sassenage ya se hallaba a caballo con Philibert de Montoisson, sus hijos Louis y François, Guy de Blanchefort, Cem y Nasuh en el patio del castillo cuando Philippine y Algonde llegaron a los establos.

Los cortesanos que se habían sumado a aquella salida habían montado ya sus caballos enjaezados con sus colores, que pataleaban Algunos de entre ellos, cediendo a las súplicas de las damas que iban en litera, aguardaban aún frente a la escalera de la entrada antes de reunirse con los demás. Los diálogos se tintaban de cloqueos desde las portezuelas o mundanidades al pie de la escalera, mientras en un ininterrumpido ir y venir los criados, cargados de platos y de odres, guarnecían de abundancia el carro cargado con la comida.

El cénit sin nubes anunciaba un día perfecto, apropiado para desnudar los tobillos de las jovencitas en el agua fresca del río, mientras los músicos y los trovadores, inspirados por las musas bajo el ramaje frondoso, acallarían el canto de los pájaros en beneficio de la risa de las violas y las carracas.

Cubriéndose el rostro con la máscara alegre de sus congéneres, Philippine y Algonde, a lomos cada una de sus monturas favoritas, se unieron al grupo de cabeza.

—Ya sólo faltabas tú, hija mía —le dio la bienvenida alegremente Jacques de Sassenage, con ambas manos sobre el pomo de la silla.

—Disculpadme, padre... Un ligero contratiempo —le dijo ella con una sonrisa antes de saludar a los demás con un grácil movimiento de cabeza.

—Los vapores son privilegio de las damas, querida —le respondió amablemente el gran prior de Auvernia—. Y son muy naturales cuando se sabe la emoción que provoca la fecha de una boda.

Cem se sobresaltó, y Philibert de Montoisson se regodeó en ello y aproximó su caballo al suyo.

—Contamos con vos, por supuesto, príncipe Cem...

Éste, anonadado, asintió con la cabeza.

—¿Cuándo? —preguntó en un tono falsamente desenfadado.

—El veinticinco del mes en curso —afirmó Philibert de Montoisson con crueldad antes de mirar a Philippine a los ojos para leer en\$ los mismos el reflejo de su dolor.

En lugar de darle ese placea ella alzó el busto y en sus labios se dibujó una mueca maliciosa.

—Con la peste llamando a nuestras puertas, quien asegura que estará aquí mañana peca de presuntuoso.

—¡Diantre, hermana! ¡No mentéis la desgracia!

—Nada más lejos de mi voluntad, Louis, al contrario, hace un día radiante. Y más que nunca deseo vivir el presente. ¿No sois de la misma opinión, padre?

—A buen seguro, hija —le respondió Jacques de Sassenage cuyo pensamiento se hallaba desde el alba junto a Aymar de Grolée— Vamos, demos la señal de partir si queremos disfrutar plenamente de los placeres de esta excursión.

Con un gesto de la mano le dio la señal a sire Dumas quien, con su escolta, estaba a cargo de la seguridad. Acto seguido sonó un cuerno y los caballeros se reunieron alrededor de las literas.

Cem se acercó a la altura del caballo de Philippine, que Philibert de Montoison sostenía por la brida.

—El franco es una lengua maravillosa de la que cada día aprecio más los matices, mi querida Hélène.

—¿Qué queréis decir? —le sonrió ella con un centelleo en su mirada que reflejaba su irrenunciable promesa de amarlo para siempre.

—Por ejemplo la palabra «presente»... Sea cual sea el sentido que se le dé, sigue siendo siempre un obsequio que me hace vuestra «presencia», de todos —recalcó al saludar a Philibert de Montoison con su barba en forma de punta de lanza.

Philippine se echó a reír. Tres semanas. Era poco, seguramente, pero suficiente para hallar el modo de liberarse.

—No podemos demorarnos, Jeanne. ¿Tendréis fuerzas para caminar? —preguntó Aymar recuperando el aliento.

Retrasarse más, a pesar de la dulzura del instante, significaría con seguridad condenarlos.

—Las sacaré de donde sea necesario. Llevadme. Lejos, muy lejos.

Se apartó de ella y la ayudó a ponerse en pie. Tras echar un rápido vistazo hacia atrás, desató los nudos que, aunque liberada del aro clavado en la pared, le mantenían aún las manos juntas. Mientras ella se las frotaba para que la sangre circulara por sus dedos helados, rebuscó por la estancia y acabó por encontrar un pedazo de jarra de barro rota. Lo recogió y frotó los hilos de la cuerda cortada demasiado limpiamente por la hoja de su espada y los deshilachó. Acto seguido tiró aquel trozo al suelo, sostuvo a Jeanne hasta la puerta y barrió sus pisadas para que sólo las de Jeanne fueran muy visibles en el polvo del suelo.

—Yo iré delante —dijo él cuando llegaron al recodo que formaba la galería.

En el momento en que se disponía a ponerse a cuatro patas, Jeanne, con el rostro oculto por la penumbra, lo retuvo por el brazo.

—Sed prudente, Aymar de Grolée.

Su corazón dio un brinco.

—Lo sabíais...

—He olvidado muchas cosas a lo largo de estos años, pero no el sabor de los

besos de Jacques. Y al veros más de cerca os puedo asegurar querido amigo que, al igual que vuestra voz, no habéis cambiado demasiado.

Él agachó la cabeza, avergonzado por haber abusado de ella.

—¿Por qué... no os he rechazado? Sois vos quien estáis aquí, y no él.

Y ahora, en marcha. No quiero permanecer aquí ni un segundo más.

«Más tarde», se dijo él trepando hasta la salida de la galería, guiado por la llama de la antorcha que había dejado en el subterráneo. «Más tarde, se lo explicaré». De momento, y aunque mantuviera los sentidos alerta, Aymar de Grolée deseaba conservar en su corazón aquel inesperado presente.

Hacia mediodía, en el mismo instante en que Marthe descendía de la litera para reunirse con las damas de compañía de Sidonie en una hermosa ribera del río, Aymar de Grolée sentaba a Jeanne de Commiers delante de él en su silla y lanzaba a su corcel al galope, con el corazón latiendo como el de un jovenzuelo al abrazarla de nuevo contra él.

El Piamonte estaba a unos diez días a caballo. Tendría tiempo de explicárselo todo.

Aunque Munia mantuviera los ojos bien abiertos mirando a la línea oscura del horizonte, la veía ensangrentada.

Inspiró aire yodado. Una vez más. Y otra. Reprimió el deseo de lanzarse por la borda. Muertos. Estaban todos muertos. Enguerrand, su amor. Aziz, su padre. Fátima, su madre. ¿Por ella no?

Había recobrado el conocimiento unas horas antes; sintió el balanceo bajo sus pies, le llegó olor a sardina y oyó el crujir de la arboladura y los graznidos de las gaviotas. La habían embarcado, inconsciente. Sola en la oscuridad del pañol donde la habían encerrado, sintió que de nuevo la desolación se apoderaba de ella como una marejada infernal. Contuvo sus sollozos al ver abrirse súbitamente un cuadrado de luz del día en el techo y oír pasos en la escala. Munia no era de las que admiten que su debilidad las condene. Un farol barrió la estancia e iluminó a tres hombres.

—Ha llegado la hora de ajustar cuentas, Munia —anunció Hugues de Luirieux.

Su verdugo sería despiadado, estaba segura de ello. No dijo nada. Se dejó suspender de las muñecas a una viga, apretándolas mandíbulas. Fuera cual fuese el castigo que le reservara, no podría torturarla más que durante los últimos momentos en Egipto. El látigo restalló contra su espalda desnuda, hasta que se desvaneció de nuevo. Hasta que el agua salada arrojada sobre sus heridas la reanimó con un alarido de dolor.

Luego, perdió la noción de las cosas. Los tres se burlaron de ella, la humillaron y la ultrajaron. Aunque Munia ya no sintió nada, pues se hallaba más allá del dolor desde que la expresión en el rostro de su madre se heló. Hasta entonces, siempre se había preguntado qué significaba aquella noción de sangre fría de la que Enguerrand

le había hablado en más de una ocasión. Ahora lo había comprendido. Era un desapego total de la realidad unido al instinto de supervivencia. Más fuerte que el sufrimiento, más intenso que el miedo. Un cuerpo helado que aguarda el deshielo con la certeza de tener que atravesar el invierno.

Aguardó, vacía de emociones y percepciones. Y se detuvo.

Luirieux se quedó a solas con ella y se apoyó en una columna, a contraluz y bailando al ritmo de la luz del farol colgado de un gancho.

—Me temo que te he subestimado. A pesar de tu sumisión, visiblemente no eres de la raza de las vencidas. Vístete.

Subió de nuevo a cubierta y dejó la trampilla abierta. A Munia le llevó tiempo recabar las fuerzas necesarias para subir al puente. Pasó la mañana entera tratando de limpiar su cuerpo con el agua que quedaba en el fondo del cubo, ahogando el escozor de la sal apretando los dientes. Temía perder al hijo que llevaba como había perdido a su padre. No habían sospechado nada. Era mejor así. De hecho, tenía los senos más firmes pero su vientre no había crecido y no había sentido dolores. Desembrolló con los dedos sus cabellos morenos y se los recogió en una trenza que anudó con un pedazo de tela que arrancó de su falda. Se restregó la cara con las enaguas. Afirmó su mandíbula, su mirada y decidió mostrar indiferencia en lugar de odio, pero conservar en su corazón, como un tesoro, la sed de venganza. Tarde o temprano lo conseguiría. Si no la mataban, aunque se preguntara por qué no iban a hacerlo.

El barco enarbolaba bandera griega pero, en cuanto ascendió la escala, Munia comprendió que eran berberiscos. No quiso ni pensar cómo Hugues de Luirieux y sus hombres podían ser cómplices de unos piratas, pero por las miradas libidinosas que le dirigieron comprendió que sería su juguete durante la travesía. Optó por no hacerse más preguntas.

Tenía que elegir: En aquel instante.

Sufrirlo o saltar por la borda.

Vivir tal vez o morir a buen seguro.

Se agarró a la borda.

Inspiró de nuevo.

—No lo harás.

Luirieux.

Ella no se volvió. Ni preguntas, ni respuestas. En realidad resultaba indiferente lo que quisiera aquel hombre. Él se arrimó a su espalda y la inclinó ligeramente sobre la borda. Ella se resistió. Él metió su nariz entre los cabellos rizados de ella e inspiró el perfume de sudor y sangre que se había impregnado en ellos. Hasta ahora había creído que te odiaba, Munia. Un odio iba de la punta de mi verga a lo más hondo de mi alma, como una espada que me hubiera empalado desde tu marcha de Roda Pero aún es peor.

Aprisionó sus manos aferradas a la borda con las suyas y arrimó con más fuerza contra su espalda.

—La verdad es que me has envenenado el corazón y que cada día que pasa me pudro más por ti.

La mordió en la nuca. Suavemente primero, luego de manera salvaje. Con la mirada clavada en el horizonte, Munia no se movió.

—No saltarás, lo sé. Somos iguales. Tenemos la misma aptitud para la venganza. Te la he inoculado en las venas como un veneno. Y nos une a ti y a mí. Para siempre.

Soltó sus dedos doloridos por la presión y se apartó.

—Te voy a vender, Munia. A Beyazid. Corre el rumor de que te quiere para su harén y está dispuesto a pagar una fortuna, pero yo no me quedaré nada. Todo será para el capitán de este bateo. Todo. Excepto tú. A partir de ahora y hasta que arribemos, eres mía. Sólo mía.

La sangre fría. Ni emociones ni percepciones. Aún la sentía en ella. Una burbuja de agua helada en la que sólo se mantenían a flote sus recuerdos. Era cuanto le quedaba.

—Una cosa más. Está vivo.

Una fisura. Brutal. Tragó saliva. Se tambaleó un instante antes de serenarse de nuevo. Mentía.

—Enguerrand está vivo, Munia. Está a bordo.

Durante una fracción de segundo, el deseo de arrojarse sobre él para arrancarle los ojos la dominó, pero pudo dominarlo.

Él se echó a reír al viento del oeste que, hinchando súbitamente las velas, dio impulso al barco.

—Ves, sé cómo conseguirte, cómo romper tu coraza. Ése es mi poder sobre ti, Munia. Mi venganza y tu prisión. El amor que por él sientes y tu odio hacia mí.

No decir nada. No dejar que nada la traicionara. Esa vez era muy difícil. Él había vencido. Ella se volvió hacia él.

—¿Qué harás con él?

—¿Quién sabe? —Se carcajeó.

Su rostro ya de por sí torturado por el vicio lo estaba también esa vez por la crueldad y el dolor.

Desde el castillo de popa, el capitán de los piratas, tuerto, la miraba fijamente con su único ojo. Desgarrada a pesar de su determinación, Munia volvió a su lugar, frente al sol poniente. Tenía ganas de gritar, allí y ahora, hasta quedarse sin aliento. Se contentó llorando en silencio hasta serenarse de nuevo. Enguerrand estaba vivo. Ella también. El mundo no era lo bastante vasto para impedir que volvieran a reunirse allí donde su destino los llevara. Los Antiguos velarían porque así fuera.

Extendió los brazos, echó la cabeza hacia atrás y, reconfortada de golpe por aquella certeza, se echó a reír. Como una posea.

Algunos hombres, espantados, se santiguaron.

En cuanto a Hugues de Luirieux, que ascendía los peldaños de la escala para reunirse con el capitán, se detuvo a mirarla, como un mascarón de proa que desafiara

el abismo.

Lo sabía. Eso era lo bueno de las mentiras. Ella no iba a saltar.

Capítulo 23

Los caballos eran de pura raza, de pelaje entre leonado y negro mirada viva y crin brillante. Bajo su aparente serenidad se adivinaba un temperamento fiero. Un simple gesto por encima de la valla del cercado en lugar de atraerlos los hacía erguir las orejas y los ollares con el orgullo de una jovenzuela a la que hubiera que domar.

—¿Puedo? —preguntó Cem al criador, un hombre de unos treinta años, tan vivaz como sus animales.

—Es un honor, príncipe...

Antes de que pudieran disuadirlo, Cem puso un pie en el travesaño más bajo y saltó por encima del segundo con un movimiento ágil. Cayó sobre sus pies dentro del cercado. Sólo uno de los caballos retrocedió, sorprendido. Los otros se contentaron con mirarlo con la misma actitud orgullosa. Cem avanzó hasta el caballo que, entre todos, le había cautivado a su llegada. De cruz más alta que los demás y de proporciones perfectas, se mantenía apartado, a la orilla del riachuelo, altivo y desdeñoso. Majestuoso.

Al verse despreciados, los otros bajaron la testuz y escarbaron la hierba que sus cascos aún no habían pateado.

Prisionera a unos pasos de allí, entre su hermano Louis y Philibert de Montoisson, Philippine se contenía para no lanzarse a su vez. Jacques de Sassenage mostró menos reservas. Y menos temeridad. Abandonando a los demás, se reunió con Cem accediendo por la entrada que le abrió un palafrenero.

Él también había elegido. Miró al animal más próximo del que Cem acariciaba entre los ojos y marchó con determinación.

Cem volvió la cabeza hacia él.

—Solos tú y yo —le dijo Jacques—. Ahora.

Cem no se hizo preguntas.

Sorprendiendo al animal que instintivamente lo había reconocido como su dueño, agarró la crin a la manera sarracena. Jacques también, como había aprendido a hacerlo en aquellos últimos tiempos. Con un mismo impulso, ambos saltaron a lomos de los animales, a pelo, y éstos comenzaron a patear de impaciencia.

—Ahora os lo devuelvo —gritó Jacques por encima de su hombro.

Antes incluso de que el gran prior de Auvernia, Philibert de Montoisson, Philippine y sus hermanos hubieran comprendido lo que sucedía, los caballos aguijoneados en los flancos cruzaron el curso de agua alzando una cortina de gotas, saltaron la barrera que cerraba el cercado por el otro lado y partieron a galope tendido en dirección al bosque.

Jacques y Cem los detuvieron tirándoles de la crin, en un armonioso conjunto, en cuanto llegaron a cubierto de los árboles.

—Tenemos poco tiempo, Cem. Blanchefort se dispone a trasladaros de Rochechinard —le anunció Jacques, a quien la carrera había despeinado.

Cem palideció.

—¿Cuándo?

—En cuanto se haya celebrado la boda.

—¿Por qué la habéis autorizado?

Jacques se encogió de hombros.

—No he tenido otro remedio. De momento. Nada está decidido, Cem. Hélène os ama. Lo único que quiero saber es hasta dónde estáis dispuesto a llegar para salvarla.

Unos minutos más tarde, regresaron al galope y desmontaron frente a un enfurruñado Guy de Blanchefort.

—Vamos, amigo, alegrad esa cara —bromeó Cem—. A un caballo hay que probarlo antes, al contrario que una esposa.

Jacques de Sassenage se echó a reír y sacó una abultada bolsa de su cintura para lanzársela al criador.

—Trato hecho, amigo. Por los dos.

Con la mano derecha en el corazón, Cem inclinó la cabeza señal de agradecimiento.

—Vuestra generosidad me emociona, una vez más.

—No es generosidad, sino amistad.

Pasándole un brazo por encima de los hombros, Jacques I condujo hacia Philippine que, arrastrada por sus hermanos y bajo la mirada vigilante de Philibert, se divertía con los pasos torpes de un potrillo en un vallado adyacente.

—¿Qué os parecen los caballos de Royan, príncipe Cem? —le preguntó ella, desinteresándose inmediatamente del recién nacido.

—Son el vivo retrato de su pueblo, señorita Hélène, con tan buen pelaje como carácter.

—En tal caso —se sonrojó Philippine—, os dejo en su compañía. Padre, si lo permitís, me gustaría cabalgar con vos.

—¡Por supuesto! Dentro de poco tu boda hará que dejes La Bâtie para ir al castillo de Montoisson y nos veremos privados de ello.

A pesar de estar furiosa al verlo tan determinado ante aquella idea, aceptó el brazo que le ofrecía.

Dejando que los demás caracolearan a la cabeza, guiados por la nueva montura de Cem, Jacques de Sassenage cogió el portante a su lado por el caminillo sombreado entre avellanos siguiendo el meandro del río.

A distancia, delante, Philibert de Montoisson y Guy de Blanchefort mantenían una conversación teológica de la que el viento les llevó algunos retazos.

«Me está distraendo para darme ocasión de comprobarlo que ha dicho», pensó Philippine encolerizada.

Se volvió airada hacia su padre.

—Me habéis traicionado. ¿Por qué me obligáis a casarme?

—¿Tan cruel crees que soy? —objetó Jacques con una sonrisa triste.

Su rabia amainó, Bajó la mirada.

—¿Y qué sucede? Esta mañana ha venido a anunciarme la terrible noticia y a hablarme de... mi madre.

Jacques movió la cabeza, molesto por la confirmación de lo que temía desde hacía tiempo. Marthe y aquel perro estaban en connivencia. Suspiró.

—Hubiera preferido decírtelo yo personalmente en el momento más adecuado.

Ella se echó a temblar en su silla.

—Pretendía que... ¡Oh, Dios mío! ¿Es posible, padre?

—Está viva, sí.

—Pero ¿y la tumba, sor Albrante y la madre superiora?

—Mentiras. Durante estos seis años todo han sido mentiras. Hace muy poco que he sabido la verdad.

Philippine guardó silencio, consternada. Todo aquello no tenía pies ni cabeza. Sor Albrante las amaba a ambas. Cómo pudo ella... Y sobre todo...

—¿Por qué? —gimió frente aquel sentimiento de traición que ocultaba la realidad.

Tomándose su tiempo pero ahorrándole detalles, Jacques de Sassenage le explicó cuanto sabía. Su madre amnésica, la recuperación de la memoria, las diabólicas argucias de Marthe, aquellas benéficas de Algonde para protegerla y, finalmente, el odioso chantaje.

—Tu madre nos será devuelta sana y salva al día siguiente de tu boda, Hélène.

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—En ese caso, estoy perdida —murmuró, desgarrada por tanta manipulación y por la fatalidad.

A juzgar por las risas y la música que llegaban hasta ellos, se aproximaban al lugar donde estaba previsto que comieran. Jacques de Sassenage atrapó la brida de la montura de su hija y la obligó a detenerse. En sus ojos había una profunda determinación muy diferente del abatimiento que hundía a Philippine.

—No, no lo estás, Hélène. Pero no puedo decirte nada más sin poneros en peligro a ti y a tu madre. Te pido que te sometas y que mantengas la confianza hasta el último momento, ¿lo has oído? Hasta el último momento.

Aquel rostro altivo transmitía una enorme certeza. Su padre nunca le había mentado. Philippine se armó de valor.

—Hasta el último momento, lo prometo.

Él asintió con un gesto de la cabeza.

—Otra cosa. Guarda bien ese secreto. Para ti sola. Si las cosas no salieran bien, no deseo que tus hermanos y hermanas lloren a su madre una segunda vez.

¿Fue la idea de perderla antes de haberla recuperado lo que por fin le hizo sentir la verdad? El corazón de Philippine brincó en su pecho. Su madre estaba viva. Cautiva pero viva.

—La he echado de menos tantas veces —murmuró ella.

—Yo también, ¿sabes?

Se echaron a reír. Una risa ligera de complicidad, esperanza y confianza. Una risa que expulsaba de sus corazones los sufrimientos pasados.

—Y ahora, vámonos. Tenemos que seguir fingiendo ante esos monstruos.

—¿Puedo tranquilizar a Cem respecto a mi boda? No quiero que se atormente.

—No es necesario. Lo sabe.

Philippine comprendió entonces el motivo de su cabalgada y recuperó de golpe su alegría. Dado que su padre y el hombre al que amaba se habían aliado contra Philibert de Montoisson y contra aquella harpía, ya no tenía motivos para dudar.

«De todas maneras, Algonde tendrá que explicarme todas esas cosas que me ha ocultado», se dijo cuando su padre se alejaba.

Unos instantes después abandonaron el camino y se adentraron entre los árboles del bosque. Al aproximarse al río, la escena que apareció ante los ojos de Philippine fue un bálsamo para su corazón.

Desfilando a lomos de su caballo que los otros deseaban id mirar, Cem mantenía erguido la cabeza, cubierta con un turbante, mientras más allá de los manteles extendidos sobre la hierba cubiertos de abundantes manjares, los trovadores en pie pequeños islotes de guijarros respondían con sus instrumentos a la ola de murmullos.

En medio de ellos, Algonde cantaba con voz pura y hechizante.

El día se alargó apaciblemente a la sombra de los árboles. El vino y la cerveza refrescados en la corriente del río hicieron que las nuca descansaran sobre los brazos doblados tan pronto acabó el festín. Los músicos, arrastrados por algunos valientes en una farandola hacia lo alto del monte, dieron paso al gorgoteo de una cascada.

Abatidos por el calor sofocante de aquel 7 de julio, doncellas y donceles permanecían callados, y disfrutaban de intercambios de parpadeos a falta de los abrazos que otros, de más edad, consumaban desvergonzadamente más lejos, en el bosque. Guy de Blanchefort se había retirado solo a rezar tras una hilera de boj. Philibert de Montoisson se había adormecido bajo un olmo pequeño. Sidonie y sus amigas chapoteaban en la orilla, intercambiando chismes y comadreo, bajo la mirada siempre alerta de Marthe, sentada con las manos juntas, recostada contra una raíz prominente.

En cuanto a Cem y Nasuh, tras haber hecho las delicias de su auditorio con recuerdos adornados con los perfumes de su país, acompañaron a Jacques de Sassenage y a sus hijos al sotobosque, atraídos por el rastro fresco de un corzo que los lebreles de Louis habían descubierto.

Aprovechando aquel permisivo desorden, Philippine se llevó a Algonde lejos de oídos indiscretos, en mitad del río, poco profundo en aquella época del año, con el pretexto de observar a las truchas saltando entre las piedras lisas.

—Allí —dijo—, ¿has visto qué gordas son? No me sorprendería que esos granujas pesquen una antes de que nos marchemos.

Bajo la estrecha vigilancia de unas criadas, una decena de chiquillos que formaban parte de la excursión se inclinaban en el agua hasta los hombros para tratar de conseguir, con la mano, una pesca milagrosa.

—¿Te zambullías tú con Mathieu como ellos en el Furon?

La nostalgia hizo mella en Algonde que, indiferente al agua que mojaba sus pies desnudos y su falda de lino, estaba encaramada sobre una piedra que afloraba sobre la superficie del río.

—Creo que a su edad lo probamos todo, pero esas diablillas son tan escurridizas que solíamos regresar con las manos vacías antes que llenas.

—¿No fue por culpa de una trucha que fuiste a parar debajo la montaña con Melusina? —añadió Philippine, sentándose lado.

Algonde dio con los dedos de sus pies en el agua y lanzó unas salpicaduras más lejos. No recordaba habérselo dicho instintivamente, se puso a la defensiva.

—Todo eso queda ya muy lejos.

—No tanto.

La mirada de Philippine se detuvo un instante en Marthe que formando una visera con la mano, miraba en dirección a ella, antes de perderse de nuevo en los reflejos espejeantes.

—Mi padre me lo ha explicado todo, Algonde.

—¿Qué quiere decir todo?

—Tú. Melusina. Marthe. Todo cuanto has creído oportuno confiarle. Todo cuanto has preferido no contarme para protegerme. Una ínfima parte de tu verdad, supongo.

En su voz no había rencor. Simplemente una constatación.

—Una ínfima parte, en efecto —confesó Algonde.

—¿Sabías lo de mi madre?

—Desde hace poco.

Un profundo suspiro hizo que Philippine alzara los hombros.

—Siempre he pensado que no eras como las demás, pero de ahí a imaginar que eras un hada... Y Mathieu, ¿qué pinta en todo esto? ¿También él tiene algún poder?

Algonde le dirigió una mirada maliciosa.

—El de hacerme feliz. Únicamente. Pero ése no es el caso de Elora.

—La luz azul...

—¿La has visto? —se sorprendió Algonde.

—Cuando nació. Y de nuevo cuando tú estaba enferma elevó a ambas, por encima de las sábanas. Acto seguido, ya no tenías fiebre. Lo atribuí a un milagro.

—La magia también es un milagro. La que ella posee es poderosa.

Callaron un instante. El tiempo para que sus dedos se entrelazaran sobre la roca. Cómplices.

—¿Por qué tengo tanta importancia para Marthe? ¿Y para ti? —preguntó Philippine inclinando la cabeza.

—Es una larga historia.

—Tenemos toda la tarde por delante.

Algonde alzó la vista al cielo. Unas pocas nubes corrían impulsadas por una brisa tibia. La hora de las confesiones. Era mejor así, sin duda, Y, sin embargo, ¿aceptaría Philippine lo que el destino depararía a su hijo?

«Tendré que convencerla», se dijo Algonde inspirando profundamente.

—Érase una vez —comenzó—, entre las nieblas de Avalon, tres hermanas ligadas por una maldición...

Capítulo 24

El coraje del que Jeanne de Commiers había hecho gala para llegar a la salida del subterráneo la abandonó apenas se sentó en la silla a lomos del caballo. Si Aymar de Grolée no hubiera deslizado su brazo alrededor de su cintura, habría caído de su montura en cuanto ésta se hubiese lanzado al galope. En realidad, no recordaba el paisaje que desfilaba ante sus ojos, cosa que la reconfortaba en la idea de que debía de haber permanecido inconsciente buena parte del trayecto.

Pasado el puerto del monte Negro, Aymar se dirigió al norte por caminos de cabra, luego siguieron junto a los barrancos del Nan para, finalmente, llegar al Isère.

Se trataba de un lugar apacible, bordeado por gráciles olmos y tapizado de brezales. Dos islotes rocosos invadidos por patos salvajes interrumpían el curso del río. Al margen y un poco más arriba, enclavada sobre una loma para protegerse de la crecida de las aguas, pero al abrigo de un roble centenario, una cabaña de troncos completaba el panorama. De allí salió un hombre. Un pescador que unos días antes había aceptado llevarlo a bordo en la travesía y que les dio la bienvenida con una corta reverencia.

Mientras conducía su montura a un pequeño anexo, Aymar metió en un saco ropa de hombre y le indicó a Jeanne que se vistiera con ella, en lugar de sus ropas sucias.

Con dolor de cabeza y vencida por su debilidad, Jeanne se dejó caer sobre el banco adosado a la modesta edificación.

—¿Para qué? A pesar de nuestras precauciones, Marthe pronto me descubrirá.

Obligándola a levantarse, Aymar la sacudió por los hombros.

—Ni ella ni nadie. Miradme, Jeanne. ¿Alguna vez os mentí en el pasado?

—Jamás, es cierto.

—Y hoy menos. Poneos en marcha.

Una vez cambiada, con sus cabellos grises recogidos bajo un sombrero para ocultar su longitud, Aymar la condujo al arenal donde un hombre los aguardaba a bordo de un esquife.

Sin más demora, embarcaron.

Jeanne ocultó sus uñas negras dentro de sus mangas, súbitamente incómoda por la suciedad debajo de su ropa limpia. Si de ella hubiera dependido se habría lavado, pero sabía que disponían de muy poco tiempo. Se contentó inclinándose por la borda para limpiarlas.

Aymar sacó de su bolsa una hogaza de pan y se la ofreció. Con la mirada puesta en los zapatos que la martirizaban, se esforzó en masticar cuando, despertado, su estómago le ordenaba que se lo zampara. El vino la animó un poco, y al llegar a la otra orilla se sentía mejor.

Aymar le entregó al hombre una bolsa abultada en cuanto éste puso de nuevo la barca en el agua, dejándola a la deriva con la vieja ropa de Jeanne a merced de la corriente para simular que se había ahogado.

—Así, amigo, estamos de acuerdo. Abandonarás de inmediato la región.

—Y no volveré nunca.

Acto seguido, desapareció.

—¿Y el caballo? —preguntó Jeanne, inquieta.

—Está al abrigo de los lobos pero no de los hombres. En varias ocasiones los ladrones le han robado la leña al pescador durante la noche. Harán buen negocio, esta vez, y también nosotros.

Acompañó a Jeanne a lo largo de la orilla, sosteniéndola por los hombros para ayudarla a caminar. Mientras cabalgaban, había visto el estado de sus pies cubiertos de parásitos. Y también había previsto su sufrimiento.

El lugar estaba desierto. Otro río, más pequeño, desembocaba en el Isère en el lugar donde desembarcaron, formando un pantano con abundante caza acuática. Una frondosa franja de juncos drenaba las olas. Aymar emitió dos silbidos cortos y uno largo. Surgido de ninguna parte, un coloso, vestido a la manera de los hortelanos, apareció entre los tallos oscuros y les hizo señal. Concentrada en el dolor que le provocaba cada paso Jeanne se dejó conducir hasta él sin preguntar nada.

—Vigila a diestra —dijo Aymar a Barbe, su hombre de confianza.

En cuanto se hubo alejado, Jeanne descubrió el pequeño tanque de agua prisionera de los juncos, una bañera natural oculta de cualquier mirada. Una toalla limpia y jabón aguardaban e una canasta. Otra estaba llena de frutas, queso y pan. Finalmente, sobre la hierba, al sol, había una camisa, unos calzones y ropa interior perfumada con el olor del verano.

De los ojos de Jeanne brotaron unas lágrimas mientras se volvía hacia su salvador.

—A partir de ahora ya no debemos temer nada. Tomaos el tiempo que deseéis.

Ni siquiera tuvo tiempo de darle las gracias pues también él se ocupó de sus menesteres.

Dos horas más tarde, era una mujer nueva y lo llamó para que acudiera junto a ella. Él aún le untó los dedos de los pies con ungüentos y se los vendó por precaución, sin decir palabra, feliz de hallarla igual que en el pasado, a pesar de su aspecto masculino, a pesar de sus rasgos desabridos y de algunas patas de gallo.

Ella tendió una mano para acariciarle la barba naciente en la mejilla y él sonrió.

—¿Os sentís con fuerzas para retomar el camino? —pregunto solícitamente.

—¿Adónde me lleváis?

—¿Recordáis a Louis II de Saluces?

Ella rebuscó en su memoria.

—Creo que era pariente de Jacques... Tiene sus tierras en Píamente.

Se llevó la mano a sus labios, súbitamente asustada.

—¡Oh, Dios mío, tan lejos!

—Es necesario, Jeanne.

Unas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Me hubiera gustado tanto ver a mis hijos...

Bajó la vista y añadió:

—... y a él.

Aymar se sacó una carta del jubón y se la tendió.

—También a él, Jeanne —respondió—, también a él.

Ahora que la noche caía lentamente tras ellos, de nuevo arrimada a Aymar de Grolée, Jeanne sabía cuánto la había llorado su marido durante años antes de volver a casarse. Lo orgulloso que estaba de sus hijos. Con qué ilusión aguardaba su retorno. Cuánto sufría, finalmente, por no haber podido ir él mismo en su busca.

Sabía todo aquello, pero a la par que se alegraba, los latidos desbocados del corazón de Aymar de Grolée contra ella activaron la sangre en sus venas y la obligaron a cerrar los ojos, avergonzada. No debería, no, era imposible. No debería sentir tanta alegría por aquella promiscuidad.

Marthe echó pestes por haber sido engañada. Con un gesto de ira barrió sin ni siquiera tocarlos los botes de vidrio que cubrían la mesa. Se rompieron a los pies del atanor que ya hacía tiempo que estaba apagado. Con paso rápido se dirigió hacia el fondo de la gruta, metió la mano en una oquedad bañada por la sombra y tomó la damajuana piramidal entre sus uñas curvadas. Al menos Jeanne no se había hecho con ella. A Marthe no se le pasó por la cabeza ni un instante que Jeanne hubiera podido liberarse sola. Volvió a dejar la damajuana en su escondrijo y, sin tomarse siquiera la molestia de seguir el rastro de la evadida, volvió de inmediato al castillo de La Bâtie.

Jacques dormía junto a Sidonie cuando ella irrumpió en su habitación. Se despertó al sentir que lo alzaban con fuerza de la cama. Acto seguido, como los botes en la cueva, fue a caer sobre un pequeño arcón bajo y Sidonie gritó.

—¡Silencio! —amenazó Marthe con su ira altiva.

—¡Decididamente, qué manía tenéis! —refunfuñó Jacques, con las mejillas coloradas de rabia, tratando de deshacerse del mueble que se había roto en pedazos por el impacto.

Marthe chasqueó los dedos una vez, y una antorcha se encendió en la pared. Chasqueó una segunda vez, y las cenizas de la chimenea se transformaron en brasas.

Miró malignamente los pedazos de madera que rodeaban a Jacques y en ellos prendió el fuego. Tuvo el tiempo justo de echarse a un lado para no quemarse.

—¿Pretendes quemar el castillo entero? —dijo Sidonie, asustada.

—Si es necesario, y hasta la comarca entera. ¡Te había prevenido, Jacques de Sassenage!

—¿Prevenirme de qué? ¿De vuestros infectos modales? ¿De vuestros maleficios? ¿De vuestros sortilegios? ¡No era necesario recordármelos, los recuerdo muy bien, gracias! —dijo él, furibundo, mientras apagaba el conato de incendio con el agua de

una jarra que había sobre una mesita.

Acto seguido, y aunque estaba dolorido por las contusiones, se plantó ante ella, con los brazos en jarras.

—¿Vais a decirme qué justifica que convirtáis mi habitación en una hoguera? Por lo que recuerdo, ¡vuestras órdenes se han cumplido!

Marthe se pellizcó la nariz y le miró fijamente a los ojos para sondear su alma.

—¡Como si no lo supierais!

Pero dicho esto, retrocedió sorprendida. Jacques de Sassenage ignoraba dónde se hallaba Jeanne.

—No lo sabéis.

Jacques se cruzó de brazos, frunció el ceño y sacó pecho.

—Lo sé, no lo sé... ¿Qué os molesta tanto como para tratarme de esta manera?

Marthe los miró a ambos de arriba abajo.

—Era un cambio de humor y tenía que desahogarme —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta.

Jacques la cogió del brazo, con una mirada tan terrible y recelosa como ella misma.

—Un momento. No le habrá sucedido nada a Jeanne, ¿verdad?

—Nada. Como os dije, se halla en un lugar seguro. Lo que no es vuestro caso pues así lo he decidido. Volved a la cama.

Se soltó con un movimiento del hombro.

—Y ni se os ocurra volver a tocarme —amenazó ella separando cada sílaba como si lanzara un puñal.

En cuanto hubo franqueado la puerta, la antorcha y las cenizas volvieron a quedar tan frías como antes de su irrupción.

Jacques volvió a acostarse e instintivamente Sidonie se acurrucó contra él.

—Loca, se está volviendo loca —se lamentó ella.

—Chitón... ya ha pasado —susurró él acariciándole el cabello, con el alma en paz.

Al día siguiente confirmaría a Algonde que sus consejos habían dado resultado.

«Al contrario que yo, Marthe no puede leer espontáneamente en la mente de la gente —le explicó ésta a solas—. Es un acto mágico completo que le exige la plena sumisión de la víctima y un contacto físico. Hasta ahora eso era sencillo para ella, pues el miedo que despierta creaba por sí mismo una situación de vulnerabilidad. Pero algunas cosas bastan para impedir su introspección. En primer lugar, el sueño, sobrecargado de ensoñaciones para que le sea difícil distinguir lo verdadero de lo falso. La cólera, igualmente, pues crea un campo de fuerza que le impide acceder. Y por fin la inquietud por un ser querido. No importa que Aymar de Grolée libere a Jeanne mientras vos, señor barón, ignoréis dónde se halla. Mientras vos os inquietéis por ella, mientras consideréis a Marthe responsable de su situación, crearéis una barrera ante la verdad».

Jacques de Sassenage acababa de verificarlo. Marthe se había dejado engañar, y ello probaba que su omnipotencia podía ser vencida. Suspiró aliviado. Su viejo amigo lo había logrado y ya no tenía duda de ello.

—¿Qué será de nosotros? —Tembló Sidonie, que no sabía nada de aquel plan y seguía creyendo que nada podría salvarlos.

—Lo que ella quiera. De momento, solamente.

Él le alzó el mentón.

—Te hice una promesa: arrancarte de sus garras. Llegará día, y ya está muy próximo, en que podré cumplirla.

Sidonie se apartó para verlo mejor. Su rostro sereno la reía de inmediato.

—Tienes algo que ver con esa cólera repentina, ¿no es así? Jacques se echó a reír.

—No, en absoluto, pero a la vista de su reacción se me ocurre una idea de qué ha podido provocarla.

—¿Y qué es eso que te alegra así cuando deberías estar temblando? —preguntó ella, inquieta.

—Jeanne se le ha escapado.

Sidonie sintió que su corazón se henchía de alegría para, súbitamente, encogerse de nuevo.

—Si tal es el caso, hay que temer lo peor; Jacques. Marthe la matará en cuanto la encuentre.

—Aún no lo ha hecho, querida. No, aún no la ha encontrado —afirmó él, alegre, y se tumbó sobre ella.

—Jacques... —se defendió Sidonie.

No la había tocado desde que descubrió la verdad acerca de su mujer, satisfaciéndose con las sirvientas la mayor parte del tiempo, aunque por las noches durmiera a su lado. Y la verdad era que aquella situación le molestaba cada vez más. El recuerdo de Jeanne le perseguía cruelmente. Pero con el paso de los años había aprendido a amar a Sidonie y aún la amaba. Y, a su pesar, la deseaba.

—No está... bien... —lo rechazó Sidonie volviendo la cabeza. La boca de Jacques se posó sobre la curva de su cuello.

—El bien, el mal, el amor, el odio... hoy no son más que uno, Sidonie. Nos necesitamos el uno al otro.

Unas lágrimas brotaron en los ojos de ella y los cerró.

—No puedo, Jacques. Sentiría que la traiciono. Y eso es lo que harías.

—¿Has dejado de amarme?

—No, sabes que no.

Él le acarició el contorno de su rostro, y la rozó con sus labios.

Te echo de menos, Sidonie. Tu piel, tu aliento. Esas noches que no son tales me hacen arder por la mañana. Ya no me basta la ternura cuando hemos compartido tantas cosas.

—Debes pensar en ella. Y ya no en mí —objetó ella contra lo le decía el corazón,

contra lo que su cuerpo le gritaba.

Jacques se tumbó de lado suspirando.

—Pienso en ella. Cada día. Y ése es mi dilema.

Él le cogió la mano y la besó. Temblaba.

—Espero su retorno igual que lo temo. A veces tengo la impresión de que fue ayer que la llevaba del brazo, y a veces es a la inversa. Su ausencia tiene un perfume de eternidad. El anuncio de su muerte consumió tanto mi sufrimiento que me consumí a mí mismo. Tú me reconstruiste, tú remendaste los hilos de mi vida, volviste a darle sentido. Tú no has ocupado su lugar, Sidonie, tú te has ganado el tuyo.

Ella tragó saliva, turbada.

—Sin embargo, aún la amas. Lo leí en tus ojos en la abadía. Aún la amas, Jacques. Como antes.

No respondió. La angustia lo había reconcomido ante la idea de que Marthe pudiera tocarle un solo cabello a Jeanne, ante la idea de perderla de nuevo, eso era verdad. Pero no conseguía imaginarla entre sus brazos, cuando tanto necesitaba sentir entre ellos a Sidonie.

—Tal vez las cosas ya no sean como deberían —murmuró para sus adentros.

Una corriente de felicidad inundó el corazón de Sidonie, árido desde hacía muchas semanas.

Sin embargo, evitó alegrarse. Jeanne de Commiers merecía la felicidad que Marthe le había robado.

Sidonie haría lo que había decidido. Desaparecer. Y para convencerse de ello, resueltamente, se volvió hacia el otro lado.

Marthe recorrió los subterráneos de un extremo a otro sin hallar rastro de su cautiva. Tuvo que reconocer la inteligencia de Jeanne de Commiers. No sólo había logrado liberarse de las ataduras, fabricar una antorcha con las cosas viejas que había en la estancia y encenderla, sino que, sobre todo, había apilado todos los objetos inflamables para llenar de humo las tres galerías principales y ocultar así su olor.

Acabó por salir al aire libre, con la garganta ardiendo furiosa. A pie, sin ayuda y en el estado en que se hallaba, Jeanne no había podido ir muy lejos. Pronto le daría alcance.

Marthe recorrió el campo durante toda la noche y al alba tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia de que su prisionera se había volatilizado.

Esa vez no había duda. Alguien la había ayudado.

Si no era Jacques de Sassenage, ¿quién podía tener interés en ayudarla?

«Presina —pensó Marthe—. Sólo puedes haber sido tú, madre Sí, sólo tú puedes osar desafiarme».

Apretó los puños de rabia y aulló a la luna.

Sintió en su boca la necesidad de sangre fresca. Garriendo por los senderos como

un animal, se lanzó en busca de una virgen a la que pudiera masacrar.

Capítulo 25

Por voluntad propia.

Ésa era la condición que Hugues de Luirieux había exigido para decidir la suerte de Enguerrand. Por ello Munia se metía cada noche en su cama, sin placer, sin culpabilidad. Un cuerpo sin alma que se ofrecía, se doblegaba a las fantasías de su torturador. A la violencia sucedían las caricias, y a las caricias la ternura.

Ella no hablaba. No pensaba. No respiraba.

Aguardaba. Como una ramera. Para salvar al hombre al que amaba.

Por la mañana, volvía a la proa del barco, inspiraba el aire de mar abierto y hacía oídos sordos a los comentarios indecorosos de los marineros. Se quedaba así, mirando al frente durante el día entero. Desgarrada por la inquietud, por las dudas.

¿Dónde lo tenían encerrado? ¿En la cala? ¿En el comedor de la tripulación? ¿En qué estado se hallaba? Lo dejó inanimado, moribundo. Era muy poco probable que hubiera podido sobrevivir a un viaje en camello. Y, si no fuera así, ¿el balanceo del barco no lo remataría? En cuanto aparecía una franja de nubes sobre el azur del cielo y el mar se agitaba, ella se moría de angustia.

—Quiero verlo —exigió a la mañana del segundo día de travesía.

—No —le respondió sobriamente Luirieux mientras se vestía al pie del jergón que tenían a su disposición en el pañol, tras una hilera de toneles de agua potable.

—¿Por qué...?

Se abrochó el cinturón sobre los calzones sin responder. Con los senos y el vientre desnudos, ella se arrodilló sobre la manta. E insistió.

—Has tenido lo que querías... Y lo tendrás hasta saciarte. Pero déjame verlo. Sólo verlo.

Él contempló la silueta de ella barrida por la luz danzante de un farol, su cabellera negra, abundante, que caía en cascada hasta sus riñones marcados por los latigazos. Su mirada, primero golosa, se volvió dolorosa y luego de nuevo cruel.

—Te he suavizado el castigo, Munia, pero no te he absuelto.

—¿Qué prueba que no me mientes? —se indignó ella.

Los ojos oscuros de Luirieux se achicaron. Un rictus amargo se dibujó en la comisura de sus labios.

—Nada. Nada lo prueba. Pero eso deberá bastarte.

Y para asegurarse de que no huiría para registrar el barco en cuanto él se durmiera, la noche siguiente, tras gozar de ella, le ató las muñecas.

Aquella tarde del 17 de julio de 1484 se avistaba la costa en el horizonte. Al día siguiente, a la misma hora, desembarcarían. Munia ya había comprendido que no averiguaría nada más. Hugues de Luirieux podía vanagloriarse. Si los golpes y las humillaciones le eran indiferentes, la duda que había sembrado en ella la había demolido. Abandonar aquel barco sin ni siquiera haber podido comprobar que

Enguerrand se hallaba allí prisionero sería un desgarró que la mataría. Se tambaleó. No podía ser. No debía abdicar. Su pubis golpeó contra el casco y le recordó la promesa que llevaba en su interior. Al menos aquel niño impediría que tuviera que sufrir el de otro. Debía aferrarse a él.

—¡Pielas azules a babor! —gritó súbitamente uno de los piratas, encaramado al mástil, como había gritado «¡Tierra!» unos minutos antes.

Los marineros comenzaron a gritar, apostrofándose unos a otros. Munia volvió la cabeza. A la velocidad del rayo, se habían precipitado para tirar de la red de arrastre, mientras otros se armaban de ballestas. Como estos últimos, Munia oteó las olas ensombrecidas por el sol poniente. Acabó por aperebirlas. Tres enormes aletas que surcaban la superficie.

Sobre ellas cayó una lluvia de flechas que se hundían en el agua.

¿Por qué los tiburones atacaban el barco?, se sorprendió Munia. Por lo general, sólo la sangre los atraía. Abandonó su puesto y bordeó la crujía. Manteniéndose al margen para no molestar, vio unos peces sobre el puente que coleaban sobre un charco de agua salada. La mayoría estaban despedazados.

Seis marinos que tiraban de la pesada red pidieron ayuda. Visiblemente, una de sus capturas había provocado aquella carnicería y atraído a los pieles azules. El agua burbujeó con mayor violencia aún contra el casco, y una de las aletas, alcanzada por una flecha, se hundió bajo la superficie. En una fracción de segundo, los otros dos tiburones lo atacaron. Si Munia se horrorizó ante la violencia de la lucha, los marinos aprovecharon para acelerar la cadencia, con los pies firmes y los músculos tensos por el esfuerzo. La red pesaba mucho. Los peces seguían cayendo de la misma a medida que la subían. Al igual que el sol que se ponía, el agua se aureolaba de púrpura. El tiburón herido se debatía en su último aliento contra los suyos, mientras a su alrededor seguían lloviendo flechas.

—¡Una morena! —exclamó uno de los hombres a voz en grito al ver el fondo de la red. Dudaron unos instantes. Había que remontarla o perderían la pieza.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó uno de los piratas aferrándose con más fuerza a la red.

Eso decidió a los demás. Unos minutos más de combate contra la bestia voraz y gigantesca que se agitaba, prisionera de la red, antes de caer ruidosamente sobre el puente, y hacer que todos retrocedieran ante su amenaza.

En aquel movimiento, Munia topo contra Luirieux, quien hasta hacía un momento estaba encaramado en el castillo de popa. El capitán, que seguía allí, dio las órdenes.

En cuestión de segundos se organizó una arrebatiña. La morena osciló sobre el agua residual, tratando de buscar refugio en lugar de atacar. Las primeras flechas la clavaron contra el suelo. Uno de los piratas, el más sanguinario de todos, al que Munia pudo ver en acción durante el abordaje de un mercante, se puso a horcajadas sobre el pez y alzó su sable. En el instante en que le cortó la cabeza, Munia volvió la suya contra el jubón de Luirieux, que la sostenía por los hombros.

—Ven —le dijo—, esta pequeña distracción me ha abierto el apetito.

Munia se estremeció.

La última vez. La última noche.

Luirieux no le ahorraría nada.

Como aquellos peces privados de aire que agonizaban lentamente, se resignó y lo siguió al pañol.

Ya hacía diez días que Aymar y Jeanne, escoltados por Barbe habían abandonado el bosque de Coulmes. Los tres habían cruzado llanos, ríos y bosques antes de alcanzar las primeras cimas. Allí, tuvieron que bordear barrancos escarpados, seguir profundas cañadas, ascender una cresta, luego otra y otra más aún, para descender cada vez a valles encantadores floridos de rododendros y orquídeas vainilla. Se deleitaron en la pureza de los manantiales, se bañaron en una pequeña cascada o se refrescaron con el agua de un torrente.

El primer guía que hallaron los condujo a un pueblo encaramado en una colina. Allí pasaron la noche, calurosamente acogidos por los habitantes. Al día siguiente, otro tomó el relevo para guiarlos. Cada noche se repetía el mismo ritual. Sólo aquellos hombres nacidos entre las rocas conocían los senderos que había que seguir sin riesgo, las tormentas que amenazaban o las plantas que podían cocinarse. Estaban orgullosos de aquella responsabilidad, así como de poder compartirla.

Poco a poco, Jeanne y Aymar relajaron su vigilancia, disfrutando de los suntuosos paisajes que aparecían ante ellos, de los perfumes de las hierbas y de la menta salvaje que el calor del verano revigorizaba. Señalando con el dedo, su guía les indicaba un rebaño de ovejas que floreaba de manchas blancas la ladera de una montaña, y más lejos eran vacas, gamuzas o más en lo alto cabras montesas que descendían como una cascada entre las rocas.

Jeanne disfrutaba de la vida. Recobraba el gusto por la libertad. En cuanto estuvo recuperada, Aymar le consiguió un caballo para que pudiera avanzar a su ritmo. Así lo aconsejaba el decoro, pero uno y otro, sin decírselo, añoraban aquellos primeros días de promiscuidad.

Durante los altos en el camino, solos los dos, hablaban largo y tendido. Jeanne quería saberlo todo acerca de sus hijos, de Jacques, de Sidonie. Aymar le explicaba aquellos seis años durante los cuales la vida en La Bâtie se había reorganizado sin ella. Tristeza y pequeñas alegrías se apoderaban de ella día tras día a medida que se reapropiaba la historia de los suyos. Descubrir que sus hijas habían sido educadas en Saint-Just, justo debajo de su ventana, sin que fuera consciente de ello, le causó una honda conmoción, al igual que se alegró de saber lo mucho que sor Albrante las había mimado. Oír hablar de Philippine le evocaba a Marthe, la cruel muerte de la religiosa, sus visiones de antaño. Entonces volvía el dolor y sus ojos grises se llenaban de lágrimas. Olvidando sus resoluciones, Aymar se aproximaba a ella, la apoyaba contra su hombro y la mecía con ternura.

—Todo se arreglará —afirmaba él, con el corazón latiendo aceleradamente.

Poco a poco, Jeanne acabó por creerlo. Por recuperar la fe en lo que ella era. Sin pudor; ella le explicó a su vez sus visiones, la certeza de que llegado el momento podría engañar a la harpía, sólo conservando en secreto el medio improbable que había visto en sueños.

Aymar era feliz. Por verla con la confianza recobrada, por la risa que dibujaba unas arrugas precoces y la hacía aún más bella. Aún más deseable. No habían vuelto a hablar del beso que se dieron en la gruta. Jacques de Sassenage estaba entre ellos, pero veía que Jeanne ya no lo miraba como antes y, sobre todo, que halaba la vista rápidamente en cuanto él la miraba.

Le había explicado sus intenciones. Casarse con Philippine para protegerla si el príncipe Cem no podía hacerlo.

—¿La amáis? —preguntó Jeanne.

—Sabéis bien que no —respondió él.

Ella se sonrojó y sonrió ligeramente. También él. ¿Por qué habría que decir más? Él no le había ocultado sus sentimientos años antes... antes de que se casara con Jacques. Lo que antaño había sido imposible tampoco era posible en aquel momento. El día de mañana, cuando recuperara su puesto y su rango, Jeanne volvería a marcar distancias. Por ello, disfrutaba de su presencia como de un regalo, negándose a aceptar que el tiempo transcurría y que se acercaban al Piamonte.

Aquel 17 de julio de 1484, Aymar de Grolée descabalgó frente a una casa baja que a la entrada del pueblo le habían indicado que pertenecía al burgomaestre. Sin titubear golpeó la aldaba. Tras él, en la calle y ante la mirada intrigada de los habitantes, Barbe ayudaba a Jeanne de Commiers a descabalgar.

Una mujer bajita y rechoncha con aspecto de criada fue a abrirles al cabo de unos minutos. Aymar se inclinó ante ella a guisa de saludo.

—Soy el señor de Bressieux, ¿tendríais la amabilidad de anunciarme a vuestro señor?

Divertida, inclinó la cabeza para echar un vistazo a sus acompañantes y se apartó para dejarle pasar.

—Si tiene la bondad de esperar un momento... —dijo, y enfiló un pequeño pasillo.

Aunque modesta en sus dimensiones, la vivienda del burgomaestre era coqueta, propia de alguien de categoría. Aymar siguió de reojo los pasos de Jeanne ante la escalera de entrada. Disfrazada de hombre con su camisa ancha, su jubón, sus calzones y sus botas, tenía aspecto de hidalgo rural, que una mirada más observadora hubiera desmentido al constatar el volumen de su pecho. Estirando los brazos con molinetes de los hombros frente a un parterre de margaritas, respondía amablemente a las preguntas de los chiquillos que, menos distantes que los mayores, habían seguido a sus caballos en cuanto cruzaron el vado.

—Sed bienvenido bajo mi techo, señor...

Aymar de Grolée apartó la mirada de la ventana. De unos cuarenta años, el hombre que avanzaba hacia él era muy bajito. Comparado con Aymar, parecía un enano. Su calvicie resaltaba la picardía de sus ojos oscuros y la curiosidad de sus orejas ligeramente puntiagudas. Sus ropas de buena confección eran sobrias, la sonrisa franca, y le tendió la mano. A Aymar de Grolée le pareció simpático instantáneamente.

—Me dirijo al castillo de Revel, a casa de mi amigo el marqués de Saluces —dijo estrechándole apenas los dedos infantiles en su palma maciza, preocupado por no machacárselos.

A cambio recibió un sincero apretón de manos.

—Y con la noche que se avecina, teméis a los lobos en el camino —comprendió de inmediato el burgomaestre.

Aymar de Grolée asintió.

—¿Estamos lejos?

—Acabáis de entrar en sus tierras, pero Revel aún está a un día de camino. Fiona me ha dicho que os acompañaba una dama...

A vos os cabe decidir cuántas habitaciones necesitáis.

Aymar se sorprendió ante tal perspicacia.

—¡Pardiez, señor, vuestra sirvienta tiene buen ojo! Y vos sois muy generoso.

El burgomaestre se echó a reír, volviéndose hacia la damita que, tan jovial de aspecto como él, regresaba frotándose las manos en el delantal.

—Ven aquí, Fiona, que te presentaré a nuestro invitado.

Antes incluso de que Aymar de Grolée hubiera comprendido que había metido la pata, el anfitrión la tomó de la mano y declaró, con orgullo en su voz:

—No hay sirvienta alguna, sino un tesoro delicadamente guardado. Mi esposa, mi dulce miel, señor.

Con la mano en el corazón, Aymar de Grolée se inclinó avergonzado ante ella.

—Disculpadme, doña Fiona.

—¿Y por qué habrías de disculparos? Si deseara que me trataran como a una princesa me vestiría como tal, pero mis confituras no tendrían el sabor que el pueblo entero les reconoce. Id a buscar a vuestra dama. He puesto agua a calentar para que pueda darse un baño. A tenor de su aspecto, apuesto a que estará encantada de poder bañarse.

Definitivamente conquistado por aquella pareja, unos instantes después Aymar les presentó a Jeanne y a Barbe. Fiona afirmó estar encantada de poder ofrecerles su hospitalidad. En cuanto a su esposo, casi se inclinó hasta el suelo en su reverencia. Cuando se incorporó, sus ojos centelleaban.

—Al nacer, me llamaron Gran Pierre, doña Jeanne. Un error, como podéis comprobar, que los habitantes del lugar, a pesar de mis funciones, tuvieron a bien rectificar. Mientras os halléis bajo mi techo, llamadme por favor Canijo como hacen mis amigos.

Igualmente encantada ante aquellas personas que hablaban con el acento del Piamonte, Jeanne de Commiers se lo concedió de inmediato antes de suspirar aliviada al entrar en la hermosa habitación que olía a flores secas que le habían reservado.

Cuando reapareció para la cena, fresca y descansada como no lo había estado desde hacía tiempo, Aymar y Canijo discutían animada y alegremente, confortablemente instalados en la cocina perfumada por un caldero de confitura de arándanos y otro de sopa de tocino. La copa de licor que Aymar se disponía a beber se le quedó al borde de los labios ante el carisma de Jeanne. Había cambiado su disfraz por uno de los vestidos que dos días antes había comprado para aparecer vestida dignamente en casa del marqués, y con el cabello recogido en una trenza que caía sobre el ligero escote, estaba tan radiante como en el pasado.

—Doña Jeanne, vuestra belleza es un obsequio para esta casa —exclamó el burgomaestre, robándole el cumplido.

—Quería honrarla, señor Canijo, para daros las gracias.

Aymar de Grolée bebió su licor. Sus miradas se cruzaron y se turbaron. Las apartaron de inmediato, pero no lo suficiente para escapar a la vigilancia de sus anfitriones.

—¿Tenéis hambre, doña Jeanne? —preguntó Fiona, que se hallaba frente al fuego revolviendo la confitura.

—Si os he de ser sincera, tengo mucho hambre —confesó en el momento en que Barbe entraba por una pequeña puerta lateral.

—Los caballos ya están cepillados, señor —anunció el coloso frotándose las manos, olisqueando con la nariz bien erguida la sopa que hervía y los arándanos que gorgoteaban.

Fiona hinchó su torso enclenque.

—Papá —dijo ella volviéndose hacia su esposo—, llévate a sus señorías para que pueda acabar de cocinar.

Jeanne se interpuso. La dulzura de aquel hogar le reconfortaba el alma con su sencillez.

—Permitidme que os ayude. No soy muy buena cocinera, pero...

Fiona meneó la cabeza.

—¿Acaso queréis mancharos? ¡Dios me libre! Pero si os apetece compañía de gentes sencillas, pardiez, será un honor —añadió ante su aparente incomodidad.

En cuanto su esposo se hubo marchado con Aymar de Grolée y Barbe, se hallaron solas ante los fogones. Fiona abrió un arcón y de él sacó una pila de platos. No dudó ni un segundo y se los entregó a Jeanne. A todas luces, aquellos nobles eran muy diferentes de los que conocía. Y Fiona no tenía igual para apaciguar el corazón de quien sufriera.

El rostro de Jeanne se iluminó mientras sostenía la pila de platos de la esposa del burgomaestre. Ambas se pusieron a trabajar, una disponiendo los platos y la otra en la

cocina, en silencio. Unos minutos. Luego, al no poder soportar más aquel mutismo, Fiona se volvió hacia Jeanne.

—Si queréis, podéis explicármelo. Las gentes de pocos recursos no tenemos la malicia de los ricos para regodearnos en la desgracia. Y sobre todo sabemos guardar un secreto...

Jeanne la miró fijamente. Allí se sentía bien. Se instaló en el banco, frente a uno de los platos. Al día siguiente el viaje llegaría a su término. Había creído que al abandonar el subterráneo se liberaría, y aquella noche sentía el corazón en un puño, a pesar de la bella sorpresa de aquel albergue.

Su rostro debió de delatarla puesto que, abandonando espontáneamente sus marmitas y con decoro, Fiona le pasó su brazo corto por encima de los hombros.

—No digáis nada. Creo haberlo adivinado —dijo ella a media voz.

—Lo dudo...

Fiona suspiró.

—Los corazones laten de igual manera, doña Jeanne, sea cual sea el lugar donde nacemos. Lo he visto en cuanto habéis entrado los dos. No es vuestro esposo, pero os amáis...

Jeanne quiso negarlo, pero fue incapaz y se fustigó por ello. Era incomprendible, imposible. Había echado tanto de menos a Jacques.

—Jamás imaginé que pudiera suceder —dijo con voz apagada. Contra lo que cabía esperar; y fueran cuales fuesen las razones, tenía que reconocerlo.

Se había enamorado de Aymar de Grolée.

Munia despertó sobresaltada. Alguien sacudía enérgicamente a Hugues de Luirieux, que dormía a su lado en el jergón. Volviéndose en el instante en que su verdugo abría un ojo, reconoció a uno de sus hombres, inclinado sobre él.

—¿Hemos llegado a puerto? —se sorprendió Luirieux incorporándose.

Munia apoyó de nuevo la oreja sobre su brazo doblado, toba agotada, tenía todo el cuerpo dolorido, y sólo deseaba volver a dormir hasta el momento de desembarcar.

—Se nos ha escapado —dijo el hombre bajando la voz. Instantáneamente, Munia se puso tensa bajo la manta, en alerta. Luirieux se alzó de la cama de un salto.

—¿Cómo? ¿Se ha escapado?

—Ha saltado al agua.

El corazón de Munia latió aceleradamente en su pecho. ¿A qué distancia estamos de la costa?

—A unas tres millas por lo menos.

Hubo un silencio.

—En su estado, no llegará a la costa —dijo Luirieux con certeza.

—Y además estas aguas están infestadas de tiburones, como hemos podido comprobar.

Munia ahogó un grito en su garganta, antes de incorporarse, despavorida.

—Enguerrand... —murmuró, con un sollozo.

El hombre bajó la mirada y se dio la vuelta. Luirieux le dirigió a ella una mirada torva.

—No soy responsable de su estupidez —remachó con humor antes de ponerse los calzones.

Un instante después, ella se había quedado sola en la oscuridad, oscilando entre la duda y la esperanza, entre la consternación y la rebelión. Trastornada.

Hugues de Luirieux se acercó a la borda para reunirse con su compañero, que oteaba las olas negras con mirada vacía.

—¿He sido convincente? —preguntó este último.

—Lo necesario —afirmó Luirieux instalándose junto a él.

El hombre soltó una risita.

—No se recuperará de ésta.

—Mejor. Esa pécora ha recibido lo que se merecía.

—¿Y si sobrevivió, allí? —le preguntó.

Hugues de Luirieux se encogió de hombros.

—Apenas respiraba cuando lo dejamos. Y si un día se cruzara de nuevo en mi camino, le infligiría el mismo castigo que a ella. Le diría que está muerta...

—¿Y luego?

Hugues de Luirieux soltó una carcajada, satisfecho de su engaño para tener a Munia a su merced durante la travesía.

—Luego... lo mataría.

Capítulo 26

Sentía como si tuviera un puñado de lentejas en la boca. La lengua, pesada, le daba vueltas y más vueltas sin cesar con la esperanza de tragarlas sin conseguirlo. Tampoco lograba abrir los ojos, como si tuviera un peso sobre los párpados. En cuanto a su cuerpo, de pies a cabeza, se hundía tanto en la materia que parecía muerto. No sentía dolor, sólo cuando inspiraba. Entonces una flecha de fuego le atravesaba el pecho, por lo que por reflejo trataba de respirar la menor cantidad de aire posible.

No podía moverse y tampoco tenía memoria, atolondrado por las sustancias que le obligaban a beber a intervalos regulares. A veces, sin embargo, veía algunas imágenes, de sangre, de violencia, de un gigante momificado y mapas, muchos mapas en estuches cilíndricos de oro. También las imágenes de dos rostros, uno que ocultaba al otro, cuyos nombres algo le decían: Munia, Algonde. Ambos despertaban en él dulzura, ternura y luego sufrimiento hasta el extremo de apartarlos apresuradamente de su cabeza.

Aquel 18 de julio de 1484, la vida de Enguerrand de Sassenage pendía aún de un hilo en la antigua ciudad de Heliópolis. Una mujer lo velaba. Una mujercita de apenas catorce años, que no sabía nada de él, sólo que su padre y sus hermanos lo habían traído una noche del vecino palacio abandonado.

En el momento en que iban a lanzarlo, inconsciente, con w otros cadáveres despojados a un agujero cavado a toda Enguerrand pronunció tres veces el nombre de Osiris. Aquella pobre familia de *felahs* tuvo el buen corazón de salvarlo.

De todo eso, Enguerrand no sabía nada. Al igual que ignoraba que aquel mismo día Munia acababa de arrodillarse frente a Beyazid con la cabeza gacha, de nuevo indiferente a cuanto pudiera sucederle.

En el palacio de Topkapi, situado en la cima del serrallo, sentado sobre espesos cojines tapizados, dispuestos a su vez sobre una alfombra de seda que representaba la toma de Constantinopla por su difunto padre, el sultán Beyazid escuchaba con interés al señor de Luirieux, asintiendo a veces con la cabeza para señalar su satisfacción.

Sus espías ya hacía tiempo que le habían informado acerca de la traición de aquella mujer a su hermano Cem. Los partidarios de éste la buscaban desde hacía meses para castigarla. Él mismo había enviado a los suyos tras ella a cambio de una buena recompensa, convencido de que tal encarnizamiento era la prueba de que poseía información valiosa. Debía, pues, alegrarse por haberla recuperado finalmente, aunque tuviera que pagar una recompensa, una más, a aquellos perros francos. Para no lamentarlo, debía verificar que no pretendían engañarlo.

—Basta ya de palabrería —decidió bruscamente, poniéndose en pie con la agilidad de un felino.

La frase apenas pronunciada por Hugues de Luirieux murió en sus labios. Lo

sabía. Beyazid no había creído ni media palabra de lo que le había explicado. Todo estaría en manos de lo que Munia dijera. Aunque ésta ya hubiera comprendido su propio interés desde hacía tiempo, Luirieux desconfiaba de la joven, de su visible apatía desde que atracaron. Disimuló su inquietud mientras el sultán descendía ágilmente los cuatro peldaños de mármol rosa. Llegado a su altura, aún le sacaba una cabeza a Luirieux. Indiferente a la presencia de éste, Beyazid se plantó ante Munia.

—Ponte en pie, mujer —ordenó.

Munia obedeció. Si el niño que llevaba en su interior no hubiera gritado su deseo de vivir, habría muerto en la estela de Enguerrand, devorada por los tiburones. Y dado que había renunciado a ello, ¿para qué rebelarse?

Beyazid apartó con delicadeza el velo con el que le habían cubierto el rostro. Pintados, sus ojos como almendras parecían aún más grandes, de una profundidad dolorosa que daba al óvalo unos rasgos de una belleza de animal salvaje cautivo. Incluso la boca pintada de rojo evocaba la de un depredador.

«A pesar de su docilidad, esta mujer lleva en su seno el deseo de venganza», pensó Beyazid, inmediatamente seducido.

Cruzando las manos a su espalda, dio vueltas a su alrededor deteniéndose en el busto alto, la caída de la espalda bajo las diversas capas de velos con las que la habían vestido. Fino conocedor tuvo que reconocer el buen gusto de su hermano en cuestión de mujeres.

—Como podéis juzgar, ha sido bien tratada —prosiguió Hugues de Luirieux, aguijoneado por los celos a su pesar.

Con un gesto de su diestra de dedos cubiertos de pesados anillos de piedras preciosas, Beyazid le repitió de nuevo la orden de que callara.

—¿Eres quien pretende que eres? —preguntó a Munia deteniéndose frente a ella.

—Sí, poderoso sultán.

—¿Por qué traicionaste a mi hermano?

—Se negaba a tocarme —respondió mirándole fijamente a los ojos.

—¿Te ha tocado algún otro?

Vivir o morir. En esa ocasión también el hijo que portaba en su vientre eligió en su lugar.

—No, nadie aparte de mi esposo, el príncipe Cem. Para castigarme.

El sultán asintió satisfecho.

—Cuentan que un hombre te ayudó a huir de Rodas, el mismo que te salvó de los esbirros de mi hermano. ¿Es verdad?

—Sí —respondió ella sin pestañear.

Repetir lo que había dicho Luirieux. Nada más. En realidad no era mentir, simplemente escamotear algunos meses de felicidad. Sólo cerrar una tumba. Aquella tumba en la que su corazón se había enterrado.

—Murió a manos del señor de Luirieux cuando dio con nosotros, unos días más tarde.

Beyazid se volvió hacia el caballero.

—¿Por qué la has mantenido cautiva tanto tiempo si sabías que la quería?

—Para borrar su rastro, mi sultán. Philibert de Montoison, a quien como sabéis represento, no deseaba correr riesgo alguno. Si los hospitalarios hubieran averiguado que la reteníamos, habría sido descubierto y no hubiera podido seguir sirviéndoos en tierras de Francia.

El argumento era convincente pero el sultán no se dejó embaucar. Lo miró de arriba abajo con desprecio.

—¡Di mejor que se trataba de incrementar el rescate que yo había prometido! No confío en ese perro. Y tampoco en ti, por otra parte. ¿Qué prueba tengo de que no eres una vulgar ramera? —fustigó a su vez a Munia.

Sin titubear, alzando la cabeza ante el desafío, ella agarró sus velos y se los arrancó de golpe, mostrando al desnudo las finas cicatrices del látigo sobre su espalda.

—¿Se fustiga a las rameras antes de venderlas?

Luirieux se sobresaltó.

Beyazid se quedó mudo.

—Vosotros, apartad la mirada —dijo a voz en grito a su chambelán y al gran visir que se hallaban a unos pasos.

Satisfecha por el efecto causado, Munia volvió a cubrirse. Acababa de ocurrírsele una idea, una idea que podría ayudarla a vivir, mejor de lo que Luirieux esperaba. Volviéndose hacia él, acariciando la tela sobre sus muslos, se rió a carcajadas.

—La verdad, mi sultán, si vuestro hermano se casó conmigo no fue para aumentar su harén sino porque, instruida por mi padre, poseo secretos milenarios.

Luirieux palideció aún más. ¿Qué estaba inventando para vengarse? Al no poder intervenir sin aumentar el interés despertado apretó los puños, furibundo. Si, a causa de aquellos tejemanejes, Beyazid se negara a comprarla, había decidido que la estrangularía lentamente. De hecho, el sultán esbozaba una sonrisa. Se acercó a ella.

—¿Secretos milenarios? ¿Tú, una mujer?

—Sí, poderoso sultán.

Beyazid la abofeteó, y le cortó el labio inferior con sus anillos, Munia aguantó el golpe sin moverse.

Ante la reacción del sultán, Luirieux se precipitó.

—Ha perdido el juicio, mi sultán. Intentó escapar e hice que la azotaran para que se le pasaran las ganas de intentarlo de nuevo.

Beyazid sí dio crédito a esa explicación. Sin embargo, y a pesar de sus modales, aquella pécora le gustaba.

—Baja la vista —le ordenó.

Al contrario, Munia alzó aún más el mentón. Furioso al ver que lo retaban ante sus consejeros, la agarró del cuello y la alzó sobre las puntas de los pies.

—¿Vas a someterte, perra, o tendré que estrangularte para que te postres a mis

pies?

—Soy descendiente de faraón y no temo morir —sollozó ella con dignidad sin soltar la tela que la cubría.

Beyazid frunció el ceño mientras analizaba aquella mirada de determinación. Aquella mujer imponía. Más que muchos de sus guerreros. En aquel momento, supo que decía la verdad. Sin embargo, no podía dejarla impune.

Alargó el brazo y la proyectó con violencia a un lado. Munia dio de espaldas contra el suelo pero tuvo fuerzas para cubrirse y alzar de nuevo la cabeza, una vez más.

—Cada uno su turno, vuestro hermano, los hospitalarios... Sí, a cada uno su turno, me han torturado. Y no he dicho nada. En lugar de pegarme como ya han hecho ellos, ¡preguntaos porque acabo de hablar!

Desconcertado a la par por su fría seguridad y por la actitud de fastidio de Hugues de Luirieux, el sultán Beyazid permitió que se pusiera en pie.

—Iba camino de Estambul cuando esos hombres me captura ron. Conseguí convencerlos de que se habían equivocado. Todos. Para que me condujeran allí adonde quería ir —añadió ella.

Sonrió y bajó la mirada en señal de sumisión antes de alzarla de nuevo para fulminar a su verdugo con todo su odio.

—Pagadle, mi sultán. Valgo cien mil veces más de lo que le daréis por mí. Si había conseguido que dudara, ahora lo sabe.

Al ver el rostro desengañado de Luirieux, Beyazid se convenció. Con una señal de su cabeza, ordenó al gran visir que pagara lo que debía.

Incapaz de pronunciar palabra, él a quien tan difícil era hacerle callar, Hugues de Luirieux saludó al monarca y siguió a aquel hombre de vientre prominente. Munia tenía razón. A pesar de que aquel día hubiera obtenido lo que deseaba, una suma cuantiosa, su venganza había perdido todo su encanto. Acababa de sopesar lo que le costaba haber vendido a la única mujer a la que había amado.

En el castillo de Revel, Jeanne había recuperado desde hacía cuatro días su rango. Louis II de Saluces y su esposa Jeanne de Montferrat la acogieron afectuosamente, la abrazaron y la invitaron a entrar, presentándola a las gentes de su casa y sus amigos como una parienta lejana que iba allí a recuperarse de su reciente viudedad. Evidentemente, para ello la presentaron bajo el nombre falso de Adélaide d'Assincourt. Era una identidad completamente inventada y que presentaba la ventaja de que, al no conocerla nadie, evitaría las meteduras de pata.

Al abrigo seguro de aquel castillo cuyas altas torres dominaban el valle del Po, Jeanne hubiera debido sentirse feliz, pero de nuevo estaba atormentada.

Aquella noche, una vez todos acabaron de cenar alegremente y cuando ella dejó caer bajo la mesa un hueso para uno de los lebreles del marqués, Aymar anunció su decisión de partir, al alba.

—¿Tan pronto, señor? —exclamó ella antes de morderse el labio inferior ante las miradas que se habían vuelto hacia ella.

Louis II de Saluces, que conocía el afecto de Jeanne por su esposo y su gran piedad, no vio en ello más que la inquietud normal de un ser perturbado a raíz de lo que había vivido. A él mismo lo habían apenado las noticias.

—Seríamos felices de poder contar aún con vos, mi querido amigo —lo salvó, alzando la copa hacia su invitado.

—Podéis estar seguro de que me haría muy feliz si fuera posible, pero debo cumplir una promesa y debo hacerlo sin mayor dilación.

Jeanne bajó la vista hacia su tajadero. No ignoraba de qué se trataba y no podía oponerse a ello. Jacques debía de estar impaciente por confirmar que ella se hallaba en lugar seguro.

—Los hombres de honor son cada vez más raros en nuestros tiempos y estoy orgulloso de contar con vos entre mis amigos mi querido Aymar. ¡Que sea por ello esta última noche una hermosa fiesta que os reconforte el corazón mientras cabalguéis! ¡Escanciador! —llamó el marqués alzando su copa con el brazo extendido—, ¡servidnos ese hidromiel que guardo en la bodega para las grandes ocasiones!

Como todos, Jeanne brindó y cantó a invitación del señor de la casa que, en pie, presidiendo la mesa, había tomado en sus manos la viola de un juglar. La lengua piamontesa era bella, suave, redonda. Fresca y ligera como un buen vino. Jeanne aprendió la estrofa y luego el estribillo, y dio palmas al ritmo para disipar su tristeza, sin mirar de nuevo ni una sola vez a Aymar de Grolée.

Se hallaba sola en su habitación en lo alto de una de las torres. En esas tierras reinaba un calor bochornoso. Amenazaba tormenta. Y, sin embargo, en su alta cama temblaba. Con las mantas alzadas hasta sus rodillas dobladas, sentía su corazón en un puno pero sin derramar una lágrima. A pesar de su amabilidad y de sus deferencias, aquellas gentes que antaño habían sido su parentela se le antojaban extraños. Temía sentirse sola tras todo lo que había compartido con Aymar a lo largo de aquellos días cabalgando juntos. Sola entre tanta gente. Sola en la multitud. ¿No había abandonado una prisión por otra? ¿No sería mejor luchar que esconderse? Aquellas preguntas le removían el estómago.

Cuando llamaron a su puerta, discretamente, no tuvo valor para abandonar la cama y pronunció un mortecino «¡Adelante!», sin imaginar ni por asomo que quien abriría la puerta sería Aymar de Grolée.

Al hallarla en cama, permaneció a distancia. Allí, en aquel lugar, de nuevo debían vivir sometidos al imperio de las reglas de urbanidad y su complicidad de fugitivos ya no tenía razón de ser. Se inclinó, llevándose una mano al corazón.

—Disculpad mi tardía intrusión, doña Jeanne, pero os habéis levantado tan pronto

de la mesa que no podía ausentarme sin...

—Acercaos, amigo mío —lo interrumpió Jeanne tendiéndole una mano temblorosa.

Él, incomodado, avanzó dos pasos.

—He pensado que tal vez deseáis confiarme un mensaje para Jacques.

Jeanne suspiró.

—No me habéis dejado demasiado tiempo para pensar en ello. ¿No podéis retrasar vuestra marcha un día por lo menos? El tiempo de escribirlo...

—Los impulsos del corazón sólo llevan unos minutos...

Ella no lo pudo negar.

—Daos la vuelta.

Él se dirigió hacia la ventana abierta y contempló la noche con una mirada triste, atento al arrastrar de la tela a su espalda. Tras levantarse, Jeanne se dirigió al escritorio, al otro lado de la estancia. Oyó las bisagras y el cajón al deslizarse, la fricción del papel, el tintineo del capuchón del tintero al abrirlo y luego el rechinar de la pluma. Era bueno que escribiera... era bueno, para no confesarse que sólo había hallado ese pretexto para ir a saludarla. Unos rayos fulgurantes, aún silenciosos, rasgaban por momentos o techo de tinta. No había luna, ni una estrella, sólo aquellas flechas de luz en la noche ardiente. Y el viento que aullaba a ráfagas la lúgubre melopea de las piedras desyuntadas. Inspiró varias veces, con un nudo en la garganta por abandonar su tierra. La sola y única tierra de la que su alma se nutría desde hacía casi treinta años, Jeanne.

El sello aplastó el pergamino. Un puñado de segundos más habría acabado. Él se inclinaría, le desearía buenas noches y cruzaría la puerta. Era su deber. Lo había cumplido.

Los pasos menudos se aproximaron a él. Se volvió. Sólo el mentón. Decoro. Ella estaba en camisón.

Tomó el pliego que le tendía y se detuvo en sus rasgos a contraluz. Aureolado por la luz de la vela, el rostro de Jeanne parecía temblar como la propia llama mecida por el viento.

—Sólo unas palabras... Tengo tanto que explicar —se disculpó casi por no haber hallado las palabras que buscaba.

—Le hará feliz.

Banalidades. Se sentía estúpido. Estúpido, verdaderamente.

—¿Y vos, Aymar, seréis feliz? —murmuró ella con voz apenas audible.

Él tragó saliva.

—Vuestra felicidad siempre me ha satisfecho, bien lo sabéis.

—¿Y si ya no se hallara en esta carta? —aventuró ella, con el corazón latiéndole tan fuerte que parecía que iba a saltarle del pecho.

A él le dolió el suyo. De nuevo volvió la cabeza.

—Callad, os lo suplico... Es vuestro esposo... y mi amigo... —murmuró,

trastornado.

Una ráfaga de viento más fuerte le dio en la cara, hizo bailar la llama y la apagó. Se hallaron en completa oscuridad.

«Mantén las distancias», gritó la razón del señor de Bressieux «Apártate», suplicó la de Jeanne.

Ebrios de turbación, se rozaron.

—No debemos —murmuraron al unísono antes de arrojar en brazos uno del otro y de alimentar sus sufrimientos con un beso.

Al alba, lo sabían, todo habría acabado.

Philippine de Sassenage se retorció las manos desesperadamente recorriendo la estancia arriba y abajo. Situada en la primera planta de una de las torres del ala oeste, no lejos de los aposento de Cem, la pequeña capilla albergaba a san Francisco de Asís en su retablo. Sin cesar, a la luz de los cirios que había encendido, Philippine dirigía una mirada ansiosa a la escultura de madera policromada. Una plegaria silenciosa en pos de un milagro. Tres días. Sólo faltaban tres días para que el obispo de Grenoble, que ya se hallaba en el castillo, bendijera su unión con Philibert de Montoisson. Tres días para que ella perdiera a Cem para siempre. La autorización del gran maestro para permitir la conversión del príncipe a la religión católica no llegaría. Ya no cabía esperarlo. Y, aunque así fuera, sería demasiado tarde para anular su boda. Su vestido ya se había cosido, se habían almacenado las provisiones y los invitados ya habían empezado a llegar desde todos los rincones del Delfinado.

Conservar la esperanza hasta el último momento, le había dicho su padre. Lo intentaba, pero ya no era capaz de conseguirlo. Devorada por la angustia, ya sólo dormía muy de vez en cuando y brevemente, y picoteaba en lugar de comer. En una semana, había sido necesario retocar dos veces las costuras de su vestido debido a la rapidez con que adelgazaba.

Sin contar que Philibert nunca se separaba de ella, impidiendo cualquier contacto con Cem. Parecía que aquel siniestro individuo se oliera su relación y tratara de evitarla a cualquier precio. Philippine ya no sabía a qué Dios invocar. Aquella noche, al no soportarlo más, le había hecho llegar una nota a Cem por mediación de Algonde y Nasuh.

Libraos de la vigilancia de vuestros centinelas. Ayer era demasiado pronto, mañana será demasiado tarde.

Un resto de decoro la había llevado a elegir el asilo de una iglesia para aquel encuentro, previendo así cualquier peligro de caricia que los hubiera perdido. Sólo deseaba verlo, acurrucarse una vez más contra él, saborear la sal de sus labios, recuperar el olor de su piel y de las embriagadoras mezclas de especias en su cuello. Sólo eso. Nada más.

Había pensado mucho en ello desde que Algonde le explicara todo. La maldición de Presina a sus hijas, k profecía. Philippine no quería dar a luz un hijo velloso. No quería dar a luz un hijo que le arrancarían de entre sus brazos. No quería perder a Algonde ni a Cem. Y estimaba que el único medio de evitarlo era no caer en la tentación con el hombre al que amaba si no podía casarse con él. Dado que debía someterse a Philibert para salvar su madre, lo haría, pero no ofrecería nada más a Marthe. Nada más a aquel cerdo. Ya daría con algún veneno que administrarle para librarse de él. En ésas estaba, pensando en sus resoluciones como si fueran su último refugio, cuando la puerta de la pequeña capilla rechinó sobre sus goznes. Su corazón se desbocó.

Acto seguido, Cem apareció en la puerta y ella corrió a lanzarse en sus brazos.

—Es una locura —susurró cubriendo su cabellera de pequeños besos—. Es una locura, mi amor... mi luz... alba de mis noches...

Ella se apartó sólo para poder mirarlo a los ojos, iluminados por una felicidad brillante como las estrellas.

—No podía más, Cem. No podía más...

Él no permitió que se excusara. Tampoco él vivía desde hacía días. La espera lo consumía. Y también la angustia. Besó sus labios con el ímpetu de un purasangre ávido de prados por descubrir; de montes por escalar. Basta de lenguaje florido, de banalidades convenidas, de falsas apariencias. Ya no tenían tiempo para ello.

—Os quiero tanto —murmuró ella retomando aliento entre dos besos fogosos.

—Yo también os amo, Hélène, mi vida, alma mía.

Se aferraron uno al otro con la fuerza de los náufragos, largamente, ferozmente, sin decir más palabras, conscientes de que aquéllas contenían la esencia misma de todas las demás. Impronunciables.

Y Cem la apartó, delicadamente, desgarrado por deber hacerlo tan pronto.

—No puedo quedarme más sin comprometeros. He sobornado a los centinelas pero no puedo arriesgarme a que me vendan también a su señor.

Ella lo abrazó con fuerza, con los ojos llenos de lágrimas.

—No os marchéis. No, aún no. Es tan poco. Tan poco, Cem.

Volvió a abrazarla y acarició sus cabellos alisados a un lado, extravió sus labios en su perfume de rosa y buscó el hueco de la oreja.

—Es necesario, Hélène. Mantened la confianza, os lo ruego. Sólo os abandono para reunirme de nuevo con vos.

Ella se apartó, trastornada.

—¿Cuándo? Dentro de tres días estaré casada.

Él movió la cabeza. Susurró, mirándola fijamente a los ojos, ardientes por el reflejo de los cirios.

—No puedo deciros nada. Aún no. Todo irá bien, os lo prometo.

Se apartó y retrocedió hasta la puerta manteniéndola alejada de él con la fuerza de sus brazos extendidos. Soltó sus muñecas para abrir el pestillo y huyó a través de la

oscuridad del pasillo como el hombre perseguido que era.

Philippine se sintió desfallecer. Titubeando, llegó hasta el altar y se arrodilló, con las manos juntas y las mejillas cubiertas de lágrimas y se puso a rezar.

Tres días.

Rezó con toda su piedad.

Capítulo 27

Aquél 25 de julio del año de gracia de 1484, el sereno pasó bajo la ventana abierta de la habitación de Philippine, con su farol en la mano y su voz monocorde.

—¡Dormid, gentes de paz y de orden, dormid con la mente despierta! —Y se alejó a paso lento.

Sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, con grandes ojeras, Philippine sabía que aquella noche, al igual que las precedentes, tampoco podría dormir. Se había terminado. Sus esperanzas mantenidas a fuerza de plegarias se habían esfumado. Todo estaba dispuesto para la boda. No quedaba un solo rincón del castillo donde no hubiera gente a la que su padre hubiera alojado. La mesa del banquete estaba dispuesta para más de seiscientos invitados. Sin duda los marmitones aún trabajarían toda la noche, al igual que los paneteros, pero nadie lo vería. Los artistas que animarían la celebración se habían instalado en la gran sala de fiestas. A buen seguro ya dormían, tumbados en el suelo sobre mantas, para entretenerlos al día siguiente.

Colgado de los hombros de una percha de madera, cerca de su cama, el vestido escarlata de la novia resplandecía a la luz de las velas con el brillo de la pedrería encastada en los bordados. Philippine consintió la última prueba después de la cena.

Desde entonces estaba sola. Algonde había acompañado a costurera y no había regresado a pesar de haberla llamado con la campanilla. Si la pequeña Elora no hubiera estado en la cuna en su habitación al cuidado del ama de cría, Philippine habría creído que Algonde la había abandonado. Sin embargo, su ausencia la intranquilizaba. De hecho, todo le provocaba inquietud.

Era presa de la angustia y debía contenerse para no lanzarse sobre el vestido de novia y desgarrarlo. Lo único que la retenía era el temor de las represalias que su madre pudiera sufrir.

Estaba agotada. Su padre, a quien había ido a darle un beso al caer la noche, la conminó a reposar.

—Mañana todo irá mejor, créeme —le afirmó dándole unas palmaditas en la mejilla.

—Me prometiste... —comenzó ella.

Con una severa mirada hizo que su hija callara.

—Y siempre cumplo mis promesas. Ve, hija mía, con la frente alta y una sonrisa en los labios. No tengo otro consejo que darte.

Y dicho esto se despidió. ¿Acaso se burlaba de ella? Si no lo conociera tan bien, lo habría pensado. ¿Qué estaba pasando? ¿Pretendía engañar a Marthe con aquellos preparativos? ¿Acaso tenía alguna baza oculta que mostraría ante las narices del obispo? En verdad, ya no sabía qué pensar, a quién creer ni a qué santo encomendarse. Sólo veía una cosa. El péndulo desgranaba las horas y su tictac junto a ella la helaba.

Se le hizo un nudo en la garganta. Hubiera deseado expulsarlo con un torrente de lágrimas, pero no sucedió nada de eso sino que llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, aclarando la voz.

—Philibert. ¿Puedo entrar?

Le dieron náuseas y tuvo que agarrarse al montante de la cama para controlar el mareo.

—No, iros... Trae desgracia ver el vestido de la novia antes de la boda —dijo para desembarazarse de él.

Una carcajada le respondió desde detrás de la puerta maciza.

—Sea. No desearía provocarla. Únicamente quería desearos buenas noches y deciros cómo me alegro. Ya está, os dejo.

Un silencio. Unas toses.

—Otra cosa más, amiga mía. Para garantizar que durmáis bien, ordenado que haya un centinela ante vuestra puerta, espero que me lo agradezcáis.

Por toda respuesta, en un arranque de rebeldía, arrojó la palmatoria de su mesita contra la puerta. Se rompió al chocar contra ésta. Los pasos se alejaron. Estaba prisionera. Aquel ser era la maldad personificada. No tenía piedad. En absoluto. En ese momento los sollozos se apoderaron de ella. Nueve campanadas dio el reloj. Había pasado una hora más.

Aún pasaron otras tres. A través de la ventana se veía la noche negra. Enroscada sobre sí misma en su manta, Philippine se había mutilado tanto sus bellas uñas pintadas, royéndoselas, que las sábanas se habían manchado de sangre. Con las puntas de los dedos en carne viva, seguía sin embargo mordiéndoselas, como un animal atrapado en un lazo que, a pesar del dolor, se devorara una pata con la esperanza de liberarse.

Media hora después de medianoche, la puerta que comunicaba con la habitación de Algonde se abrió discretamente. Absorbida por su incurable dolor físico y moral, Philippine no oyó acercarse a su camarera. Se sobresaltó al sentir una mano sobre su hombro.

—Levántate —le ordenó Algonde.

—¿Es la hora? ¿Ya? —Se puso a temblar mordiéndose con más fuerza el dedo índice, segura de haber perdido la noción del tiempo. De haberlo perdido todo.

Algonde apartó las sábanas, le sacó los dedos de la boca y al descubrir la carnicería, se los besó.

—Perdona que te dejara consumirte así, pero no tenía elección. Vamos, en pie, tienes que vestirte. En silencio para no alertar al guardia al otro lado de la puerta.

Philippine obedeció por reflejo y con paso resignado se dirigía hacia su vestido de novia.

Algonde la retuvo por el codo, con una sonrisa en los labios.

—Mejor pruébate esto, es más apropiado.

Philippine frunció el ceño ante las ropas de lacayo que le tendían y al mismo tiempo se dio cuenta de que también Algonde vestía una librea de hombre. La incongruencia de la situación le llevó a pensar que estaba soñando. Algonde la asió de los hombros y le hizo ver que era real.

—No te casas, ¿no lo entiendes? —le susurró al oído.

Philippine la miró de hito en hito, boquiabierta.

—¿No?

—No. Pero tenemos que darnos prisa.

Philippine asintió con un gesto de la cabeza. Si se trataba de un sueño, ¿no podía haber otro mejor! Unos minutos más tarde, su espejo de pie le devolvió una imagen que no reconoció. Nada la distinguía de uno de los criados de la casa.

Se había serenado, tranquilizada por la tierna mirada de Algonde. Una mirada repleta de esperanzas. Lamentó haber dudado de los suyos pero dejó para más tarde excusas y reproches.

—¿Y el centinela? —preguntó.

Algonde se dirigió hacia la ventana abierta y miró hacia abajo.

—Por aquí está despejado.

Philippine sintió vértigo.

—No pensarás que yo...

—Cem ya lo ha hecho.

La objeción de Philippine se ahogó en sus labios. De repente lo entendía todo. Iban a huir los dos. Juntos. Aquella evidencia le insufló nuevas energías. Algonde se agachó bajo la cama y recuperó una cuerda que había ocultado allí durante el día. La ató sólidamente al bastidor y se encaramó a la ventana.

—Déjate deslizar a lo largo de la cuerda. Te espero abajo.

Philippine la miró descender y luego vio que le hacía una señal desde el suelo antes de ocultarse entre las sombras.

A su vez, se puso unos guantes para protegerse las manos, respiró profundamente, se agarró a la cuerda, pasó por encima del alféizar y cerró los ojos.

En cuanto sus pies tocaron la hierba, Algonde echó la cuerda hacia la pared.

—Deprisa —susurró llevándola de la mano.

Arrimadas contra la muralla, doblaron la esquina del edificio y echaron a correr para ponerse a cubierto bajo los árboles del parque.

Algonde la condujo sin detenerse hasta el antiguo palomar abandonado en el que ocultara el huevo negro. No lejos de allí había una poterna en la muralla exterior. Aquella pequeña puerta, habitualmente cerrada con dos travesaños para impedir el paso a los intrusos, estaba abierta cuando llegaron ante ella.

Una vez cruzada, Philippine se encontró con Nasuh ya a caballo y con Cem que piafaba de impaciencia, más incluso que los dos caballos que sostenía de la brida. Philippine los reconoció de inmediato: eran los que su padre y él compraron en Auberives-en-Royans. Se lanzó a los brazos de su amado.

—Luego —ordenó Algonde—. Debéis partir.

—¿Y tú? —Se espantó repentinamente Philippine alejándose de ella contra su voluntad.

—Sé dónde encontraros. Y él sabe adónde debe llevarte. No os retraséis más. Aunque yo pueda disimular este rastro, el señor de Montoisson no tardará en lanzarse tras vuestra pista.

Philippine le dio un beso en la mejilla antes de montan Un último saludo con la mano y se adentraron a caballo en la noche estrellada.

Algonde se cambió en el palomar y, tras recobrar su apariencia, se dirigió rápidamente a los edificios comunes del castillo que bullían de actividad. Bajo el cobertizo, Mathieu sudaba la gota gorda frente al horno, cargando y descargando las placas al ritmo de las hogazas preparadas por los paneteros. Le daba la espalda y ella aprovechó unos minutos para verle trabaja^ con el recuerdo de los días felices en los que, al despuntar el alba sobre el castillo de Sassenage, ella vigilaba con él la cocción de los bollos, Ahora, privado del uso normal de su mano diestra, si bien ya no tenía la excepcional destreza de antaño, no desmerecía entre los otros cuatro.

Sonrió, olió el perfume caliente de las costras doradas al punto y dejó de lado la nostalgia. Mathieu, concentrado en su labor, no se había percatado de su presencia. Era inútil molestarlo basta no haber hablado con su patrón. Se metió bajo el porche, entró en el edificio, cubierto del suelo al techo de polvo fino de harina.

Con su vientre redondo cubierto por un delantal contra su mesa de trabajo, el maestro panetero, un hombre calvo de rostro bonachón, amasaba con sus manos grandes y expertas. Se acercó a él cuándo introducía una en un saco abierto para enharinar la hogaza que se le pegaba a los dedos.

—¿Qué sucede? —preguntó al reconocer a Algonde, con un deje de inquietud en su tono.

La noche avanzaba y, como todos los celosos sirvientes del castillo, tenía la sensación de que no lograría tenerlo todo a punto para el banquete nupcial.

—Debo robaros a Mathieu una hora.

Su rostro se volvió adusto. Uno menos en el horno no iba a ayudarle.

—¿Y quién lo reclama?

—Doña Hélène —mintió Algonde.

Ni una explicación más. El hombre estaba acostumbrado desde hacía tiempo a los caprichos de sus señores.

—Una hora no más. Si se demora, ya no respondo de nada. Decídselo a nuestra señora.

Algonde se lo aseguró y se marchó, con un cosquilleo en la nariz provocado por las proyecciones de harina, y puso la mano sobre el hombro de Mathieu, también blanqueado por la harina. El rostro de su esposo se iluminó al verla.

—Deja la pala. Te necesito.

Él abrió unos ojos como platos.

—¿Ahora?

—Ya lo he convenido con tu patrón.

Mathieu no quiso saber nada más. Deslizó la placa en la boca del horno, cerró la puerta con un gancho provisto de una empuñadura de madera, dejó sus útiles contra la pared, se desató el delantal y, mientras se limpiaba el rostro con un trapo, se excusó con uno de sus colegas.

Algonde lo condujo acto seguido al castillo, hacia el depósito de leña que se secaba bajo un techo de tejas sostenido por cuatro columnas. Allí no había nadie, aparte de una ardilla que se escabulló y se encaramó a un tronco de árbol vecino. Algonde rodeó la pila oculta en la oscuridad y, apoyándose en una de las columnas, cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ha llegado el momento de elegir, Mathieu —dijo ella grave.

Él se quedó boquiabierto un instante.

—¿Elegir qué?

—Tu bando. Definitivamente.

Se sentó con desgana sobre una pequeña pila de troncos sólidamente amontonados formando una pirámide.

—Creía que ese asunto ya estaba claro. Te lo dije. Elora y tú me convencisteis la otra noche.

De hecho, desde que su hija los bañó con su luz, Algonde y él se habían vuelto a sentir como antes. Por lo menos, eso había creído él. Comenzó a dudar y trató de descifrar en la oscuridad la expresión de Algonde, a unos pasos de él. No lo logró y se sintió incómodo en su prolongado silencio.

—Si eso es cuanto tienes que decirme, hubieras podido esperar —refunfuñó él.

Algonde se apartó de la columna, fue a sentarse a su lado y puso su mano en la de él mutilada por el gavián.

—No, pero eso es lo esencial. La confianza. ¿Confías lo bastante en mí?

Él le pasó el brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí. Ella acurrucó su oreja en el hueco de su cuello.

—¿Qué debo hacer para demostrártelo?

—Marthe no debe adivinar que has cambiado de opinión, y tengo ocasión de persuadirla de tu constancia.

Mathieu frunció el ceño.

—No estoy seguro de poder engañarla.

—¿Quién ha dicho eso? —objetó Algonde—. No, quiero que vayas a verla y le digas la verdad, puesto que eso es lo que te voy a revelar.

—¿A esta hora? —Gruñó Mathieu, desazonado ante aquella perspectiva.

Algonde se llevó sus dedos rígidos a los labios y los besó.

—Sé lo que te hará, pero eso no cuenta. Hoy nuestro futuro depende de ti.

—En ese caso —decidió—, no perdamos más tiempo. Te escucho.

Mientras Mathieu se hallaba con Marthe, Algonde regresó serenamente a sus apartamentos por el subterráneo que finalmente había descubierto en su chimenea, desde otra entrada situada tras el tapiz de la sala de música. Cuando Jacques de Sassenage le confesó la verdad acerca de su esposa Jeanne, Algonde recordó el grito que oyó una noche tras la pared. La fecha coincidía con la muerte de sor Albrante. Se lo dijo inmediatamente al barón. Fue su testimonio, estaba segura de ello, lo que había permitido la evasión de Jeanne. Algonde hubiera emprendido la búsqueda ella misma, pero temió que la harpía reconociera su olor en las galerías y desplazara a su prisionera. Era mejor utilizarla para otros fines. Y tenía uno. Enfrentar a uno contra la otra, a Philibert de Montoisson y a Marthe, y así protegerse.

A las ocho en punto entró en la habitación de Philippine, abrió la puerta que daba al pasillo y se encontró frente a frente con el centinela.

—¿Adónde ha ido doña Hélène? —preguntó ella con toda la inocencia posible.

El guardia se quedó helado.

—Pues a ningún sitio...

Algonde lo miró de los pies a la cabeza.

—¿Cómo que a ningún sitio? No está en su habitación, así es que ha salido.

El desventurado se volvió hacia el otro centinela que, un poco más lejos, montaba guardia frente a la puerta de Algonde. Aquél meneó la cabeza con incompreensión. Ni uno ni otro habían visto nada.

Algonde hizo un mohín que aún los incomodó más.

—Os aseguro que no nos ha vencido el sueño, doña Algonde —se justificó el primero.

—Guardaos eso para vuestro superior. Yo, creo en lo que veo.

Y dicho esto, les cerró la puerta en las narices y comenzó a preparar el baño de Philippine como si no sucediera nada. Acababa justo de llevar un cubo de agua caliente cuando la puerta se abrió de par en par y entró Philibert de Montoisson, lívido.

—¿Dónde está? —Gruñó abalanzándose sobre ella.

Algonde se encogió de hombros.

—¿Y qué sé yo? Cuando he entrado la habitación estaba vacía y la cama deshecha.

Sus miradas se enfrentaron. Algonde no bajó la vista.

—No ha tomado el desayuno abajo, ahora vuelvo de allí.

Algonde echó un vistazo al reloj de péndulo. Eran poco más de las ocho.

—Lo ha pedido a las nueve aquí. Sin duda habrá tenido ganas de tomar el fresco.

—No es su costumbre.

—Tampoco lo es casarse —se burló Algonde.

Furioso, el caballero se marchó tal como había llegado.

Algonde ahogó una risa alegre. Había ganado la primera partida y confiaba regocijarse igualmente en las siguientes. Marthe no había dicho nada, tal como esperaba, feliz a buen seguro ante la idea de que Cem y Philippine consumaran su

amor finalmente lejos de la mirada de su protegido. Todo iba bien. Bastaba esperar. Y divertirse.

A las nueve en punto, la bandeja del desayuno llegó al mismo tiempo que Philibert. Esa vez halló a Algonde, que miraba por la ventana de la que había desaparecido ya la cuerda. Se volvió hacia él con el rostro consumido por la duda.

—Estoy preocupada —dijo simplemente, y eso lo convenció de que lo estaba realmente.

Se marchó de nuevo corriendo.

«Esto está ganado», se dijo Algonde dirigiendo de nuevo su mirada hacia los jardines que comenzaban a animarse. Durante una fracción de segundo se le apareció el rostro de Philippine, luminoso a pesar de las marcas de la fatiga. Algonde extendió los brazos y se desperezó. Cabalgando hasta quedarse sin aliento el objeto de la búsqueda de Philibert conocía por fin la felicidad.

Asaltado por una duda detestable, este último atravesó los largos e interminables pasillos hasta el ala oeste y se dirigió a los hospitalarios que montaban guardia frente a la puerta de los apartamentos del príncipe.

—Aún no ha salido —le respondieron.

Preso de angustia, Philibert abrió la puerta. En la habitación reinaba la penumbra. A grandes zancadas se dirigió a la ventana, apartó las cortinas, y la claridad permitió ver que la cama estaba vacía e intacta. Maldijo. Pasó a la sala contigua, provocando los gritos pudorosos de las esposas del príncipe ocupadas en su aseo, medio desnudas en su harén.

Se abalanzó sobre Almeida y, tras permitir que las otras se ocultaran tras los biombos junto a las bañeras, le sacudió violentamente el brazo.

—¿Dónde está el príncipe?

—Lo ignoro, señor. Anoche rechazó mi compañía.

La dejó allí plantada, entró en los apartamentos de Nasuh y salió de allí con los puños apretados. Como en el caso de Philippine, nadie había visto ni oído nada, pero los tres se habían volatilizado.

—Que registren el castillo y los jardines que lo rodean con la mayor discreción. Quiero ser informado dentro de una hora como máximo —ordenó, descartando alertar o acusar a quien fuera mientras persistiera la duda. Pudiera ser que aún estuvieran enlazados en algún lugar y que el chelebi montara guardia. En ese caso, el ridículo recaería sobre él.

Mientras el soldado salía corriendo, Philibert fue a ver a la única persona que conocía lo bastante los subterráneos para haber guiado a los fugitivos. La única que tenía interés en ello y era lo bastante diabólica como para haberlo organizado.

Capítulo 28

Marthe lo recibió sin sorpresa ante la puerta de los apartamentos del barón Jacques y de Sidonie, que se estaban preparando para la celebración.

—¿Qué has hecho, bruja? —exclamó Philibert, airado, desde el pasillo en el que ella lo dejó plantado.

—Deja de dar voces —lo amenazó antes de darle con la puerta en las narices.

Encolerizado aún más si cabe ante ese recibimiento, Philibert de Montoisson se dirigió por el otro lado y forzó su aposento. Allí lo esperaba ya ella en la sobriedad glacial de su habitación, con los brazos cruzados.

Él paseó un dedo amenazador frente a su feísimo rostro.

—¿Dónde están?

—¡Allí donde deberían estar desde hace ya varias semanas! ¡Poniéndote los cuernos!

Philibert se quedó lívido. Así, no se había equivocado. Su fuga era obra de aquella diablesa. Retrocedió.

—¿Acaso no querías esta boda?

Marthe llevaba buenas cartas y se lo debía a Mathieu, quien la había informado de que, cuando se había alejado del horno para defecar, había visto huir a Nasuh y a los dos tortolitos al fondo del parque. Aquel mozo era más de fiar que el individuo sin escrúpulos que tenía frente a ella. Se relamió con glotonería los labios a recordar la recompensa que le había dado y extendió la mano hacia el señor de Montoisson, la cerró lentamente y la descendió hasta el suelo. Siguiendo el movimiento y sin que ella lo tocara, Philibert se halló de rodillas, asfixiándose como si lo agarraran del cuello.

—Creo recordar que habíamos hecho un trato. ¿No dije que quería un hijo de esos dos? ¿Lo dije, sí o no, Philibert de Montoisson?

—Sí... lo dijisteis... —asintió, con voz estrangulada.

—Tu orgullo te pierde, pero yo puedo perderte para siempre. Una rotación más y morirás a mis pies. Una sola más.

Se agachó y esbozó el movimiento, satisfecha al ver el pánico en sus ojos, su rostro adquiriendo una tonalidad azul.

—No me gusta que me engañen y no me gusta nada que me amenacen.

Un cuarto de vuelta más. La vista se le nubló y la lengua le quedó colgando.

Mantuvo la presión una fracción de segundo y apartó los dedos bruscamente, liberándolo. Philibert de Montoisson se desplomó sobre el suelo. Con la punta del pie, lo hizo rodar y lo dejó tumbado boca arriba, sin aliento, despavorido.

—Están en el viejo palomar, en el extremo noroeste de la muralla exterior. Tengo palabra. Puesto que he obtenido lo que deseaba, dentro de dos horas estarás casado.

Se dio la vuelta, segura de sus actos, y volvió junto a Sidonie, a quien tenía que peinar.

Philibert tardó un buen rato en recuperar las fuerzas para dirigirse hacia allí. Sería mejor que resolviera solo aquel asunto. Fue al establo. Uno de sus hombres salía de allí, con aspecto serio.

—Faltan tres caballos. Los mejores —le dijo éste.

—Haz que ensillen los nuestros —ordenó Philibert con voz aún tonca.

En cuanto hubieron montado, los espolearon a la par en la dirección indicada. Diez minutos más tarde, inspeccionaron el lugar y hallaron unas ropas de lacayo abandonadas pero ni un alma viviente con excepción de una lechuza dormida.

Al explorar los alrededores, descubrieron la poterna y huellas de cascos de caballo al otro lado que habían tratado de borrar apresuradamente.

Si no hubiera tenido tanta rabia en el corazón, Philibert se habría carcajeado de satisfacción al pensar que también habían engañado a Marthe.

Se volvió hacia el hombre que lo acompañaba.

—Regresa al castillo. Avisa a Guy de Blanchefort y al barón. Que se den prisa en seguirme con una fuerza armada y que anuncien que se atrasa la boda.

—¿En qué dirección debo indicarles que vayan?

Philibert de Montoisson husmeó el aire pesado de aquella mañana, con los ojos achicados, frunciendo el ceño para pensar, antes de decidirse.

—Piamonte. Aunque estos últimos meses el duque de Saboya se haya comportado con discreción, Cem sabe que puede contar con su apoyo. Sólo pueden refugiarse en casa de éste, en Turín.

Acto seguido, se separaron. Eran las diez de la mañana y Philibert de Montoisson, al cabalgar sobre su montura, se preguntó cuánta delantera le llevaban aquellos perros.

De pie en la terraza de mosaico en lo alto de la torre este del palacio real, Munia dominaba los tejados de Estambul. Apoyada con ambas manos en la balaustrada de mármol blanco, cubierta con un velo verde oscuro de la cabeza a los pies, siguió el vuelo de unas ocas que se dirigían al Bósforo, una larga serpiente espejeante bordeada de bosque, sobre la que se deslizaban jabeques y falúas. A su espalda, tras la puerta cimbrada cubierta por unas cortinas de muselina púrpura, en la habitación, tres esclavas se ocupaban en hacer la cama. El perfume de los pétalos de rosa esparcidos flotaba hasta Munia y se mezclaba con los del palacio, creando una mezcla sutil de flores y especias.

Indiferente a la labor de las sirvientas y a la belleza de aquel lugar tantas veces codiciado y asediado, la egipcia reflexionaba con la frialdad que le había legado la masacre de los suyos.

A fin de cuentas, fue fácil convencer al sultán Beyazid. La codicia de los hombres y más aún de los reyes, fuera cual fuese su raza, hacía de ellos unos seres forzosamente conquistadores.

La historia de las Tierras Altas, la de su padre, en la que había soslayado toda referencia al niño que crecía dentro de ella y al descubrimiento de la mastaba, aunque pareciera un cuento de Sherezade, tenía suficientes visos de verdad para imponerse como tal. Beyazid la escuchó largamente una vez se marchó Hugues de Luirieux, tras conducirla a un jardín en el que se oía el suave murmullo de seis fuentes. ¿Fue el odio que le inspiraba el caballero o la mirada de Beyazid? Munia ignoraba qué la había decidido a hablar. Sólo había elegido una vez más. Dejarse morir de pena en el harén aterciopelado o imponerse y tomarse la revancha. Asentar la herencia de su padre como objetivo último. Se lo debía a los suyos y se lo debía a su hijo.

Se ofreció al sultán en aquella misma habitación donde, desde hacía una semana, la guardaba para él. Aunque para Beyazid aún fuera oficialmente la esposa de su hermano Cem, Munia sabía que se sentía atraído por ella. Sin duda desde el primer momento. Sólo tuvo que gozar de él, o por lo menos fingirlo, puesto que su cuerpo ya no sentía nada. Lo que Enguerrand había revelado se había apagado con él, y Munia no imaginaba que aquello pudiera cambiar algún día. Así estaba bien, garantizaba su lucidez. Su objetivo. Afirmaba su determinación ante las trampas que a buen seguro le tendería la primera esposa del sultán en cuanto se viera amenazada. Hasta el momento, Beyazid aún no la había presentado.

Se había marchado al alba, besándola apasionadamente en el umbral de la puerta y prometió sorprenderla a su regreso. «Una joya más», se dijo Munia al cerrar la puerta. La cubría de regalos. Oro, diamantes, sedas, preciados objetos decorativos e incluso una caja de música que había cogido del tesoro de su padre. Una prueba definitiva de que Munia había hallado su lugar. Aunque no era con el que había soñado. Gustosamente hubiera cambiado aquellos fastos por una noche, una sola, en la *pinnettu* de Catarina. Jamás olvidaría, pero no tenía elección. Debía pasar esa página de su vida.

El ligero ruido de la puerta a sus espaldas le indicó que las esclavas se habían marchado. Munia miró fijamente el azur impoluto, sin una sola nube. A causa de la rapidez de los acontecimientos y la posterior angustia por Enguerrand en el barco, no había tenido tiempo de pensar en su descubrimiento en el interior de la sepultura del gigante. Era demasiado increíble para ser cierto y eso fue sin duda lo que los perdió, pues aún bajo el impacto de aquella revelación no tuvieron la mente lo bastante clara para anticipar el ataque. Expulsó aquella idea apretando con fuerza las mandíbulas. No quería volver a ver aquella escena. Sus pesadillas nocturnas ya se ocupaban de ello demasiado a menudo.

¿Cuánto tiempo haría falta para que Beyazid la dejara regresar a Egipto? Tras registrar discretamente el equipaje de Luirieux encontró la damajuana piramidal, sin duda recuperada de Huchang mientras ella estaba inconsciente. Aguardó al último momento, cuando él conversaba con el capitán, para descender al pañol y cogerla. ¿Sospechaba Hugues de Luirieux que tuviera más importancia que la de ser un fabuloso antídoto? Fuera como fuese, aquel individuo ya nada podía contra ella.

Beyazid se lo había confirmado: había abandonado el país.

Hubiera deseado poder hacer lo mismo, escapar de aquella jaula dorada. Beyazid la había autorizado a circular libremente por el palacio y su recinto amurallado, y Munia se apresuró a comprobarlo el primer día. La dejaron ir y venir a su antojo, de los baños de vapor a los exuberantes jardines, sin sentirse vigilada. Para acabar, se aproximó a uno de los portales. Como por arte de magia, salió a su paso un eunuco armado con una espada curvada a la cintura, inclinándose ante ella con deferencia pero a la vez con firmeza. Era preferible no volver a intentarlo y apañárselas con aquella nueva situación.

Deslizó la mano bajo los velos, cogió la damajuana y la situó frente al sol. El azul profundo del vidrio filtraba tanto su resplandor que la pirámide casi parecía negra en el azur del cielo. ¿Cómo su padre, tan apasionado por la astrología, no lo había relacionado antes? Fue necesario abrir el sarcófago del gigante, descubrir el estuche de diorita entre sus manos momificadas y maravillarse ante el pergamino que contenía para comprender que las tres grandes pirámides hacía muchos más años que se hallaban en la meseta de Giza de lo que la historia pretendía.

Prevenida por el embriagador perfume de Beyazid mucho antes de que éste apareciera detrás de ella, Munia volvió a ocultar discretamente la damajuana. Se había abstenido de hablar de ella por miedo a que Beyazid se la quitara.

Con un fingido centelleo en su mirada, se volvió para recibir al sultán y arrojarle en sus brazos. Nunca, nunca debería imaginar que fingía si quería que educara a su hijo como el suyo. Si deseaba lograr sus fines.

Beyazid la abrazó calurosamente, conquistado por su belleza y por su fortaleza de carácter.

—Desearía que me acompañaras —dijo tras besarla voluptuosamente—. Fuera de los límites de estos muros.

Los ojos de Munia resplandecieron de satisfacción.

—Vuestra confianza me honra, mi sultán.

Menos atractivo que su hermano Cem, Beyazid poseía sin embargo un gran encanto y un cuerpo atlético. Su sonrisa, además de dejar ver una dentadura perfecta, se alargaba un poco a la derecha y le provocaba un hoyuelo en la mejilla. Ninguna mujer hasta entonces se había resistido. ¿Cómo hubiera podido dudar en consecuencia de aquella mirada que lo devoraba?

—Deseo creer que me amas tanto como yo te amo. Y también darte las gracias.

—¿Darme las gracias, poderoso sultán? —Se echó a reír Munia—. ¿Y por qué deberíais darme las gracias?

—Por la leyenda que me contaste. Hoy, gracias a lo que voy a mostrarte, tengo esperanzas de que sea cierta.

El corazón de Munia se desbocó dentro de su pecho. ¿Era posible que, de la manera más improbable que pudiera imaginarse, su destino le hubiera dado alcance?

—¿No podemos descansar un poco? Estoy agotada —insistió Philippine.

El sol se hallaba en su cénit. Cabalgaban desde hacía casi doce horas, habían cambiado tres veces de montura y dos de vestimenta, y sólo se habían detenido para beber o comer los alimentos que llevaban consigo. Aún vestida de hombre, aunque ya sin librea, Philippine ya no sentía la espalda, ni los riñones, ni las piernas ni los brazos. La verdad era que ya no había ninguna parte de su cuerpo que no le doliera.

Cem ladeó la cabeza y cruzó una mirada con Nasuh. Si todo iba tal como Algonde había previsto, debían de llevar nueve o diez horas de ventaja, pero tanto uno como el otro conocían la tenacidad y la resistencia de los hospitalarios. Si reducían el margen, les darían alcance antes de llegar a Turín. Nasuh inclinó el mentón. Philippine no aguantaría más. Cem tiró del bocado y, abandonando el camino, se dirigió a la derecha hacia un riachuelo que corría más abajo.

—Aquí estaremos bien —decidió, arrancando un suspiro de alivio de la damisela.

Descabalgó y la ayudó a desmontar sobre los cantos rodados que cubrían las orillas del curso de agua. Cem dejó que Nasuh se ocupara de los animales en cuanto éstos se hubieran abrevado y dio unos pasos junto a Philippine, a quien le urgía estirar sus piernas entumecidas.

—Lamento verme obligado a imponeros esta cadencia, querida, pero...

—Silencio —lo interrumpió ella poniéndole un dedo sobre los labios.

Lo retiró de inmediato avergonzada de sus uñas mutiladas, devoradas hasta la misma carne. Se envolvió en una tierna sonrisa.

—Sin vuestro coraje, a esta hora ya estaría casada. No os reprochéis nada, amor mío. No, no os reprochéis nada.

Él la atrajo hacia sí y la apartó acto seguido. Por el camino pasaba gente que podía sorprenderlos e indignarse ante el abrazo de dos hombres. Philippine pensó lo mismo. Vestida de aquella guisa no podía permitirse ninguna frivolidad. Uno y otra, sin concertarse pero igualmente deseosos de un poco de intimidad, abarcaron con la mirada el paisaje de pequeños valles.

—Vayamos hacia allí —dijo Philippine señalando, algo más arriba, un bosquecillo espeso rodeado de árboles por un lado y rocas por otro.

Cem le hizo una señal a Nasuh, que acababa de atar los caballos a un pequeño olmo, a la sombra de un bloque de granito, y caminó junto a su amada.

—¿No hubiera sido más prudente partir hacia el oeste? Nadie habría pensado en ello —dijo Philippine; no en vano, aquella cuestión la atormentaba desde que Cem le había afirmado que los perseguirían hasta la casa del duque.

—Sin duda hubiéramos tenido algún respiro, pero habría sido aún más arriesgado. Ya os habréis fijado en la mirada de las gentes con las que nos cruzamos. El color de mi piel me distingue aunque vista estas ropas anodinas. Y también mi acento. Hay espías de Beyazid por toda la comarca, y mi cabeza tiene un precio. Donde fuéramos, siempre habría alguien dispuesto a vendernos. Creedme, Hélène, vuestro padre y yo

sopesamos largamente las posibilidades de lograrlo. Dependen de un único factor. La velocidad.

La asió de la mano para ayudarla a subir entre las rocas. Detrás se abría un claro de hierba entre avellanos y olmos jóvenes.

Se sentaron allí uno junto al otro, mirándose a los ojos. Él alzó una mano cuidada, larga y fina, y con un dedo acarició el óvalo de su rostro y le dibujó los labios.

—He soñado tanto con este momento —murmuró él antes de atraerla hacia sus labios y tenderla debajo de él en aquel maravilloso entorno que la vegetación les ofrecía.

Cuando por fin se apartó para dejar que recuperara el aliento, ardían con igual deseo. Sin embargo, él se contentó con recogerle un mechón de cabellos que al rodar junto a ellos el tocado de Philippine había arrancado del moño.

—Duerme, amor mío, yo velaré —murmuró, dejando que ella apoyara su oreja en la palma de su mano.

Agotada por la cabalgada y por la angustia que la había devorado hasta su huida, bastó que cerrara los párpados para quedarse dormida.

La extraña presencia de una mujer en la antigua biblioteca de Estambul hizo que en el rostro del guardián, a pesar de sus esfuerzos, se leyera su sorpresa. Evitando mirar a Muñía, se frotaba las palmas de las manos al responder a la pregunta de su monarca acerca del origen del libro abierto ante ellos sobre un atril y de los otros dos de similar factura depositados sobre la maciza mesa de trabajo.

—Numerosos textos o mapas antiguos archivados aquí proceden de la gran biblioteca de Alejandría. Comprados a precio de oro tras el incendio que la destruyó, las obras salvadas de las llamas fueron objeto de un importante tráfico. Otros fueron copiados en tiempos de su esplendor. Éste es muy valioso. Que yo sepa, no hay ningún otro en todo el mundo.

—Bien, y ahora déjanos solos. —Le agradeció Beyazid.

El hombre, menudo, de tez gris, se retiró trotando como un ratoncillo que hubiera excavado su nido en el grosor de las páginas. La verdad era que en aquel lugar, iluminado por ventanas bajas para evitar los rayos del sol, las paredes y los pasillos estaban cubiertos de estanterías. Munia jamás había visto algo semejante y se sentía insignificante en aquel santuario tan silencioso como una tumba.

—Mi padre, Mehmed II, amaba este lugar. Lo primero que hizo tras conquistar la ciudad fue verificar que aquí no se hubiera destruido o expoliado nada. Mustafá nació entre estas paredes y conoce hasta el último rincón. Además, me es absolutamente fiel como lo era a mi padre. Esta mañana le he preguntado si en algún lugar había rastro de una civilización egipcia predinástica. Después de pensar en ello, me ha mostrado éstos tres libros. No he podido, por desgracia, y tampoco él, lograr descifrarlos. Tal vez tú seas capaz... —Esperó Beyazid invitando a Munia con un gesto a inclinarse ante aquella caligrafía en cursiva.

El rostro de ésta se iluminó de inmediato mientras su dedo índice reseguía el trazo de la pluma.

—Es griego. Es la historia detallada de Egipto, escrita por un tal Manetón que vivió en Heliópolis en el siglo III antes de nuestra era —dijo ella con emoción alzando la vista.

Beyazid se inclinó y se llevó la mano al corazón. Su erudición confirmaba por sí misma las palabras de Munia. Le sonrió con benevolencia.

—Mis quehaceres me reclaman. Mustafá estará a tu disposición. Tómame el tiempo que necesites en este lugar. Por lo que a mí respecta, te esperaré en mi cama al caer la noche. Si no vienes...

—Iré —le interrumpió ella, asiéndole la mano para besársela.

Para ella ya no era cuestión de huir. Beyazid había comprendido que, con el conocimiento, le ofrecía la libertad. Lo miró alejarse por el pasillo central, súbitamente enternecida por su generosidad, y se serenó.

«No te equivoques —se flageló—. Ese individuo no dudaría en cortarle la cabeza a su hermano si apareciera de nuevo y la tuya si lo traicionaras».

Con esa certeza, sacó un taburete de debajo de la mesa y comenzó a leer lo que, a todas luces, constituía un testimonio de los primeros tiempos.

Capítulo 29

La noche se cernía ante ellos tan implacablemente como los párpados de Philippine, recostada en el cuello de su montura. Si no se detenían de inmediato, se caería de la silla. Sin embargo, se negaba a quejarse y hacía lo posible para seguir el galope de Cem, dejando a Nasuh tras ella, en la retaguardia. Al abandonar La Bâtie no había imaginado que iba a ser tan duro, tan difícil, y añoraba amargamente aquellas noches de insomnio que habían agotado sus fuerzas hasta las últimas reservas. Por su culpa, los altos en el camino eran cada vez más largos y su ventaja se reducía. Cem no hablaba de ello pero, por su expresión grave, ella adivinaba que dudaba de poder llegar a su destino antes de que los hospitalarios los alcanzaran. Ella aún quería creer en ello, con todas sus fuerzas, y se negaba a aceptar haber cabalgado hasta tan lejos, haber aguardado tanto para caer finalmente en las garras del señor de Montoisson. Sin contar las consecuencias que ello acarrearía a Cem.

—Guy de Blanchefort se disponía a desplazarme mañana mismo —le confesó mientras daban cuenta de una cena frugal compuesta de una loncha de tocino asada y fruta bajo un cielo estrellado.

Sin duda alguna, si los atrapaban, a él y a Nasuh los encerrarían en un calabozo. Guy de Blanchefort no le perdonaría haberlo traicionado doblemente.

Philippine irguió el busto. No pensar en ello. Seguro que Cem se preocupaba sin razón. ¡Sus perseguidores también tendrían que dormir! ¡Al fin y al cabo, los hospitalarios eran hombres, diantre!

Cem ralentizó el paso progresivamente hasta apartarse del camino principal y tomó un sendero que conducía a una granja. Un chiquillo corría aún por el patio y les echaba mondas a los cerdos. Alzó hacia ellos una mirada inquieta.

—Buenas noches tengas, chiquillo —dijo Philippine, animada ante la perspectiva de una sopa caliente.

En la puerta apareció una mujer que los miró con recelo.

—¿Qué deseáis?

—Nada malo. Somos mercaderes. ¿Podríais ofrecernos un poco de sopa y un rincón del establo? Os pagaremos bien.

Se sacó una bolsa de la cintura y la lanzó al chiquillo, que se mantenía en guardia y la atrapó al vuelo. Al oír el tintineo de los escudos dentro de la bolsa, se relajó y se volvió hacia su madre.

—Está bien.

La mujer asintió.

—Instálense, pues —dijo ella, y volvió al interior de la casa.

Mientras Philippine, tras descabargar, entraba también por la puerta baja a la casa y el chiquillo llevaba los animales al establo, Cem se llevó a Nasuh aparte.

—Las verdaderas dificultades vendrán ahora —dijo señalando con la cabeza las crestas alpinas bañadas por el sol poniente—. Hélène necesita un verdadero reposo,

porque de lo contrario no lograremos cruzar los puertos.

—Tenemos ya poca ventaja, príncipe Cem... Muy poca.

Cem lo asió por el hombro para conducirlo hacia la casa.

—Lo sé, amigo mío. Lo sé.

Quedaba aún mucho camino hasta Turín.

Beyazid no ocultó su satisfacción al ver reaparecer a Munia en su habitación unos minutos después del toque de queda. Recostado en un almohadón, la contempló quitarse los velos con gracia.

—¿Has podido descifrar lo que te interesaba? —preguntó resiguiendo el contorno de sus caderas ligeramente cebadas.

Muñía no se preocupó. De constitución sorprendentemente delgada, era la única que podía atribuir a su embarazo la ligera Hinchazón que éste le provocaba. Subiéndose a la cama, se arrodilló impudicamente sobre las sábanas.

—Esos tres libros componen un conjunto que explica el reino de los dioses y luego de los semidioses durante lo que llamamos *Zep tepi*, el primer tiempo —dijo ella soltándose su largo cabello—. Hablan también del período intermedio, el del espíritu de los muertos, y acaban finalmente con los reyes mortales que gobernaron Egipto.

—¿Y menciona a esos gigantes de los que hablaste? ¿En qué período existieron? —preguntó atrayéndola hacia él.

Munia se deslizó contra su piel desnuda.

—En el primero, la edad de oro. Se les llama *neteru*, y eran seres tan poderosos como bellos; sus poderes mágicos les permitían adoptar la apariencia de un vegetal, un mineral o un animal. Eso explica que los egipcios los deificaran y los representaran como mitad hombre y mitad animal. Atravesaron la puerta de las Tierras Altas a bordo de suntuosos barcos y aparecieron a orillas del Nilo tras el diluvio. Ra Atum fue el primer rey. De él nacieron Chu y Tefnut, que le sucedieron, y éstos engendraron a Geb, dios de la Tierra, y a Nut, diosa del Cielo. De ellos nacerían luego Isis, diosa de la magia, Osiris, el gran soberano civilizador al que mi pueblo debe la enseñanza de la escritura, de la ganadería...

Se detuvo y se arqueó tras una caricia para satisfacer el orgullo del sultán. En realidad, no había obtenido más que una respuesta en aquellas primeras páginas, una respuesta que se reservaría para ella. Manetón hablaba de Heliópolis Innu, el pilar que sostenía el benben, un objeto sagrado de forma piramidal y con poderes fabulosos. Según aquel poeta que lo había contemplado, habría caído del cielo. Munia sabía que no era cierto. Ra lo llevó consigo de las Tierras Altas y aún estaba en este mundo cuando Osiris lo utilizó para levantar los bloques megalíticos que componen el templo del valle, la gran pirámide o el Osireion de Abydos. Lo utilizó para tallar la esfinge en Giza, en el año 10450 a. C. El año de la constelación del León.

Munia cerró los ojos mientras Beyazid se tumbaba sobre ella para penetrarla.

Fingiéndose un placer que no experimentaba, vio de nuevo la sepultura descubierta por su padre, sintió la excitación que compartieron al descubrir la momia, luego el estuche de diorita y finalmente los planos de aquellas gigantescas construcciones, con el sello de quien se los llevó en su último sueño de gigante. Su constructor. Osiris. Osiris que, una vez cumplida su tarea, confió Egipto a su hermana y esposa Isis antes de abandonarla para llevar a otros lugares los beneficios de los sabios de las Tierras Altas. Fue él. —Munia lo sabía ahora tras haber leído a Manetón— quien construyó el primer nuraga en Cerdeña, fue él quien enseñó la agricultura y la ganadería a los etíopes, él fue quien fundó numerosas ciudades en la India, Arabia, China y Occidente. Él, también, quien dio a los hombres apenas evolucionados las primeras nociones de civilización antes de regresar a su país, donde sería asesinado por su hermano Seth y se convertiría, según la leyenda, en una estrella de la constelación de Orión.

Beyazid gozó dentro de ella y se volvió de lado. Munia permaneció boca arriba, con la cabeza en las estrellas. El cinturón de Orión. Las tres pirámides de Giza eran su reproducción terrestre. El propio Osiris lo mostraba en el papiro hallado en su tumba. Las hizo construir a imagen de la alineación de las tres damajuanas piramidales sobre la mesa de cristal de las Tierras Altas. Tres damajuanas piramidales que, al concentrar la energía estelar de Orión a través de su vidrio azul, conferían poder de vida a la decocción que contenían. Tres pirámides de piedra gigantescas erigidas hacia el cielo para que los gigantes recordaran de dónde procedían y por qué se hallaban allí, para que cesaran de matarse entre sí en guerras por el poder. No sirvió de nada. Su raza se extinguió, el benben desapareció, Heliópolis Innu fue clausurado sin que nadie supiera que Osiris dormía allí al lado; y los faraones mortales, al perder el sentido de las obras de los dioses, se las apropiaron como Keops o las copiaron torpemente a lo largo de su historia como Zoser. Si Imhotep no hubiese descubierto aquel improbable plano y hubiera construido un palacio sobre el templo para proteger la tumba de Osiris y, bajo Alejandro, no hubiese habido un geómetra que evitara que fuera derribado, nadie habría sabido nada de todo ello, jamás. En realidad, sólo la predicción del mensajero del destino permitía creer aún a Munia en la existencia de un paso en este mundo que lo unía al de las Tierras Altas. ¿Las Tierras Altas o las de Orión?

Munia se durmió con aquella pregunta, por inconcebible que fuera, rogando que el alma de su padre, la de su madre y la de Enguerrand, sobre todo su Enguerrand, velaran por el niño que debía ver la luz y le permitieran hallar su camino.

La campesina que les había ofrecido su mesa se llamaba Faustine. Ya confiada gracias a las monedas que había recibido y que había mordido con su boca desdentada para comprobar que fueras auténticas, explicó a Philippine, Cem y Nasuh, ocupados en ese momento en apurar sus escudillas de madera, que su esposo se había ausentado para ir a vender corderos a la feria de ganado de Saint-Jean-de-Maurienne.

—Disculpad nuestra acogida, buenas gentes —se excusó de nuevo mientras les servía más caldo demasiado claro, en el que flotaban algunas verduras y un pedazo de tocino rancio.

En el rincón de la chimenea, derrengada en una silla de enea, con la cabeza apoyada contra la pared y las manos cruzadas sobre las rodillas cubiertas con una manta, una anciana dormitaba desde que llegaron. Faustine se la presentó como su suegra, ciega y sorda. Una carga visible para aquel hogar. La abuela chascó las mandíbulas, arrancó unas flemas y expectoró en un pañuelo, y pidió que le dieran de comer.

—No estamos a salvo de los bandidos —prosiguió el pequeño Jean mientras la madre ayudaba a la vieja a cerrar los dedos para sostener un bol de líquido.

Philippine, que la había seguido con la mirada, apartó la vista, incomodada ante aquella decrepitud. La pitanza era escasa y tenía hambre, pero hubiera sido indecente pedir a aquellas gentes más de lo que poseían. Dirigió su atención a Cem, que sonreía al chiquillo.

—Es normal que desconfiéis, pero esta noche no debéis temer nada, estamos armados y si os amenazaran, intervendríamos —afirmó el príncipe con naturalidad.

Los ojos de Jean centellearon.

—Yo también sé defenderme. Padre me enseñó. Soy buen luchador, y con una honda no temo a nadie.

—No te jactes de ello y reza para que no necesites demostrarlo —le regañó su madre.

La abuela acabó de beber con un gorgoteo en la glotis. Mientras su hijo respondía un penoso «Sí, mamá» y hundía de nuevo la nariz en su escudilla, Faustine retiró el bol de manos de su suegra. Dio unos pasos que la alejaron de la mesa, dejó la vajilla sobre un mueble y alzó los brazos para abrir una puerta alta de claraboya en la pared, justo sobre ella. De allí sacó un jamón que se estaba curando, colgado de una viga que atravesaba el armario, lo depositó sobre la mesa y sacó un cuchillo largo de un cajón.

—No es asunto mío, pero para ser comerciantes tenéis unos modales y un aspecto muy curiosos —dijo ella en el silencio creado mientras cortaba lonjas gruesas.

Philippine, que observaba ávidamente la carne tierna y rosada, se estremeció y se sonrojó. Cem y Nasuh se cruzaron una mirada rápida antes de volver la vista hacia la campesina que había detenido su gesto, con la punta del cuchillo hacia arriba, los dedos aferrados al mango y de nuevo recelosa.

—Nuestro corazón es tan puro como nuestras intenciones, doña Faustine. Es cuanto debéis saber —le aseguró el príncipe.

Ella asintió, pero de nuevo su rostro se había teñido de gravedad tras su sonrisa recuperada.

—Quien quiera que seáis, no deseo más problemas de los que ya tengo. Dormiréis en la granja y os marcharéis al alba. Si me Preguntan por ustedes, diré que no he visto

nada.

—Os estaremos reconocidos —le agradeció Philippine, a la par que aceptaba de buena gana la lonja de jamón y la hogaza de pan que Faustine le tendía.

La mujer atrancó la puerta tras ellos y cerró concienzudamente los postigos en cuanto acabaron de comer, no sin antes prometer servirles leche fresca y huevos fritos cuando se levantaran, con el primer canto del gallo. Philippine se desperezó en medio del patio. El aire era agradable y la noche estrellada. Tenía el estómago lleno y la perspectiva de una verdadera noche de sueño la colmaba.

—Yo me quedaré de guardia —anunció Nasuh a la puerta del edificio, abandonándolos para instalarse un poco más lejos, en un ángulo de la pared que le ofrecía una visión de conjunto del patio.

Así era cada vez que se detenían. Apenas cuatro horas las noches precedentes, de las que cada uno montaba guardia dos horas. Sabedor de que el chelebi lo despertaría para que lo sustituyera, Cem fue tras Philippine, que bostezaba.

El establo estaba en penumbra excepto por un haz de luna que una abertura en el fondo de la construcción dibujaba frente a ellos. A un lado y a otro, dos vacas y un mulo compartían el espacio.

—Por allí —indicó Cem asiendo delicadamente a Philippine por el codo.

Tal vez fuera aquel lugar apacible en el que sólo se oía el rumiarse de los animales, aquel rectángulo de estrellas que centelleaban o la certidumbre de que al día siguiente su huida acabaría de una manera o de otra, no habrían sabido decirlo, pero en aquel momento ambos tenían un nudo en la garganta.

Cem vio varios jergones sobre una plataforma que sin duda los granjeros utilizaban en invierno para calentarse junto a los animales. En aquel instante, les ofrecían un nido perfecto.

Ascendió el primero y le tendió la mano conteniendo la respiración. Olvidadas sus resoluciones para burlar la profecía; olvidada Marthe y sus negros augurios; olvidado Philibert de Montoisson. Un instante antes se moría de sueño, pero ahora Philippine era toda ella fuego ardiente. Se reunió con Cem y se tumbó boca arriba junto a él, con un brazo doblado bajo la nuca. Su corazón latía como si fuera a estallar cuando él se acercó a sus labios para besarlos.

Cuando Nasuh fue a buscar a Cem a medianoche, lo halló sentado contemplando aún maravillado el cuerpo desnudo de Philippine. Cem hizo una señal a su amigo para que la dejara dormida la cubrió hasta la rabadilla con una manta, cogió su ropa y saltó al suelo para vestirse.

Discreto, Nasuh ya se había alejado. Cem lo halló a la puerta de la granja.

—¿No quieres dormir?

—¿Y tú? —Lo chinchó el chelebi.

—Nunca he sabido ser razonable.

—Lo sé.

Una risa discreta los unió.

—La noche está tranquila. Aprovechemos para descansar uno junto al otro, como solíamos. ¿Lo recuerdas? —preguntó Nasuh.

Sí, Cem lo recordaba, pero allá en las montañas de Anatolia, en sus expediciones nocturnas más intensas, eran cuatro compañeros. Dos de ellos ya no estaban.

—Anuar era el más sensato de todos. Se hubiera alegrado de burlarse así de los hospitalarios.

—Yo también lo añoro, al igual que a Huchang —afirmó Nasuh palmeándole el hombro.

Llegaron al lugar donde hasta entonces se había instalado el chelebi y se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de la casa.

—¿Qué posibilidades crees que tenemos? —preguntó aún este último recogiendo un puñado de guijarros.

—Muy pocas.

—¿Ella lo sabe?

Cem inclinó la cabeza.

—¿De qué serviría? No han hablado nuestros cuerpos, Nasuh son nuestras almas que se han entremezclado. Jamás había conocido tal plenitud ni una complicidad tan evidente. Como si ella y yo fuéramos una misma piel, un mismo aliento, un mismo corazón. El chelebi suspiró. La fatiga lo vencía. A mayor altitud, aún sería más acusada. Más de lo necesario. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Duerme, Cem —le aconsejó—. Pelearemos hasta el final para que puedas quedarte con ella.

Capítulo 30

Despertados al alba por el canto de tres gallos, Cem, Nasuh y Philippine desayunaron rápidamente y abandonaron la granja. Desde entonces no se habían detenido. Además del hambre que los atenazaba, el agotamiento empezaba a hacer mella en ellos, al igual que a sus monturas, debido a los constantes desniveles del sendero de montaña y el calor bochornoso.

Eran las cuatro de la tarde cuando tuvieron que detenerse en la posada El bosque hermoso.

Una vez cruzada la puerta maciza de doble batiente, al otro lado del vasto patio interior de suelo rastrillado, el edificio contaba con una cocina y comedor en la planta baja en toda su longitud, y habitaciones en la planta. Perpendiculares a la construcción principal se hallaban el establo, que acogía una veintena de caballos, y la granja. Había también una era, un huerto y un cementerio con dos cruces junto a una pequeña capilla.

Mientras el palafrenero, un jovenzuelo de unos diez años de rostro granujiento, almohazaba a sus caballos agotados y preparaba unas nuevas monturas, los tres se sentaron a la mesa de la gran sala del edificio cubierto de hiedra. Estaba desierta, pues raros eran los viajeros que se detenían en las posadas fuera de las horas de las comidas o para pernoctar.

Pidieron al posadero, un hombre cordial, un plato de quesos y leche de cabra, y preguntaron la distancia que aún los separaba de Turín.

—Menos de dos días a caballo —los tranquilizó el posadero, y añadió—: Es una lástima que no coincidieran con nuestro duque. Aquí en Bardonecchia, siempre es un honor verlo pasar.

Los corazones de los tres dejaron de latir todos a una.

—¿El duque de Saboya no está en Turín? —Se inquietó Philippine, forzando su voz para que sonara más masculina.

El hombre se rascó el cráneo abundantemente cabelludo y con ese gesto reveló que era tan piojoso como aquella estancia, infestada por una decena de gatos.

—Estará allí mañana... ¿Desean también paté de conejo?

Se quedó con la pregunta en los labios y con los brazos colgando, boquiabierto. Llevados por el mismísimo diablo, sus tres clientes habían saltado de sus banquetas y se habían precipitado hacia la puerta.

—¿Y eso? —les gritó antes de que la cruzaran.

—¡No tenemos tiempo! —le dijo Philippine, angustiada. Tenían que dar alcance a cualquier precio a la caravana del duque, que a todas luces les llevaba exigua ventaja.

Sin decirse ni media palabra, se hallaron en el patio interior y Nasuh alcanzó a ver, al otro lado de la puerta, en el camino, la silueta de un caballero que se aproximaba a galope tendido. Parecía llevar tanta prisa como ellos por llegar a Turín. Dos o tres minutos como máximo y llegaría a la plaza. Nasuh lo vio avanzar unos

segundos antes de retener con pulso inquieto el codo de Cem, que acababa de empuñar las riendas del caballo que le tendía el palafrenero. Mientras la doncella montaba en su silla frente a la fachada de la posada, Cem volvió la vista hacia el porche. Al igual que Nasuh, frunció el ceño, resignado.

Hubiera reconocido a aquel hombre entre mil.

Philibert de Montoisson les había dado alcance.

Cem entregó al animal al mozo de establo, que se alejó sin discutir.

—Llévate a Hélène —dijo fríamente Cem a Nasuh antes de avanzar hasta el centro del patio.

El chelebi no pudo cumplir su orden.

Philippine, alertada por la reacción de Cem, se había percatado también del peligro. Descabalgó y se precipitó hacia su amante que, firme sobre sus piernas algo abiertas, había decidido enfrentarse a su rival.

—Juntos, hasta el final —decretó ella con coraje y determinación.

Ella también quería aguantarle la mirada a Philibert de Montoisson, legitimar por fin lo que había ocultado durante tanto tiempo.

Cem asintió con la cabeza. No sólo lo entendía, sino que tampoco tenía tiempo para convencerla.

Se desabrochó la capa ligera y desenvainó la cimitarra de su cintura ante los ojos desorbitados del mozo de establo, que se disponía a ocuparse de los otros dos caballos. Aterrorizado, el jovenzuelo abandonó a los animales que por sí mismos se fueron a su abrigo, y corrió al edificio para prevenir al posadero, su padre.

Empuñando su arma, Nasuh se situó junto a Philippine.

Los tres estaban dispuestos.

Devorado por la rabia, Philibert de Montoisson tiró del bocado para inmovilizar su montura entre una nube de polvo. Lleno de barro debido al viaje, su vestido de boda que no se había tomado la molestia de cambiarse tenía un aspecto tan desastrado como él mismo.

Philippine se estremeció. Por nada en el mundo permitiría que aquel perro volviera a poseerla. El abrazo de aquella noche aún estaba presente en su cuerpo y en su corazón. Las promesas y los juramentos que se habían intercambiado le permitían cualquier audacia.

Se acercó a Cem hasta casi tocarlo y alzó el mentón desafiante ante el caballo que pateaba con ojos enloquecidos. Con espuma en los ollares, al igual que su dueño, cuyas arrugas tiznadas acusaban aún más su crueldad, se hallaba visiblemente agotado.

—Se acabó, príncipe. Envainad vuestras armas —espetó el caballero.

Cem no se dejó convencer por tan peregrino argumento y se contentó con apretar con más fuerza la empuñadura de su arma. Philippine también lo había comprendido. No se veía polvareda en el horizonte. Si el señor de Montoisson era la avanzadilla, los hospitalarios aún estaban lejos.

—¡Antes la muerte! —vociferó ella con una mirada torva. Philibert no dudó un instante.

Desenvainó su espada, saltó del caballo y le dio una palmada en la grupa al animal, que se encabritó, forzándolos a retroceder, antes de echar a correr hacia el establo, atraído por sus congéneres.

Se hallaron cara a cara. Tres contra uno. Empujando a Philippine hacia atrás, Cem dio un paso al frente.

—Esto es un asunto entre tú y yo, Montoison. Resolvámoslo lealmente —declaró Cem alzando la punta de su cimitarra.

—Nada me complacería más...

Nasuh asió vigorosamente a Philippine del brazo y ella se dejó conducir hacia la puerta de la posada, con la mirada fija en aquellos dos hombres que iban a batirse en duelo a muerte por ella. Philibert de Montoison, por segunda vez. Estaba lívida.

Con las espadas ya firmes en las manos y resplandecientes al sol, recorrieron el espacio cerrado midiendo sus pasos. Ambos se sopesaban, mirándose fijamente a los ojos.

—Quedaos dentro —ordenó Nasuh a Philippine desde el umbral. Ella se puso de puntillas para ver por encima de él y contuvo un grito de angustia.

Cem se abalanzó sobre Philibert y las hojas de las espadas entrechocaron estrepitosamente. Philippine se sobresaltó. Nasun la asió por los hombros para tranquilizarla.

—No le pasará nada. Yo vigilo.

Y para evitar que ella volviera a salir, se plantó ante la puerta con los brazos en jarras.

Frente a él, Cem y su adversario se enfrentaban con el mismo odio.

El posadero y su hijo se habían situado cada uno frente a una de las ventanas de la sala rectangular.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó el padre.

Sumamente angustiada, Philippine no lo oyó y abrió de par en par el ventanal más próximo a la puerta para no perderse nada de la escena, y dejó al hombre ocupado en sus propias cavilaciones. Afuera los rivales se golpeaban con violencia. Cem comprendió desde el primer asalto que Philibert pretendía ganar tiempo. Dedujo así que dentro de muy poco el lugar estaría rodeado. Aquello multiplicó sus fuerzas y su rabia, si ello fuera aún necesario. La fatiga se había desvanecido, y con los músculos tensados por el placer que le daba aquel combate y por la necesidad de acabar cuanto antes, hizo gala de toda su habilidad guerrera.

Philibert de Montoison lo había visto combatir en Poet-Laval, aquella noche épica de la traición de Munia, y sabía que solo no tenía la menor posibilidad de vencer. Hubiera sido más atinado aguardar a los demás, que sin duda se hallaban a unas leguas de distancia. Pero a decir verdad, había actuado irreflexivamente, apremiado por el deseo de cambiar de montura y ganarles aún algo de tiempo. Pero tras

reconocerlos en el patio, ya era demasiado tarde para retroceder.

Cuanto podía hacer para vengarse era hacer que se retrasaran tanto como pudiera antes de morir.

Y eso era exactamente lo que Cem trataba de evitar.

Tanto pinchó a su adversario que le hizo un corte en el hombro y lo obligó a apartarse ligeramente. Sin saberlo, Philibert de Montoisson acababa de ofrecerle la obertura que buscaba. Utilizando el espacio liberado por aquel movimiento, Cem se acuclilló sobre las rodillas y empezó a girar sobre sí mismo cada vez más rápido a la manera de los derviches, con el sable en posición horizontal sobre su cabeza.

Philibert de Montoisson saltó a un lado para defenderse, pero el filo de la hoja le hizo un corte profundo en las costillas y el bíceps y lo empujó hacia atrás. Su espada mordió el polvo. Sin aliento, titubeó, mientras que Cem, impulsado por la fuerza de sus piernas en su movimiento giratorio, barría aún los aires con su espada.

Philibert de Montoisson sólo tuvo tiempo de dirigir una mirada fatalista hacia la fachada. La última imagen que vio fue la sonrisa vengativa de Philippine.

Aquel 19 de julio de 1484, la cabeza de Philibert de Montoisson separada del resto de su cuerpo rodó por los suelos a los pies del príncipe Cem, y Philippine de Sassenage, a quien tanto había torturado, horrorizó a las gentes de la casa al soltar un grito de alegría.

En cuanto Philippine se precipitó tras Nasuh al patio para echarse en brazos de su amado, el posadero cerró la puerta. En menos de un minuto, las puertas y los postigos cerrados fueron atrancados desde el interior: Pasada la distracción, a aquellas gentes no les quedaba más que el miedo a ser masacradas a su vez.

Philippine no se dio cuenta de ello.

En una fracción de segundo, entre los brazos de Cem que la apretaba contra él, ante aquel cuerpo decapitado que aún se estremecía, junto al rostro ensangrentado con los ojos abiertos como platos, acababa de entender que, contrariamente a lo que sugerían las apariencias, Philibert de Montoisson había ganado.

—Hay que partir. Rápido —murmuró Cem a su oído casi sin aliento.

Philippine se apartó y lo miró fijamente con la angustia que había en sus ojos.

—Tú te vas. Os vais. Yo me quedo.

Él se estremeció.

—Os haría ir más lentos, bien lo sabes. Y el tiempo es más preciado que nunca y te quiero libre, Cem, te quiero libre para poder reunirme de nuevo contigo.

—Tiene razón —intervino Nasuh.

Cem lo sabía, pero se negaba a abandonar a aquella mujer que se sacrificaba.

Philippine alió una mano para acariciar el rostro devastado del hombre al que amaba, para impregnarse una vez más de su piel. Sus ojos, por lo general de un azul intenso salpicado de oro, parecían un mar embravecido. El pelo de la barba, descuidada aquellos últimos días, se comía la parte alta de sus pómulos hundidos por

el agotamiento.

Alonde había dicho la verdad, pensó ella. Su hijo nacería velloso, como decía la profecía. El vello excesivo de Cem bajo sus dedos la noche anterior lo corroboraba. Sí. Su hijo nacería, necesitaría un padre para protegerlo de aquella maldición de la que Philibert de Montoisson había sido uno de los instrumentos.

Animada por esa certeza, asió a Cem por los hombros y puso su boca en la comisura de sus labios.

—Vete, te lo suplico. Sálvate, amor mío.

Cem ahogó su súplica con un largo beso.

¿Quién podía decir cuándo volverían a encontrarse?

Se oyó el ruido de los cascos de los caballos. Nasuh había elegido dos monturas frescas. Philippine y Cem se soltaron de su abrazo desesperado. Con las mandíbulas apretadas, Cem asió la rienda de la mano del chelebi y a la par montaron en sus caballos a pelo, avanzaron unos pasos sobre la gravilla del patio y pasaron junto a Philippine en dirección al portal.

Cem volvió la cabeza hacia atrás. No lograba separarse de ella.

Ella sintió un dolor fulgurante, y también determinación. Se lanzó a los cuartos traseros de su caballo y, con violencia, lo golpeó en la grupa para que echara a correr con Cem. Pasaron bajo el porche, giraron a la izquierda y desaparecieron de su vista.

Philippine permaneció un momento inmóvil en el recobrado silencio, con una mano sobre su corazón en llamas, con la mirada clavada en el camino.

Se tambaleó.

En el momento en que la puerta de la posada se abría y salía su dueño, ella cayó de rodillas sobre el suelo pegajoso de sangre, con la cabeza entre las manos.

El hombre se detuvo en el umbral y se santiguó.

Fuera lo que fuese aquel ser, aunque se arrepintiera, el grito que profería no era en absoluto humano, eso hubiera podido jurarlo.

Capítulo 31

Cuando Guy de Blanchefort y Jacques de Sassenage, escoltados por una tropa de treinta hombres, la mitad de los cuales eran hospitalarios, llegaron al lugar cuatro horas más tarde, hallaron a Philippine sentada en un banco ante la fachada de la posada que a la hora de la cena se había llenado de viajeros.

Excepto algunas piedras que sobresalían del suelo y que aún estaban ligeramente enrojecidas, nada delataba el drama que allí había tenido lugar.

Inquieto por la reputación de su establecimiento, el propietario no tardó en reaccionar.

Al quedarse solo el desconocido, llorando allí en su patio, y al no tener un aspecto peligroso, su natural simplicidad se impuso de nuevo.

Mientras ordenaba a su hijo que cerrara la doble puerta de entrada para evitar que alguien entrara en el patio, se precipitó y levantó a Philippine, y sosteniéndola por el hombro, la condujo al interior de la posada. Durante el corto trayecto, descubrió bajo sus dedos el nacimiento de un seno aplastado por el chaleco de cuero. Con el sentido común de las gentes de la montaña, comprendió de inmediato qué había sucedido.

Philippine se lo confirmó casi sin voz.

—Ayudadme, ayudadnos —suplicó ella por fin.

Y él aceptó.

Dejó a su hijo ocupado extrayendo agua del pozo que se hallaba junto al huerto y precedió a la doncella hasta la primera planta. Allí, en una de las habitaciones, abrió el baúl donde guardaba los vestidos de su esposa fallecida el invierno anterior a causa de unas fiebres, y la invitó a que escogiera el que más le gustara.

Cuando Philippine descendió una hora más tarde, lavada, peinada y cambiada, a pesar de su desazón, lacerante, era de nuevo ella misma, dispuesta a afrontar a los hospitalarios.

Salió de la casa.

El cadáver de Philibert de Montoisson había desaparecido y el palafrenero acababa de barrer el patio que habían cubierto abundantemente de paja para absorber la sangre derramada.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó.

Impresionado por su belleza ataviada con aquel vestido sobrio que revelaba ahora su feminidad, el jovencuelo señaló con un dedo hacia el cementerio, detrás del muro de la granja. Philippine se dirigió hacia allí sin demora y se encontró con el posadero que clavaba una cruz sobre un nuevo túmulo de tierra.

—Mi esposa hubiera sido feliz viéndoos con ese vestido. Os sienta bien —comentó antes de volverse hacia una de las turabas.

Al igual que él, Philippine había unido sus manos ante las sepulturas.

—La tercera es la de nuestra hija. Tenía seis años. Sé bien lo que es perder a la

gente a la que amas —le confió aún el posadero antes de comenzar a rezar.

Philippine comprendió. Nadie hallaría a Philibert de Montoisson, y a Cem, si lograran capturarlo, no podrían acusarlo de haberlo asesinado. Si ella misma no lo desvelaba, Philibert de Montoisson podría descansar en paz.

Al reconocer a su hija apoyada contra el muro cubierto de hiedras de la casa, entre dos ventanas entreabiertas por las que salían las conversaciones de los viajeros y el olor de los asados, Jacques de Sassenage desmontó de su caballo. Philippine se puso en pie y se echó en sus brazos a medio camino.

—¿Y Philibert? —susurró él a su oído, inquieto al saber que el caballero los precedía.

Ella apoyó la cabeza en su jubón.

—Enterrado —respondió con voz queda, más aún puesto que Guy de Blanchefort se aproximaba a ellos, con expresión grave y encolerizada.

Por el aspecto que ofrecían, tampoco ellos habían dormido mucho aquellos últimos días. Satisfecho por aquella respuesta pero sin dejarlo traslucir, Jacques de Sassenage apartó a Philippine para regañarla. Tenía que hacerlo.

—Mi alegría al hallaros sana y salva no apacigua la cólera que me corroe, hija mía. Vuestra incalificable conducta recibirá en su debido momento el castigo que merece. Ahora, el tiempo apremia.

—¿Dónde está? —lo interrumpió secamente Guy de Blanchefort mirándola con severidad.

Tras él, los soldados descabalgaban.

Ganar tiempo, ése era ahora su cometido, pensó Philippine cubriéndose con un velo de altiva dignidad.

—No tengo nada que decir.

Un bofetón le cruzó el rostro. Lo recibió plenamente consciente de los remordimientos que había provocado a su padre, de pie ante ella exhibiendo toda su autoridad.

—¡Habla! —le ordenó.

Ella los fulminó con una mirada glacial a uno y a otro y se encerró en su silencio.

—No le sacaremos nada —dijo el barón, desolado—, y no puedo azotarla en esta plaza.

—Encerradla en algún lugar. Que no pueda entrometerse cuando demos con el príncipe —decretó fríamente Guy de Blanchefort antes de desplegar a sus hombres con un gesto y de dirigirse hacia la posada.

Dejándose llevar del brazo, Philippine se alegraba en su interior. Guy de Blanchefort imaginaba que si ella se hallaba allí, Cem y Nasuh también. No tardarían en descubrir lo contrario, pero habría ganado algo de tiempo.

En la sala, ayudado como cada noche por dos sirvientas venidas de un pueblo vecino, el posadero iba de aquí para allá atendiendo a los comensales, con las manos y los antebrazos cargados de platos. Un cochinillo, del que ya se había servido buena

parte, seguía girando en la amplia chimenea al ritmo lento imprimido al espetón por un mozuelo enrojecido por el calor. Su piel dorada llenaba la estancia de un aroma delicioso. A pesar de la intrusión de los soldados de la Orden de los Hospitalarios, seguían oyéndose risas, se alzaban las copas y se masticaba.

Jacques de Sassenage liberó a Philippine.

—¿Y el pájaro? —preguntó, aprovechando la algarabía reinante.

—Ha volado —dijo ella abriéndose paso hacia la escalera.

Se hallaba a media altura cuando la voz del posadero, a unos pasos de ella, se oyó más fuerte, sin duda para que ella pudiera oírle y comprendiera que cumplía su acuerdo.

—¿Los compañeros de esa chica, ahí arriba, en la escalera? Sólo había uno, que vestía un traje de novio desastrado.

Ella no pudo oír la siguiente pregunta de Guy de Blanchefort, sin duda estupefacto, pero se alegró por adelantado de la respuesta mientras subía.

—¿Un turco? ¡Por mis barbas, señor, si hubiera visto uno lo recordaría! No, sólo estaba su esposo, y que por cierto no era muy hablador. Llegaron ayer ya de noche. Y esta mañana, cuando ella se ha levantado, ya estaba sola. Creo que ha estado esperándolo todo el día. Si me permitís que os dé mi opinión, ese canalla se ha largado y ella no tiene dinero para pagarme.

Convencido ante esos argumentos, Guy de Blanchefort los siguió por la escalera. Encerrada en la habitación que el posadero le había prestado para hacer creíble su discurso, Philippine se dejó caer sobre la cama, con las palmas de las manos sobre sus faldas, y el rostro inexpresivo. Mientras el barón se apoyaba en la puerta, con los brazos cruzados, y Guy de Blanchefort, tras acribillarla a preguntas, la sermoneaba acerca de las consecuencias del silencio en el que permanecía enclaustrada, la doncella sólo pensaba en Cem y en su cabalgada, consciente de que cada minuto que ella pudiera ganar también lo ganaba él.

Transcurrió un cuarto de hora. Con la mejilla enrojecida por dos bofetones suplementarios que su padre le propinó, se mantenía testaruda cuando llamaron a la puerta. Jacques de Sassenage, quien se hallaba junto a la misma, la abrió y entró uno de los soldados.

—Hemos registrado la posada de arriba abajo y no hemos hallado a nadie. El palafrenero confirma la versión del posadero. Esta mañana, cuando ha ido a cepillarlos, faltaba un caballo.

Philippine comprendió que si no los retenía con algún cuento los hospitalarios se lanzarían de inmediato tras Cem.

La idea de que pudieran capturarlo la reconcomía tanto que le ofreció las armas necesarias para su mentira. En cuanto se hubo cerrado la puerta, avanzándose a cualquier comentario o decisión, estalló en sollozos.

—Me ha violado... Ésa es la verdad. Philibert de Montoisson me violó antes de huir en plena noche. ¡Maldito sea! ¡Espero que lo hayan devorado los lobos!

Fingiendo consternación, Jacques de Sassenage se admiró para sí del talento mistificador de su hija. Lívido, Guy de Blanchefort tosió en su puño. Aquella revelación justificaba la terquedad de la doncella para callar hasta entonces. Sin embargo, no estaba dispuesto a concederle la parte del león, consciente de la afrenta sufrida por su protegido al verla huir con otro.

Enternecido empero por la confesión, el gran prior de Auvèrnia se agachó frente a ella y le apartó delicadamente las manos de delante de los ojos.

—Es un acto grave, no digo lo contrario, y sin tratar de disculparlo pensad que sería vuestro esposo ante Dios si no hubierais acompañado al príncipe en su huida.

Philippine lo fulminó con una feroz mirada de rencor.

—¡Huí por culpa de la crueldad de ese monstruo! En dos ocasiones ya había tratado de forzarme con violencia, y me prometía mil suplicios de la carne una vez me hubiera casado con él. Por lo que respecta a Cem, ese Dios al que invocáis es testigo de que se ha comportado de manera muy diferente conmigo. ¡No tengo que hacerme perdonar nada!

Con las manos cruzadas a su espalda, cerca de la puerta. Jacques de Sassenage contuvo una sonrisa. Su hija decididamente tenía el don de mentir sin cometer perjurio.

Guy de Blanchefort suspiró. Conocía lo bastante a Philibert para dar crédito a las palabras de Philippine y más aún puesto que el testimonio de las gentes de la casa concordaba. Se estrujó los dedos con fuerza.

—Una vez resuelto este feo asunto de la evasión, os prometo que el señor de Montoisson deberá responder de vuestras acusaciones, querida niña.

—Y que se haga justicia —añadió el barón de Sassenage.

—¿No me obligaréis a casarme con él? —Tembló Philippine dirigiendo a su padre unos ojazos llorosos. Ganar tiempo, aún, decían entre líneas.

—Os lo juro —corroboró Jacques de Sassenage.

—En ese caso, hija mía, todo está en vuestras manos. Los enemigos del príncipe son más numerosos de lo que parece y somos los únicos que podemos protegerlo. Os lo suplico, decidnos ahora cuanto sabéis —la apremió Guy de Blanchefort.

Ella asintió. En sus mejillas marcadas de escarlata, sus lágrimas mentirosas habían trazado unos surcos salados que daban a su rostro un aspecto aún más patético que jugaba a su favor.

—Ayer hacia mediodía, agotados por una noche a caballo, los tres nos detuvimos en una cañada, a unas leguas de aquí. Cem y Nasuh me dejaron descansar, abajo del camino, bajo un tronco hueco, mientras iban a cazar algo para comer. Ambos, pude constatarlo los días precedentes, son maravillosos arqueros, ¿lo sabíais?

—A los hechos, id a los hechos —se impacientó el gran prior sacudiendo la cabeza.

Ella suspiró ruidosamente, dejando que sus hombros se hundieran como si le costara recordarlo.

—La verdad es que me desperté sobresaltada, sacudida por Philibert de Montoisson inclinado sobre mí. Me pegó y me insultó antes de preguntarme dónde estaba el príncipe. Yo era incapaz de decírselo. Había bosques por todas las laderas de las montañas que nos rodeaban. Cem y Nasuh no reaparecieron. Sin duda vieron llegar de lejos y prefirieron abandonarme a él para conseguir huir ellos. Siendo la hora que es, deben de haber alcanzado su destino y me temo que están fuera del alcance de vuestras represalias o de las suyas.

Guy de Blanchefort se puso en pie de un salto. Fuera como fuese, no había más tiempo que perder y lamentó profundamente que Philibert de Montoisson se hubiera entretenido con ella en lugar de precipitarse a Turín como exigía el sentido común. «¡El orgullo, siempre el orgullo!», rugió para sus adentros volviéndose hacia Jacques de Sassenage.

—¿Me acompañáis?

—Por supuesto.

—Hay que pagar la cuenta al posadero... —dijo Philippine, ya en pie.

—Vuestra presencia a nuestro lado no tiene sentido, señorita. Esperaréis nuestro regreso. Con una buena guardia, por supuesto...

Guy de Blanchefort le dirigió una sonrisa antes de proseguir.

—... en el caso, evidentemente, de que Philibert de Montoisson volviera para atormentaros.

Philippine se volvió hacia el barón, que se disponía a salir.

—Padre...

—Lleva razón. Nos retrasarías.

Insistir más en ello habría despertado dudas en Guy de Blanchefort acerca de su sinceridad. Volvió a sentarse en la cama y miró desconsolada cómo se cerraba la puerta. Había hecho cuanto estaba en sus manos. Ahora sólo le quedaba esperar que Cem lograra reunirse con el duque de Saboya. Y, en ese caso, que este último no fuera tan cobarde como para entregarlo.

Capítulo 32

—Espero un hijo.

Beyazid apartó su rostro de la ventana baja y lo volvió hacia Munia, inclinada hasta entonces sobre un gigantesco mapa de piel extendido sobre la mesa de estudio de la gran biblioteca de Estambul. Se limitó a alzar la frente para hacer aquel anuncio, sin premeditación. El sultán meneó la cabeza.

—¿Es mío?

—Eso temo —aseguró ella con una sonrisa.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué? Lo contrario hubiera sido terrible para ti.

—Para mí, sin duda, pero no para él. Conozco la suerte que los pretendientes al trono deparan a sus hermanos.

La alusión a Cerní era clara, Beyazid fue a su lado. Estaban solos en la vasta estancia tapizada de libros 1 de cilindros desde el suelo al techo. En algún lugar, al otro extremo de una de las galerías, el martilleo regular de los pasos del guardián resonó en el silencio. Con un gesto ágil, Beyazid atrajo a Munia hacia él.

—Así son las costumbres de mi país. Por crueles que puedan parecerte, deben ser respetadas.

—Cámbialas... —sugirió ella con una mueca encantadora, enlazando su cuello robusto con sus muñecas.

Él se echó a reír.

—¿Y dar así plena legitimidad a las reivindicaciones de mi hermano? Serías la primera en lamentarlo.

—Es verdad —concedió Munia.

La besó. Cada día que pasaba estaba más prendado de ella. Munia era única y como tal la trataba. Contraviniendo todas las costumbres, ella aún no había puesto los pies en el harén. Incluso la madre de Beyazid, que lo gobernaba, había ido a quejarse del rumor creciente acerca de aquella situación. Beyazid la despachó afirmándole que la esposa de su hermano Cem recibía el trato que merecía. No cabía duda de que con ese embarazo Munia se convertiría en diana de aquellas mujeres expoliadas y abandonadas. Sin embargo, ya no podía disimular su estado por más tiempo. Plantó sus ojos dorados en los suyos, de ébano.

—¿Darías las Tierras Altas a nuestro hijo si alcanzo a descubrirlas?

Parpadeó antes de reír de nuevo.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Munia. No dudas de nada. Nunca.

Ella se asió con más fuerza a su nuca.

—No me has respondido. ¿Te comprometerías por escrito a dejarlo reinar?

Su determinación lo azoró. Se puso serio.

—Si lo que me das es un hijo, lo haré.

Se apartó de él y le dio la espalda para reseguir con el dedo índice el trazado de

aquel mapa de enormes proporciones, como los otros tres, igualmente improbables, que Mustafá había extraído de sus cilindros, hallados en un baúl de cerraduras oxidadas.

Tras quince días estudiándolos uno a uno, Munia había llegado a una conclusión. Todos representaban el mundo en su globalidad y redondez, y todos indicaban un vasto continente al oeste, más allá del océano. Aquí y allá había dibujadas criaturas monstruosas. Monstruos marinos o terrestres y pájaros de pico dentado. Todos hablaban la misma lengua, la indescifrable lengua de los gigantes. Todos habían sido estudiados a lo largo de los siglos por otros que habían dejado sus anotaciones. La mayoría en latín y griego, pero también en chino. Todos se parecían al de Aziz ben Salek, el padre de Munia, excepto en dos detalles importantes.

En el mapa de su padre, el continente al oeste estaba unido a Occidente por el norte. Era en esa franja de tierra —que los otros no representaban— donde se hallaba el emplazamiento de las damajuanas piramidales. Hecho que, para Munia, probaba que el mapa de su padre era mucho más antiguo que aquéllos. Sin duda fueron dibujados tras el robo de la mesa de cristal y de las damajuanas piramidales por los descendientes de los gigantes privados de la posibilidad de regresar que, como Osiris, habían recorrido el mundo con la esperanza de cambiarlo.

Beyazid se aproximó por detrás de ella y la abrazó por la cintura.

—¿Esa pregunta no era anodina, verdad? —le susurró a su oído. Munia fijó su mirada en aquel gran vacío en el océano, entre los dos continentes. La tierra mencionada en el mapa de su padre, ¿se había hecho pedazos antes de desaparecer engullida por las olas, o se había desplazado? Irlanda, Escocia o Inglaterra apuntaban la primera hipótesis. La actual configuración más maciza de los territorios del Gran Norte, la segunda. Munia prefirió reservarse aquellas reflexiones para ella misma, pues no confiaba en Beyazid, y detuvo su índice sobre la línea de tierras que cortaba el paso al oeste.

Inclinado por encima de su hombro, Beyazid abrió los ojos.

—¡Eso no parece Asia! —murmuró.

Munia le mostró el este del mapa.

—Asia está aquí.

La presión contra su vientre se acentuó, fugazmente. Beyazid había comprendido.

—Has dado con ellas —tembló de codicia—. Las Tierras Altas... —De las que nuestro hijo será rey...

Beyazid no respondió. Apartándose bruscamente de ella, abandonó la sala a grandes zancadas.

Munia no se volvió. Había jugado su baza sin traicionar a los suyos. Habría que esperar, en el sufrimiento, aun igualmente doloroso, de su ausencia, a que Beyazid mostrara sus cartas.

Aquel 12 de septiembre del año de gracia de 1484, Enguerrand Sassenage

descubrió por vez primera la mirada sombría de su cuidadora en aquella ciudad de Heliópolis que aún no había abandonado. Una vez sanada su herida, aquella misma mañana dejó de administrarle la decocción que lo mantenía en un profundo estado de somnolencia. Ante su rostro cubierto por un velo abrió unos ojos grandes y sorprendidos.

—Munia... —reclamó.

Su lengua hinchada por el tratamiento se le pegaba al paladar y le provocaba una tos seca.

La muchacha sacudió la cabeza para decirle que no y señaló su pecho con el pulgar izquierdo.

—Malika —se presentó.

Enguerrand le sonrió. Con habilidad, le alzó la cabeza con una mano y le dio de beber con la otra.

El agua, tibia, hizo desaparecer aquella desagradable sensación. Se sintió mejor. Ella lo acostó de nuevo y se apartó. Enguerrand volvió la cabeza para seguir sus desplazamientos en la oscura estancia. Apenas un rectángulo de luz surgía de una abertura baja al exterior. Un pedazo de cielo la compartía con el rubio tinte ocre de la arena del desierto. ¿Dónde estaba?

Malika regresó con una canasta de junco trenzado llena de dátiles. Sus ojos, inmensos, eran picaros. «A tenor de la delicadeza de sus rasgos bajo el velo, es muy joven», se dijo Enguerrand aceptando la mano que ella le tendía antes de sorprenderse al hallarse sentado con las piernas cruzadas, como si aquel gesto no fuera más que la réplica condicionada de otros, repetidos durante mucho tiempo.

Apoyándose en la pared a su espalda, se detuvo un instante en sus pies desnudos, sorprendentemente limpios, que sobresalían de los bajos de su gandura, e introdujo una mano blanda en la canasta depositada entre sus rodillas.

En cuanto mordió la carne azucarada recordó su sabor dulcemente pastoso en la boca. Lo habían alimentado a base de dátiles. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Qué había sucedido para que se hallara allí, solo, sin ella?

Munia.

En su memoria había un vacío enorme. Se veía con ella descendiendo por el Nilo durante la crecida. Por fin debían encontrarse con Aziz ben Salek, el padre de Munia. ¿Lo habían visto? No lo recordaba.

La grácil silueta de Malika le tapó un instante la luz del día. Desapareció en el exterior. Enguerrand dejó el cuenco a un lado sobre el lecho de hojas trenzadas y quiso ponerse en pie. Se descubrió más débil de lo que imaginaba. Sus brazos y sus piernas se habían derretido y la piel le tironeaba entre los omoplatos. Se contorsionó para rascarse y notó un bulto de carne bajo sus dedos.

Una cicatriz, le susurró su instinto.

Cada vez más perplejo, se desperezó, vaciló un instante, se apoyó con la mano en el muro de piedra y avanzó sobre el suelo de losas recubierto de una película de

arena. Hacia la luz. Si la estancia era silenciosa, en el exterior se oían risas infantiles y retazos de conversaciones.

Cruzó el umbral. Entrecerró los ojos bajo el sol inclemente y se llevó las manos a la frente a guisa de visera, cegado.

Frente a él, ocultándole el horizonte, más allá de los numerosos montículos de arena que intuyó que ocultaban ruinas, se dibujaba una larga muralla. Un destello, furtivo, le indicó que ya la había visto en el pasado. Pero ¿en qué pasado? Un desagradable sentimiento de tristeza hizo mella en él sin que pudiera materializarlo.

Una exclamación. Volvió la cabeza. Dos *felahs*, uno joven y el otro de más edad pero ambos bronceados por el sol, avanzaban hacia él. Malika los acompañaba. Enguerrand no comprendió nada de cuanto le dijeron, pero por sus sonrisas desdentadas y sus amistosas palmadas en el hombro, dedujo que estaban contentos al verlo ya tenerse en pie.

—¿Munia? —aventuró de nuevo ante la persistencia de aquella desesperación en su interior.

Ambos hombres movieron la cabeza negativamente. A todas luces, ignoraban a quién se refería.

Ya fatigado, Enguerrand aceptó su ayuda para regresar a su lecho. Se tumbó en él con placer. Ante todo, debía recuperarse para tratar de comprender lo que le había sucedido. Lo que les había sucedido.

Cuando trató de cruzar el porche que conducía a los apartamentos del sultán, justo antes del toque de queda, Munia lo halló vigilado por un eunuco que, armado de una cimitarra al cinto, la aguardaba, con los brazos cruzados sobre su vientre prominente. Lo conocía. Era Musa, el castrado al que Beyazid había ordenado seguir discretamente sus pasos.

—Apártate —le ordenó—, me esperan.

—Esta noche no —le dijo él, inclinándose respetuosamente.

El corazón de Munia dejó de latir. Insistió.

—Debo ver a tu señor, es urgente.

—Lo lamento. No desea tu presencia y me ha ordenado que te conduzca ante su madre, que te espera.

La egipcia sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

¿Había sido el anuncio de su embarazo, su insistencia en que la reconociera o simplemente la pretendida localización de las Tierras Altas lo que le había valido a Munia caer en desgracia súbitamente? Era difícil decirlo. Fuera lo que fuese, sólo podía someterse y manifestar, ante aquella que regentaba el harén de su hijo, la máxima servidumbre.

Musa la invitó con un gesto a adentrarse en el largo corredor bajo las arcadas. Al final del mismo, más allá de los tres suntuosos patios alineados y de sus estanques de mosaicos, se hallaba el largo edificio de dos plantas del harén Omayún. Una celosía blanca cubría la fachada del mismo hasta media altura, y permitía a sus huéspedes

contemplar la exuberante vegetación del jardín interior del palacio sin que nadie lo sospechara. ¿Cuántas de ellas habían observado con envidia a Munia deambular con Beyazid por los paseos bordeados de rosales? ¿Cuántas deseaban su muerte por haberles robado el corazón del sultán? Munia se estremeció. Tendría que mover sus piezas con enorme habilidad si quería salir con vida de aquella arena.

Se detuvo ante una puerta vigilada por dos eunucos, tan agradables como el que la escoltaba.

—Descálzate, no debes mancillar este lugar de ninguna manera —le ordenó Musa.

Una vez hubo abandonado su calzado en una canasta reservada a tal efecto, su carcelero deslizó en la cerradura una llave que llevaba colgada del cuello, inmóviles incluso en sus ojos de mirada fija, como imponentes estatuas, ambos guardias ni siquiera pestañearon.

La puerta se abrió.

Musa se apartó para dejar que entrara Munia.

Febril, cruzó el umbral de un patio elegante descubierto, decorado en el centro con un estanque cuadrado poco profundo.

—Debes atravesarlo —le dijo el eunuco antes de retroceder.

Cerró los dos batientes tras él. Munia se sobresaltó al oír que la cerradura se cerraba. Una mirada, furtiva, hacia atrás.

—Es inútil. Desde este lado no hay pomo para abrir.

No había animosidad en aquella voz teñida de cierta nobleza. Munia volvió la cabeza. Aparecida allí como por arte de magia, una mujer de extraordinaria belleza aunque tuviera ya los signos de su edad se hallaba, con el rostro descubierto, al otro lado del estanque: la madre de Beyazid, antaño primera esposa de Mehmed II, eclipsada por la madre del príncipe Cem y hoy en día de nuevo la janum.

La mujer más poderosa del harén. Sin duda alguna.

Contra lo que cabía esperar; le sonrió y le tendió la mano.

Alerta, empero, Munia cruzó el agua que corría y que un pequeño manantial renovaba sin cesar, y se arrodilló ante ella.

—Es un honor —dijo.

—¿Es verdad lo que dicen? ¿Qué traicionaste a tu esposo, el príncipe Cem, para reunirte con mi hijo al que amabas en secreto?

Munia alzó hacia ella sus ojos maquillados.

—Sí —respondió sin dudar.

La janum desabrochó del lado derecho del rostro el velo que ocultaba los rasgos de Munia.

—Ponte en pie —la invitó, con el rostro iluminado por la satisfacción—. Los enemigos de mis enemigos son mis aliados. Estás bajo mi protección. Sé bienvenida en este palacio.

La mala suerte sorprendió a Cem a sólo veinte leguas de la posada. El bosque hermoso. Su caballo tropezó en una rodada y si en un primer momento, pareció que no se quejaba, al cabo de unos minutos empezó a cojear y acabó por claudicar de tal manera que Cem descabalgó. El esguince era grave y el animal transpiraba abundantemente. Cem amaba demasiado a los caballos como para dejar que aquél sufriera inútilmente. Le habló un buen rato al oído, como sabía hacer desde su infancia, y luego desenvainó su cimitarra para poner fin a su vida.

Negándose a perder la esperanza habida cuenta del enorme sacrificio que había hecho Philippine para que él se salvara, comenzó a cantar a la gloria del animal abandonado a los carroñeros y dejó que Nasuh regulara el paso de su propia montura, soportando el peso de los dos jinetes.

Poco antes de medianoche, cuando obligados a dar un descanso al animal se detuvieron en un margen del camino, el ruido de un galope los alertó. Se aproximaba una tropa. Se apresuraron a ponerse a cubierto tras unas rocas. A pesar de la luna llena, sus perseguidores pasaron de largo sin descubrirlos. Bastó una mirada para que Cem y Nasuh se pusieran de acuerdo. Ahora ya era inútil proseguir hacia delante. El cadáver del caballo de Cem había dado a los hospitalarios toda la información necesaria para calcular la ventaja que les llevaban.

Cem podía apostar por ello.

En menos de una legua, los hospitalarios se escindirían en dos grupos. El primero daría alcance a la caravana del duque de Saboya para recordarle los acuerdos que habían concluido. El segundo volvería sobre sus pasos para capturarlo.

—Vamos —le dijo a Nasuh.

No era cuestión de que se dejaran atrapar. Llevando al caballo de la brida para no cansarlo aún más, Cem se dejó guiar por las estrellas para hundirse en el secreto de las montañas.

—Como en Anatolia —sonrió Nasuh escalando la escarpada ladera a su lado, en el bosque.

—Allí regresaremos, hermano —le prometió Cem.

Y ambos creyeron en ello.

Cuatro días.

Al quinto día, tras haber abandonado el caballo desde batía ya tiempo, seguidos por los rastreadores de los que se había provisto Guy de Blanchefort, ambos se hallaban rodeados bajo un cielo plomizo a la salida de un pequeño desfiladero. Arrimándose espalda contra espalda en un último intento de defensa, desenvainaron sus cimitarras. A modo de respuesta, Guy de Blanchefort ordenó a sus arqueros que armaran sus arcos. Y acto seguido, solo, avanzó hacia ellos.

—Apuntarán a vuestras piernas, Cem. Y al corazón de Nasuh para doblegaros. Arrojad las armas. Se acabó.

Jacques de Sassenage, con el rostro descompuesto, se reunió con él.

—En nombre de nuestra amistad, príncipe —insistió.

Por ella, decía su mirada, de verdad.

Por ella.

Cem bajó su brazo. Nasuh el suyo.

—Philippine nos lo contó todo, su captura por Philibert de Montoison poco antes en la posada mientras vos cazabais, la marcha de éste tras caer la noche después de abandonarla —dijo Jacques de Sassenage mientras dos hombres los ataban—. Es sorprendente que no os hayáis encontrado con el caballero —añadió, anticipándose, lo adivinaba, a la pregunta de Guy de Blanchefort, que se inquietaba por la suerte de su protegido.

No era necesario decir más. Cem lo había comprendido. Aunque ignorara cómo, a todas luces, Philippine había logrado la proeza de ocultar el duelo y sus consecuencias y su versión los amparaba.

—No —afirmó—, no nos hemos encontrado con él.

Aquel 12 de septiembre del año de gracia de 1484, encerrado en su habitación del castillo de Rochechinard mientras ultimaban su traslado, con el corazón desgarrado, Cem mantenía la frente pegada al cristal en dirección a La Bâtie. Al día siguiente, sin duda por última vez, y gracias a la insistencia del barón Jacques sumada a su promesa de no intentar de nuevo nada, volvería a Philippine de Sassenage y la obsequiaría con el más bello diamante de su colección.

Una pieza excepcional para un día excepcional. Philippine se casaba.

Capítulo 33

Philippine dibujó una sonrisa en su rostro cansado y se esforzó para no moverse ni un dedo de modo que la costurera pudiera ajustar, a toda prisa, un pliegue de su vestido de novia que, transcurridas poco más de dos semanas, le había quedado demasiado holgado.

La modista ladeó la cabeza a uno y otro lado para juzgar la caída y clavó su aguja en un ovillo de tela cogido a su cintura.

—Podéis bajar los brazos, señorita Hélène —le dijo, y luego añadió—: Mis mejores deseos de felicidad. Y son sinceros.

Philippine no lo dudó.

Oe igual manera que en el castillo todo el mundo detestaba a Philibert de Montoisson, su nuevo prometido contaba con una amplia unanimidad.

—Gracias, Coratine. Ahora podéis retiraros.

Jacques de Sassenage, que aguardaba en silencio, confortablemente sentado en un sillón, se puso en pie en cuanto la puerta se cerró.

—Estás espléndida —le confirmó.

Con un nudo en la garganta, Philippine se contentó con inclinar la cabeza. Jacques de Sassenage se situó detrás de ella y la asió de los hombros. Como la suya, su mirada era triste y resignada.

—Si tuviera otra elección...

Philippine puso su mano, que temblaba, sobre la de su padre.

—No os preocupéis, padre. Todo irá bien.

—Me las ingeniaré para que puedas pasar unos minutos a solas con él, después.

Una lágrima se escapó del párpado de Philippine. Con un gesto voluntario, la enjugó con el reverso de la mano antes de que le llegara a la mejilla.

Las campanas doblaron alegremente.

Jacques de Sassenage retrocedió y le ofreció su codo.

—Ya es la hora.

Philippine asió su brazo con sus dedos enguantados. En el marco de la puerta que acababa de abrirse, Algonde los esperaba.

Desde que se separaron ante el cadáver decapitado de Philibert de Montoisson, Philippine no había vuelto a ver a Cem. A lo largo de ocho días esperó en la posada, en casa de sus nuevos amigos que, al igual que ella, se alegraban del paso del tiempo que ofrecía a Cem la oportunidad de llegar a su destino. Y luego reapareció su padre, solo con sus hombres. La esperanza se desvaneció y ella se hundió. Le dijo que Guy de Blanchefort había seguido un camino más directo para regresar a Rochechinard. Tras desmoronarse su sueño, abandonó con tristeza El bosque hermoso. No volvió la vista atrás. Ni ella ni su padre dirigieron sus miradas hacia la tumba de Philibert de Montoisson. Aquella rata no lo merecía.

Fue en el curso de los altos en el camino cuando, tras confesarle Philippine su

abandono en brazos de Cem, Jacques de Sassenage la puso al corriente de su estrategia para vencer a Marthe, decidida con Aymar de Grolée y su joven hermano François unos meses antes.

Segura de estar embarazada de Cem y de haber perdido a éste para siempre, Philippine aceptó la solución propuesta.

En La Bâtie, saciados por orden de Sidonie con las vituallas preparadas para el banquete nupcial y que hubiera sido una lástima que se estropearan, los invitados se fueron eclipsando. Quedaba sólo la alegre pandilla de cortesanos y damas de compañía que vivían bajo el techo de sus señorías.

Entre ellos, y tras regresar sin problemas de Piamonte, se hallaba Aymar de Grolée.

Philippine lo saludó como a los demás y luego, tras dejar que su padre explicara que Philibert de Montoisson ya no era digno de ella pero que, como deseaba casarse, escucharía todas las peticiones que se le hicieran, se retiró a su habitación para llorar en brazos de Algonde.

Marthe no tardó en aparecer. Sin decir palabra, con el rostro inexpresivo, la cogió por la muñeca con su mano ganchuda y pasó la otra por su vientre. La satisfacción suavizó un instante sus rasgos.

—¿Y Montoisson? —preguntó, sin siquiera tomarse la molestia de una nueva introspección.

—Muerto —confesó Philippine—. Después de que me violara.

Marthe se encogió de hombros. Philippine sólo podía estar embarazada de Cem. En cuanto a aquel estúpido, haberse cuidado más. Por lo demás, ya se las apañaría.

Se marchó mirando de arriba abajo a Algonde con ojos malignos.

Dos días después se publicaron las amonestaciones, pero esa vez no hubo fiesta. La fiesta ya se había celebrado.

Philippine entró en la iglesia del castillo con la frente alta. El templo estaba lleno. De sus pretendientes descartados por Jacques de Sassenage y que aún se preguntaban el porqué; de sus damas de compañía, excitadas ante aquel giro de la situación; de sus hermanos y hermanas que, con excepción de Louis, al que su padre había hablado en privado poniéndole al corriente del comportamiento de Philibert, se alegraban. De Cem y Nasuh finalmente, desarmados y vigilados en su banco, cerca del transepto, por Guy de Blanchefort y sus hombres.

Cem, que miraba al coro para no mirarla a ella.

Dolorosamente consciente de su presencia, Philippine avanzó a lo largo de la nave hasta aquel hombre que había aceptado casarse con ella aun a sabiendas de que llevaba el hijo de otro y que nunca le pondría una mano encima. Aquel hombre que le sonreía con generosidad y al que conocía desde su infancia.

Ay mar de Grolée, barón de Bressieux.

Ante el altar, aceptó la mano que éste le ofrecía, se volvió hacia el cura y esperó a

que la casaran.

En cuanto se pronunciaron los votos y se intercambiaron los anillos, Aymar de Grolée le dio un beso en la frente y le dijo al oído:

—Confiad en mí.

Ella entrelazó sus dedos con los suyos. Los apretó. Para aguantar. Se volvieron hacia la multitud, que se había puesto en pie para aclamarlos.

La mirada de ella se cruzó con la de Cem, herido por un dolor indescriptible. Lo sabía. Sabía la razón de aquella boda. Sabía qué hijo llevaba ella en su vientre. Jacques se lo reveló en una visita. Sabía que era lo mejor que podía hacerse. Para ella. Para ellos. Hasta que Jacques de Sassenage hallara el medio y el apoyo del rey de Francia para que se aceptara su conversión. Liberado.

Lo sabían. Ambos. Y les dolía en lo más hondo de su ser.

La palidez de Philippine a raíz de los últimos acontecimientos de los que nadie sabía la razón pareció normal. El brazo de Aymar de Grolée subrepticamente deslizado sobre sus hombros para que no cayera también lo pareció.

Philippine de Sassenage abandonó así la iglesia, entre vítores, y Cem, haciendo de tripas corazón, se volvió hacia el gran prior de Auvernia y le dijo en un aparte:

—El señor de Montoisson debe de sentirse muy culpable para no haber tenido el coraje de oponerse a este matrimonio.

—¿Y vos, príncipe? —le preguntó Guy de Blanchefort, distanciado de su prisionero tras la huida.

—¿Yo?

Cem tuvo fuerzas para sonreír.

—Soy feliz porque no lo ha hecho.

El harén Omayún era de extraordinaria belleza, con baños de vapor, salas de masaje, fuentes y estanques engastados en pequeños jardines de mil perfumes. La vida allí era dulce y serena, y sus huéspedes vivían esperando la apertura de aquella puerta por la que había llegado Munia.

Curiosas, las esposas de Beyazid se precipitaron alrededor de ella para verla de cerca. Todas excepto una. Su primera esposa, Ihda, que aguardó a que la janum la presentara. De una belleza fulgurante, la griega contempló a Munia lentamente y le dio la espalda como una reina despechada.

—Se acostumbrará, como yo tuve que acostumbrarme a la madre de Cem. Pero debes saber que te odia, como yo la odié —# dijo la janum tras dar unas palmadas para dispersar a las demás.

Munia se dejó conducir a otro patio, de muros blancos cubiertos de jazmín. Había una mesa dispuesta y cubierta de manjares deliciosos, junto a un círculo de metal suspendido de unas cadenas.

—Los eunucos se ocupan de que no nos falte nada y yo de que hagan bien su trabajo, pero si tienes algún deseo, haz sonar ese gong.

—¿Cuándo volveré a ver a Beyazid? —preguntó Munia, que sólo tenía ese deseo.
La janum adoptó un aire grave.

—¿Acaso has olvidado que eres la mujer de su hermano?

—Eso no le ha preocupado hasta ahora.

La janum meneó la cabeza, molesta.

—Según nuestras leyes, el hijo que llevas dentro de ti sigue siendo de tu esposo. Beyazid lo sabe. No te tocará hasta que hayas dado a luz.

Munia se echó a temblar.

—¿Eso quiere decir que no saldré de aquí hasta que haya nacido?

—Así son nuestras costumbres, Munia. Hay que aceptarlas.

—Tengo otras ambiciones que permanecer enclaustrada —exclamó airada.

La janum se sacó un pequeño frasco de debajo de sus velos. Asiendo la mano de Munia, se lo depositó en la palma.

—Por eso te da a elegir. Conservar tu hijo... o tus privilegios.

Aquel 12 de septiembre del año de gracia de 1484, con el hombro apoyado en la celosía que dominaba los jardines, Munia observaba al sultán deambular con su consejero a lo largo de las avenidas bordeadas de rosales floridos. En algunas ocasiones, como si sospechara su presencia, Beyazid alzaba la cabeza hacia ella. Ahora comprendía su súbita reacción en la biblioteca. Prendado de ella con locura, había acabado por olvidar que oficialmente ella era, para todos, la esposa de Cem. Por unos instantes, incluso había concedido al hijo que creía suyo un privilegio prohibido. Ella lo comprendía y sabía qué esperaba él.

Cerró los ojos dolorosamente. La noche había sido larga en el silencio de aquella comunidad. En el silencio de su corazón. Pero su decisión estaba tomada, a pesar del precio inhumano que debería pagar.

Al pie de los ocho peldaños que conducían a aquella claraboya, en la sala inmensa donde se distraían durante el día, las mujeres reían, se salpicaban unas a otras con agua y jugaban como chiquillas. Algunas aún lo eran. Muy jóvenes. Vírgenes que esperaban acceder un día al lecho real y por eso se reían de una vida en cautiverio.

—Tú no eres como las demás.

Era la voz de la primera esposa de Beyazid que ya le había dado un hijo, Ahmed. Munia se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó para iniciar una conversación que no le apetecía.

Ihda se apoyó contra la celosía y la miró de frente. Una mirada de reojo hacia el jardín. Una sonrisa triste.

—No hace mucho tiempo, era a mí a quien esperaba tras ese muro. Acabé con todas. Con todas las que pensaron que podrían ocupar mi puesto. Todas. Con o sin el apoyo de la janum.

Munia la miró fijamente.

—Conmigo no podrás.

—Lo sé, y no me arriesgaría. Si osara cualquier cosa contra ti me cortarían la cabeza de inmediato.

Munia se sobresaltó.

—No. Por supuesto que no. Eres la madre de su primogénito, Beyazid jamás te condenaría.

Ihda rió, desengañada.

—Tú no lo conoces como lo conozco yo. Su crueldad no tiene límites, ninguno, cuando se siente traicionado.

—Cem es de la misma naturaleza. Yo sufrí las consecuencias.

—Así se dice. Y no dudo que sea verdad.

Se apartó graciosamente de la celosía.

—Tú y yo deberemos convivir. Pero no mucho tiempo. Te ofrece la libertad, un bien que jamás me ha consentido. Hazme el favor de no regocijarte de ello cuando abandones este lugar. Mis privilegios nunca serán los tuyos, pero los tengo en alta estima.

Munia dejó que descendiera los peldaños.

—Te equivocas conmigo —dijo.

Ihda se volvió, sorprendida.

—Me quedo con el niño.

Un velo de terror cubrió el rostro de la griega, sustituido casi al instante por una sonrisa de satisfacción.

—Estás en tu derecho... Y me alegro, porque no te lo perdonaré jamás.

Apenas Jacques de Sassenage los dejó solos en su despacho, Philippine se lanzó en brazos de Cem. Él la apretó contra su pecho, con los ojos cerrados y la nariz entre sus cabellos perfumados.

—Amor mío, vida mía, alma mía... —murmuró cubriéndola de besos hasta dar con sus labios y callarse.

Con el aliento entrecortado, no podían sin embargo separarse uno de la otra, pues estaban sedientos. Sedientos y desesperados. Unos minutos. Guy de Blanchefort no había concedido más. Y si había aceptado era en recuerdo de la amistad que sentía por Cem a pesar de la decepción y la tristeza que le embargaba. Pese a que Cem le había asegurado que nada sabía acerca de la desaparición de Philibert de Montoison, a Guy de Blanchefort le costaba creerlo. Montoison no era hombre capaz de renunciar. Si no había reaparecido era porque estaba muerto. «Sorprendido por los lobos, numerosos en estas montañas», sugirió su último guía. Guy de Blanchefort decidió por fin aceptar aquella posibilidad. Más cómoda. Aunque en su corazón desgarrado siguiera palpitando la duda.

Cem no había tratado de trastocar el destino que le aguardaba en Bourgneuf, en aquella torre que los hospitalarios habían hecho restaurar en secreto para acogerlo. Una cárcel. Sólidamente vigilada. No quería decírselo a Philippine. ¿De qué serviría?

Aquel momento era sólo para aquello que quería llevarse con él allí, entre aquellos cuatro muros demasiado altos para que pudiera escapar. Todo aquello que necesitaría para sobrevivir. Sin ella.

—No saben nada. De Mont... —quiso decirle ella.

Él se lo impidió.

—Calla... No tiene importancia. Ya nada tiene importancia. Te amo. Te amo... Te amo... Quiero que lo recuerdes, cada día, cada hora, cada minuto. Quiero que sientas mi presencia a tu lado. En el canto de un pájaro, en el soplo del viento, en el calor del verano. Quiero que al cerrar los ojos, por la noche en tu cama, recuerdes el perfume de nuestros abrazos y dé a tus sueños el color de mis besos.

Ella lloraba, con el rostro aprisionado entre sus manos, sus ojos mirando a los suyos, del azul del océano durante la marea alta. Él seguía hablando, bebiendo tras cada palabra una gota de aquella lluvia que manaba.

—Quiero que ese niño nazca. Quiero que crezca para que te alimentes de mí.

—Lo amaré, Cem. Lo amaré como te amo a ti.

—Lo amarás, sí, lo amarás y yo también. Yo también.

Volvió a abrazarla contra él. Casi hasta ahogarla.

—Aymar de Grolée es un buen hombre —añadió.

—Nunca habrá nadie más que tú. Lo sabe.

—Sí. Sí —repitió, loco de dolor.

Ya llamaban a la puerta.

Ambos corazones torturados gimieron al unísono, y se abrazaron y se besaron de nuevo.

Tres golpes suplementarios en la puerta.

Cem sacó una bolsa que dormía sobre su corazón y la puso sobre el suyo.

—Para ti... Porque es eterno.

La puerta se entreabría tras él.

Se alejó de ella.

—Adiós, Hélène.

Jacques de Sassenage lo asió afectuosamente de los hombros. Desolada, Philippine permaneció inmóvil mientras Cem dejaba que se lo llevaran.

Una semana más tarde, Cem se trasladó a Bourganeuf y Philippine, acompañada de Algonde y de Mathieu, a Bressieux.

Una semana más tarde, Beyazid llamó a su lecho a su primera esposa, dando a entender así a Munia que la condenaba al olvido.

Una semana más tarde, arrodillado en el patio de un palacio abandonado, tras recuperar la memoria y con el corazón convertido en cenizas, Enguerrand de Sassenage acariciaba con sus lágrimas el lugar donde sus salvadores habían enterrado a toda prisa cuatro cuerpos. Dos hombres y dos damas, dibujaron con el índice sobre la arena.

Si hubiera sabido que aquella noche, en el momento de llevarse a Munia, Hugues de Luirieux había apuñalado a una vieja atraída por el jaleo cuando ésta se disponía a dar la alerta, sin duda se habría lanzado en busca de aquélla a la que amaba.

En lugar de eso, convencido de que su sed de venganza le llevaría tarde o temprano tras el rastro de su rival, se hizo una promesa. Hallar las Tierras Altas, pues aquélla habría sido su última voluntad.

Capítulo 34

La carta de Louis II, marqués de Saluces, llegó aquel 16 de octubre al castillo de La Bâtie.

Querido primo:

A buen seguro conocéis las diferencias que desde la muerte de mi padre me enfrentan al duque de Saboya. Al considerar que mi tierra se halla bajo vasallaje del rey de Francia y no suyo como así fue en el pasado, persisto en negarme a rendirle homenaje. Nuestro soberano, el buen Carlos VIII, me ha hecho saber su apoyo. Éste, sin embargo, se retrasa y más aún puesto que estos últimos días el duque de Saboya acaba de declararme la guerra. Temo que el castillo de Revel, desde donde os escribo y que mi esposa se niega a abandonar, sea el primero en ser asediado en primavera. Al igual que otros, Aymar de Grolée me ha confirmado su ayuda pero, desafortunadamente, estimo ésta insuficiente para hacer frente a la vindicta del duque.

En consecuencia, querido primo, conociendo vuestro afecto, me permito pedir os socorro en esta lucha legítima...

Jacques alzó la vista de aquel pliego que había leído en voz alta, con el ceño fruncido. Sentada frente a él, cerca de la chimenea en la que crepitaba el fuego, Sidonie interrumpió su labor de costura. Tras ellos, Marthe había proseguido la suya.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Sidonie.

—Lo necesario. Una vez rechazados los ataques del duque de Saboya, el ejército que habré reclutado podrá apoyar a las huestes de Francia contra Bretaña. Mis refuerzos serán bienvenidos. En arabos casos.

—¿Es razonable? A vuestra...

Sidonie no terminó su frase y bajó la mirada, sonrojada. Jacques suspiró. Había entendido perfectamente la alusión.

—La edad sólo ha alcanzado mi rostro, amiga mía. Ni mi corazón, ni mi gallardía y aún menos mi coraje sufren senilidad.

Se puso en pie.

—Voy a preparar mi viaje al Piamonte. Antes de que el invierno llame a nuestras puertas, urge preparar con el marqués un plan de defensa que podamos someter al rey. ¿Tenéis algo que objetar a ello?

Marthe, a la que se acababa de dirigir, consintió dirigirle su mirada incisiva.

—Nada. Corred a socorrer a vuestro primo, querido. Y puesto que él mismo se ha ofrecido, llevaos al señor de Bressieux. Me molestaría que, al igual que vos, se

entrometiera en mi camino en el momento del parto de Hélène.

—¿Acaso su palabra de no hacerlo no os basta ya? Sin embargo, es más valiosa que la vuestra —dijo Jacques con una mirada torva.

Marthe se encogió de hombros.

—¿Qué puedo hacer yo si vuestra Jeanne halló el modo de cortarse las venas en lugar de esperar sensatamente a que yo la liberara? Está muerta. Al igual que Sidonie, por el contrario deberíais felicitaros.

Jacques le dio la espalda. Sólo el sollozo ahogado de Sidonie, que había retomado la aguja con pulso tembloroso, le dolió, Hubiera querido poder decírselo, pero suponía un riesgo enorme. Así que fingió aceptar la mentira del suicidio de Jeanne cuando Marthe se lo dijo, tras la boda de Philippine. Sidonie no se recuperaba. No cabía duda de que temía la misma sentencia de muerte para él, para ella, para su hijo Claude de corta edad y para Philippine una vez la harpía hubiera obtenido lo que quería.

En el castillo de Bressieux, de elegante arquitectura con sus torrecillas circulares, Philippine mataba el tiempo a pesar de su pena escribiendo a Cem largas cartas que no le enviaba por temor a que fueran interceptadas.

A propuesta de Algonde, que trataba de distraerla por todos los medios, finalmente había aceptado recibir a Marie de Dreux, con la que Laurent de Beaumont tardaba en contraer matrimonio.

Debía llegar aquel día.

Algonde se alegraba de ello.

Rechazando cualquier compañía que no fuera la suya, Philippine se reconcomía de desesperación. Se negaba a salir y pasear, comía como un pajarillo y, a pesar de los esfuerzos de Aymar de Grolée, se abstenía de conversar. Era un milagro que Algonde finalmente hubiera conseguido que aceptara y, aún más, aquella tarde del 17 de octubre se vistiera para acoger dignamente a la visitante.

Al ver que así, ataviada como una princesa, volvía a ser un poco ella misma, Algonde sacó un tablero de damas y lo dispuso con autoridad sobre una mesa baja. Cuando estaban jugando su cuarta partida y, absorbida por el juego, Philippine había comenzado a despejar su mente, se abrió la puerta y entró un criado.

—La persona a la que esperáis ha llegado.

El rostro de Philippine se ensombreció.

—Haced que pase dentro de diez minutos —decidió Algonde en su lugar, antes de estallar de cólera, apartando el tablero con un gesto indignado.

—Basta ya, Hélène. Ya estoy harta.

Philippine se sobresaltó. Hasta entonces, Algonde había hecho gala de verdadera compasión.

—¡Sí, estoy harta! —repitió Algonde poniéndose en pie bruscamente.

—¿Y qué puedo hacer si soy desgraciada?

—¡Todo! —se indignó Algonde martilleando el suelo yendo de un lado a otro—. ¿Has olvidado lo que sufrí yo al estar separada de Mathieu?

—Era diferente. Sabías que volverías a verlo.

—¿Crees que la esperanza basta para curar las heridas? ¿La ausencia? Desengáñate. Aún es más perniciosa. Te roe como una rata hasta en el más pequeño rincón de tus entrañas. Alimenta el fervor sin darle los medios de existir. Y, sin embargo, ¡no dejé de vivir!

—Es inútil que te enfades —masculló Philippine.

—Sí, me enfado, porque este lugar se ha vuelto siniestro, porque tu mal humor lo aplasta, porque esas gentes dispuestas a complacerte se ven obligadas a discutir sin razón, y porque Aymar de Grolée, por el mero hecho de su sacrificio, ¡se merece algo más que esa cara de pocos amigos que le haces...! ¡Y yo también! —añadió con humor, cruzando los brazos sobre su pecho.

Philippine sollozó.

—También estoy harta de esas lágrimas —añadió Algonde sin piedad—. De vosotros dos, de quien más hay que compadecerse es de Cem. No le rindes homenaje, te entierras en su recuerdo como si fuera un difunto al que no se deja de velar. ¡No está muerto, por todos los diablos! ¿Cautivo? Ya lo estaba. ¿Olvidado por todos? Menos que antes, puesto que tu padre y Louis mantienen correspondencia con el rey acerca de él. Estoy segura de que se alimenta de tu amor como de un cielo de verano. Y tú, ¿qué haces? Te mueres. ¿Y por qué, por todos los dioses? Pues porque te sientes culpable de ser libre mientras que él vive preso.

Los lloros de Philippine se detuvieron en seco. Alzó hacia Algonde una mirada asombrada.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo —repitió Algonde, mordiéndose el labio—. Te regodeas en la desgracia, Hélène, y me niego a seguir compadeciéndote por más tiempo.

Se hizo el silencio. Sus miradas se enfrentaron un momento. Philippine fue la primera en romperlo, se sacó un cuadrado de tela de la manga y se sonó.

La puerta se abrió en aquel instante y apareció la señorita de Dreux. Abandonando sin remordimientos a Philippine que, de espaldas, se frotaba los ojos, Algonde avanzó hacia ella con la mano tendida y habiendo recuperado su sonrisa y su buen humor.

—Sed bienvenida al castillo de Bressieux, Marie, soy Algonde —se presentó.

—Lo imaginaba. Hélène me habló de vos en Romans y me satisface enormemente conocerlos.

—Y a mí me alegra volver a verlos —dijo Philippine con voz nasal poniéndose en pie.

Aunque su rostro sonrojado sorprendió a Marie de Dreux, ésta tuvo la elegancia de no aparentarlo. Philippine se excusó.

—Os besaría, pero tengo un fuerte resfriado y no quisiera contagiároslo.

Los ojos de Marie brillaron y una sonrisa distendió sus rasgos.

—¡Oh, no tiene importancia! ¡Tenía tanto miedo de que jamás me perdonarais!

Y, sin demora, abrazó a Philippine con todo el calor del afecto que por ella sentía. Algonde se alegró de ver que Philippine la besaba a su vez en ambas mejillas.

Su duelo había terminado.

Hugues de Luirieux descubrió la desaparición de la damajuana piramidal frente a la costa de Nápoles, cuando el barco mercante en el que se había embarcado navegaba rumbo a Aigues-Mortes. Hasta entonces, con la mente embotada por el recuerdo hiriente de Munia, se había replegado en sí mismo hasta el punto de que sus hombres se inquietaron. Era demasiado tarde para volver atrás. Debía reconocer de nuevo que Munia era más inteligente y taimada de lo que aparentaba.

Al librarse de su torpeza se rió, burlándose de sí mismo y de su exagerada sensiblería antes de reunirse de nuevo con sus hombres y jugar con ellos una partida de dados, como antaño. Jamás una doncella lo había dominado. Había hecho bien deshaciéndose de ella.

Dudaba, sin embargo, de la decisión que había tomado de regresar a Rochechinard para rendir cuentas de su misión a Philibert de Montoisson. Sin llevar con él a Enguerrand, a Munia o el objeto que Cem confiaba recuperar, ¿para qué volver?

Ali ben Cheikh, el pirata sarraceno que los había llevado a bordo a la ida le había propuesto unirse a él y poner su temperamento al servicio de la rapiña. A pesar del hábito que vestían, Hugues de Luirieux y sus acólitos eran de la raza de los oportunistas e intrigantes. Ladrones y asesinos que se acomodarían mejor a una vida de aventura y libertad que al servicio de la Orden de los Hospitalarios. Hugues de Luirieux estaba convencido de ello, pero rechazó la oferta. Si no daba un heredero a sus tierras antes de morir su nombre se perdería, y aún le quedaba suficiente orgullo como para negarse a ello. A su regreso, y dado que el gran maestro lo había autorizado, abandonaría la Orden y buscaría una dama con la que casarse. Sin duda no le haría olvidar a Munia, pero qué importaba, no era eso lo que le pediría. Una vez su hijo hubiera pasado la edad crítica de los recién nacidos, pardiez, si se aburría ya hallaría medio de guerrear.

Aquel día casi se arrepentía de no haber aceptado el ofrecimiento. En el castillo de Bourganeuf, al que se había dirigido, Cuy de Blanchefort acababa de confiarle una última misión antes de retirarse: aclarar la desaparición de Philibert de Montoisson, aunque tuviera que dedicar a ello varios años.

Marie de Dreux era una compañía muy agradable. Su natural reserva, sumada sin duda al sentimiento de culpabilidad que tenía por los actos de su padre, la mantenía al abrigo de aquella exuberancia propia de las antiguas amigas de Philippine en La Bâtie. Algonde se alegraba de ello mientras Marie contaba a Aymar de Grolée, que se

había reunido con ellas junto al fuego, las circunstancias de su encuentro con Laurent de Beaumont en la abadía de Saint-Just.

—Mi querida Hélène —dijo sonrojándose—, ¿sabéis que os lo debo todo? Si ese duelo no hubiera tenido lugar, jamás habría tenido la felicidad de cuidar al señor de Saint-Quentin.

Philippine rió.

—Hubiese preferido que hubiera sucedido de otra manera, podéis creerme.

En aquel instante se abrió la puerta y un lacayo anunció una visita para Aymar de Grolée.

Éste se puso en pie y se inclinó ante la invitada.

—Si me disculpáis, señorita Marie. Estáis aquí en vuestra casa tanto tiempo como gustéis.

—Os estoy muy agradecida, señor. Lo tendré presente —le dijo con una sonrisa.

Esperó a que hubiera salido para volverse hacia Philippine, súbitamente azorada.

—A vos también, Hélène. Vuestro perdón es muy valioso para mí.

Philippine se inclinó hacia ella para estrecharle las manos afectuosamente.

—Olvidadlo, Marie. ¿Qué culpa tenéis vos de que vuestro padre traicionara a Cem? Ninguna, ésa es la verdad. Y quiero creer que si lo hubierais descubierto me habrías advertido.

—Inmediatamente —exclamó la doncella.

Se puso a temblar.

—Fue terrible, ¿sabéis? Amaba a mi padre. Antes de la muerte de mi hermano era un hombre de gran delicadeza, siempre dispuesto a ayudar al prójimo, haciendo gala de una sincera generosidad a pesar de su dureza en los negocios. Fue la pena lo que lo cambió. Poco a poco, día tras día. Al igual que a mi madre. Uno y otro, tan unidos, se desgarraron. A partir de entonces a él sólo le interesó su oficio. Los beneficios cada vez mayores, su renombre.

Philippine y Algonde no osaban interrumpirla, conscientes de su profunda desventura. Llevaba además los estigmas de la misma, en el rostro y el cuerpo demasiado carnosos, a la manera de esos seres que se abalanzan sobre la comida para reconfortarse.

Marie tomó aliento.

—Es gracias al afecto que me profesáis, Hélène, que el príncipe me autorizó a hablar con él unas horas antes de que lo molieran a palos en la plaza pública. Mi padre le pidió perdón, no con la esperanza de ser indultado sino porque sinceramente lamentaba lo que había hecho. El genovés amenazó con matarnos a todos si se negaba a verter el veneno. Tomó una decisión. Los suyos o su amistad por el príncipe.

—Cem me lo explicó —intervino Philippine con un nudo en la garganta—. Lo absolvió, lo sé.

—¿Por qué entonces no haberlo liberado? ¿Acaso el genovés no bastaba para hacer justicia? —preguntó Algonde, que sólo sabía de ese suceso por lo que

Philippine le había explicado.

Ésta meneó la cabeza, afligida.

—¿Y dar muestra de debilidad ante sus enemigos? A causa de la fortuna prometida por Beyazid a quien lo mate, hay mucha gente que espera su más leve desfallecimiento. Si Cem no se hubiera mostrado implacable, los ataques se habrían multiplicado.

Marie le dio la razón.

—El príncipe hizo lo que debía hacer. Mi padre se había resignado a morir. Esa sentencia aliviaba su conciencia, me dijo. Y el príncipe, en lugar de torturarlo, hizo que le sirvieran un brebaje mortal poco antes del castigo.

Se estremeció al recordar la imagen, antes de proseguir, como si hablar de ello le permitiera exorcizarlo por fin.

—Estaba consciente cuando el verdugo le ató los miembros a la rueda en la plaza mayor, allí donde se celebró el torneo. Aún me parece oír el redoble de los tambores y los insultos de la multitud, amontonada a ambos lados de las barreras que la cerraban. Mi madre estaba a mi lado, cerca del príncipe y de Nasuh, que habían autorizado nuestra presencia. Fue en ese momento cuando Cem se acercó a mi oído para tranquilizarme...

La voz de Marie se quebró. Sin embargo, se obligó a sí misma a seguir.

—... Mi padre no sufrió. Cuando el verdugo hizo restallar el látigo ya estaba muerto.

Philippine, que se había agachado a su lado, la abrazó.

—Ya pasó, Marie. Ya no debes pensar en ello.

Marie se deshizo del abrazo. A pesar de su coraje, sus ojos ataban rojos de lágrimas que retenía en un arrebato de orgullo.

—No, aún no se ha acabado —dijo—. Laurent de Beaumont no da noticias tuyas. Sé bien que en su calidad de paje del rey se inquieta por su reputación. ¡Casarse con la hija de un asesino! ¡Y además embarazada!

Rió amargamente ante la expresión de pasmo de sus compañeras.

—¡Por desgracia! ¿No lo veis?

Philippine enmudeció. Marie se recostó contra el respaldo del sillón, cruzando sus manos sobre el vientre para revelar la redondez bajo su vestido de corte ancho.

—Podría echárselo en cara si tuviera la certeza de que es hijo suyo, pero la verdad, queridas amigas, es que no lo sé. Y ése es mi tormento. Laurent cree ser el padre y no puedo desengañarlo sin aumentar mi desgracia.

—¿Vos, Marie, lo traicionasteis amándolo como lo amáis? Eso os parece tan poca cosa que me cuesta creerlo —afirmó Philippine volviendo a sentarse, con las rodillas fatigadas por aquella postura.

—Traicionarlo, no. No. Jamás lo hubiera hecho, lleváis razón. Fui violada.

—¡El señor de Montoisson! —exclamó Algonde, que se había levantado para atizar el fuego de la chimenea; detuvo su gesto y se volvió hacia ellas bruscamente.

Marie volvió hacia ella su rostro asustado.

—¿Cómo...?

Encogiéndose de hombros, Algonde siguió atizando el fuego.

—Sólo conozco a un puerco como ése capaz de vengarse así de un rival —dijo agitando las brasas para reavivar el ardor de las mismas en la leña húmeda.

La expresión de Philippine se volvió grave.

—¿Fue él, Marie?

Asintiendo con la cabeza, Marie de Dreux sollozó.

—Si supierais... Si supierais mi alivio al saber que ya no os casabais con él. ¡Si supierais cómo lo odio!

Philippine le tendió su pañuelo. En lugar de utilizarlo, Marie lo arrebujó febrilmente.

—Dios me perdone, pero no hay día en que no espere su muerte como una liberación.

Philippine y Algonde se cruzaron una mirada cómplice que la doncella no percibió.

—Quedaos tranquila, amiga mía. Aquí nadie os atormentará y os aseguro que haré que vuestro prometido cumpla con su responsabilidad —le dijo Philippine, que en ello hallaba un sentido a su existencia: reparar las desgracias causadas por aquel siniestro individuo.

—¿Y si el señor de Montoison llegara a contarle la verdad? —Se atemorizó Marie de Dreux.

La mirada de Philippine centelleó.

—Olvidadlo, os digo. Vuestro deseo se ha cumplido.

Ante el aire incrédulo de Marie, Algonde, que había dejado en su sitio el tizón, se pasó el índice horizontalmente por el cuello. Philippine se rió. Marie tembló.

—Tratáis de decirme...

—Decapitado, por el sable de Cem, pero es un secreto —le dijo Philippine.

Cuando unos minutos más tarde Jacques de Sassenage franqueó la puerta con Aymar de Grolée para abrazar a su hija, las halló a las tres compartiendo un feliz momento de complicidad con sabor a venganza.

Capítulo 35

Jeanne de Comniers apenas salía de su habitación. Acostumbrada a la reclusión, ya fuera en el convento de Saint-Just-de-Claix o en la guarida de Marthe, sentía dolor de cabeza si había mucho ruido. La única compañía que aceptaba más por placer que por deber hacia sus anfitriones era la de Jeanne de Montferrat, esposa de Louis II de Saluces. De naturaleza discreta, como ella, la invitaba cada tarde a conversar junto al fuego, a meditar sobre un pasaje de la Biblia o a coser. Mientras se distraían serenamente en un otoño tan lluvioso como ventoso, en la gran sala del castillo reconvertida por las necesidades en campamento militar, Louis II recibía a sus vasallos. El apoyo de éstos, sin embargo, era tan modesto en hombres y logística que en las comidas su aspecto era sombrío.

Aquella, sin embargo, no era la única razón de su contrariedad.

Jeanne de Comniers lo notaba, aunque él no se hubiera permitido ninguna observación desagradable. Louis II de Saluces juzgaba por lo menos fuera de lugar el estado en el que ella se hallaba. Por su parte, ella no sentía vergüenza alguna, pero prefería permanecer enclaustrada para no incomodarlo.

—He escrito a vuestro esposo e igualmente a Aymar de Grolée. Espero la llegada de ambos —le anunció con cierta tirantez su anfitrión, tres días antes.

—Me alegro mucho de ello, primo —exclamó con sinceridad sosteniéndole la mirada.

Él bajó la vista para ocuparse de nuevo de sus asuntos, y su esposa, Jeanne de Montferrat, llevada por un excesivo fervor cristiano para juzgar a quien fuera, lo excusó.

—No se lo tengáis en cuenta, querida. Es como todos los hombres, puntilloso en el honor y cargado de principios. Se inquieta más por su reputación que por la vuestra, la verdad sea dicha.

—Su reputación no peligra en absoluto, os lo aseguro —responde Jeanne acariciando su vientre abombado.

Embarazada de Aymar de Grolée, sabía qué debería responder a su esposo cuando lo viera y también a su amante, al que no había informado.

Aquel 2 de noviembre de 1484, Jacques de Sassenage y el señor de Bressieux llegaron al castillo de Revel escoltados por una veintena de soldados. Extenuados por el mal tiempo que había jalonado su camino, desempolvaban cuidadosamente sus abrigos de piel vuelta y abrazaron a Louis de Saluces.

—¡Qué alegría volver a veros! El fuego os aguarda, ¡venid! —exclamó acompañándolos a ambos cogidos de los hombros.

Sin cumplimientos, mientras sus hombres se precipitaban a la cocina para que les sirvieran un tazón de caldo, fueron a calentarse las manos entumecidas por el frío ante el hogar de la amplia sala decorada con piezas de armería y blasones.

—¡Por mis barbas, querido primo, no sabes cuánto te agradezco ese túnel perforado bajo el puerto de Traversette! Nos ha sorprendido una borrasca de nieve cuando iniciábamos la ascensión. Sin ese túnel jamás habiéramos alcanzado la cima —le dijo Jacques de Sassenage de buen humor.

Louis II de Saluces se echó a reír y le palmeó el hombro con simpatía.

—Vamos... ¡La última vez que nos vimos, hace ya seis años, pasaste el puerto bajo una tempestad y sin quejarte!

Una mueca de resignación apareció bajo la barba del barón, Pegajosa por la lluvia y el hielo.

—Seis años, ya. Seguro que entonces resistía más.

—Y yo —lo consoló Aymar de Grolée—. También estoy rendido.

Y contento de haber llegado.

El marqués de Saluces dio unas palmadas con sus manos de venas exageradamente aparentes. Un lacayo apareció de inmediato.

—Tráenos vino caliente —ordenó el señor del lugar.

Revigorizado por las altas llamas, Jacques sintió que su corazón palpitaba al igual que aquellos troncos casi enteros que se cabalgaban en la monumental chimenea.

—¿Cómo está ella? —preguntó a bocajarro.

Louis, preparado para lo peor desde que recibió el mensaje que anunciaba la llegada de ambos, dibujó una amplia sonrisa.

—Tan bien como es posible, tranquilízate.

Jacques se sintió reconfortado y tendió de nuevo sus palmas hacia las llamas.

—Por seguridad, ignoraba hasta hace bien pocos días que Jeanne se había refugiado en tu casa. Quiero que sepas que no es por ella por quien acudo en tu rescate contra el duque, sino por afecto.

Louis miró a Aymar de Grolée. ¿Era él el padre de la criatura que esperaba ella? Tan nervioso como Jacques, se había instalado en una de las sillas que albergaba la chimenea en las oquedades de sus patas de piedra y miraba fijamente la lasciva danza de las lenguas de fuego. En el fondo, se dijo de repente el marqués al verlos a ambos tan próximos y tan cómplices, nada sabía acerca de la verdad y quizá se había equivocado en su juicio.

—Poco importan las razones que han exigido mi ayuda, Jacques. No me conciernen. Me sentí feliz al saber que Jeanne estaba viva cuando la creíamos difunta, y más aún por poder ayudarlos.

—Te lo explicaré todo, te lo prometo, en cuanto haya pasado el peligro.

El criado regresó con una bandeja de plata. La depositó sobre una mesa y sirvió el brebaje en unas copas bellamente trabajadas, acompañado de mazapán. Un fuerte aroma a canela mezclada con otras especias llegó hasta ellos.

Louis II de Saluces señaló con un gesto amplio aquella mesa redonda rodeada de sillones.

—Tomaos tiempo para recuperaros y cambiaros. Jeanne ya ha sido informada de

vuestra llegada. Te espera en su habitación, Jacques, para que vuestro reencuentro disponga de la intimidad que deseaba.

Aunque estuviera preparado para ello, Aymar de Grolée sintió su corazón en un puño ante aquella idea.

Algonde era feliz. Elora crecía y la colmaba de una alegría permanente con sus mejillas regordetas y rosadas, con sus ojos verdes como el agua que centelleaban, su sorprendente vivacidad. Con seis meses, desprendía tanta armonía a su alrededor que los corazones se sentían más tranquilos. Incluso el de Philippine, a la que la ausencia de Cem seguía trastornando en algunos momentos. Mathieu, empleado en la panetería del castillo, aprovechaba sus momentos de libertad para jugar con su hija. Aquellos dos se entendían de maravilla. Mathieu, fingiendo que era un monstruo que quería agarrarla, se tumbaba en el suelo, se arrastraba hasta ella y provocaba la risa de Elora y la ternura de las damas, e incluso, antes de que se marchara al Piamonte, la consternación de Aymar de Grolée. Según sus propios cánones de educación, los hombres debían emplearse en la guerra y las mujeres en jugar con los niños. A pesar de esa firme opinión, también él había tenido que reconocer que aquella personilla que balbucía y reía todo el día a su lado aportaba un soplo de alegría a su casa.

Algonde era feliz, sí.

A pesar de la epidemia de peste que afectaba a la región de Grenoble, Sassenage se había librado de la misma. Lascarlas de Gersende hablaban de un otoño frío, pero de un agradable calor en el seno de su hogar con maese Janisse. No escatimaba elogios acerca de éste. Se profesaban un amor tierno, alejado de los arrebatos coléricos de la juventud, y aquello les convenía perfectamente.

Algonde incluso lo comprendía mejor aún, pues desde que se instalaron en Bressieux gozaba en plenitud con Mathieu.

Lejos de Marthe.

Evitar que ésta los siguiera no fue tarea fácil. Fue necesario que Aymar de Grolée asegurara que ni él ni Philippine se opondrían a ello, y que Mathieu jurara que iría a buscarla en cuanto se iniciara el parto, y que Algonde le prometiera que le entregaría al recién nacido. De lo contrario, los amenazó, arrasaría la comarca. Algonde aún ignoraba cómo desbarataría sus innobles planes y a la vez proteger a las personas que amaba. No quería pensar en ello, convencida de que llegado el momento todo se orquestaría para dar sentido a la profecía.

Por ello disfrutaba del momento presente. De la risa de Elora, de las caricias de Mathieu, de las noticias de Cem que habían llegado y tranquilizado a Philippine. De la creciente complicidad de esta última y Marie de Dreux. Una complicidad que le dejaba su espacio y la aligeraba, como había esperado.

Sí, Algonde era feliz.

Feliz por todo y por nada, como uno puede serlo cuando sabe que eso sólo durará un tiempo.

—¿Estáis soñando, Algonde?

Devuelta a la realidad por la voz dulce de Marie de Dreux, Algonde se apartó de la ventana ante la que se había plantado.

—Empieza a nevar —dijo—. Muy pronto, este año.

—Pero bendita sea. El frío llevará una tregua a los pueblos afectados por la muerte negra —le recordó Marie frotando el vidrio empañado con un movimiento circular para pegar ella la nariz a su vez.

Sintió un escalofrío.

—Cuando la peste llegó a Romans fue horrible. Hubo barrios enteros que quedaron diezmados, con los muertos apilados en carretas, arrojados a fosas comunes y cubiertos de cal, y las casas incendiadas. Por un momento creímos que ardería la ciudad entera a pesar de los cortafuegos. El cielo fue de color rojo durante noches enteras. Y luego, una mañana, llovieron cenizas. Se había acabado. Se celebró una inmensa procesión. Y fue el anuncio del torneo lo que trajo de nuevo la alegría a la ciudad.

Mientras la escuchaba, Algonde se dirigió hacia Elora que, hambrienta, lanzaba unos gritos estridentes desde su cuna.

—Imagino que eso debió de ser terrible para vuestros padres, que descubrieron súbitamente el calvario vivido por vuestro hermano —dijo ella con compasión alzando a la pequeña en brazos.

—Sí. Y además estaban asustados por la posibilidad de perderme a mí también. Yo acababa de llegar cuando se votó la cuarentena.

Marie se alejó de la ventana y la observó cómo se instalaba en un sillón con la criaturita. Elora hurgaba ya impaciente con sus manos en el corsé de su madre.

Algonde aún tenía los senos hinchados y seguía dándole el pecho a su hija. Había intentado darla a un ama de cría, como le habían aconsejado, pero Elora no había querido más leche que la suya. Por su parte, Algonde no veía inconveniente en ello, sino una doble ventaja. La primera era el fuerte vínculo que las unía a ambas, y la segunda su esterilidad. Aún no le había vuelto la menstruación. Algonde no corría ningún riesgo de quedar embarazada de nuevo en un momento en el que necesitaría toda su energía y su coraje para vencer a Marthe.

Marie se instaló a su lado con la vista fija en la boca de Elora, que se había abalanzado sobre el pezón turgente de su madre.

—¿Es doloroso? —preguntó.

Emocionada, Algonde acarició los cabellos de oro de la chiquilla, apartando los rizos suaves de la frente.

Alzó la frente.

—Un poco desde hace unos días. Creo que se debe a que empiezan a crecerle los primeros dientes.

Marie hizo una mueca.

—Yo no podré —dijo.

—Claro que sí, ya veréis. En el fondo es un acto muy natural...

Marie se turbó.

—No, no me entendéis. No podré amar al niño que llevo dentro de mí, Algonde. Y para seros sincera, lo odio.

Por un instante, su rostro lo expresó de tal forma que perdió toda gracia. Marie debió de darse cuenta de ello, puesto que se volvió hacia la ventana.

—Soy como esos cristales ahí afuera, alimentada por un frío tan espantoso que ninguna luz penetra en mí —dijo, suspirando ruidosamente—. El otro día os mentí. Por vergüenza, sin duda. El padre es Philibert de Montoisson, lo sé.

—Lo comprendo —aseguró Algonde.

Tranquilizada por la empatía de su voz, Marie regresó junto a ella.

—Traté de deshacerme de él por medio de una poción que me dio una bruja, ¿sabéis? Estuve enferma ocho días, vaciándome por arriba y por abajo. Al ver toda la sangre que había perdido creí que lo había conseguido, pero no fue así. Aún se mueve dentro de mí y me asusta. Es terrible decirlo y el Señor me castigará, sin duda, pero no lo quiero, Algonde, y no sé qué hacer para librarme de él.

Algonde asintió y adoptó una expresión grave ante tamaña determinación.

—Sobre todo no hagáis nada que os ponga en peligro. Nada de agujas. ¿Me lo prometéis?

Marie se encogió de hombros, desconcertada.

—Soy demasiado cobarde para mutilarme. Sólo me preocupa cuál será mi reacción cuando nazca. Aunque crea ser el padre, Laurent no lo reconocerá, estoy segura de ello.

Una imagen pasó ante los ojos de Algonde. Una imagen tan tranquilizadora como aterrizadora. Sintió un escalofrío y miró fijamente a Marie con una expresión endurecida por su visión.

—Le escribiréis diciendo que habéis perdido el hijo y que lo conmináis a cumplir su promesa de casarse con vos. En cuanto llegue la primavera. Hélène también firmará la carta.

Sorprendida por el tono impersonal de su voz, más incluso que por su rostro, lívido, Marie se sobresaltó.

—Eso no tiene pies ni cabeza. Algonde. Verá que...

—No verá nada. Daréis a luz y abandonaréis a la criatura al cuidado de un ama de cría, aquí, en Bressieux. Crecerá junto a Elora. Si algún día el amor se apodera de vos, sabréis dónde hallarlo. De lo contrario, crecerá sin conocer vuestros lazos de parentesco.

Marie tembló, consciente de que algo sobrenatural se desprendía de la expresión de la doncella. Algo que, sin embargo, no perturbaba a Elora mientras mamaba.

Expresó sus temores.

—¿Y Hélène? ¿Y su esposo? ¿Qué van a pensar?

Recuperando bruscamente su color, Algonde le sonrió con benevolencia.

—Se amoldarán a mis deseos, no temáis.

Un largo silencio las envolvió a las tres, roto únicamente por el crepitar del fuego en la chimenea. Algonde lo interrumpió.

—Pensadlo, Marie, ¿qué tenéis que perder?

La señorita de Dreux se relajó. La esperanza se manifestaba de nuevo en su expresión. Elora, saciada, balbucía amasando el seno de Algonde con su manita.

—Nada, tenéis razón. Pero y vos, ¿qué ganáis con ello?

Con la mirada puesta en el rostro rechoncho de su hija, Algonde respondió con voz emocionada:

—Un día, este niño que rechazáis redimirá las culpas de su padre al salvar lo que más quiero en este mundo. Es por esa única razón por lo que lo lleváis dentro de vos...

Contempló el rostro de Marie, que se había vuelto lívido.

—... Es por esa única razón por lo que lo habéis conservado.

Capítulo 36

Cuando Jacques de Sassenage entró en la habitación, los postigos interiores estaban cerrados ante la blancura nívea del día. Solamente un tímido fuego ardía en la chimenea. Tras cerrar la puerta, Jacques frunció el ceño para habituarse a la penumbra y distinguió la silueta de Jeanne de Commiers junto a la ventana.

—Acercas, esposo mío...

La voz era firme, como al decirle que entrara. A la inversa, el nerviosismo de él iba en aumento.

—Lamento recibiros así... La migraña —se excusó.

Jeanne siempre había padecido migrañas, formaban parte de sus recuerdos más lejanos. Su inquietud se alivió. En el fondo, se dijo él, aquella oscuridad le era favorable. Ocultaba las marcas del paso del tiempo en su rostro, e incluso sus sentimientos, desportillados por la presencia de Sidonie a su lado.

Adivinó una mano tendida hacia él y la asió sin titubear. La llevó a sus labios y apoyó en ella su mejilla, y en el olor de su piel halló de nuevo una fragancia rara, nunca igualada. Sólo sustituida. Sí, sólo sustituida, trató de convencerse.

—He tenido mucho miedo. Sí, Jeanne, miedo de que os hubieran herido —afirmó.

No respondió. Sentía en su garganta el nudo de aquel amor inmenso que se había volatilizado, de sus destinos separados. Él la atrajo hacia sí, miró su rostro para reconocer los rasgos. Pensó en Sidonie y se lo reprochó.

—Bésame —suplicó ella acariciando con los dedos su cabellera espesa y rizada—. Bésame, Jacques, como ayer. Como antes.

Lo atrajo hacia ella.

Sus alientos se entremezclaron.

El de Jacques tratando de engañar a sus emociones. Y el de Jeanne intentando hallarlas de nuevo.

Para confesarse por fin la misma constatación desesperada. Ya no eran lo que fueron el uno para el otro.

Sin embargo, se abrazaron largamente, recreando un sueño roto. Luego, Jeanne bajó los brazos y Jacques se apartó. Incómodo.

—Disculpadme... —dijo ella con voz apagada—. Han pasado tantas cosas... Ya no soy aquella que conocisteis, ni aquélla a la que amasteis.

Estaba claro. En lugar de alegrarse, el corazón de Jacques se encogió. Tosió en su puño cerrado. Aclaró su voz.

—Seguís siendo mi esposa, Jeanne. Sólo eso debe importar.

Ella sonrió en la oscuridad. Lo había comprendido, ella también. Pero al contrario que él, súbitamente, se sintió en paz. Se aproximó y se arrimó a él, con la mejilla contra su camisa, las manos planas sobre su torso robusto que subía y bajaba rápidamente. Él la abrazó y la meció con ternura.

Debían lograr que la realidad se convirtiera en su aliada, para no estropearlo.

La voz de Jeanne sonó comprensiva, como una caricia.

—Sidonie merecía el amor que le habéis dado. No os reprocho haber sobrevivido a mí. Al contrario.

El beso sus cabellos perfumados, aliviado.

—Aún os amo.

—Pero ya no como debería ser. No lo neguéis. Lo siento y lo sé.

—Y sin embargo, os colmaré. Borraré de vuestra memoria esos...

Apartándose ligeramente con las palmas de las manos, ella alzó la cabeza.

—No, Jacques. El pasado no puede deshacerse. El futuro, por el contrario, debemos cambiarlo. ¿Recordáis el día en que todo 88 tambaleó? ¿Cuándo me fui a Saint-Just-de-Claix?

—¿Cómo olvidarlo? —respondió dolorosamente.

—La noche anterior tuve una visión, tan inconcebible entonces que, a pesar de la amenaza de Marthe, quise ir a pedir ayuda a la reverenda.

Él tragó saliva.

—Así que sabéis cómo vencerla...

Ella se deshizo de su abrazo y retrocedió unos pasos, repentinamente febril.

—Lo sé, sí. Abrid ese postigo, por favor. Es hora de que nos mostremos el uno al otro tal como somos hoy y no como fuimos.

Jacques se acercó a la ventana. Oyó la voz de Jeanne cuando alzaba el pestillo.

—Antes de daros la vuelta y de juzgarme, quiero que sepáis que os he amado. Os he amado con locura y hasta estas últimas semanas, mucho más de lo que puede amarse.

El corazón del barón palpitó en su pecho. Entrecerró los ojos.

La luz del día, pálida, inundó la habitación y descubrió la verdad.

Aymar de Grolée trataba de vencer su fatiga tomando el baño que su anfitrión había mandado preparar. Al igual que la última vez, un piso separaba su habitación de la de Jeanne de Commiers en la torre redonda. Al igual que la última vez antes de separarse de ella y, desde entonces, no lograba apartarla de sus pensamientos. Por supuesto, se había casado con Philippine tal como había prometido, pero el parecido de ésta con Jeanne, ese parecido que lo había seducido unos meses antes, ahora lo perturbaba. Por si eso fuera poco, se sentía culpable. Si por él hubiese sido, si el honor de Jeanne no hubiera sufrido por ello, habría aprovechado el viaje a Revel para confesar a Jacques su traición. Sin duda se hubieran batido, como es obligado para lavar un honor ultrajado. Luego, con la ayuda de su amistad, se habrían reconciliado. Así, Aymar de Grolée hubiera tenido la conciencia en paz ya que no podía tener en paz el corazón.

En lugar de ello, sufría una verdadera tortura al imaginarlos abrazados, a pesar de decirse que él había contribuido en buena medida a ese reencuentro y no tema

derecho a estropearlo.

Acabó por salir del agua, ya helada, se secó vigorosamente y se vistió flagelándose por su dejadez. Ya debería haberse reunido con Louis II de Saluces, que debía de impacientarse.

Con un pie alzado, en equilibrio inestable, con ambas manos agarradas al cuero recalitrante, Aymar trataba de calzarse una de sus botas en su pantorrilla aún húmeda cuando se abrió la puerta. Sorprendido por el hecho de que no se anunciara, volvió la cabeza y vio a Jacques de Sassenage, tan sereno como lívido, abalanzarse sobre él.

No hubo tiempo para preguntas y recibió un puñetazo con la izquierda que lo envió de culo a la amplia bañera que acababa de abandonar, y salpicó el suelo de madera.

—Hubiera preferido que me dejaras explicártelo —comentó simplemente Aymar, frotándose la mandíbula tumefacta.

—Si hubiera sido otro, lo habría matado —le dijo Jacques de Sassenage antes de tenderle una mano para ayudarlo a incorporarse.

Aymar la asió con mayor agradecimiento si cabe, pues estaba atrapado. Pataleó y movió los brazos antes de conseguir salir de la bañera provocando una nueva inundación. Se puso en pie, chorreando y aun tambaleándose.

—Hubieras podido apuntar mejor —dijo con una mueca de desolación ante el aspecto tanto de las ropas de ambos como de la habitación.

Lo cómico de la situación devolvió un poco de color a Jacques de Sassenage. Aymar vaciló debido a su bota mal calzada. Instintivamente, Jacques lo sostuvo por el hombro. Al oír bajo sus dedos el gorgoteo de la tela mojada, sonrió.

Su gran amistad no estaba comprometida, comprendió Aymar de Grolée con alivio. Se dejó caer en una silla próxima y se quitó la bota.

Cayó al suelo con un ruido apagado.

Mientras, ya en pie, se desvestía para cambiarse, Jacques le tendió una toalla seca.

—Sea lo que sea lo que te haya explicado, soy el único responsable —dijo Aymar asiendo la toalla.

Jacques alzó los hombros, cubierto de nuevo por un velo de tristeza.

—La llevaremos a Bressieux —anunció.

Aymar detuvo sus dedos en la bragueta y lo miró con los ojos desorbitados.

—¡Con Marthe acechando a Hélène sería una locura!

—También lo sería dejarla aquí con la guerra que se avecina —objetó Jacques de Sassenage.

—Si hubiera que elegir...

Jacques barrió el aire con un gesto de fastidio.

—Ella no nos deja esa elección. Regresa con nosotros. Contigo...

Aymar bajó la vista.

—Haz valer tu autoridad. Tú eres su esposo.

—El poder ha cambiado de manos, amigo mío, hay que aceptarlo. Jeanne debe

hallarse allí cuando Hélène dé a luz.

Aymar se sobresaltó.

—¿Por qué, Dios mío? ¿No ha arriesgado bastante su vida en la guarida del diablo como para que desee volver a enfrentarse a él?

Jacques se sintió de repente fatigado por el peso de la carga que soportaba Jeanne. Por el que pronto soportaría Aymar de Grolée. Por un momento, lamentó haberlo golpeado. Lo hizo sin un humor particular, sin cólera, sólo por el gesto. El castigo, el verdadero, llegaría más tarde pero no lo deseaba. Ni uno ni otro merecían aquello.

Lo miró intensamente y se dio la vuelta.

—La respuesta no me pertenece, amigo mío. Es ella quien te la dará. Apresúrate. Te espera más de lo que me esperaba a mí.

Abandonaron el castillo de Revel cuatro días más tarde, una vez resueltas sus cuestiones con Saluces. Jeanne abrazó a su homónima y agradeció su hospitalidad al marqués. En el rostro de éste ya no había restos de su animosidad. Al ver que la amistad entre los dos hombres no se había visto alterada, había aceptado que algunas cosas no alcanzaba a entenderlas. Además, Jacques de Sassenage le aseguró que en cuanto hubiera pasado el invierno regresaría con las huestes reales para hacer entrar en razón al duque de Saboya. Hasta entonces, y eso lo sabían los tres, nada sucedería.

Jeanne partió así a lomos de un mulo, cubierta de la cabeza a los pies por un grueso abrigo de piel vuelta de oveja, entre aquellos dos hombres a los que aún quería, más si cabe, pues de nuevo se habían aliado para protegerla. La nieve se había fundido, pero la niebla había cubierto de escarcha blanca las ramas y la hierba y lo envolvía todo con una guata satinada.

El frío, que aquel año había llegado antes de tiempo, dificultaba su viaje, pero no tenían otro remedio que intentarlo.

Dejando a su derecha la ciudad de Saluces, Jacques de Sassenage, que iba a la cabeza de la caravana, alzó la vista hacia las montañas. El horizonte cubierto era un mal augurio para cruzar los numerosos puertos que los aguardaban. Considerando el estado de Jeanne y el de los senderos, sin duda ya sepultados bajo la nieve, no podía calcular el tiempo que les llevaría llegar a destino. Ya habían tomado precauciones. Los seguían cuatro mulos cargados de provisiones para un largo período y sabía que podría contar con las numerosas cabañas de los pastores para calentarse al caer la noche e incluso durante el día, si el tiempo empeoraba.

Optimista por naturaleza y tranquilizado por la sorprendente resistencia de Jeanne, bajó la frente ante una ráfaga de viento y dejó que su caballo avanzara al paso que le conviniera.

Atrás, a la cabeza de su escolta de una veintena de hombres, el ánimo de Aymar de Grolée oscilaba entre la alegría y la tristeza. La alegría de saber que Jacques de Sassenage, lejos de oponerse a su amor naciente, lo bendecía, y la tristeza del futuro de aquel niño que Jeanne llevaba en su vientre. Había convencido a su amada de

instalarse en la fortaleza que poseía en Saint-Pierre-de-Bressieux. Un subterráneo unía ésta con su castillo y llegado el momento permitiría evitar las inclemencias del tiempo. Hasta entonces, y aunque Jeanne ardiera en deseos de abrazar a Philippine, era más conveniente que se abstuviera de mostrarse en público. Marthe no debía sospechar nada.

Jeanne había aceptado una vez más su reclusión y su martirio. Porque era la única que ya no dudaba. Las cosas sucederían tal como su visión lo había anunciado.

Segura en su fe, en aquel otoño gélido, avanzaba canturreando.

Capítulo 37

Munia había tenido tiempo suficiente para reflexionar después de meses compartiendo la vida cotidiana de las huéspedes del harén Omayún. Daría a luz tres meses antes de salir de cuentas y no podría engañar a ninguna de esas mujeres, la mayoría de las cuales eran madres. La janum imaginaría que el padre era Cem. Beyazid, por el contrario, creería que era el señor de Luirieux. Fuera como fuese, una y otro se sentirían engañados y Munia temía por su vida y la del recién nacido. Discretamente, examinó todas las posibilidades de evasión y llegó a la conclusión de que su cárcel estaba demasiado bien vigilada. A menos que lograra elevarse por los aires, era imposible. Y ni que dispusiera de magia que la ayudara a volar, los arqueros acabarían con su temeridad. Por ello, se había ganado a la janum contándole la leyenda de las Tierras Altas, con la esperanza de descubrir lo que tramaba Beyazid, de quien no tenía noticias, y para convencerla de la importancia que revestía. La janum la mimaba, pero no hallaba en ella lo que esperaba. Súbitamente, tras su aparente docilidad y resignación, a Munia le hervía la sangre. Aunque todas se hubieran habituado a su presencia, la egipcia podía sentir cómo la odiaban. Un odio espoleado cuidadosamente por Ihda, la primera esposa de Beyazid, que temía volver a perder su posición en cuanto hubiera nacido la criatura. Allá donde fuera e hiciera lo que hiciese, Munia sentía cómo la seguían las miradas, veía cómo se movían los labios y oía risas apagadas que la criticaban. Por ese motivo dejó de actuar y se encerró en sí misma para que la olvidaran, diciéndose que tal vez hubiera sido más sensato abortar tal como deseaba Beyazid.

Fue a fuerza de pensar cómo surgió la idea.

Aquel 26 de febrero del año de gracia de 1485, a media tarde, una semana después de su inconfesable previsión de salir de cuentas, Munia rompió aguas en una de las vastas piscinas del harén, rodeada de sus compañeras que, al marginarla de sus juegos y conversaciones, no se dieron cuenta de ello.

Salió del agua, se envolvió en sus velos y fue a ver a la janum que, en sus apartamentos privados, la aguardaba para tomar el té, como cada día.

Esa vez, sin embargo, dijo que no quería beber.

—¿Qué te sucede? —Se inquietó la anciana.

—No lo sé. Desde esta mañana tengo el estómago revuelto y además me mareo. La verdad, no me encuentro muy bien.

La janum frunció el ceño. Munia era de constitución robusta y desde su llegada no había enfermado nunca. A la madre del sultán no le gustó la mueca de dolor que apareció en su expresión.

—¿Te duele?

Munia se llevó la mano a su vientre hinchado, satisfecha por lo poco que había engordado y que, hasta entonces, había sido útil para su mentira. En aquel momento ya no había motivo para engañar ante la contracción que la atenazaba.

—Temo que sea el niño —dijo con voz apagada.

La janum se puso en pie de un salto y, obligándola a apartar los pies, rodeó la mesa y se arrodilló ante ella. Sus dedos reemplazaron los de Munia a la altura del pubis.

—Ya está aquí —dijo ella—. ¿Se movía estos últimos días?

—Regularmente, aunque...

Calló un instante, como si le volviera a la mente un recuerdo. Rectificó.

—No desde el almuerzo. He vomitado justo después.

La janum pestañeó.

—Muéstrame la lengua.

Munia obedeció, segura del efecto que en la misma había producido la poción abortiva que le diera Beyazid y con la que había hecho gárgaras.

—¿Has notado un sabor particular a lo que has comido?

Munia fingió angustia.

—¿Qué queréis decirme, madre?

El rostro de la janum se tornó grave mientras la asía de las manos.

—Es un aborto. Sin duda provocado por alguna sustancia que te habrán administrado.

El dolor de una nueva contracción hizo que Munia palidciera.

—¿Voy a perder al bebé?

—Cabe esperar que así sea.

Unas lágrimas perlaron los ojos de Munia.

—Pero ¿por qué? ¿Quién? —Se rebeló con tal angustia en la voz que la janum no dudó ni un instante de su sinceridad.

Tomándola de la mano, la ayudó a ponerse en pie.

—Más tarde. Luego veremos las repuestas. De momento, debes tumbarte. Te quedarás aquí, bajo mi protección —dijo conduciéndola hacia una delicada cortina. Al otro lado de la misma, el lecho era tan bajo como amplio, con abundantes tejidos preciosos de colores brillantes e irisados. Munia se tumbó en el mismo antes de retorcerse de nuevo de dolor.

La janum no perdía el tiempo. Abandonó a la egipcia y se dirigió a la estancia contigua, recorrió un tapiz y, con una llave que sacó de la cadena que llevaba al cuello, abrió la puertecilla baja que ocultaba. Tras la misma, había un eunuco de guardia.

—Rápido, ve a avisar a mi hijo —dijo—. Han envenenado a Munia.

En el mismo momento, en el castillo de Bressieux y asustando a Philippine, Marie de Dreux gritaba en su cama, desgarrada por el empuje. El niño venía al mundo. Antes de tiempo. Por desgracia, al estar los caminos cortados por la tormenta de nieve que caía con furia desde hacía tres días, no había allí ninguna partera que pudiera ayudarla. Por esa razón una vieja criada ayudaba a Algonde, que por el

momento se veía impotente para ayudar a la desventurada. Sucedió algo anormal y ambas tenían poca experiencia para intervenir.

—¡Me voy a morir! ¡Me voy a morir! —exclamaba Marie a voz en grito con los ojos desorbitados.

Transpiraba abundantemente bajo su camisón arremangado hasta la mitad de los muslos, con ambas manos aferradas al cabezal de la cama.

Una nueva contracción hizo que se tensara de la cabeza a los pies. Se puso roja y soltó un alarido que hizo temblar las paredes.

—Tenemos que hacer algo —se inquietó Philippine, santiguándose.

Marie consumía sus esfuerzos desde hacía ya doce horas. Estaba agotada y el niño no salía.

Algonde sumergió una toalla en el barreño que habían traído de la cocina y luego, inclinándose sobre ella, la colocó entre sus piernas abiertas. Soltando una de sus manos, Marie la agarró del hombro en un gesto desesperado:

—¡Piedad! —imploró.

Algonde tragó saliva. Sus poderes, por grandes que fueran, le eran inútiles en aquel instante. Sin embargo, ese niño debía nacer. Tenía que nacer. Era una evidencia. ¿Por qué no venía al mundo?

Se echó a temblar. Arrancó aquella mano que, crispada en su carne, anunciaba un nuevo combate, y volvió la cabeza hacia la sirvienta que se había aproximado.

—¿Queréis que vaya a buscar al cura? —preguntó en voz queda—. No —respondió Algonde—. A él no. Traedme a Elora.

La anciana se quedó pasmada. Algonde insistió con brusquedad.

—Ahora mismo... No discutáis.

Mientras Algonde, inclinada de nuevo sobre Marie, jadeante, enjugaba su frente perlada de sudor, la sirvienta desapareció con lentos pasitos pues sufría de reumatismo en la rodilla izquierda.

Aún no había cruzado el umbral de la puerta cuando un nuevo alarido invadió la habitación. Se alargó, quebrando el silencio con su espantosa tortura, y luego se aplacó, dejando a Marie agotada, tan blanca de tez y de labios que parecía una difunta.

—¿Qué tratas de hacer trayendo a Elora? —preguntó Philippine, asustada ante la idea de padecer un sufrimiento semejante al cabo de unas semanas.

Algonde sonrió.

—Un milagro...

Al recordar otros partos a los que había asistido, Philippine se serenó a pesar de la sangre que poco a poco teñía las sábanas. Algonde también la había visto. Debía asegurarse.

—No mires —aconsejó a Philippine, que no se hizo de rogar.

Sin titubear, Algonde hundió los dedos en las carnes tumefactas y tocó la protuberancia de un hueso en el fondo de la cavidad.

—Lo noto, Marie —dijo—. Tienes que empujar, empujar más.

—No puedo. No puedo más —gimió la desgraciada aceptando la mano de Philippine en la suya, como último consuelo.

Algonde se limpió con una toalla mojada. La sirvienta volvía con Elora, que balbucía en la estancia contigua. Se apresuró a reunirse con ella.

—Id a descansar un rato —le ordenó al tiempo que cogía a su hija en brazos.

La anciana no discutió, segura como estaba de que el niño y la madre no sobrevivirían.

—*Dulina alibelcié filsili palicoléna* —canturreó la voz de Elora al oído de su madre en cuanto la sirvienta salió.

La presión de Algonde se relajó. Había tomado la decisión acertada. Volvió junto a Marie, tendió a su hija alargando los brazos y se sumergió en aquellos ojos que, virando al esmeralda, habían adquirido una extraña profundidad.

—¿Sabes qué espero de ti, verdad?

—*Ouïmaona inémaïchoï* —respondió Elora señalando con el índice el pubis sanguinolento de Marie.

—¿Qué dice? —Se atragantó Philippine, sorprendida.

—Lo ignoro, pero esa lengua habla en mi interior. Es la de los Antiguos.

Confiada, Philippine le apretó la mano a Marie.

—Ten valor aún —le dijo mientras Algonde depositaba a Elora sobre su vientre.

A pesar de una nueva contracción, Marie sólo emitió un quejido. Sí el niño no salía ahora, todo habría terminado. Las miradas ansiosas de Philippine y de Algonde se concentraron en Elora.

La chiquitina aplicó ambas manos sobre la hinchazón y canturreó de nuevo. Una letanía de palabras sin sentido alguno para Philippine pero que pareció calmar la respiración entrecortada de Marie más que las caricias de Algonde en su frente. Poco a poco, una luz azul emanó de Elora y las bañó a las tres con un calor agradable.

El rostro de Marie recobró el color.

Se arqueó con una nueva contracción, pero en su rostro ya no se leía el dolor. Unos segundos más y suspiró aliviada, como si se hubiera liberado de un inmenso fardo. La criatura se deslizó con un chorro de sangre entre sus piernas abiertas.

Algonde se apresuró a cogerla. La criatura tenía el hombro dislocado al haber obstruido durante mucho rato la expulsión. Con la nuca hacia atrás, trataba de respirar sin lograrlo. Sin embargo, agitó lentamente los brazos, como un pajarillo presto a alzar el vuelo.

—*Ouïmaona inémaïchoï* —imploró Elora señalándolo.

—Sí, lo sé, debe vivir —comprendió esta vez Algonde.

Se apresuró a cortar el cordón y colocó al agonizante ante su hija, sentada ahora con las piernas cruzadas sobre el vientre de Marie, adormecida. Elora se inclinó hacia delante para acariciar el pequeño rostro violáceo y luego, al igual que Algonde hiciera cuando la trajo al mundo, expiró en su boca abierta.

Maravillada por los poderes de aquella niña de las hadas que descubría por segunda vez, Philippine ahogó un sollozo.

La luz se desvaneció como había aparecido y la criaturilla tosió.

—Gu... —dijo Elora con toda la naturalidad del mundo tendiendo los brazos hacia su madrina.

La magia había acabado.

Ya más tranquila, Algonde suspendió al recién nacido por los pies y le palmeó las nalgas vigorosamente.

Al oír llorar a su hijo, Marie abrió los ojos. No se sorprendió ante nada. Ni siquiera ante Elora, que balbucía en brazos de Philippine.

—Es un niño —le anunció Algonde, alegre, queriendo mostrárselo.

Marie volvió de inmediato la cabeza.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y sus rasgos se endurecieron. En cuanto a su voz, trastornando aún más a sus amigas que lo que acababan de presenciar, se volvió tan cortante como el filo de una espada.

—Que desaparezca. No quiero saber nada de él. Nunca —lo condenó inapelablemente y sin remordimientos.

Rodeada por cuatro mujeres que trataban de aliviarle el dolor con sabios masajes, Munia contemplaba pasar las horas con confianza. En cuclillas sobre un barreño de agua de rosas, con ambas manos agarradas a uno y otro lado de un pórtico instalado apresuradamente, respiraba siguiendo la cadencia de las contracciones. De manera intermitente, le daban a beber un brebaje de especias. Para disolver el veneno, le había advertido su protectora. Beyazid había dado órdenes. Munia no debía morir. Sentada en un rincón de la estancia iluminada por cientos de velas, la janum velaba por ello. De vez en cuando se ponía en pie, colocaba una mano experta entre las piernas de Munia, juzgaba la progresión del parto y regresaba a su sillón tapizado de piel de lince.

Esa vez se quedó agachada junto a ella.

—Debes prepararte para el duelo. No va a tardar mucho —le dijo.

Munia meneó la cabeza y con ella su larga trenza de cabellos negros.

—Vivirá.

La janum acarició el óvalo de su rostro y se detuvo en aquella mirada empecinada, impresionada por la fuerza que de ella emanaba y que hasta el momento había vencido al dolor del parto.

—Si no estuviera muerto no lo perderías. Acéptalo, desde ahora mismo.

—No —repitió Munia—. Mi hijo vivirá, pero te necesito.

La janum suspiró.

—Contra eso nada puedo hacer.

Se disponía a ponerse en pie cuando Munia, soltando la barra del pórtico, la agarró del brazo. Su determinación se convirtió en un murmullo.

—He escondido algo debajo de mi cama. Una damajuana azul de forma piramidal. Tráemela.

Soltó los dedos. La janum se frotó su piel magullada, sorprendida ante la fuerza de su mano.

—Tráemela. Sólo confío en ti —insistió Munia antes de volver a jadear.

La janum asintió con la cabeza, desconcertada, y se eclipsó rodeada por el vuelo de sus velos.

Munia ahogó un grito apretando los dientes. «Aún no —decidió—. Aún no debes salir».

Y para aguantar hasta el regreso de la janum, se concentró en el rostro de Enguerrand, más vivo que nunca en su interior.

Aquella noche soñó con ella hasta el punto de incorporarse brutalmente en su lecho murmurando su nombre. Munia. El menor de los hermanos de Malika, que compartía cama con él, le manifestó su enfado dándole una fuerte palmada en el hombro y gruñéndole.

—¡Pesadilla! Duérmete ya.

Pero Enguerrand de Sassenage se puso en pie y se dirigió a la cortina echada ante la entrada del viejo edificio semienterrado bajo la arena. A pesar del fresco de la noche, deambuló por aquella ciudad de Heliópolis que desde hacía tiempo ya no era una ciudad. Había luna llena. Sobre su cabeza llovían las estrellas. Sin cruzarse con un alma viviente, siguió la antigua muralla que antaño dividía la ciudad en dos partes desiguales. A un lado la de los dioses y al otro la de los hombres. Y como en todas las ocasiones en que sentía su corazón en un puño e ideas sombrías, se halló cerca del obelisco. Para rezar ante la tumba invisible de Munia y de sus padres. Exhausto por aquel dolor que el paso del tiempo no calmaba, acabó por dormirse sobre el suelo del patio del palacio.

Por la mañana, con el estómago vacío, regresó a casa de aquellas gentes que seguían hospedándolo sin hacerle una sola pregunta. Había aprendido su lengua, compartía su vida cotidiana y colaboraba en la supervivencia de todos ellos trabajando por las calles de El Cairo o mendigando. Ya nada lo distinguía de un sarraceno. Ni de un miserable. Con un corte de cabello y vestido a la usanza de ellos, la tez morena del sol, y sus propios ojos negros, su apariencia contribuía a mezclarlo con los demás en aquel país que no osaba abandonar.

Una noche, al abrigo de la oscuridad, regresó a la ciudadela y forzó discretamente la puerta condenada de la casa de Aziz. Esperaba recuperar allí el dinero obtenido con la venta de las especias en Cerdeña, pero cuanto tenía valor había sido confiscado por Kent Bey, excepto el mapa de Aziz del que no habían descubierto el escondite detrás del mármol de una columna de la entrada. Enguerrand se apoderó de él. Nadie lo vio. En El Cairo se decía que Aziz ben Salek era un hombre extravagante y que había abandonado la región con su esposa, causando con ello un gran enojo al sultán. Keit

Bey ordenó buscarlo para que recibiera su castigo, en vano. Aziz supo conservar el secreto de Heliópolis. Nadie turbaría su descanso. Enguerrand habría deseado rehabilitar su memoria para que tuviera una sepultura decente, pero ¿cómo confesar los hechos sin convertirse en sospechoso de asesinato? Renunció a ello, tratando de olvidar en el templo del benben.

A la luz de las lámparas perpetuas, pasaba días enteros estudiando los mapas de Osiris, tal como Aziz propuso hacer aquella trágica noche antes de bostezar y de juzgar que tendrían mucho tiempo para hacerlo. «Si hubiera sabido...», se decía a menudo Enguerrand apretando los dientes, encolerizado. La cólera no lo abandonaba. Había sucedido al abatimiento y avivaba la pena y la injusticia, porque no alcanzaba a comprender. Munia no debería haber muerto aquella noche. «Dos hombres, dos mujeres», dijo el padre de Malika. Habían enterrado a dos mujeres. Enguerrand no había tenido el valor de hablar de ello de nuevo. ¿De qué serviría? Sus nuevos amigos no tenían razón alguna para mentirle. Pero no era justo. ¿Por qué los Antiguos no la habían protegido? ¿Y menos aún al hijo que esperaba? El mensajero del destino no se había equivocado al anunciar a Fátima que moriría poco después de conocer a su yerno. «Un cristiano», dijo. El padre de aquel que protegería al rey de las Tierras Altas. No era posible entender nada.

A veces, tenía la sensación de estar volviéndose loco y se agarraba la cabeza con las manos con deseos de gritar.

Aquel día, más aún que de costumbre.

Había soñado con Munia en un inmenso palacio. Sobre ella volaban palomas y el olor a rosas se infiltraba por todos los intersticios de una celosía inmensa. La vio agarrarse el vientre y luego ponerse en cuclillas. Se despertó ante la certeza de que iba a dar a luz. Hiciera lo que hiciese, no podía quitarse esa idea de la cabeza. El paraíso blanco en el que ella se hallaba veía aquel día nacer a un niño al que él nunca conocería.

La janum lo recibió entre sus manos. Ambas estaban solas en la estancia, como le había pedido la egipcia al sentir que llegaba el momento del parto.

Inmediatamente, Munia soltó las barras del pórtico y se lo arrancó y lo arrebujó entre sus brazos.

—La damajuana, rápido —exigió con tanta autoridad que la janum, que hubiera podido ofuscarse, obedeció y se la tendió sin decir palabra.

Munia hizo caer una gota del elixir de los Antiguos entre los labios del recién nacido, que apartaba de la vista de su protectora en el pliegue de su codo. De tez rosada aunque enclenque, no tenía en absoluto el aspecto de una criatura que fuera a morir. Mientras no llorara, sin embargo, podía fingirlo, pero debía proceder con rapidez. Enseguida. Otra gota. La criatura enrojeció y agitó pies y manos, arrancando un grito de sorpresa de la janum. Cuando lloró, Munia sonrió al verla sentarse aliviada.

La egipcia se puso a horcajadas sobre el barreño de agua de rosas, cogió unas tijeras doradas con oro fino de un taburete y, tras deshacerse de la damajuana, cortó el cordón ella misma ante los ojos desorbitados de la janum, que no lograba recuperarse ante lo que acababa de presenciar.

«Apenas cinco libras», se dijo para sus adentros tras sopesar a su hijo. Podría pasar por prematuro. La causa de ambos estaba ganada. Y con ésta, la del increíble elixir de las Tierras Altas. A Munia le quedaba por delante aún recuperar su lugar junto a Beyazid.

Con paso seguro, fue a arrodillarse ante la janum y le presentó al recién nacido, con los ojos brillantes de alegría.

—El sultán tiene un nuevo hijo, madre. Que le dé el nombre que le plazca. A cambio sólo pido que lo ame, tanto como yo.

Capítulo 38

Jeanne de Commiers y su comitiva tardaron tres semanas en llegar a Lans-en-Vercors, cuando unos meses antes les habían bastado dos semanas para cubrir el trayecto.

Tal como Jacques había temido, tuvieron que soportar una tormenta de nieve al ascender hacia Traversette. Sólo los salvó la suerte y la experiencia de su guía. Se hallaban a menos de un cuarto de hora de camino del túnel de doscientos treinta pies, de una anchura de dieciocho pies y altura de seis pies, cuando comenzó. Se sentaron sobre la misma roca y, al alargarse la tarde, ya no reemprendieron el camino hasta el alba, a pie, sobre una nieve en polvo espesa y pegajosa que fustigaba las patas de las mulas. El ciclo se despejó y, con los ojos doloridos ante la intensa luminosidad que sucedió a la niebla, tuvieron que proseguir por senderos escamoteados por la nieve y súbitamente ahogándose de calor bajo sus pellizas forradas.

Requirieron doce días para llegar a la ciudad fortificada de Briançon ubicada sobre su escarpado promontorio.

Hasta entonces se habían cobijado por las noches en los tríos refugios de pastores, se habían alimentado de pan y de manzanas y se habían refrescado junto a los riachuelos.

Jeanne no se quejó ni una sola vez, y se ganó el respeto de Jacques de Sassenage y la admiración de Aymar de Grolée.

Amoldándose a su ritmo, ambos hombres se habían relevado para llevarla cuando las bestias no podían hacerlo y, cuando exigía ir al lado de ellos, la cubrían tanto como era posible para evitar que diera pasos en falso. Aunque tuvieran tantas cosas que decirse, apenas hablaron, concentrados como estaban en su avance y tratando de evitar ser víctimas del agotamiento en aquellas montañas en las que había escasez de oxígeno y hacía mucho frío. Con las mejillas coloradas y los ojos brillantes por las dolorosas lágrimas, Jeanne se había maravillado ante los picos blanqueados que relucían como diamantes bajo el sol y en ningún momento temió a los osos y los lobos, invisibles, cuya peligrosa presencia traicionaban, empero, sus huellas sobre la nieve. Sabía que su escolta vigilaba y, a pesar de su vientre que le tironeaba, disfrutaba de la discreta compañía de aquellos dos seres y descansaba en el amor de ambos.

Luego oyó contar a Jacques de sus propios labios su vida y la de sus hijos a lo largo de aquellos crueles seis años. Jeanne pudo entonces apreciar en su justa medida el afecto que sentía por Sidonie. Eso la hizo feliz, pues estaba segura de que otra en su tesitura hubiera velado menos por su memoria y sus hijos de lo que lo había hecho su prima.

A trancas y barrancas, siguieron su camino en aquellos postreros días de noviembre, bajo unas temperaturas que se fueron moderando a medida que pasaban los días.

Al llegar a las cañadas de Engins, en el momento de separarse, Jacques de Sassenage, una vez desmontado del caballo, la hizo descabalgarse para alejarla del grupo.

—No volveremos a vernos antes de que todo haya terminado, amiga mía, pues es mejor, para engañar a Marthe, que por esta vez yo ignore el lugar de vuestro retiro.

Jeanne asintió con la cabeza, súbitamente triste por tener que separarse de él. Su mano desnuda se alzó para acariciarle la harta descuidada tras el largo viaje. Él besó aquella palma de surcos Clareados, seca por el frío.

—Pase lo que pase, jamás olvidéis que os amo, Jeanne. Lo bastante como para desear que seáis feliz y para protegeros. Infinitamente por vuestro coraje y abnegación en el día de hoy, Ella lo hizo callar con un leve beso en los labios.

—No soy más que una madre acosada, dispuesta a cualquier cosa para salvar a su camada. Nada más. Deseo que sólo recordéis eso. Marchaos, ahora. Ya es hora, marido mío.

Él la abrazó.

—Seguiré hasta Sassenage y allí me quedaré uno o dos días. Nunca se sabe. Vuestra compañía ha sido tan dulce para mí que podría traicionarme ante Marthe. Es mejor que ya os halléis en lugar seguro cuando la vea.

—Cuidaos, Jacques.

—Vos también.

Se despidieron con una mirada cómplice. Felices uno y otra por aquello que su amor tan grande les había legado por fin.

Jacques y su escolta se dirigieron hacia las cañadas, y Aymar y ella se separaron de ellos para encaminarse al bosque de Claret. Desde allí, atravesaron el Isère en Saint-Quentin. Cinco horas más tarde, Jeanne se hallaba segura en la fortaleza de Saint-Pierre-de-Bressieux, compuesta de un edificio principal rectangular de dos plantas y una torre redonda. Una intendenta y un criado se ocupaban de la misma en medio de un bosque con abundante caza. Jeanne eligió la habitación circular en la última planta cuya hermosa ventana de bastidores daba al río.

Aymar se quedó con ella hasta el día siguiente, disfrutando una vez más de la felicidad de abrazar su cuerpo, más pesado por el embarazo.

Desde entonces, y aunque hubiera regresado a Bressieux, cada noche tomaba el pasadizo secreto que unía ambas edificaciones e iba a reunirse con ella en abrazos cabales pero tan cálidos en sus respectivos corazones que uno y otra quedaban saciados.

Aquel 23 de marzo de 1485, Jeanne cenó un estofado de conejo con el que se chupó los dedos para mayor satisfacción de Berthe, antes de rematar alegremente la comida con una porción de tarta. Instalada en su cama y recostada sobre tres grandes almohadones como cada noche, leía el Roman de Renart que había hallado en la biblioteca, a la luz de una vela, aguardando al hombre al que amaba.

La primera contracción fue tan breve y tan suave que apenas alzó la vista de su libro. La segunda, por el contrario, nació en lo más hondo de su vientre cuando los pasos de Aymar de Grolée resonaban en la escalera.

Cuando cruzó la puerta, Jeanne estaba de pie, vistiéndose.

—El parto ya ha comenzado —le dijo ella a modo de bienvenida antes incluso de que él hubiera tenido tiempo de sorprenderse.

Munia bostezó con insistencia. Con el cuerpo molido, aquella noche se sentía irresistiblemente atraída por el sueño. Sin embargo, era aún temprano pues se oía a los muecines vocear desde los minaretes de Estambul.

Beyazid la había dejado la víspera para resolver un asunto en Anatolia, bajo la estrecha vigilancia de la janum durante el día y de dos eunucos por la noche. Uno estaba ante su puerta y el otro en la terraza hasta que ella se dormía. Munia no se agobiaba por ello. Ya no tenía razones para huir y veía en la inquietud de Beyazid una prueba de su creciente apego.

Una mirada de reojo a su hijo, que tomaba el pecho, le confirmó que se había dormido contra ella.

—Halil, mi pequeño. También a tu madre le ha llegado la hora de dormir —dijo con un bostezo, arrancándose a duras penas de entre los cojines que amueblaban con vivos colores aquel rincón de la habitación.

El recién nacido refunfuñó. Como a ella, le gustaba aquel contacto. Meciéndolo con un balanceo del codo, Munia descendió la pequeña escalera para llegar a la abertura circular de la terraza.

La oración había terminado, devolviendo el silencio al palacio de Topkapi.

Pasó bajo los velos anaranjados que la brisa fresca alzaba y se halló en el exterior con las estrellas por techo y la ciudad antigua a sus pies. El Cuerno de Oro espejeaba bajo la luna.

Musa se apartó del muro contra el que vigilaba y fue a inclinarse ante ella, con los brazos cruzados sobre su pecho voluminoso.

—¿Deseáis alguna cosa, señora?

Ella le sonrió amablemente.

—Sólo un poco de aire antes de ir a dormir. Hace una noche agradable, ¿verdad?

—Sí. Llevas razón al aprovecharla.

La saludó de nuevo antes de desaparecer en la sombra. Munia inspiró el aire cargado de olores a especias.

Se sentía libre.

Había ganado.

Al día siguiente del parto, Beyazid fue a visitarla en los apartamentos de su madre, utilizando la puerta oculta. Ninguna de sus mujeres lo supo, de eso se ocupó la janum. Munia, que daba el pecho a su hijo, no se puso en pie para darle la bienvenida y se contentó con saludarlo esbozando una sonrisa juguetona. Él se

aproximó, como un felino, y apartó con un dedo precavido la tela que cubría el rostro del niño.

—Halil —dijo—. Ése será su nombre.

—Me gusta —aseguró Munia.

Beyazid la besó en la frente.

—Eres una persona singular; Munia. Muy singular. Pero eso me gusta. Mañana, y hasta que haya descubierto quién trató de envenenarte, te instalarás en mis apartamentos.

—¿Y si no lo descubris nunca?

Él se echó a reír y la miró con ternura.

—Alá es el único juez.

Abandonó el harén con la frente alta bajo la mirada furiosa de la primera esposa de Beyazid, repudiada de nuevo.

Sin embargo, Munia no era ingenua.

Beyazid, ocupado por sus asuntos, la dejó recuperarse una semana. A diario, sin embargo, visitaba a su hijo sin abordar la cuestión que lo atormentaba. Acabó por preguntar y Munia le explicó la fábula que había preparado acerca de la damajuana piramidal. Estaba en posesión de su familia desde hacía muchas generaciones. Cem descubrió su sorprendente poder como antídoto para los venenos y ésa precisamente era una de las razones por las que se había casado con ella. Era también el motivo de su afán por recuperarla cuando se dio cuenta de que ella se la había llevado. No había mentido al afirmar que se la había robado a Hugues de Luirieux.

—Conozco otros secretos, mi sultán —añadió—, muchos otros relacionados con las Tierras Altas. Sin mí, sin ellos, nunca las encontrarás, a pesar de esos mapas que hemos visto.

Sus ojos se habían achicado pero Munia no pestañeó.

—Quiero conquistarlas junto a ti.

Él se sobresaltó.

—No es lugar para una mujer.

—Ése será mi lugar y el de nuestro hijo.

Beyazid se marchó dando un portazo, reprimiendo su deseo de hacerla azotar por insolente. Pero lo que le gustaba era su determinación y Munia lo sabía.

No habían vuelto a hablar acerca de ello.

Halil era demasiado pequeño aún para contemplar otra solución que no fuera la de esperar. Munia estaba dispuesta a ello. Beyazid también, tarde o temprano. Su comportamiento hacia ella así lo probaba. Sus consejeros, incluyendo a su gran visir, no cesaban de repetirle que el lugar para una esposa era el harén, pero a eso les respondía que como no era la suya no tenía razón para doblegarse ante dicha costumbre. Para obligarlos a callar, cada noche cambiaba de esposa. Munia se divertía con ello. Tras cumplir la cuarentena, las suplantaría a todas. Sí, a todas. Por su hijo.

Dirigiendo su tierna mirada a aquél que dormía en sus brazos, se tambaleó de fatiga.

—¿Os encontráis bien, señora? —Se inquietó el eunuco.

Munia sacudió la cabeza.

—Ser madre es más agotador de lo que creía. Voy a acostarme. Buenas noches, Musa.

—Buenas noches, señora.

Apenas tuvo tiempo de tapar a su hijo en la cama tras besarlo y tumbarse y ya dormía como un tronco, sin imaginar ni por un segundo que habían vertido un somnífero en el té que no había acabado de beber.

Musa aún aguardó unos minutos antes de aproximarse a la balaustrada y dar tres silbidos cortos. Alguien le respondió en la planta inferior. Retrocedió. Un gancho surcó los aires y se aferró entre las columnas de piedra. Musa entró en la habitación, vació la cesta de fruta y la cubrió con una sábana. Una mirada hacia la cama. Munia dormía profundamente. Cogió delicadamente a Halil con sus gruesas manos y lo depositó en su nueva cuna de infortunio sin que gimiera en absoluto.

Ágilmente, un hombre saltó al balcón. Musa le tendió la cesta.

—Estamos de acuerdo —dijo—. Nunca más.

El hombre, un gitano al que el gran visir había concedido su hospitalidad, asintió.

—Partiremos al alba y no volveremos nunca. No temas.

El gitano mordió el asa con sus sólidos dientes y descendió con la facilidad de uno de los monos con los que trabajaba. Acto seguido, Musa abandonó de inmediato el lugar.

No le gustaba esa mujer a cuyo servicio lo habían destinado. Menos aún puesto que servía a otra desde hacía muchos años.

A Ihda, a la que acababa de vengar.

El sueño de Philippine era tan dulce que ni siquiera reaccionó a la caricia en su frente. Sin embargo, sonrió en sueños, segura de notar la mano de Cem resiguiendo el contorno de su rostro. Cada noche acudía junto a ella y le susurraba palabras de amor y de esperanza que, al amanecer, la dejaban jadeante y a veces desesperada por su ausencia y otras alimentada de confianza.

La víspera llegaron dos cartas. En una, Laurent de Beaumont anunciaba a Marie de Dreux la fecha del primero de mayo para celebrar sus esponsales. La otra, procedente de La Bâtie, estaba firmada por Cem. Con el fin de engañar a sus carceleros, el príncipe mantenía con Jacques de Sassenage una correspondencia regular que ocultaba las cartas que escribía a su amada. Al igual que las otras, la carta pretendía ser tranquilizadora, pero más aún que las demás.

«Imaginaos lo mucho que pienso en vos y en ese niño que nacerá. Dadle amor, más aún puesto que yo estoy privado de él», suspiraba Cem como conclusión. Aquellas palabras resonaban en el interior de Philippine desde que se había acostado.

¿Bastaría el amor para salvar a su hijo de las garras de Marthe y de Melusina?

«Sí», le había susurrado Cem al oído. De repente, enternecida, gozaba de aquella caricia sin ser consciente de que era real.

Jeanne de Commiers, inclinada sobre ella, se llenaba de aquel rostro relajado que su vela depositada cerca de la cama revelaba finalmente como el espejo de ella misma. Con lágrimas en los ojos a causa de su inmensa felicidad, mientras su vientre se retorció, retrasaba el momento de arrancar a su hija del sueño para sumergirla en la negra realidad.

Y, sin embargo, debía hacerlo.

Le dio un beso en la mejilla.

—Hélène, mi pequeña —murmuró.

Philippine gruñó en su sueño roto. Aquella voz que le recordaba la infancia provocaba el alejamiento del príncipe. Quiso tumbarse de lado, pero algo la retuvo con firmeza. Abrió los ojos. Jeanne la soltó de inmediato y retrocedió a la sombra de la cortina de la cama, súbitamente intimidada por ese reencuentro tan esperado.

—¿Qué sucede? —Se inquietó Philippine, incorporándose en su lecho y oteando a su alrededor con la mirada.

Jeanne se echó a temblar de emoción. Dio un paso adelante, con una tímida sonrisa en los labios. Incapaz de hablar.

Philippine frunció los párpados. ¿Acaso estaba aún soñando? Verse a unos pasos de sí misma con aquel gran vientre y el cabello recogido era en verdad una curiosa sensación. Entre atemorizada y sorprendida, se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

—Loca —dijo—, me estoy volviendo loca.

—No. Aún no, hija mía.

Philippine se incorporó de nuevo, se frotó los párpados y vio cómo se sentaba en su cama, al alcance de su mano, aquélla a quien durante tanto tiempo creyó perdida y sintió nacer en su interior un impulso tan imperioso que la sumergió de cuerpo entero.

—¡Por fin te encuentro! —murmuró Jeanne asiéndola de la mano, tan azorada como ella.

Philippine se arrojó en sus brazos.

Capítulo 39

Las agujas giraban en el reloj. Algonde, sin embargo, ya no las observaba con aprensión desde que Jeanne de Commiers, entre dos contracciones, se lo había contado todo a ambas.

Mientras esta última sacaba a Philippine de su cama, Aymar de Grolée fue quien despertó a Algonde. Con un murmullo, le pidió que se vistiera rápidamente y lo acompañara a su despacho. Obedeciendo a su instinto, Algonde salió de la habitación sin hacer ruido y dejó allí a Mathieu profundamente dormido.

A esa hora, la cuarta del 24 de marzo de 1485, acostadas ambas en habitaciones colindantes, Philippine y su madre sufrían de igual manera en la casa aún en silencio.

No fue necesario provocar el parto de Philippine. Apenas su madre había concluido su relato en el despacho, la señora de Bressieux lanzó un débil grito de sorpresa al notar cómo se inundaba su ropa interior. El impacto del reencuentro, asociado a aquel plan de actuación, provocó la ruptura del saco amniótico.

Ya sólo cabía esperar.

Algonde sabía que podía contar con Elora en caso necesario; De momento, la pequeña dormía, velando a su manera por Mayeul, el hijo de Marie, acostado a su lado. Durante el día, un ama de cría se encargaba del recién nacido en los edificios comunes, para evitar así que su madre se indispusiera al verle. Más decidida que nunca a negar su existencia puesto que había afirmado a Laurent que lo había perdido durante el embarazo, Marie, decidida a ser feliz, desde la víspera sólo se ocupaba de su próxima boda. Dormía plácidamente en la planta superior y, al igual que a Mathieu, se la había mantenido al margen del secreto, no fuera que Marthe tratara en un momento dado de leer en ellos.

Si no hubiera temido despertarlos a ambos, Philippine, recostada sobre dos voluminosos almohadones, habría gritado gustosamente.

—Me duele —refunfuñó apretando las mandíbulas.

Algonde se sentó junto a ella en la cama y le refrescó la frente con una toalla húmeda.

—Ten valor. Piensa en el sacrificio de tu madre y de Aymar.

Philippine le asió la mano. Jadeante, la estrujó con fuerza y gimió entre sus dientes apretados.

—Eso no me alivia... ¡Huuuummmm!

Algonde le apartó de delante de los ojos un mechón húmedo por la transpiración.

—Ahora hace siete horas. Las contracciones son cada vez más seguidas. Ya no va a durar mucho más.

Philippine resopló largamente relajando sus dedos y su expresión. La miró con ojos de perro apaleado.

—Doce estuvo Marie... No aguantaré tanto tiempo, Algonde. Ve a buscar a Elora.

Algonde se rió.

—Nacerá antes del alba, te lo digo yo. Sin magia y sin gritos.

Philippine la miró enojada.

—¿Tanto te gusta verme sufrir?

Algonde volvió a asirle la mano y se la palmeó cariñosamente.

—Ya sabes que no. Pero la verdad es que ignoro los efectos que pueden producir los poderes de Elora. Figúrate que Marthe, en busca de tu hijo, pudiera captar la luz azul de la que se hubiera alimentado para venir al mundo. Ya no estaría seguro en ninguna parte.

Philippine bajó la cabeza con un suspiro. Se había resignado a perder a su hijo temporalmente para confiarlo al hada Presina, que era la única que podía salvarlo. Pero la mera idea de que Marthe pudiera acercarse a él, tocarlo y pervertirlo le revolvió el estómago. Su rostro se tensó. Sentía una nueva contracción. Algonde llevaba razón. No tenía más remedio que callarse. Y esperar.

Lo soportaría.

Al otro lado de la pared, en su propia habitación, Aymar estaba junto al lecho de Jeanne, que al igual que su hija estaba recostada contra unos almohadones, con las rodillas separadas y alzadas bajo la sábana.

Ni partera, ni sirvienta. Nadie en el castillo debía descubrir su presencia. A ese precio tal vez todos pudieran salvarse.

A pesar de ello, Jeanne tenía confianza.

Había traído seis hijos al mundo antes de éste y, aunque sus cuarenta años hubieran hecho mella en su aspecto, no sentía inquietud alguna. Hasta el momento todo sucedía con normalidad. Ya sólo transcurrían dos minutos entre una contracción y otra. Sabía por experiencia cuándo llegaría el momento de empujar.

Aún faltaba un cuarto de hora, no más, y se preparaba para ello con serenidad.

Aymar, por el contrario, mucho más incómodo en ese papel que en el fragor de la batalla, estaba azorado al ver sus rasgos marcados, las profundas ojeras, esa máscara que el dolor le confería. Se sentía imbécil y totalmente inútil. Y, sin embargo, no quería dejarla. Tendría poco tiempo para disfrutar de su hijo antes de que Marthe se lo llevara. Por ello sufría junto a la mujer a la que amaba.

Por anticipación y por empatía.

—¿Queréis un poco de agua? —preguntó cuándo ella recuperaba el aliento.

—Gracias...

Se puso en pie para ir a llenar un vaso de la jarra depositada sobre una mesa. Volvía sobre sus pasos cuando vio que a ella se le alteraba la expresión. Se detuvo.

—¿Algo no va bien?

Sin responderle, ella precipitó sus manos hacia el bajo vientre, lo palpó y lo apretó.

Devorado por la angustia, con la mirada clavada en lo que ella estaba haciendo y

olvidando que el agua iba destinada a Jeanne, Aymar vació el recipiente de un trago. Un velo de pánico cubrió los ojos de Jeanne y eso acabó de asustarlo. En su precipitación por llegar a su lado, el vaso que acababa de soltar cayó al suelo y tintineó sobre las losas.

—No me diréis...

Ella lo agarró del brazo con violencia, súbitamente fría al ser consciente de la urgencia.

—Corred a buscar a Algonde. El parto se ha detenido.

Al abrir la puerta, Aymar pudo constatar que Philippine, la tez escarlata, con ambas manos aferradas a las rodillas, empujaba a su vez. Desgarrándola debido a una contracción más violenta, el niño ya se presentaba. Algonde, a los pies de la cama, vigilaba la entepierna, y con voz serena y pausada exhortaba a Philippine a que hiciera un esfuerzo.

Era un mal momento.

Aymar miró hacia atrás.

Jeanne, por su parte, había adoptado instintivamente la misma posición que su primogénita, decidida a forzar la naturaleza.

Indeciso, osciló entre ambas estancias hasta que Algonde alzó la cabeza y lo vio. Una mirada bastó a la joven para comprender que la necesitaba en la otra habitación.

—Sigue empujando. No te detengas —ordenó a Philippine antes de precipitarse hacia Aymar.

—Quedaos con ella.

—Pero yo...

—¡Quedaos con ella! —repitió Algonde empujándolo para abrirse paso y cerrando ante él la puerta con autoridad.

«¡Por Dios, qué pasmados son los hombres!», pensó al llegar junto a la cama de Jeanne, que se había tendido hacia atrás para retomar fuerzas.

—¿Qué sucede?

Jeanne estaba lívida.

—Todo se ha detenido. Creo que está muerto —dijo simplemente meneando la cabeza.

Un escalofrío gélido recorrió el espinazo de Algonde.

—¿Me permitís? —preguntó apartando la sábana.

Jeanne asintió y no pestañeó cuando Algonde le introdujo la mano ni cuando la retiró.

—La cabeza no asoma y, sin embargo, estáis muy abierta. No lo entiendo —dijo Algonde, recordando su experiencia con Marie.

Jeanne hizo una mueca de preocupación.

—Si aún está vivo, debe de ser demasiado grande para salir.

Algonde sintió que la angustia se apoderaba de ella.

—Es decir que...

—Si no lo liberamos moriremos él y yo.

Empujando con sus pies, Jeanne se recostó contra los almohadones. Volvía a tomar el control. Tendió la mano a Algonde y se la apretó en cuanto ésta la asió, y dijo en voz queda:

—Debéis ayudarme, Algonde. Esté vivo o muerto, ese niño debe nacer, lo sabéis tan bien como yo.

—No creo que Elora pueda intervenir, pero voy a ir a buscarla.

—No —la retuvo Jeanne—. No tenemos tiempo para probarlo. Hay que actuar ahora. Ahora mismo, Algonde.

La joven asintió con la cabeza.

En aquel instante se abrió la puerta y entró Aymar de Grolée, que atrajo la atención de ambas.

—Ha nacido —dijo con la voz tomada por la emoción—. Creo que deberíais ir, Algonde...

Le llegaba un sollozo. Philippine lloraba.

—Yo me ocupo de Aymar. Explicadle a mi hija lo que sucede y volved aquí. Rápido —le ordenó Jeanne.

Mientras Algonde se marchaba, Jeanne sonrió con tristeza al señor de Bressieux, que se había aproximado a ella.

—Amigo mío —dijo—, voy a pedir os lo más difícil del mundo.

—Cuanto deseéis —le respondió asiéndole la mano, tan trastornado por lo que acababa de ver como por su estado, que no había experimentado cambios.

—¿Lleváis aún al cinto ese puñal con el que tan bellamente trazamos nuestras iniciales en la madera de la cama de la fortaleza de Saint-Pierre?

Él asintió con la cabeza, inquieto.

—Avivad el fuego y ponedlo al rojo vivo, os lo ruego.

Él tragó saliva.

—¿Y luego?

Las lágrimas brotaron como perlas de los ojos de Jeanne.

—Luego...

Retomó el aliento.

—... luego me diréis adiós, amor mío... y saldréis de la habitación.

Tumbada de lado, Philippine sollozaba sobre su codo doblado. Sin preocuparse por ello, Algonde se inclinó sobre la canasta cubierta con sábanas que había preparado para acoger al recién nacido. Aunque ella ya estuviera prevenida por el contenido de la profecía, dio un paso atrás. Oyó la voz de Philippine desde la cama, que contagiaba su espanto.

—Un monstruo. ¡He dado a luz a un monstruo!

Algonde corrió a abrazarla.

—Un niño rey. Eso es lo que será.

Philippine prorrumpió en un llanto inconsolable. No se lo podía creer. Sólo veía a ese bebé tan vellosa de la cabeza a los pies al que únicamente sus ojos, de un azul cian, le conferían un atisbo de humanidad.

—¿Qué voy a hacer? ¡Oh, Dios mío, Algonde! ¿Qué voy a hacer?

—Lo que dijimos. Mírame —dijo alzándole el mentón con el índice doblado—. Mírame, Hélène. Este niño es esperado, deseado, desde hace siglos. No es como los demás y hay que amarlo como es.

—Diríase el diablo en persona —se estremeció Philippine, presa de la desesperación.

—Míralo con él corazón. Sólo con el corazón y lo verás tal como es.

Algonde enjugó con besos sus mejillas cubiertas de lágrimas.

—Ahora tengo que ir a la otra habitación.

—¡No! —suplicó Philippine.

Algonde se liberó de su tenaza y, cogiéndola por los codos, se sumergió en aquella mirada perdida.

—Si no hago algo tu madre morirá. Y no es eso lo que quieres, ¿verdad?

Philippine se hundió entre sus manos. Algonde la sacudió, casi con violencia, para obligarla a reaccionar.

—Debes serenarte, sola. Y confiar en mí... Eres capaz de hacerlo, Hélène... Debes ser capaz de hacerlo.

Philippine bajó la mirada. Sin mayor dilación, Algonde se apartó de ella. Estaba ya casi en la puerta cuando le llegó la voz de Philippine, apenas un susurro:

—¿Crees que Constantin... para un futuro rey?

Algonde se volvió hacia ella y le sonrió.

—No puede haber un nombre más bonito —afirmó antes de abrir la puerta.

Jeanne estaba sola en la habitación.

—¿Y el barón?

—Nos hubiera incomodado...

Algonde no insistió. En aquel rostro devastado, ahora ardiente de fiebre y de una palidez diáfana, se leía una fría determinación que imponía respeto.

—Tendréis que hacer una incisión en mi vientre, de ahajo arriba. Si es demasiado profunda, os arriesgáis a matar a la criatura, si es demasiado superficial, no podréis extraerla. No quiero saber si os sentís capaz de hacerlo, Algonde. Simplemente quiero que lo hagáis sin preocuparos de mí.

—Lo he comprendido —aseguró la jovencuela reafirmando su voluntad.

—¡Bien! Traed agua caliente en un barreño, y sábanas. Luego cogeréis el puñal de las brasas. Ahora ya debe de estar al rojo —dijo aún Jeanne, arrojando los almohadones al suelo para poder estirarse completamente.

A Algonde le bastaron unos minutos para tenerlo rodo dispuesto. Se inclinó sobre el vientre abombado e inmóvil. Su mano armada, comenzó a temblar aun a su pesar.

Jeanne alzó la cabeza. Su mirada desprendía una fuerza serena.

—No dudéis, hija mía. Si durante mucho tiempo habéis buscado la razón de vuestra abnegación, la hallaréis aquí y ahora Adelante.

Se dejó caer sobre la sábana y, conteniendo la respiración Algonde comenzó la incisión.

En el mismo instante, el gallo cantó.

Mathieu despertó con su quiquiriquí. La hora de los paneteros, allí o en cualquier otro lugar, siempre era la misma. Su mano, mimosa, buscó la redondez de una cadera pero cayó en el vacío. Suspiró. Algonde ya se había levantado. «Lástima», pensó antes de apartar las sábanas. Aquella mañana la hubiera montado gustosamente antes de ir al trabajo. Con un bostezo que a punto estuvo de descoyuntarle las mandíbulas, descorrió las cortinas y, a la luz del día naciente, se vistió los calzones y la camisa.

Dio un beso en la frente de Elora, que se chupaba el pulgar y otro a Mayeul, al cual, a pesar de la joroba en su espalda, Mathieu le había cogido afecto, y salió alisándose sus cabellos negros y rebeldes. La casa aún estaba en silencio. Descendió la escalera raudo, gozando de la felicidad de que disfrutaba desde que se instalaran allí, y se dirigió a la cocina. Tenía hambre. Cogió una golosina de una copa y la mordió mientras contemplaba su reflejo en el fondo de una cazuela de cobre. Acto seguido, como cada mañana, sumergió sus manos en un cubo de agua, se mojó la cara y el cabello, se frotó con un jabón de ceniza, se enjuagó y se secó con una toalla.

—¡Mira tú, menudo desperdicio de agua! —refunfuñó la vieja Malisinde, que señoreaba en aquel territorio.

Acababa de entrar. Mathieu se encogió de hombros. A Malisinde le encantaba chincharlo. Era su naturaleza. Nació gruñona. Él dejó la toalla y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Ella amenazó con el índice, fingiendo estar enojada.

—¡Serás gárrulo! No sé qué me retiene...

Mathieu salió riéndose.

Sabía perfectamente que ella sólo se levantaba al alba para recibir aquel beso.

Capítulo 40

Al no ver llegar a Murria, con la que tenía costumbre de desayunar, la janum fue a llamar a su puerta.

—¿Ha salido esta mañana? —preguntó a los guardias situados a uno y otro lado del marco de la puerta.

Ambos negaron con la cabeza.

Inquieta, la janum entró.

Un día radiante penetraba a través de la transparencia de los velos. La janum se deslizó hasta la cama y sacudió el hombro de la egipcia.

Munia abrió un ojo, entrecerró los párpados ante la claridad que entraba en la estancia blanca, y con voz pastosa preguntó:

—¿Eres tú, madre? ¿Qué sucede?

—Eso te iba a preguntar yo, hija mía. Es tarde.

Munia tenía el cerebro demasiado embotado para asustarse. Mientras la janum iba hacia la cuna, se desperezó.

—He dormido como...

Un grito de sorpresa interrumpió el final de su frase. Alertada, Munia se incorporó apoyándose en los puños para descubrir que lo había provocado. La janum estaba lívida.

—No está en la cuna —dijo.

Impulsada por una descarga de adrenalina, Munia se puso en pie de un salto. Halil había desaparecido. Y, si había algo de lo que se acordaba, era que la noche anterior lo había acostado. Le faltaba aire. Se tambaleó y por fortuna la mano de la janum evitó que se desvaneciera.

—Musa —gimió—. ¿Dónde está Musa? Seguro que él ha visto algo.

La janum la ayudó a llegar hasta la cama, con el rostro devastado por la angustia.

—Quédate aquí —le ordenó—. Yo me ocupo de todo.

El vértigo que Munia sentía en las sienes era tan grande que le fue imposible luchar. Apenas se hubo sentado, cayó pesadamente hacia atrás con los brazos en cruz.

La janum entreabrió la puerta.

—¡Traed a Musa y a mi médico personal! ¡Rápido!

En cuanto los guardias se marcharon, inspeccionó la habitación con una mirada circular. Vio una tetera junto a un vaso de color, sobre una mesa muy baja de hierro forjado. Subió los cuatro peldaños que llevaban a los cojines sobre el suelo, y olió el brebaje que aún contenía. Maldijo entre dientes. Vio confirmados sus temores. Bajaba la escalera que abarcaba toda la longitud de la alcoba cuando Musa apareció en el umbral de la puerta.

—¿Me habéis hecho llamar, señora?

La janum le clavó una mirada escamada. A ella no le había gustado que pusieran a aquel eunuco al servicio de Munia, pero Beyazid no quiso escucharla. Tenía plena

confianza en él. Ella no.

—¿Dónde está el niño?

—No sé nada, señora. Aún no estoy de servicio.

La janum lo fulminó con una mirada amenazadora.

—Si le ha ocurrido alguna desgracia, juro que haré que te despedacen miembro a miembro.

El eunuco se mantuvo imperturbable.

—Cuando me marché, todo estaba en calma. Jamás abandono mi puesto en la terraza hasta que están durmiendo.

—La terraza... —repitió la janum que, concentrada en el «quién» aún no había pensado en el «cómo».

Se precipitó a la terraza. Descubrió el gancho entre las columnas de la balaustrada y volvió de inmediato sobre sus pasos, atraída por la voz de su médico a quien Musa acababa de abrirle la puerta.

—Le han administrado un somnífero. Ocupaos de ella —ordenó señalando a Munia, inconsciente, antes de volverse hacia el eunuco que, con los brazos cruzados sobre su vientre, aguardaba nuevas órdenes.

La janum se plantó ante él, gélida.

—Halil ha sido raptado. Si no se le encuentra sano y salvo antes de esta noche, lo pagarás con tu vida, culpable o no.

Un destello de inquietud brilló en sus ojos bovinos, y lo reprimió de inmediato. Bastó, sin embargo, para que la janum temiera lo peor.

—Sé a quién sirves —le dijo—. Su estatuto de primera esposa no la ayudará cuando el príncipe sepa la verdad. Morirá contigo.

Esta vez el argumento dio en el blanco. Más temeroso por ella que por él, Musa bajó la vista.

—Ihda no tiene nada que ver, señora. Es a mí solo a quien hay que castigar.

La janum no creyó ni una palabra pero evitó mostrarlo. Cogiéndolo de los brazos, bajo los gruesos brazaletes de cobre martillado que, a ambos lados, adornaban su piel desnuda, lo sacudió violentamente.

—¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él?

El eunuco la miró fijamente a los ojos.

—Lo ahogué mientras dormía y lo arrojé por la barandilla.

Ella tragó saliva, bañada en un sudor frío.

—Y en ese caso ¿para qué era la cuerda?

—Para que las sospechas no recayeran sobre mí.

—Mientes —le espetó la janum con el rostro enrojecido por la rabia—. Hubieran hallado su cuerpo por la mañana. Hay centinelas que patrullan bajo las ventanas.

Una sonrisa maligna iluminó el rostro redondo de Musa.

—Tras abandonar mi puesto, lo recuperaré entre los matorrales. Aunque no sea la hora de su comida, los tigres se lo zamparon de un bocado, puede estar segura de ello.

La janum dejó caer sus brazos, con el corazón a punto de salirle por la boca. Retrocedió.

—Uno no puede tener todos los derechos —añadió dirigiendo una mirada torva a Munia, a la que el médico no lograba sacar de su apatía a pesar de las sales que acercaba a su nariz.

—¡Guardias! —gritó la janum, doblegada bajo el peso de la cólera.

La puerta se abrió.

—Meted a Musa en el calabozo. Si os da trabajo, dadle una paliza hasta que sangre, pero no lo matéis... Quiero que sufra... Durante mucho tiempo.

El eunuco dejó que se lo llevaran sin oponer resistencia. Estaba contento. No por recibir el castigo, aunque eso no lo atemorizara, sino por haber vengado tan bien a su señora de modo que Munia probablemente moriría de pena.

Mejor así, se regocijaba, puesto que verdaderamente no le gustaba esa mujer, en absoluto.

En ese mismo momento, en la panetería del castillo, Mathieu admiraba tres hogazas redondas que su colega había amasado la víspera. La masa había fermentado tan bien que la superficie estaba resquebrajada y Mathieu, como buen conocedor de la profesión, alabó la habilidad del mismo antes de meterlos en el horno. Estaba solo en la pequeña edificación adosada a la residencia. En Bressieux quedaba poca gente dado que Aymar de Grolée había alejado prudentemente a su corte mediante algún subterfugio, y, de común acuerdo, ambos hombres se relevaban.

—No hay nada que objetar, son perfectas —apreció con envidia.

Agachado ante la mesa sobre la que se hallaba la placa, trató de buscar un defecto sin hallarlo y se regocijaba ya pensando en partir la primera en cuanto estuviera dorada.

—Mathieu...

Tan alegre como se puede estar al inicio de un día espléndido, se alegró aún más al oír aquella voz a sus espaldas. Aunque aquel día fuera mañanera, la visita diaria todas las mañanas de Algonde tras darle el pecho a Elora lo colmaba de satisfacción. Como antaño en Sassenage, el primer bollo salido del horno era para ella.

—Vienes demasiado pronto. Aún no hay nada cocido... —le dijo.

Se puso en pie sin dejar de contemplar las hogazas.

—Perfectas... realmente perfectas... —repitió antes de volverse hacia ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

Su sonrisa se desvaneció en el acto.

Con las manos juntas sobre su vestido arrugado, Algonde mostraba tal carita en el marco de la puerta que de inmediato pensó que había ocurrido una desgracia.

—¿Elora? —Se inquietó acercándose a ella.

—Hélène.

Él se serenó.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora para atormentarte? —suspiró antes de darle un fugaz beso en el cuello, de nuevo de muy buen humor.

Algonde permaneció inmóvil.

—Ha empezado, Mathieu.

Cruzando las manos a su espalda para no mancharla, le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Ajá... ¿Qué ha empezado?

—El parto.

—¿Qué par...?

Se apartó de ella, azorado, negándose a entender.

—El niño... ¿El niño?

Algonde le pellizó la mejilla, como solía hacerle antaño. Sin embargo, en su mirada no había ni pizca de picardía, sino sólo un profundo cansancio por lo que acababa de vivir.

—¿Qué iba a ser, sino?

Los hombros del jovenzuelo se derrengaron. Refunfuñó.

—Era demasiado bueno para que durara, de todas maneras.

—Aún seremos felices, Mathieu.

Extrañamente, no creyó que fuera posible.

Olvidando sus resoluciones, la atrajo hacia él y le manchó los omoplatos de harina. Se abrazaron en silencio, con tanta fuerza que sus cuerpos quedaron molidos. Él suspiró a su oído.

—Supongo que no has cambiado de opinión.

—No.

Cerró dolorosamente el ojo sano. ¿Cuántas oraciones había dirigido al cielo con la esperanza de lo contrario?

—Si lo he entendido bien, no tengo tiempo de cocer esas deliciosas hogazas de pan...

Algonde lo había oído alabar la obra del panetero y aquellos últimos tiempos ella se había alegrado mucho de verle retomar el gusto por su trabajo. Accedió.

—Marthe puede esperar una hora más.

—De acuerdo, ya es algo. ¿Y luego?

—Luego todo dependerá de ti, Mathieu. Y de ella.

—¿Ni un poquito de ti? —dijo él, apartándola.

Llenarse de su rostro. Alejar la duda, la angustia, en la serenidad de sus rasgos.

Algonde le sonrió con ternura. Ella eludió la pregunta.

—Conténtate con traer a Marthe aquí.

—¿Y qué debo decirle?

—Sólo que Philippine ya está de parto.

Él abrió los ojos.

—¿Eso es todo?

—Cuanto menos sepas, mejor. No te inquietes por mí ni por Elora. Ambas estaremos a salvo cuando regreses.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro, Mathieu.

Ella volvió a abrazarse a él.

—Te amo. Piensa sólo en eso. En nada más.

Él le besó el cabello.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Pronto.

Suspiró. Avanzó una pierna entre sus muslos y la forzó a retroceder.

—¿Qué haces?

—Quiero sentirte, ahí, mía una vez más.

Ella se echó a reír.

—Tendremos todo el tiempo del mundo, más tarde.

La arrinconó contra el muro de piedra a la sombra de la puerta abierta de par en par.

—¿Y si no lo tuviéramos? ¿Si ya no volviéramos a tener tiempo? ¿Nunca más?

—Te prohíbo que digas eso —refunfuñó antes de agarrarlo de la nuca y besarlo para conjurar aquel miedo que tampoco ella podía evitar sentir.

Dos horas más tarde, desde la ventana de la habitación de Philippine, Algonde lo vio cruzar la barbacana del castillo a caballo. A pesar del nudo en su garganta, se esforzó para acabarse el bollo caliente que le había llevado, y en él reconoció el sabor de su último beso, fogoso, en el pasillo. Dejándola sin aliento, Mathieu dio media vuelta y bajó la escalera. Era lo que se le había ocurrido para no dar la impresión de un adiós a aquello que de momento era un hasta pronto.

Se tomó el tiempo de saborear el último bocado antes de despegarse del cristal. En su cama, de la que no se había levantado, Philippine tenía a Constantin entre sus brazos. Una vez le afeitaron el rostro delicadamente en la habitación de Jeanne, su aspecto era menos atemorizador y todo el amor que sentía por Cem había renacido en el corazón de la doncella. Suspiró cuando Algonde se sentó en la cama.

—¿Estás segura de que Presina cuidará bien de él?

—No tengo la menor duda de ello. Vamos, querida Hélène. No puedo retrasarme más.

Philippine besó la frente de su hijo y se lo tendió a regañadientes.

—Y si Marthe...

Algonde le colocó el dedo índice sobre la boca.

—Chitón. Ni una palabra más. Todo irá bien.

Con el niño en brazos, entró en la habitación contigua. Aymar de Grolée, junto al lecho de Jeanne, se puso en pie cuando se acercó.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Algonde.

—Le ha bajado la fiebre. Vivirá.

Su mirada se fijó dolorosamente sobre Constantin y suspiro.

—Cumplid con vuestro deber, Algonde. Y no os preocupéis de nada más.

—Mathieu tardará unas tres horas en llegar a Sassenage, o más aún si se entretiene por el camino. Esperad para trasladarla. He hecho cuanto he podido, pero no estoy segura de que los puntos que le he dado sean muy resistentes.

Aymar de Grolée le sonrió con benevolencia.

—No seáis modesta, Algonde. Lo que habéis logrado sin ayuda de la magia esta vez es un milagro.

—Hubiera preferido que fuera completo...

Bajando los ojos, él cogió al niño de la profecía en sus brazos. Aymar de Grolée era hombre de combate, no de lágrimas.

—Necesitaré unos minutos abajo —dijo.

Algonde lo retuvo.

—Tengo que pedir os un favor. Si por desgracia...

Él le palmeó la mano que ella había llevado a su brazo.

—... Me ocuparé de Elora. A ella y a Mathieu no les faltará nada, os lo juro... Pero eso no va a suceder, ¿verdad?

Sus miradas se cruzaron. Presas de temores.

—No... no sucederá —afirmó Algonde.

Acto seguido, alzaba contra ella el cuerpo sin vida del pequeño ser al que, a pesar de sus esfuerzos, no había podido salvar, y en un silencio de duelo pasó a la otra habitación.

Ahora todo iba a depender de Marie de Dreux.

Esta vez, Munia estaba vencida. Despertada con una mezcla de café y especias, acababa de oír de labios de la janum la trágica verdad. Tuvo una única reacción. Se levantó de su cama, anduvo hasta la terraza y se curvó por encima de la balaustrada. Ya nada tenía sentido, ni color, ni luz. Lo había perdido todo. Se había acabado.

La janum, que instintivamente había anticipado su gesto, la retuvo en el último instante.

—¡A mí la guardia! —gritó, tirando de ella con todas sus fuerzas para que no cayera.

—Dejadme morir —le pidió Munia con extraordinaria frialdad, inclinada sobre la piedra, con los tobillos ya separados del suelo y la mirada fija en los macizos de rosales treinta y siete pies más abajo.

Los dos eunucos que se hallaban de guardia ante su puerta atravesaron la habitación corriendo.

—Te lo suplico, Munia. Tendrás otros hijos de mi hijo. Tantos como te plazca —gimió la anciana extenuada.

—No era el hijo de tu hijo —dijo Munia exasperada extendiendo sus brazos en el vacío, imaginando oírla llorar desde abajo.

La janum la soltó. Munia sintió cómo se hallaba de nuevo en la terraza sostenida por dos puños potentes. Se halló de pie ante aquella mujer que la miraba con tristeza, flanqueada por los dos colosos.

—Aún estás bajo los efectos de la impresión, pero ya verás cómo se te pasará.

El dolor afloró finalmente en la expresión de Munia. Acabar de una vez por todas. Ya sólo deseaba eso. Al comprender que se lo impedirían, clavó la mirada de sus ojos, apagados, en los de la janum.

—He mentado. Desde el principio. Este hijo era del hombre al que amaba. Un cristiano. El señor de Luirieux lo asesinó a él y a mis padres en Egipto antes de traerme aquí...

La duda se instaló en los rasgos de la janum. ¿Tan desesperada estaba Munia como para proclamar tales acusaciones en su propia contra?

—... Creedme, madre —prosiguió Munia—. No hay tal elixir milagroso. Os he engañado. A todos. Para salvar al único ser que aún me importaba en este mundo.

La janum acusó el golpe y titubeó. Los ojos de Munia, ardientes por su inconmensurable desamparo, no podían mentir.

—Te lo ruego, madre —estalló Munia en sollozos—. No puedo vivir sin él. Otra vez no. ¡Compréndeme! ¡No puedo!

—Lleváosla —decidió la janum, emocionada.

No por la traición sino por el sufrimiento.

Hasta el regreso de Beyazid, era mejor que Munia estuviera protegida de sí misma entre los muros de un calabozo.

Capítulo 41

Aunque había podido comprobar la fidelidad de Mathieu, Marthe estaba enfebrecida a su llegada al castillo de Bressieux, menos de seis horas después de la partida del panetero.

—Me lo prometisteis, prometisteis que nos dejaríais en paz —insistió éste al desmontar del caballo frente al establo.

Marthe, que ya había descabalgado, no se dignó responder. La impaciencia la corroía. Y también la duda. No tenía confianza alguna en aquella perra de Algonde.

Él se plantó ante ella cuando avanzaba.

—¿Tengo vuestra palabra?

Ella lo apartó con un gesto exasperado y le arañó el rostro.

—Si quieres que todo suceda como es debido, apártate de mi camino —lo amenazó, con la mirada clavada en la fachada del edificio en el otro extremo del patio.

Al igual que el barón Jacques al que Marthe había prohibido acompañarlos, Mathieu no insistió. La observó arrancar a correr hacia la puerta, se enjugó la sangre que surcaba su mejilla y la siguió.

Tenía que comprobar que los suyos estuvieran a salvo.

Sentado a bordo de la falúa que se deslizaba sobre las oscuras aguas del Nilo, Enguerrand de Sassenage vio alejarse las murallas de Heliópolis. Sin añoranza. Allí no había hallado la paz. Sólo unos amigos, de los que se había despedido el día anterior. Aunque les hubiera prometido lo contrario, sabía que no volvería a verlos.

Con pulso firme, acomodó su modesto hatillo al hombro.

Se llevaba consigo cuanto le había legado aquella tierra. El mapa enrollado alrededor de su cintura entre las dos capas de su cinturón de tela y el puñal de Aziz que el padre de Malika le había restituido a cambio de su espada. No había querido conservar esta última, demasiado llamativa. Injustificada. En cuanto a los otros descubrimientos de importancia, los había estudiado tanto que el menor detalle estaba fijado en su memoria. Osiris, el dios gigante llegado de las Tierras Altas había sabido conservar su tesoro mejor de lo que él podría hacerlo. Se lo dejó.

Partía, pues, ese vigésimo cuarto día de marzo.

No estaba listo, pero había comprendido que nunca lo estaría. Munia lo perseguía. Enguerrand de Sassenage sabía que no podría llevar el duelo en aquella tierra. Entre el agua y la arena. Entre la exuberancia y el desierto.

Partía.

En busca de un nuevo mundo.

Seguiría el itinerario que el padre de Aziz había trazado sobre el mapa, poco antes de morir. El itinerario que el propio Aziz habría emprendido si un terremoto en su noche de bodas no hubiera trastocado sus planes. Si Munia no hubiera nacido.

Alejandría, Trípoli, Túnez, Argel, Tánger y luego España, pasado Gibraltar. Allí buscaría a un armador lo bastante loco como para creer en él y cruzar el Atlántico pasando por las Azores, donde se había iniciado el linaje de Aziz.

A pie, el camino sería largo pero no tenía elección. Enguerrand acababa de gastar sus últimas piastras para descender el río y a partir de allí debería improvisar para subsistir. Ésa era la razón por la que había decidido seguir el camino junto a la costa. Los puertos ofrecían múltiples posibilidades, incluso las ratas que podría comer.

Rebuscó en su cinturón, desplegó un retal y de él extrajo un dátil que se puso a chupar antes de guardar los otros. Un regalo de Malika. Sonrió. En el último momento, poniéndose de puntillas, con unas lágrimas silenciosas sobre sus mejillas ardientes, ella le dio un beso en la boca.

Había tenido que partir para darse cuenta de que lo amaba.

«Lástima», se dijo. Lástima que su corazón se hubiera secado a base de llorar. Ella hubiera estado orgullosa de quedarse junto a él.

Su vecino de travesía, un viejo desdentado apenas menos andrajoso que él, le palmeó el brazo.

—Mira...

Enguerrand siguió la dirección de su dedo extendido. Una jovencilla corría junto a la orilla, agitando los brazos. La reconoció de inmediato. Malika debía de esperarlo desde el día anterior. Ávida de un gesto en forma de promesa.

El desconocido, a su lado, le respondió con grandes aspavientos. Enguerrand se negó a hacerlo. «¿Para qué?», pensó. ¿Para qué mantener la esperanza si todo había terminado ya? Sabía por propia experiencia el dolor que eso causaba.

Escupió el hueso del dátil al agua y luego volvió la cabeza hacia la otra orilla. Inmóvil como la esfinge que vigilaba Giza, dirigió la mirada hacia las tres pirámides que se recortaban a lo lejos, casi en hilera. Utilizando el plano dibujado por su constructor visitó la mayor de ellas, que Keops se apropió.

«¿Para qué?», se repitió una vez más. Ya no tenía a nadie con quien compartir esos secretos.

Resueltamente esta vez, clavó su mirada en el agua verde. Una vida errante lo esperaba.

Se perdiera en ella o no, estaba dispuesto.

—Te lo repito. ¿Dónde está el barón?

—No lo sé.

—¿Y Algonde?

—No lo sé.

—Dame una sola razón para perdonarte la vida si no sabes nada —gruñó Marthe agarrando el cuello de la intendenta de la casa que le había dado la bienvenida en cuanto cruzó el umbral de la gran sala de recepción.

A la pobre mujer se le desorbitaron los ojos. Desde la mañana nada sucedía como

de costumbre y se sentía perdida ante aquella espantosa mujer que exigía ver a sus señores.

—Soltadla, os conduciré ante doña Hélène —intervino Mathieu a su espalda.

Marthe apartó los dedos. La intendenta se desplomó en el suelo, tan trastornada que incluso perdió el conocimiento.

Marthe se puso junto a él.

—Ya la encontraré sin ti —decretó ella, y prosiguió su camino hacia la escalera.

—Como gustéis. El castillo dispone de once habitaciones...

Marthe se detuvo y se volvió bruscamente.

—Te has vuelto muy servil, palurdo.

Mathieu rodeó el cuerpo inmóvil de la intendenta y se acercó hasta ella, con expresión adusta.

—No confío en vos en absoluto.

Marthe se echó a reír.

—Es por allí —la precedió Mathieu, dejando la escalera a diestra para dirigirse al fondo de la habitación.

Un tramo de escaleras arrancaba en una de las torrecillas en el ángulo del edificio rectangular. Mathieu ascendió por allí y llegó a un estrecho corredor, delante de la puerta de Philippine, en el momento en que Marie de Dreux salía de allí.

—Ah, estáis aquí por fin. Os he hecho buscar por todas partes. ¿Dónde os habíais metido? —exclamó de inmediato.

—¿Qué sucede? Parecéis conmocionada.

Marthe permanecía en un aparte. Reconoció a aquella pollita y se preguntó qué hacía en Bressieux. Y más aún, qué ocultaba. Con ojos vidriosos, Marie, que no se había apercibido de su presencia, emocionada como estaba, se restregaba las manos.

—¡Lo estoy, Dios mío! ¡Claro que lo estoy! Es Algonde...

Mathieu palideció.

—¿Qué ha pasado?

—Ha hecho algo terrible. Verdaderamente terrible.

—¿Qué? —exclamó él asiéndola violentamente del brazo.

—Ha envenenado al hijo de doña Hélène —dijo Marie ahogando un sollozo.

Marthe, tan aturdida ante la noticia como el jovenzuelo, fue la primera en reaccionar. En el instante en que éste quiso zarandear a Marie para averiguar más, la harpía se interpuso entre ambos. Mathieu no tuvo tiempo de intervenir y la doncella se halló pegada contra la pared, con los pies zarandeándose en el vacío, como si la retuviera una mano invisible. Asustada, comenzó a gritar.

—Tú —ordenó Marthe mirando al panetero fijamente—, quédate quieto ahí.

Dejando a Mathieu como una estatua y a Marie al borde de las convulsiones, abrió la puerta de la habitación a oscuras. Con paso rápido fue a descorrer las cortinas y luego inspeccionó la habitación con la mirada.

A pesar de la intensa luz, Philippine parecía dormir. Marthe se abalanzó sobre la

cuna situada contra la pared. Había un crucifijo sobre la sábana que recubría la pequeña forma allí tendida. Febril, Marthe arrancó uno y otra, soltó un rugido de cólera y fue a sacudir a Philippine en su cama.

A pesar de abofetearla, Philippine no reaccionó. Visiblemente, la habían drogado. Marthe salió de nuevo hecha una furia. Con un gesto descolgó a Marie de su perchero invisible y la proyectó hacia el pasillo.

—¿Dónde están? —bramó abalanzándose sobre la desgraciada que retrocedía arrastrándose miserablemente, aterrorizada.

Abandonándola a las garras de Marthe, Mathieu entró a su vez en la habitación. Quería entender qué había sucedido. Tenía que comprenderlo. Algonde no podía haber hecho algo semejante. A su vez, se quedó pasmado ante el pequeño ser sin vida.

—Velloso. No es velloso... Entonces...

Entonces Algonde había huido. Porque no tenía otra escapatoria.

Marie chilló en el pasillo.

Se precipitó allí.

Marthe la sostenía por el cuello con el brazo extendido, y la humillaba con violencia, por placer, por venganza. No tenía necesidad de preguntar, a él le bastaba con leerlo en ella. El miedo de aquella perra la volvía tan transparente como el cristal. Marthe entró en comunicación con su memoria y se apropió de sus recuerdos inmediatos.

Los gritos de Philippine que hicieron que Marie abriera la puerta, inquieta. Luego las acusaciones, el griterío, la cólera el desamparo de aquella madre que acababa de descubrir que su hijo estaba muerto. Muerto ante sus ojos en el instante en que Algonde, que lo sostenía en brazos, le acarició los labios con un polvo oscuro, que se suponía debía darle vigor. A todas luces, el del huevo negro. «¿Creía que no sobreviviría?», se preguntó Marthe.

Volvió a hurgar en el interior de Marie. Algonde, que con los brazos colgando, no se defendía. Algonde expulsada con Elora.

Y para acabar, Marie, sola junto al lecho de Philippine, administrándole a ésta un somnífero para calmarla.

No había mentiras. Marie realmente había vivido todo aquello.

—¡Basta! —exclamó Mathieu agarrando con firmeza el hombro de Marthe.

Sin obedecerle, ésta volvió su rostro hacia él. Ya no era un rostro humano.

—Aunque nos matéis a todos no podréis cambiar nada. No es el hijo de Cem, ¿acaso no lo veis?

Una fracción de segundo. Un recuerdo vino a la mente de Marthe. El regreso de Philippine tras su huida con el príncipe. «¿Y Montoisson?», preguntó ella. «Muerto, tras violarme», le respondió la jovenzuela.

Liberó a Marie de Dreux. Aquel caballero imbécil lo había fastidiado todo.

Durante unos segundos, Marthe permaneció inmóvil con la sensación de haberse

equivocado. Luego una sospecha le vino a la cabeza. Inspeccionó el rostro de Mathieu. Mathieu tan servil y, sin embargo, capaz de plantarle cara. Mathieu dispuesto a cualquier cosa por Algonde. No sabía nada. Marthe lo había verificado y volvía a verificarlo. Sin embargo..., pestañeó y lo pegó contra la pared.

—¿Se ha marchado sin ti? No lo creo...

El fétido aliento de la harpía barrió su cara. Volvió la cabeza, rechazando esta vez con todas sus fuerzas los efectos perversos de sus poderes. Pero Marthe no deseaba jugar, en absoluto. Con una uña acerada, resiguió la línea de su cicatriz en el ojo derecho, abriéndola superficialmente.

—¿Acaso no la habríais matado si se hubiera quedado?

El argumento la convenció. Marthe se apartó de él. Y, empero, aquella sensación subsistía. El instinto. Se volvió hacia Marie, hecha un ovillo contra la puerta vecina a la de Philippine.

—¿Y Ay mar de Grolée?

—Se marchó ayer para atender unos asuntos. Ignoro cuáles —sollozó la doncella, protegiéndose el rostro con los brazos ante el temor de un nuevo ataque.

No se produjo.

—Marchaos, Marthe. Se ha acabado. No es culpa nuestra —ordenó Mathieu, con la mejilla cubierta de sangre.

Marthe estuvo a punto de hacerlo. Ya nada tenía que hacer allí. Si no fuera por aquella sensación... Su mirada se detuvo en la madera detrás de Marie, que la miraba con ojos suplicantes. Marthe se aproximó. La doncella gritó aterrorizada, encogiéndose aún más sobre sí misma.

Por pura maldad, Marthe le dio una patada en la tibia.

—¡Ya me he hartado de verte! ¡Lárgate!

Marie, llorando, se marchó arrastrándose a cuatro patas, como un ratoncillo gris de trapo. Marthe abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Espera.

Marie se detuvo, mirando el rellano como un perro ansioso por ser libre.

—¿De quién es esa habitación?

—Del barón...

Marthe entró en ella.

La luz del sol bañaba la estancia, había fuego en la chimenea y la cama estaba hecha. Sin embargo, captó un intenso olor a sangre. Inspeccionó la misma sin descubrir nada anormal.

Abrió la puerta de comunicación, apenas distraída por el galope en las escaleras. Marie se había escapado corriendo. En Su cama, Philippine seguía durmiendo profundamente.

Marthe cerró la puerta.

El olor a sangre era más intenso en aquella habitación que en la de la parturienta. ¿Por qué?

¿Acaso habían dejado la puerta abierta entre ambas habitaciones y luego habían cerrado para ventilar una y la otra no?

Un detalle.

Mathieu se había apoyado en el marco de la puerta. Con los brazos cruzados, la observaba ir y venir con la frente alta.

Se detuvo junto a la cama. Aunque oliera a jabón, era allí donde el relente era más fuerte. Se sentó y acarició la almohada con el dedo, como si tuviera una ensoñación. Observó al jovencuelo que le clavaba la mirada, con rostro adusto y la mejilla manchada de sangre. El olor era demasiado fuerte para que procediera de su herida en la mejilla. Para impregnar de aquel modo las paredes era necesario que se hubiera derramado mucha sangre.

Se dirigió a él entre carcajadas.

—¿Qué esperas ahí como un pasmarote? ¿Tú recompensa?

—Sí, la que prometisteis. Marchaos —insistió con voz sorda.

Pero Marthe ya no tenía intención de marcharse. Acababa de ocurrírsele una idea, que lo explicaría todo.

—¿Quién, además de Hélène, estaba embarazada en esta casa?

—Marie de Dreux. Dio a luz el mes pasado... Un niño jorobado —añadió Mathieu, hastiado.

—¿Nadie más?

—No. Nadie... ¿No tenéis más placer que atormentarnos?

Marthe se inclinó hacia delante y escarbó en el intersticio entre dos planchas del suelo de madera. Halló un olor familiar enmascarado hasta entonces.

—¿Qué buscáis finalmente? —le espetó Mathieu.

—Ya no busco, lo he encontrado —gruñó Marthe apretando los puños.

Mathieu palideció.

—¿Qué?

De un salto Marthe se plantó ante él y lo tomó de la mano.

Depositó en la misma algo infinitamente ligero que le cosquilleó la palma y luego, tras cerrarle los dedos, lo empujó para abrirse paso.

—Ya puedes despedirte de tu Algonde, palurdo —dijo ella antes de lanzarse a toda velocidad por la escalera.

Desconcertado, Mathieu bajó la mirada y se echó a temblar ante aquel pelo negro y largo manchado de sangre seca.

Capítulo 42

A lomos del caballo, montada como un hombre, con la falda y las enaguas arrebujadas entre sus muslos, Algonde hubiera deseado forzar la marcha pero con Constantin en brazos apenas podía superar un trote ligero. En cuanto trataba de acelerar el paso, el recién nacido regurgitaba y debía detenerse para calmarlo. Renunció y confió en la ventaja que llevaba.

El niño era más valioso que cualquier otra cosa.

Por supuesto, habían tomado todas las precauciones y lo habían previsto todo hasta el menor detalle. Aymar de Grolée era experto en tácticas y poseía un rigor guerrero. No dejaría nada al azar y se llevaría a Elora con Jeanne de Commiers al subterráneo que unía Bressieux y Saint-Pierre. Desde hacía tiempo, ese pasadizo ya no disponía de salida al exterior pues había sido tapiada. Era poco probable que Marthe lo conociera y menos aún que perdiera tiempo tratando de dar con el acceso al mismo.

No. En el peor de los casos, si Marthe tuviera alguna duda, se precipitaría tras ella.

Algonde se esforzaba en creer que así sería.

Pero, sin embargo, no estaba segura de ello.

A la altura de la antigua torre de los templarios, la voz de Presina resonó en su cabeza:

«Balme de Glos...»

El lugar de encuentro. El ánimo de Algonde se ensombreció. Habría preferido no tener que seguir hasta el pueblo de Fontaine, sino depositar al recién nacido en su cabaña de Sassenage. Presina debía de tener sus razones. Sin duda temía que Marthe hubiera descubierto su escondite y se precipitara allí en primer lugar si las cosas se torcían.

Un escalofrío, gélido, le recorrió el espinazo.

¿Había querido anunciárselo con ello?

Apretando con más fuerza a la criatura contra su pecho, agarró las riendas con su mano libre y espoleó a su montura.

—No podemos retrasarnos más —se disculpó al oírlo llorar.

Era mejor que enfermara que condenarlo. Presina ya hallaría la manera de curarlo.

Cuando los dos eunucos, irreconocibles bajo sus caftanes, fueron a buscarla a su celda oscura, Munia dio gracias al cielo, fuera cual fuese el dios que había escuchado sus plegarias.

Iba a morir.

Colocándose por encima de los labios el modesto sayo con el que le habían pedido que se cubriera de la cabeza a los pies, se dejó conducir sin decir palabra, con

la vista puesta en el suelo, a lo largo del húmedo corredor iluminado por antorchas. Aquel lugar apestaba pero no sintió nada. La sacaron de la prisión por una pequeña puerta. Ante ella, la noche oscura cubría el pasillo de roca. Ambos hombres no parecían incomodados. Uno delante y el otro detrás, la forzaron a avanzar. Munia ignoraba adonde la conducían, pero eso no le preocupaba. Algunas ejecuciones, bien lo sabía, eran tan discretas como aquellos que las habían justificado.

Cuando salieron a la luz, Munia abrió los ojos sorprendida. Se hallaba allende la muralla del palacio. Frente a ella, el Cuerno de Oro espejeaba.

Asiéndola por los codos cada uno de un lado, ambos hombres la condujeron hacia el puerto de Bucoleón, que bullía de animación al pie de las murallas de la ciudad antigua. Confundidos entre una multitud abigarrada, la condujeron ante la fachada de un viejo edificio abandonado incrustado entre dos tabernas de nueva construcción. Uno de los eunucos introdujo la llave en la cerradura y la puerta carcomida se abrió con un lúgubre chirrido.

—Entra —le ordenaron.

Perpleja, Munia obedeció. El lugar estaba poblado de ratas que huyeron entre sus pies, y la sala era estrecha y baja. Al quedar a oscuras una vez se cerró la puerta, la egipcia no pudo distinguir nada más.

La empujaron hacia delante, sin miramientos.

Sintió una punzada en el corazón, de angustia y satisfacción entremezcladas. Era el lugar ideal para un final discreto. Aguardó el golpe.

No hubo tal.

Al contrario, la pared situada frente a la puerta se abrió sin ruido. Munia fue empujada a un estrecho pasillo transversal, iluminado por pequeñas aspilleras que dejaban entrar perfumes mezclados de salitre y especias.

El tiempo de darse la vuelta, y estaba emparedada.

—No soy un palurdo —repetía Mathieu una y otra vez, taloneando a su caballo a patadas.

Cogió un arma de la sala de guardia y se lanzó tras el rastro de Marthe, que se había marchado a pie y tan deprisa como un viento de tormenta. Incluso a galope tendido no lograba darle alcance. Y eso no hacía sino acrecentar su cólera. Su angustia. Su rencor.

¿Dónde estaban Jacques de Sassenage y Aymar de Grolée? Esos nobles que carecían del coraje que tenía él, un simple panetero. ¡Hablar! ¡Para eso servían esas gentes! ¡Para llenarse la boca de promesas! Y, llegado el momento, mirar hacia otro lado. Ésa era la verdad. Elora y Mayeul habían desaparecido y Algonde estaba sola ante el peligro. Ninguno de ellos había salido en su ayuda. ¡Ah, así era la nobleza! ¿Caballeros? ¡Caballeros de tres al cuarto, eso eran! ¡Qué lejos quedaba ya el tiempo en que fueron valientes! ¡Aquel tiempo en que luchaban contra brujas y dragones! Hoy en día, se escondían como las ratas cuando no violaban a las doncellas, como

Montoison. ¡Menudo ejemplo!

Él, Mathieu de Sassenage, les daría una lección. ¡Iba a enseñarles qué es la lealtad!

—¡No soy un palurdo! —gritó al viento poniéndose en pie sobre los estribos, y sólo lamentaba una cosa.

No disponer de su otra mano para, sin soltar las riendas, amenazar al cielo con la espada corta que llevaba al cinto.

Algonde suspiró aliviada cuando alcanzó a ver la abertura triangular de la gruta de la Balme de Glos, excavada en el pequeño acantilado tras el pueblo de Fontaine. Constantin seguía llorando contra ella, señal de que sus regurgitaciones no lo habían ahogado. Tiró de la brida del caballo, desmontó y comenzó a trepar por un repecho de roca que conducía hasta la entrada. Se sentía confiada, y pasó bajo el porche de una altura de veinticinco pies y exploró con la vista la cavidad de unos sesenta pies de profundidad.

No vio a nadie.

—¡Presina! —gritó.

Ninguna respuesta.

La duda se apoderó de Algonde. ¿Y si el hada se había cruzado con Marthe en el camino? ¿Y si Marthe había acabado con ella?

Se estremeció.

Y de inmediato se serenó.

Era imposible. Marthe ignoraba la presencia de su madre en la comarca. No debía dejarse devorar por la duda ni por la angustia.

Reaccionar.

Actuar.

Hacer lo que se había decidido.

Se adentró hasta lo más profundo de la gruta, evitó los huesos que había esparcidos por el suelo, tendió sobre el suelo granítico su capa de viaje y, sobre la misma, al abrigo de una roca, a la criatura ahora ya más calmada. En el peor de los casos, si ninguna de las dos llegaba allí, alguien acabaría por oírlo llorar, se consoló a sí misma, con el corazón en un puño por tener que abandonarlo.

Sin embargo, no tenía elección. Algonde estaba persuadida de ello. Si Marthe se había lanzado tras ella, sería por despecho. Únicamente por despecho. No podía haber descubierto la verdad.

Salió de allí. Para que la criatura pudiera salvarse, debía olvidar en aquel mismo instante que el niño existía. Montó a caballo y espoleó a su montura.

Melusina la aguardaba.

Arrimada a la pared, ante aquel soplo de vida que barría su rostro, Munia se había dejado deslizar lentamente hasta sentarse. El espacio era tan estrecho que se vio

obligada a mantener las rodillas dobladas. Parecía una crujía, probablemente en pleno corazón de las murallas de la antigua Constantinopla. Esperaba otro fin, más rápido, pero al cabo de unas horas concluyó que, sin agua ni alimentos, su agonía duraría poco tiempo. Apenas unos días. Aunque quizás aquel dolor que le oprimía el pecho y le cortaba la respiración hiciera estallar su corazón antes.

Echó la cabeza hacia atrás. Ya no le quedaban lágrimas que verter. Ya estaba del otro lado. Muerta. Asediada por los recuerdos, su razón se tambaleaba por momentos. Veía a su hijo amamantado por una mujer desconocida, bamboleándose en una carreta abigarrada. A Enguerrand vestido de harapos bebiendo de una fuente junto a un camello.

«Dormir —murmuró para sus adentros—. Dormir y no despertar nunca más».
Se rindió. Estaba exhausta de tanto luchar.

Atajando a través del bosque, Algonde pronto llegó a las Cubas. No correr riesgos, le aconsejó Presina la última vez que se vieron.

Algonde ató su caballo a la rama de un árbol y fue hasta la orilla del remanso, allí donde el torrente desaparecía bajo la montaña. Cuando el agua le lamió la punta de los zapatos, se arrodilló, se inclinó hacia delante y, con las manos en las rodillas, sumergió su rostro en la corriente.

—¡Melusina! —La llamó dos veces, segura de que la onda de su voz llegaría hasta ella.

Ya sólo cabía esperar. Sacaba la nariz del agua cuando una fuerza brutal la obligó a sumergir la cabeza de nuevo. Sorprendida, Algonde alzó sus manos por encima de la cabeza para liberarse pero no encontró más que el vacío. Comprendió de inmediato. Marthe la había atrapado. Con magia. Se calmó instantáneamente.

—¡Socorro, Melusina! —gritó antes de comenzar a respirar.

Marthe la dejó unos minutos a su merced, el tiempo de llegar hasta la orilla. Había acertado al dirigirse directamente hacia allí. Estaba segura de que encontraría a aquella perra en ese lugar. Y con ella, las respuestas que esperaba.

Se instaló tranquilamente sobre una piedra lisa y la liberó del sortilegio. Una vez aflojada la presión, Algonde emergió del agua incólume y se enjugó su rostro chorreante con el reverso de la manga.

—¿El experimento es concluyente? —preguntó volviéndose hacia la harpía.

Una mueca divertida estiró los labios de Marthe. Había que reconocer que la jovencuela tenía fortaleza de carácter.

—Mi hermana y yo te subestimamos. Te presento mis excusas.

—¿Me pedís excusas, vos...? —Fanfarroneó Algonde incorporándose.

Estaba chorreando.

—Melusina pensaba que sería fácil engañarte y confieso que entonces también lo creí. No eras más que criada sin nervio, que sólo sabía lloriquear^ acuérdate...

Algonde no se dejó cautivar por su tono meloso. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Basta de cháchara. Queréis al niño de la profecía y no lo tengo. Y si venís de Bressieux como imagino, ya sabéis qué ha sucedido.

El rostro de Marthe se ensombreció.

—Sola no hubieras podido contra nosotras. Nuestra madre te ha ayudado.

Algonde no traslució su congoja y, encogiéndose de hombros la miró de arriba abajo con desprecio.

—Eso no cambia las cosas. Hay que empezarlo todo de nuevo Por culpa de ese señor de Montoisson al que estúpidamente protegisteis.

Marthe descendió de la roca.

—No me provoques, pollita.

Algonde sintió que la sangre latía en sus sienes. La cólera se apoderaba de ella. Ya estaba harta de jugar al gato y el ratón.

—¡Matadme, pues!

Marthe la envió a estrellarse contra la pared cubierta de barro y se cortó en un brazo con una piedra que sobresalía. A pesar del dolor. Algonde soltó una carcajada maligna. Sabía que sólo el enfrentamiento alzaría una barrera ante sus pensamientos.

—¿Ése es todo vuestro poder? Esperaba más.

Marthe alzó la mano, enfurecida.

—¡Basta, Plantina!

Melusina.

Algonde se alegró al descubrirla a medio salir del agua, en el sifón que taponaba. La cólera de Marthe se apaciguó. Se volvió hacia ella.

—Mi querida hermana. Llegas en el preciso instante para amargarme la fiesta, como siempre.

Melusina no le respondió.

—¿Qué ha sucedido, Algonde?

—Hélène ha dado a luz un niño, pero no era velloso. Aun así, he intentado administrarle el polvo como me pedisteis, pero ha muerto y me he visto obligada a huir.

Se volvió hacia Marthe, que permanecía en silencio.

—Se lo he dicho a vuestra madre y os lo repito. La encontraréis en la cabaña de la bruja. Apañosos con ella, yo... ya estoy harta.

Hubo un silencio que se prolongó durante varios segundos. Los rasgos sin escamas de Melusina se marcaron. Marthe suspiro ruidosamente y movió las uñas. Algonde se vio a diez pulgadas sobre el agua, con la cabeza abajo y los brazos y las piernas pegados al cuerpo.

—¿No podéis aceptar la derrota por una vez, ni que sea por una vez? —se indignó, con la trenza que batía la corriente.

—Olvidaste un detalle, mi pobre Algonde. El olor. El olor del miedo. El olor de la sangre. El olor de los seres. Los conozco. Los reconozco. Ése fue tu error.

Algonde se empecinó en su cólera.

—Sólo he cometido uno, en verdad: haber venido aquí para contároslo todo.

—¿Incluso el parto de Jeanne de Commiers en la habitación de al lado?

En ese momento, Algonde se sintió atrapada. A pesar de sus esfuerzos, se había sobresaltado.

—¿Algonde?

Era la voz de Melusina, como el rugido de una cascada de agua hirviente.

—Era el hijo de Aymar de Grolée, supongo. Curiosamente, no sospeché de él cuando Jeanne se escapó. Demasiado discreto. Al contrario que Jacques. Lo sabía, ¿verdad?

Algonde no respondió.

—Basta ya de juegos —decidió Marthe atrayendo hacia ella a Algonde, suspendida en el aire.

Los ojos de Algonde habían recobrado el color del Furon. El color del odio. Pero más aún el del miedo. Un miedo que ahora le abría a Marthe las puertas de su mente sin que ella pudiera evitarlo. La harpía se pinzó la nariz y hurgó en sus pensamientos. Por vez primera, una sonrisa de júbilo iluminó su rostro. Clavó una uña entre los ojos de la jovencuela. Algonde comprendió de inmediato que iba a sufrir el mismo destino que le deparó a Jeanne de Commiers. Gritó de dolor y de terror entremezclados, con el sentimiento de que le aspiraban el alma hasta los más recónditos rincones de su voluntad. Antes de entrar en una noche sin fondo.

—Tuya es, hermana —escupió Marthe antes de lanzarla, inerte, en dirección de Melusina.

—¿Y el niño? ¿Dónde está? —exigió ésta.

—No se puede tener todo —le llegó con una risa maléfica.

En el instante en que Algonde se hundía, inconsciente, en el sifón de las Cubas del Furon, Marthe ya había desaparecido.

Capítulo 43

Melusina disponía de poco tiempo. Agarró a Algonde contra su vientre y nadó tan rápido como pudo hasta el lago subterráneo, cerca de la Rochette. Depositó a Algonde en la orilla y se sumergió en el agua perforada por un rayo de luz que caía del techo. Reapareció unos segundos después con un frasco, arrancó el tapón de concha y lo vació en la boca de la jovenzuela. Arqueándose de dolor, Algonde gritó. Las imágenes reaparecieron, de golpe. Luego todo se calmó y la joven se volvió hacia Melusina, visiblemente inquieta, con el rostro demudado por la sorpresa.

—¿Cómo está tu memoria? —le preguntó ayudándola a incorporarse.

—Intacta.

Melusina se distendió.

—¿Por qué me la ha querido robar?

Melusina la tomó de las manos y la miró con sus ojos verdes.

—Para impedirme que te utilizara. Sé qué piensas de mí, y lo que mi madre piensa de mí, pero os equivocáis, ambas. Quiero regresar a las Tierras Altas y recuperar mi inmortalidad, no lo niego, pero debes creerme, Algonde, no tengo nada en común con Marthe. Jamás he sembrado el terror, nunca he matado ni he forzado a nadie. No quiero el reino del mal, Algonde suspiró.

—Y a pesar de todo, es demasiado tarde. Si Presina no ha puesto a salvo al niño, caerá en manos de Marthe. No tengo poder para impedirlo.

—Yo sí lo tengo, Algonde. Lo tengo, te juro que lo tengo.

Algonde sondeó aquel rostro devastado por los siglos, por el agua. Parecía muy sincera.

—Sola, mi madre no podrá vencer. Tarde o temprano, Marthe la encontrará. Desde hace siglos, extraigo veneno de la serpiente. Ahora dispongo de cantidad suficiente para que Marthe muera simplemente arrojándolo contra ella.

Le apretó las manos.

—Te lo ruego, Algonde. La has oído como yo, sólo desea venganza. No perdonará a nadie... A nadie.

Los rostros de Elora, de Mathieu y de Philippine pasaron ante los ojos turbios de Algonde.

—Mi madre me perdonará si le pruebo que soy digna de ello.

Y me liberará de la maldición. Seremos libres, tú y yo. Todos seremos libres.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Algonde. Lo sabía. Lo sabía desde el primer día. Aquello debía acabar así.

Bajó los ojos.

—A dos pasos de aquí. En la gruta de la pirámide, al pie de los acantilados de Fontaine. Me pidió que llevara allí al niño, y creo que para que tú lo encontraras.

Melusina la abrazó.

—Volveremos a buscarte. Ella y yo. Te lo prometo.

Algonde asintió con la cabeza, resignada.

Aceptó la mano tendida de Melusina, se desnudó y entró en el agua a su lado.

Lina por la otra.

Una en la otra.

Una en lugar de la otra.

La que salió del agua por su propio pie, para vestirse, había recuperado su belleza y su juventud. Se parecía a Algonde hasta en el menor rasgo.

Cuando abandonó la gruta de la Rochette, sin embargo, a la que dejó allí temblequeando fue a la criadita de Sassenage, desnuda, con la cintura rematada con una cola de serpiente.

A Munia la despertó una mano que le sacudía el hombro. Una desconocida estaba inclinada sobre ella.

—Ven —le dijo ésta.

Anquilosada por la postura, Munia aceptó la ayuda de sus brazos para ponerse en pie. Enturbiada por el sueño sin ensoñaciones que la había abatido, la siguió, dócilmente, sin acabar de entender dónde se hallaba ni cómo había llegado hasta allí. El fondo de la cruja se abrió. De allí arrancaba otra, más amplia, que la condujo a una puerta, entreabierta.

—Te esperan —le dijo la sirvienta inclinándose para dejarla entrar.

Con un nudo en la garganta por el recuerdo que afluía a su mente, Munia entró en una estancia de grandes dimensiones tallada en la muralla. No había abertura alguna, pero Munia observó que, al igual que en la anterior, había estrechas aspilleras. El ambiente era cálido, de colores azul, rojo y naranja, y había cojines por el suelo cubierto de buenas alfombras, candelabros de mosaico y tapices con escenas galantes y de cacería. Con excepción de uno, todos representaban al mismo hombre, de porte y aspecto fascinantes. La propia cama, de pies esculpidos con guepardos y con un dosel de estrellas, era una maravilla.

La janum la aguardaba con los brazos abiertos, cerca de una de las mesas que desbordaban de pastelillos, dátiles rellenos de pasta de almendra y fruta fresca. Munia se echó en sus brazos.

—¿Aún deseas morir? —le preguntó acariciándole el cabello.

Munia se apartó de ella.

—¿No lo comprendes?

—Sí, pero no puedo permitirlo.

La mandíbula de Munia comenzó a temblar.

—¿A pesar de mi traición?

La janum suspiró.

—Quien ofende a Alá es castigado por Alá.

Munia volvió la cabeza, sintiendo que un velo de odio cubría su corazón.

—No es él quien ha matado a mi hijo.

—No, llevas razón.

La janum cogió un *rahat lokum* de una bandeja de plata y lo mordió con glotonería.

—No has mentido en todo, Munia. He probado el poder de tu elixir.

—¿Con quién?

—Con Ihda. Musa actuó en su nombre.

Munia no respondió. De nuevo la pena la invadía como una marea que lo destruyera todo a su paso. Se dejó caer sobre los cojines y abrazó maquinalmente uno de ellos. La janum se instaló junto a ella.

—La invité a tomar el té en mis apartamentos. Estaba asquerosamente radiante de alegría. Desde el primer sorbo, sin embargo, se le desorbitaron los ojos y se le entrecortó la respiración.

La idea de la muerte de su rival atrajo la atención de Munia. La janum se alegró de ello y prosiguió:

—Dado que conozco los efectos del veneno, me tomé el tiempo necesario para que sintiera miedo y comprendiera. Y luego le di tu elixir.

—Hubieras debido dejarla morir —gruñó Munia.

La janum le sonrió.

—Esa venganza te pertenece. No te lo impediré.

—No entiendo...

—Vivirás, Munia. Contra tu voluntad. En este lugar que, oficialmente, no existe. El tiempo necesario para que olvides, para que recobres ese deseo de conquista que trastorna a mi hijo y en el que creo.

—Te equivocas. Aquí o en cualquier otro sitio, no sobreviviré. La janum se puso en pie.

—Se dice que el primero que utilizó este lugar fue el basileos Manuel I Comneno en tiempos de la segunda cruzada. Aquí recibía a turcos en secreto para engañar a los suyos. Es él a quien puede verse en esos tapices. La leyenda dice que aquí encarceló a una mujer, una franca. Esa de ahí...

Munia alzó la vista hacia el retrato de una pelirroja radiante, de ojos de un verde esmeralda y con la nariz pecosa.

—¿Por qué me explicas todo esto?

—Dicen que no era como las demás y que escapó gracias a la magia.

Munia observó aquella mirada voluntaria capturada por el artista.

—Tú eres de su misma raza, Munia. Comneno tuvo muchas mujeres, pero es la única cuyo retrato figura aquí. La amaba, sin duda tanto como Beyazid te ama a ti. No podrá devolverte lo que has perdido pero, con el paso del tiempo, curará tus heridas.

Munia no quiso llevarle la contraria. ¿De qué serviría?

—Llegará un día y poco importa cuándo, en el que me pedirás un puñal y te lo entregaré.

La mirada de Munia se iluminó con el deseo de cortarse las venas. Pero la janum

meneó la cabeza.

—Ese día no lo utilizarás contra ti, sino contra Ihda. Ese día, al quitarle la vida, sanarás. Y también serás libre.

Se inclinó ante ella, con los ojos inundados de ternura.

—Vendré cada día con la esperanza de que sea ese día. Buenas noches, Munia.

Los lobos se habían adueñado del lugar. Ocho en total, mostrando los colmillos, se disputaban una carroña bajo el porche piramidal de la gruta, en mitad del paso. Aunque su presencia cerca de las viviendas la sorprendió, Marthe no se emocionó ante ello. Las bestias se parecían a los hombres. Poco bastaba para abatirlas. Al llegar ante la entrada, los apartó con un soplido. Se fueron hacia el fondo y se tumbaron gimiendo. Marthe recorrió el espacio con la mirada. Ni rastro de Presina. Debía de haberse llevado a la criatura. Furiosa, volvió sobre sus pasos y dirigió una mirada indiferente a la pequeña forma cubierta que yacía allí y se detuvo, presa de estupor.

Aún podía adivinarse un piecечito velloso, Su sangre se aceleró en sus frías venas. Se precipitó hacia allí y descubrió lo que quedaba del cadáver.

—Imposible. No, imposible —repetía volviendo en un sentido y en otro entre sus dedos un pedazo de carne aún pegado a la pequeña tibia.

Lo soltó, lívida y horrorizada.

—Idiota, idiota, idiota —se flageló.

Ahora lo comprendía todo. Sí, todo. Incluso el papel inocente de Algonde, manipulada hasta el final por Presina. Su madre nunca había querido arrebatar al niño para ella. Sólo deseaba que muriera. Que muriera para castigarlas por segunda vez. Evitar que se cumpliera la profecía, ésa era su única voluntad.

—Idiota —repitió de nuevo arrancándose los cabellos.

Había esperado aquel momento durante siglos, ¿y para qué? Para nada. Nada. Había perdido el tiempo junto a aquellos insípidos humanos cuando lo hubiera empleado mejor tratando de regresar a las Tierras Altas. Pero su madre también había previsto aquello. Mientras ella y Melusina se pudrían allí, el paso de Avalon se cerraba.

Tras arrojar los restos a los lobos, Marthe descendió corriendo el sendero pedregoso.

«Qué se le va a hacer —se dijo para sí—. No necesito a un niño rey. Ahora lo más urgente es hallar la manera de regresar allí».

Llegó al pie del acantilado y se quedó inmóvil, sorprendida.

—¿Algonde? ¿O eres tú, querida hermana?

—¿Qué crees? —Se carcajeó Melusina, que la esperaba.

Sin darle tiempo para recuperarse, le lanzó al rostro el frasco sin tapón que contenía el veneno de la serpiente. Marthe lo esquivó. Aunque se rompió contra una roca, le salpicaron unas gotas y penetraron en su carne como un ácido potente. En el

rostro y en el brazo, y le descarnaron el hueso de la nariz y la parte superior de los dedos. Enloquecida por la rabia y el dolor, Marthe se abalanzó sobre su hermana.

—¡*Faltcat!*! —gritó Melusina, y en el acto se armó con un escudo invisible de protección.

—Si crees que con eso me vas a detener —gruñó Marthe, corroída por el veneno que, devorando su carne, penetraba profundamente en ella. Sin embargo, en cantidad no suficiente para destruirla.

Con un simple gesto, hizo estallar la débil coraza de energía, y el azur se llenó de un estruendo de truenos y una ola azulada.

Melusina retrocedió.

—Madre —llamó pidiendo socorro, provocando una sonora carcajada en los labios quemados de Marthe.

—Desgañítate, si quieres. Le importas muy poco. Tanto tú como yo. Ha matado al niño para que no lo tengamos. ¿Acaso crees que te salvará?

Melusina pensó en Algonde, prisionera en aguas del Furon.

—Perdóname —murmuró, con la certeza de que la jovenzuela la habría seguido a través del pensamiento, paso a paso.

Desesperada, se lanzó hacia delante armada con un puñal de plata oculto en su manga. Su última baza. Si la alcanzaba en el corazón... Marthe le rompió el brazo antes incluso de que hubiera acabado de pensar en ello.

El puñal cayó sobre el suelo pedregoso.

Loca de rabia, sufrimiento y deseo de venganza, Marthe se desahogó tanto contra su hermana como contra Algonde, cuyo rostro, exasperante, le hacía pensar en el niño rey al que había abandonado allí.

Alzó aquel cuerpo execrado a ocho pies de altura y lo hizo girar sobre sí mismo cada vez más rápido, cada vez con más fuerza y lo arrojó contra el acantilado. Sabía que Melusina no moriría así. Los seres de su fuste no mueren por semejantes nimiedades. Saltando de roca en roca, llegó hasta ella. Cubierta de sangre de la cabeza a los pies, rota hasta el cráneo, Melusina aún vivía.

—Hace siglos que espero esto —se regocijó Marthe.

Al pie del acantilado, alertados por los lobos que aullaban a la muerte desde la gruta, los habitantes de Fontaine se acercaban armados de horcas y hoces.

Marthe no perdió más tiempo. Hundió su mano en el pecho de Melusina y le arrancó el corazón con sus poderosas garras, mientras el cuerpo se debatía aguadamente, y alzándolo ante aquellos hombres que veían al diablo en aquella criatura, le dio un mordisco como si fuera una manzana y los hizo retroceder aterrorizados.

Llevándose consigo la vida de su hermana, Marthe escaló la abrupta pared a tal velocidad que aquellas mujeres y hombres sólo pudieron santiguarse.

Epílogo

Dicen que cuando Mathieu halló el cadáver de aquella que creyó que era Algonde, fue presa de tal raptó de locura que maldijo a la comarca entera, pero más aún a Aymar de Grolée y a Jacques de Sassenage, a quienes predijo una muerte tan espantosa como la de su amada. Luego, ante la mirada estupefacta de los habitantes de Fontaine, huyó corriendo, con lágrimas de sangre deslizándose por sus mejillas.

No volvieron a verlo.

Algunos dijeron que se había arrojado al Furon, otros que se había unido a la banda de malandrines que, al mando de una jovenzuela, pillaba y asesinaba por doquier.

Fuera como fuese, en los meses siguientes, sin noticias de él y menos aún de Marthe que había desaparecido, Philippine, devastada por la tristeza, reconoció a Elora como hija suya y la crió con todo el amor del que ella se veía privada, cumpliendo así la palabra que Aymar de Grolée diera a Algonde.

Jeanne de Commiers sobrevivió al parto. No tuvo más visiones y vivió apaciblemente en Saint-Pierre-de-Bressieux, amada por su amante, protegida por su esposo y mimada por sus hijos con los que finalmente se había reencontrado.

Nadie, aparte de ellos, supo que había vuelto de entre los muertos y Sidonie, liberada del yugo, mantuvo su puesto en La Bâtie y su lugar en el corazón de Jacques.

Recuperada de sus terrores, Marie de Dreux se casó con Laurent de Beaumont. Aunque se instaló en las tierras de éste, no pasaba una semana sin visitar a Philippine. Sin embargo, ni una sola vez reclamó a Mayeul, que se había convertido en compañero de juegos de Elora que, contra lo que cabía esperar, actuaba como si Algonde aún estuviera allí.

Enguerrand de Sassenage prosiguió su búsqueda del olvido, al igual que Munia la suya.

Por lo que respecta a Cem, a menudo miraba por la ventana de su prisión de Bourganeuf. Sin esperanza de recuperar algún día a su amada y la libertad. Finalmente fue puesto bajo vigilancia de Hugues de Luirieux que, al no hallar los restos de Montoisson, concluyó al igual que Guy de Blanchefort que había sido devorado en los bosques.

Pero la verdad dormía bajo tierra, en las aguas del Furon.

A pesar del dolor que torturaba a Mathieu, y que con toda su alma hubiera deseado calmar[^] Algonde lo había aceptado.

Presina, abandonando su apariencia de loba, fue a arrodillarse a orillas del lago, cerca de la Rochette, para presentarle sano y salvo al niño rey. Sin sus largos pelos, que le había arrancado y colocado gracias a la magia sobre el cuerpo de un niño nacido muerto la víspera, parecía un recién nacido normal y corriente.

Y, sin embargo, no lo era.

Tomándola de la mano, Presina le había dicho:

—Desearía poder liberarte, Algonde. De todo corazón. Pero no puedo. Si la maldición acabara, también Marthe sería libre. Y sabría que estoy escondida aquí. Volvería y todos, sí, todos, sufriríamos su venganza. Dejaría desgracia y muerte a su paso.

—En ese caso, me quedaré aquí.

—Sí, Al igual que yo. Al igual que Constantin. El tiempo que sea necesario.

El tiempo que fuera necesario.

Para que Constantin se hiciera un hombre.

Para que se hallara el antiguo paso a las Tierras Altas.

Algonde no estaba triste. Había hecho lo que debía y a menudo observaba a los suyos gracias a aquel maravilloso poder que había conservado, y mantenía con Elora una relación privilegiada.

—El día en que un hombre de corazón puro te vea tal como eres hoy y te amé lo bastante como para besarte en el río, ese día, por sí sola, desaparecerá tu maldición — le dijo Presina.

Algonde tenía confianza. Ese día llegaría.

Y entonces se reuniría de nuevo con aquéllos a los que amaba.

No estaba triste, no.

Aunque el canto de las brujas tuviera un acorde quebrado, la historia no había terminado.

Volvería a empezar.

Con Mathieu que la liberaría.

Con un niño rey y su reina de luz.

Mañana.

Agradecimientos

Queridas amigas y amigos, lectoras y lectores fieles:

Al llegar al final de este primer ciclo de la leyenda de las Tierras Altas, podría ofreceros la lista de las numerosas obras que han permitido escribir El canto de las brujas. Prefiero reservarlo para el verdadero final, el que podréis leer, así lo espero, próximamente.

Me contentaré, pues, con expresar mi agradecimiento a mi querida, mi muy querida Régine que, gracias a su meticuloso trabajo de documentalista constituye el pedestal sobre el que descansa la verdad histórica. Estas líneas le deben lo esencial.

Un beso muy tierno igualmente a todo el equipo de la editorial XO. En particular a Caroline Lépée que, al igual que Régine, afina mis páginas con su trabajo crítico y a Bernard Fixot por su confianza, inalterable y alimentada sin cesar por su atención paternal.

Gracias a vosotros, mis hijos de una relación anterior Anaél y Maéva; a los que me ha dado el amor de un hombre, Antoine, Daniel, Sabine, Jade y Noa; y también a vosotros, mis adoptados por las circunstancias que os habéis convertido en mi carne a falta de mi sangre, Richard y Corinne.

E igualmente a Titou, Céline, Stéphane, Cindy, Évan, Évoléne, Claire, Kevin...

A ti, madrecita.

A ti, Gérard, amor mío, mi vida.

A vosotras y vosotros, finalmente, que día tras día, libro tras libro, me escribís otras páginas repletas de calor y de luz.

A falta, pues, de la bibliografía y mientras quedáis a la espera de la misma, os invito a descubrir una obra cuyo autor, sin saberlo, enlaza con sus audaces hipótesis el mito de las Tierras Altas y la leyenda de las tres hermanas. Se trata de Las huellas de los dioses de Graham Hancock.

Sea lo que sea lo que penséis, retened sólo una cosa, que para mí es esencial: la esperanza de este mundo sólo nacerá de la humildad de los hombres.

Así que imaginad el camino que nos queda por recorrer...



MIREILLE CALMEL (1964) empezó a escribir con tan sólo ocho años. Como muchos autores, comienza discretamente su carrera con canciones, poemas, piezas de teatro, juegos... En el año 2002 aparece su primera novela, *La boda de Leonor*, de la que ha vendido más de un millón de ejemplares en Europa y que la consagró inmediatamente como una de las novelistas más admiradas y leídas del panorama literario actual. Con sus siguientes novelas, *El baile de las lobas* y *La hija del mar*, consiguió superar el millón y medio de ventas y la crítica francesa la calificó como «la nueva reina de la novela histórica». Sus novelas han sido traducidas a quince idiomas. En la actualidad, Mireille vive en Aquitania con su marido y sus dos hijos.

Notas

[1] Literalmente, «buena cara» o «buen aspecto». (N. del T.) <<